



Universidad Nacional del Comahue

HISTORIA DEL NEUQUÉN

PEDRO NAVARRO FLORIA – MARÍA ANDREA NICOLETTI

educo

Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Neuquén – 2014

HISTORIA DEL NEUQUÉN

Pedro Navarro Floria, María Andrea Nicoletti

Navarro Floria, Pedro

Historia del Neuquén / Pedro Navarro Floria y María Andrea Nicoletti. - 1a ed. - Neuquén : EDUCO - Universidad Nacional del Comahue, 2014.

246 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-604-395-3

1. Historia Regional. I. Nicoletti, María Andrea II. Título
CDD 982.72

Diseño de tapa: Carlos Mirabete

Corrección: Mario Gercek

Mapas y fotos: Pedro Navarro Floria y María Andrea Nicoletti

Auspicio: Club de Cultura Socialista de Neuquén, Fundación Confluencia

Educo

Director: Luis Alberto Narbona

Departamento de diseño y producción: Enzo Dante Canale

Departamento de comunicación y comercialización: Mauricio C. Bertuzzi

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

©- 2014 – **educo** - Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Buenos Aires 1400 – (8300) Neuquén – Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin el permiso expreso de **educo**.



Presentación

El Club de Cultura Socialista de Neuquén y la Fundación Confluencia auspician esta Historia del Neuquén de Pedro Navarro Floria y María Andrea Nicoletti, ambos docentes e investigadores del CONICET.

Estas dos instituciones conscientes de la necesidad de difundir el conocimiento de nuestro pasado, encontraron en esta Historia de Neuquén, un texto que reúne precisión en la investigación y preocupación por la verdad. Aun a sabiendas que la verdad estará frecuentemente sesgada por la estructura ideológica no solo de aquellos que son los autores, sino por quienes con su lectura coinciden y difieren a veces de algunas de sus interpretaciones más acabadas.

La Historia del Neuquén de Navarro Floria y Nicoletti, no obstante lo consignado anteriormente, se abre generosamente, en las referencias de las fuentes consultadas, a la búsqueda de una aproximación honesta, carente de tendenciosidad, al conocimiento histórico. Esto ubica al libro como un texto de consulta, con un relato formulado con claro y comprensible estilo que respeta, además, el ideario original de uno de sus autores, el Profesor Navarro Floria en el sentido que tenga acceso al libro la población en general y sobre todo los estudiantes de los niveles medio y superior.

De conformidad con estas premisas es un orgullo para el Club de Cultura Socialista y la Fundación Confluencia presentar esta Historia del Neuquén.

Humberto Zambón
Pte. Club de Cultura Socialista

Osvaldo Pellín
Pte. Fundación Confluencia

Prólogo

Pedro Navarro Floria dejó tras su sorpresivo fallecimiento el 5 de diciembre de 2010, una *Historia del Neuquén* de 1930 hasta el año 2000. Este texto inédito fue el resultado de una solicitud de la Academia Nacional de la Historia en el año 2005. El manuscrito se entregó pero nunca fue publicado. Hice la consulta al Académico Dr. Néstor Auza, nuestro querido y recientemente fallecido director y maestro, sobre la posibilidad de publicarlo y fui informada de que esto era posible por conservar los derechos de autor del texto.

Como la *Historia del Neuquén* escrita por Pedro Navarro Floria se inicia en 1930 por requerimiento de la Academia Nacional de la Historia, pensé que podía completarse con otro texto escrito por ambos que cubriera la etapa histórica previa. *Confluencias, una breve historia del Neuquén*, fue el primer texto de divulgación que escribimos y editamos con Pedro en el año 2000 por la editorial Dunken. Este libro fue una edición de autor, que se agotó rápidamente y no volvió a publicarse, pero sí a fotocoparse muchas veces. Por otro lado quien prologa *Confluencias* es un queridísimo amigo y colega, que desde el fallecimiento de Pedro me ha acompañado en mi dolor y ha impulsado, con generosidad y entrega, la publicación de nuestros textos inéditos. Agradezco a Mario Gercek por este paciente trabajo de buscar editores, llevar manuscritos, realizar llamados y diseñar estrategias, pero sobre todo por permitirme llorar en su hombro.

Tras varias y distintas puertas golpeadas, el Club de Cultura Socialista del Neuquén y la Fundación Confluencia, abrieron generosamente las puertas a esta propuesta y a esta edición. Humberto Zambón, Osvaldo Pellín y Antonio García, me recibieron con los brazos y las cabezas abiertas. Fue así como una tarde de fines del 2013 acompañada por Mario Gercek, me encontraba hablando de historia con hacedores de la historia neuquina. Quienes

allí nos reunimos compartíamos el mismo objetivo: que los neuquinos de distintas generaciones pudieran leer la Historia del Neuquén en un formato accesible para todos con el fin de invitarlos a reflexionar sobre el pasado para pensar en el futuro.

Esta *Historia del Neuquén* tiene entonces dos partes. La primera corresponde a los primeros cuatro capítulos de *Confluencias, una breve historia del Neuquén*, que inicia su derrotero con los primeros pobladores. Si bien este texto en su versión original llegaba hasta la década de 1990, solo incorporé los capítulos correspondientes al período anterior a 1930, punto de partida de la *Historia del Neuquén* escrita por Pedro Navarro Floria. El último capítulo de la primera parte, es decir *Confluencias*, se superpone en su temporalidad y explicación de los procesos históricos con el primer capítulo de la *Historia del Neuquén*, correspondiente a la segunda parte. Por eso reformulé su periodización en siglos. Esta decisión tiene una explicación académica y personal. La primera está basada en la idea de la continuidad y permanencia de los procesos históricos. *Confluencias* fue pensado como un texto de divulgación que dibujara en grandes pinceladas procesos amplios y reflexionara sobre el Neuquén concebido como territorio de frontera. Su marco temporal está justificado desde esta idea y así surgieron los capítulos: “El poblamiento norpatagónico temprano”, “Neuquén en la frontera hispano-indígena”, “La nueva frontera (1779-1885)”, “El Neuquén primario exportador (1885-1958)”, “El Neuquén desarrollista (1958-1991)” y un breve esbozo contemporáneo en “El Neuquén de la globalización y el proceso de integración regional”. Es decir, un territorio móvil, dinámico, en construcción y transformación, cuyas fronteras se definen también en estos términos, como una realidad relacional material y simbólica. La decisión personal era ofrecer al lector un proceso histórico completo que le permitiera pensar la historia en sentido amplio. La única razón de haber cortado los

últimos dos capítulos para introducirlos de lleno en la *Historia del Neuquén* contemporáneo fue la de dejar hablar a Pedro.

Me atreví como historiadora y compañera de vida de Pedro, a ensamblar ambos textos y volver a ofrecer a la sociedad neuquina, que nos vio crecer como historiadores y familia, una reflexión de su pasado. Como parte de la vida, compartimos con Pedro la pasión por la historia. Nos unía la convicción que es imposible avanzar y construir el futuro sin entender el pasado, y que todos, en distinta medida y de diferentes modos, somos historiadores en tanto reflexionamos sobre lo transcurrido y lo porvenir. Nuestro lugar como profesionales de la Historia, investigadores y docentes, nos llamaba a un compromiso social y moral con la divulgación. En pequeña medida devolvíamos a la sociedad lo que ella invertía para que nosotros investigáramos y pensáramos.

Confluencias fue escrita y pensada cuando la globalización parecía estallarnos en la cara. Entonces buscamos una explicación de la singularidad, Neuquén, en contextos que se iban ampliando a medida que avanzaba la reflexión, como los círculos concéntricos que formaba el agua del Limay al tirar una piedrita en tantas tardes de mate junto al río. No podíamos pensar la historia de Neuquén sin Chile, sin el contexto nacional argentino, sin la impronta colonial latinoamericana, sin el mundo interpelándolo. Tiempos y espacios se tornaban elásticos, dinámicos, superpuestos, interrelacionados. Neuquén es un territorio que se construye por quienes estaban y llegaron antes y después. *Confluencias* no es una historia descriptiva de detalles y hechos históricos pero sí de matices y procesos. En la Historia no hay blancos y negros sino tonalidades, sino los historiadores seríamos jueces implacables. Esas tonalidades se funden en tensiones pensadas en un territorio fronterizo: tensiones entre ambos lados de la cordillera, tensiones entre la Nación y el Territorio, tensiones entre el Estado provincial y Nacional, tensiones interprovinciales, tensiones con los mercados mundiales y en el

mismo territorio por su configuración, tensiones entre la capital y el interior. Por otro lado con Pedro siempre pensamos en el conjunto social como hacedor de la Historia y esto nos daba la enorme responsabilidad de darle voz a los que no tienen voz, como se suele denominar ahora. En realidad creo que es correcto decir: permitirles subir el volumen a los que siempre hablaron bajito porque otros gritaban demasiado. De este modo, los historiadores podemos ayudar a subir el volumen de los actores sociales en los procesos históricos para que la Historia se transforme en una polifonía de voces que nunca resultará un coro armónico.

Pedro escribió la *Historia del Neuquén (1930-2000)* en el año 2006 mientras yo escribía la de Río Negro. Esto nos permitió compartir bibliografía, reflexiones y debates sobre cada territorio, sus puntos en común, sus tensiones, sus permanencias y sus rupturas. Nuestra preocupación era cómo conciliar la periodización que nos pedía la Academia Nacional de la Historia, con nuestra propia idea de cómo habían transcurrido los períodos históricos singulares y comunes en ambas provincias. Esto me llevó en lo personal a pensar a Río Negro como un territorio con fuertes tensiones subregionales y a Pedro a pensar a Neuquén en su lucha por una integración que la idea de aislamiento, de triángulo y de isla, había marcado en el inconsciente histórico y social. En lo temporal era imposible explicar la provincia sin una síntesis del transcurrir territorialiano. Por ello la última parte de *Confluencias* se superpone necesariamente con la primera de la *Historia del Neuquén*. La incorporación “tardía y deficiente”, de Neuquén al sistema nacional como la califica Pedro, le permitió entrever explicaciones en la formación de los partidos políticos, en la hegemonía emepenista, en la construcción del Estado provincial y en las tensiones entre su capital y el interior. La idea de una sociedad “fuertemente mestiza, joven, dinámica y conflictiva”, fue una percepción que tuvo como habitante de ese suelo que elegimos juntos y que desarrolló con

herramientas clásicas en una explicación histórica desde la demografía y la sociología pero también desde un lugar al que Pedro era especialmente sensible: los lenguajes artísticos y culturales. El título del último capítulo dice prácticamente todo sobre su concepción del desarrollo económico de la Historia del Neuquén: “un esquema económico extractivo y dependiente”. En este capítulo va recorriendo las distintas actividades en tensión con la realidad y la política nacional, volviendo una y otra vez a la paradoja de gobiernos que parecían defender con su discurso localista y federalista la “neuquinidad”.

Esta *Historia del Neuquén*, tanto la primera como la segunda parte, ha sido leída por otros colegas que aportaron bibliografía, datos e ideas, que intentamos sintetizar y agradecemos profundamente. Como toda síntesis, lleva en sí misma el pecado del olvido de detalles y hechos puntuales. Como toda generalización también peca al intentar homogeneizar lo heterogéneo. Como todo libro de Historia comete el más tentador de los pecados: la subjetividad que lucha permanentemente con la virtud de los hechos reales y concretos. Ante todo pecado se pide perdón, aún sabiendo que probablemente volvamos a pecar porque somos hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Decidí incluir ese entrañable prólogo de *Confluencias* que escribió Mario Gercek. También quise dejar intactos los agradecimientos y la dedicatoria, porque estos textos los escribimos juntos y porque siento que así seguimos estando. Solo he incorporado algo que ni yo ni ningún ser humano puede alterar: el tiempo medido en años.

Mi agradecimiento a Carlos Mirabete, que en cuanto supo de esta edición, ofreció desinteresadamente su trabajo en el diseño de la tapa. Un trabajo que Pedro admiraba por su calidad y creatividad y que Carlos supo expresar visualmente, en esta "puerta de entrada" a

la Historia del Neuquén. Me conmovió su trabajo, su gesto, su paciencia, su generosidad y su cariño.

Finalmente transcribo aquellos agradecimientos que una vez redactamos con Pedro y que ahora actualizo:

“A los neuquinos que nos abrieron las puertas generosamente y nos dieron la oportunidad de trabajar y de vivir aquí. A los amigos que nos acompañaron estos años. A los que, desde afuera del Neuquén, nos animan y nos apoyan para que sigamos interpretando historias. A Mario Gercek, que con su cuidadosa lectura del original y sus valiosos aportes puede considerarse coautor de muchas de estas páginas. A nuestros hijos Paloma, Felipe y Pablo. A los que fueron y los que son nuestros alumnos, que siempre nos hacen preguntas y nos piden explicaciones.”

María Andrea Nicoletti.-

Índice de la Parte I

Prólogo de la primera edición por Mario Gercek	17
Introducción	23
1. El poblamiento norpatagónico temprano y los primeros habitantes del Neuquén	27
Testimonios	42
2. Neuquén en la frontera hispano-indígena	47
2.a. Los conquistadores y esclavistas que vinieron desde Chile	47
2.b. Los primeros misioneros coloniales	51
2.c. Los cambios en el interior del mundo indígena	54
2.d. La frontera hispano-indígena en los siglos de la conquista	59
2.e. Las fronteras y las misiones en el siglo XVIII	63
Testimonios	70
3. La nueva frontera (1779-1885)	73
3.a. Las primeras fundaciones y exploraciones del norte de la Patagonia	73
3.b. El Neuquén del siglo XIX, entre dos polos de colonización	77
3.c. Las campañas militares	84
Testimonios	93
4. El Neuquén primario-exportador (fines del siglo XIX a mediados del siglo XX)	97
4.a. La distribución de la tierra	97
4.b. El despoblamiento y el repoblamiento	101
4.c. El Alto Valle de Río Negro y Neuquén	104
4.d. El interior neuquino	107
4.e. La zona del Nahuel Huapi	108
4.f. Las localidades de origen ferroviario y petrolero	109
4.g. La nueva sociedad	110
4.h. Evangelización y educación salesiana	114
4.i. La expansión económica	116
4.j. La política territorial	126
Testimonios	132
5. Orientación bibliográfica	137

Índice de la Parte II

1. Introducción: los orígenes del Neuquén territorialiano	145
2. La vida político-institucional: de Territorio aislado a Provincia atípica	149
2.a. Gobiernos y participación política en los años '30	149
2.b. La década peronista y el proceso de provincialización	155
2.c. Estado, partidos políticos y comportamiento electoral provincial: la hegemonía emepenista hasta los '80	161
2.d. Planificación, construcción y desarrollo de la administración provincial	166
2.e. La política provincial en la transición a la democracia y la crisis del Estado	170
2.f. Iniciativas para la integración regional y problemas territoriales	178
3. Una sociedad joven, dinámica y conflictiva	181
3.a. Evolución demográfica y estructuración social	181
3.b. Actores y organizaciones en la sociedad de frontera territorialiana	185
3.c. Actores, prácticas y conflictos sociales en la “época dorada”	191
3.d. La sociedad neuquina en tiempos de globalización y crisis	203
3.e. Los lenguajes expresivos de los neuquinos	207
4. Un esquema económico extractivo y dependiente	213
4.a. La actividad económica en tiempos del modelo primario- exportador	213
4.b. La estructura económica neuquina desde 1960	219
4.c. Promoción industrial o generación de energía: un falso dilema	220
4.d. Las actividades primarias en el nuevo contexto	225

4.e. El crecimiento de las comunicaciones, los transportes y el turismo	230
4.f. La banca provincial	231
4.g. El repliegue del Estado y la globalización en la provincia	233
5. Orientación bibliográfica	238

Parte I

CONFLUENCIAS

UNA BREVE HISTORIA DEL NEUQUÉN

Capítulos I al IV
Desde los primeros pobladores hasta mediados del siglo XX

María Andrea NICOLETTI
Pedro NAVARRO FLORIA

Neuquén, 2000

Prólogo del Profesor Mario Gercek (edición 2000 de los autores)

¿Qué es la Historia?

“... la crónica de la sociedad humana, de la civilización mundial; de los cambios que tienen lugar en la naturaleza de dicha sociedad...; de las revoluciones y los levantamientos de un grupo de gente contra otro, con los resultantes reinos y estados en sus diversos rangos; de las diferentes actividades y ocupaciones de los hombres, ya sean para ganarse el sustento o en diversas ciencias y oficios; y, en general, de todas las transformaciones que experimenta la sociedad”.

Ibn Jaldún, erudito árabe del siglo XIV, citado por Eric Hobsbawm en *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 9.

“La ciencia de los hombres, pero de los hombres en el tiempo”.

Marc Bloch, citado por Saturnino Sánchez Prieto en *¿Y qué es la Historia?*, Madrid, Siglo XXI, 1995, p. 12.

La comprensión del presente vivo y no del pasado muerto.

José Luis Romero, citado por Luis Alberto Romero en *Volver a la Historia*, Buenos Aires, Aique, 1996, p. 11.

Creía que la escritura de un prólogo era tarea fácil. He comprobado que no lo ha sido para mí, porque no sólo requiere dar noticias al lector del contenido de un libro y de los objetivos que el o los autores se han propuesto. En mi caso se trata también de estar a la altura de la confianza que María Andrea Nicoletti y Pedro Navarro Floria han depositado en mí sabiendo que no soy historiador. Esta circunstancia me estimula para ejercer, hasta donde me sea posible y desde mi condición de colega docente, la objetividad y el equilibrio en mis opiniones.

María Andrea y Pedro, Profesores en Historia egresados de la Universidad Católica Argentina (Buenos Aires), y Doctores en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, se radicaron en nuestra provincia por propia y libre decisión. Se enamoraron rápidamente del Neuquén y de la Patagonia. Su acercamiento se produjo primero a través de la lectura y la investigación, y recorriendo sus amplios espacios después, al influjo, quizás, de esa magia, de ese hechizo que, en el decir del Dr. Néstor Tomás Auza, “...se halla intacto y conquista todavía a los hombres de hoy como lo hizo en el pasado...” (en Pedro Navarro Floria, *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, p. 9).

En el prólogo a su *Historia de la Patagonia* Pedro sintetiza su vínculo vital con estas tierras casi inconmensurables: “Nací y crecí en Buenos Aires. Esto implica que el ‘centrarme’ en la Patagonia fue inicialmente un ‘descentrarme’. Hice la ruptura con el propio mundo, la toma de distancia que permite el acto reflexivo. Elegí otro mundo: la Patagonia. Comencé conociendo y caminando lugares... me enamoré de personas y de momentos, de lagos, de atardeceres y de mañanas frías, del campo infinito y del viento, y del desafío de vivir aquí...” (op. cit., p. 14). María Andrea compartió este sortilegio y este “extrañamiento”. Esas inquietudes y preguntas que los llevaron a indagar en el pasado y en el presente de estos territorios inmensos. La experiencia de alternar la investigación con la docencia en el nivel medio –dos caras de una misma moneda, dos aspectos de una misma vocación- les ha permitido enriquecerse humana y profesionalmente. Pero también nutrir con sus trabajos históricos y con la trasposición didáctica de sus saberes específicos los dos campos elegidos para su praxis.

En la introducción a *Confluencias, Una breve historia del Neuquén* los autores se manifiestan convencidos de que “el conocimiento es una de las patas del desarrollo, una herramienta sin la cual se hace imposible la toma de decisiones”. Esta convicción va

unida a otra: “...no tenemos futuro si no nos planteamos un mejoramiento y una extensión radical del sistema educativo neuquino. Hay demasiados chicos fuera de las aulas y demasiados dentro de ellas que no acceden a los contenidos actualizados y relevantes que necesitan”. *Confluencias* es un aporte para ayudar a superar esta crítica realidad. En tal sentido se entiende que los alumnos y los docentes de los establecimientos donde trabajaron y trabajan los autores sean “el motivo y los destinatarios finales” de la obra. Pienso que por el interés que despertará no quedarán al margen de su lectura quienes tengan amor por su provincia y su región, curiosidad por comprender el presente atisbando en el pasado, o por conocer el pasado a partir de los interrogantes del presente (Marc Bloch); interés en analizar los problemas neuquinos con visión integradora en el marco de la historia nacional, latinoamericana y general (Luis Alberto Romero, *Volver a la Historia*). Los propios autores opinan que Neuquén no es una isla. Por eso la periodización que han elaborado la vincula permanentemente con el contexto nacional, regional y global. Esta periodización se aplica en una serie de seis capítulos o secciones que se inicia con el poblamiento norpatagónico temprano y los primeros habitantes del Neuquén, continúa con el Neuquén en la frontera hispanoindígena, la nueva frontera (1779-1885), el Neuquén primario-exportador (1885-1958), el Neuquén desarrollista (1958-1991) y finaliza con un análisis prospectivo y crítico del Neuquén en la globalización y en el proceso de integración regional actual.

La organización en capítulos no se opone para nada a un claro enfoque teórico metodológico. A partir de este enfoque se desarrolla un hilo conductor, diacrónico por su esencia; se analizan las relaciones sincrónicas interviniéndose los campos económico, social, político y de las mentalidades para el entendimiento de realidades siempre complejas, y se tornan comprensibles los procesos en sus diferentes duraciones (hechos, coyunturas,

estructura). Una idea atraviesa la obra como hilo conductor: el Neuquén no se explica por sí mismo, pese a sus peculiaridades. La historia patagónica, aseveran María Andrea y Pedro, se caracteriza por “...la importancia decisiva de las influencias externas...”.

La información basada en datos y los hechos que se consignan son los necesarios para tornar más comprensibles los procesos, y dentro de ellos los cambios, las permanencias. Sirven además para sustentar los propios juicios, las hipótesis y las conclusiones. Entiendo –cito a Hobsbawm- que “el pasado que estudiamos no es más que una construcción de nuestra mente” a partir de los datos de la realidad. Para ello es necesario –aconseja Hobsbawm- partir de la distinción entre “hechos comprobados y ficción”. Si la investigación histórica sería supone, exige el compromiso con un proyecto intelectual coherente, la elección de este camino habilitará para comprender con mayor claridad cómo el mundo –y en este caso la Patagonia y Neuquén- han llegado a ser lo que son hoy (Hobsbawm, *Sobre la historia*, pp. 8 y 10). En este sentido han trabajado los autores.

En síntesis, munidos de un sólido bagaje teórico metodológico nuestros jóvenes historiadores interrogan la realidad actual, compleja y contradictoria, para interpretar mejor el ayer e incursionan en el ayer para tornar más comprensible el hoy. No fragmentan su objeto de estudio en compartimientos estancos. Trabajan con visión holística, integral e integradora de los distintos campos de la realidad histórica. No privilegian los hechos y los datos; los utilizan para hacer más inteligibles los procesos. No manejan el tiempo único de la vieja y perimida historia política sino que desentrañan el interjuego de las distintas duraciones del tiempo histórico corporizado en la convivencia de los hechos, las coyunturas y las estructuras. Sobre la base del ejercicio de la objetividad –siempre relativa en la Historia porque el historiador es también un actor social inmerso en su época- explicitan sus propias conclusiones con el aval que otorga la indagación en libros y

documentos, y con la conciencia de que todo conocimiento científico es, por definición, inacabado, falible y perfectible.

Un estilo ágil, abonado con una escritura sencilla y sin rebuscamientos, caracteriza el contenido. Si a esto se agrega una evidente capacidad de síntesis que destierra toda sobrecarga informativa, se puede decir que *Confluencias* podrá leerse con rapidez y provecho, sin atentar contra los limitados momentos que se destinan al ocio reflexivo.

La actualizada orientación bibliográfica final sustituye con ventaja el aparato erudito, prescindible en una obra de divulgación, habilitando al lector para profundizar y ampliar sus conocimientos.

Los docentes y los alumnos podrán comprender y hacer comprender el mundo en que vivimos; podrán integrar a los diferentes actores sociales en el relato; encontrar ejemplos de atención global a los distintos tipos de problemas; pensar la historia desde una perspectiva múltiple, sin dogmatismos. Encontrarán material que les facilitará el planteo de preguntas, la formulación de hipótesis simples y la práctica para el desarrollo de la capacidad de análisis y síntesis. En el estudio de la provincia podrá complementar el uso de libros de textos escolares con temática específica.

Espero que este producto del esfuerzo intelectual y del cariño de los profesores Nicoletti y Navarro Floria por su tierra de adopción se sume al de otros destacados investigadores, quienes contribuyen con sus aportes para una mejor comprensión y aún más provechosa transformación de la realidad desde los diferentes actores sociales de la región.

Neuquén, febrero de 2000

Prof. Mario Gercek,
exsupervisor de Enseñanza Media (Área de Ciencias Sociales)
en el sistema educativo neuquino.

Introducción (edición 2000)

Vivimos en el Neuquén desde 1989, y como muchos de los inmigrantes que elegimos quedarnos aquí, buscamos explicaciones. La herramienta que tenemos a mano para encontrarlas, por nuestra formación y nuestra vocación, es la historia. Desde nuestra llegada hemos hecho docencia e investigación, y nunca hemos separado una cosa de la otra. La indagación en los archivos y las bibliotecas nos fue dando argumentos para el aula, y los desafíos cotidianos de nuestros alumnos y alumnas y del sistema educativo nos incentivaron para buscar y producir más y mejores materiales. Nuestros exalumnos de los CPEM 25, 26, 40, 41, 47, de la Escuela San Martín, de Cipolletti, del Carpe Diem, nuestros compañeros docentes con quienes compartimos largas jornadas de perfeccionamiento en toda la provincia, son el motivo y, sin excluir a nadie, los destinatarios principales de este esfuerzo.

Entender la historia del lugar donde vivimos sirve para planificar, para desarrollarse a partir del saber quiénes somos, cómo llegamos hasta aquí y cómo puede seguir la historia. Estamos absolutamente convencidos de que el conocimiento es una de las patas del desarrollo, una herramienta sin la cual se hace imposible la toma de decisiones. Y sabemos bien que nos ha tocado vivir un tiempo decisivo. Esto no debe formar parte solamente de la retórica política, sino que debe plasmarse en estrategias concretas: no tenemos futuro si no nos planteamos un mejoramiento y una extensión radical del sistema educativo neuquino. Hay demasiados chicos fuera de las aulas, y demasiados dentro de ellas que no acceden a los contenidos actualizados y relevantes que necesitan. Este trabajo es nuestro humilde aporte de hoy, que no nos exime de seguir en la brecha mañana y pasado mañana, para el mejoramiento de esa realidad crítica.

Aunque hace diez años que somos neuquinos, siempre mantuvimos nuestras raíces y afectos en Buenos Aires. Esto nos permite, si se quiere, al mismo tiempo que vivenciamos cosas aquí, tomar cierta distancia. ¿Y cómo se nos percibe a los neuquinos desde afuera? Como los últimos rebeldes de la Patagonia, capaces de organizar puebladas y movilizaciones inéditas. Como una sociedad de “frontera”, de inmigrantes ambiciosos, soñadores e insatisfechos. Como marcados por la cercanía y la hermandad con Chile y los chilenos. Como parte de una tierra rica y atractiva, pero que no necesariamente produce riqueza para todos los que vivimos aquí. Algo de todo eso tenemos, seguramente, los que llegaron hace mucho y los que llegamos hace poco.

Estas vivencias y percepciones nos han ayudado a hacernos preguntas, que son las cuestiones-eje de este trabajo. Una idea que lo atraviesa todo, como hilo conductor, es que el Neuquén no se explica por sí mismo. Nuestra formación —o deformación—americanista, quizá, nos lleva a comparar y a ver procesos similares en muchos otros lugares. Entonces, nada de lo que ocurre aquí es original, exclusivo o aislado. Aunque esto no nos inhibe de reconocer particularidades culturales e históricas. Neuquén no es diferente, no es una isla. De allí hemos deducido la necesidad de marcar períodos relacionados con cómo se inserta el Neuquén en su contexto nacional, regional y global. Si hay una característica que se imprime a toda la historia patagónica desde hace quinientos años, esta es la importancia decisiva de las influencias externas: del sistema colonial español, de los movimientos de los pueblos indígenas, de los procesos de formación de la Argentina y Chile, de las aspiraciones de las potencias del hemisferio norte, de los mercados internacionales de materias primas, de los planes nacionales y regionales de desarrollo y de integración, etc.

Acercando progresivamente la mirada a la dinámica del pasado inmediato y del presente, nos encontramos con una gran

diversidad de realidades y con contradicciones. La contradicción, por ejemplo, de una fuerte identidad provincialista capaz de confrontar con la Nación, pero que reproduce el centralismo hacia adentro, en las relaciones entre la capital y el interior neuquino. La contradicción entre un sentimiento de cierto rechazo a la inmigración chilena, y la imposibilidad de prescindir de nuestros hermanos trasandinos, reconociendo incluso las raíces comunes. La contradicción entre un discurso cerrado en la problemática de la soberanía territorial de la Nación, y la necesidad de la Provincia de contar con sus mejores tierras cordilleranas, con sus bosques y sus ríos. La contradicción entre el reconocimiento retórico de los derechos y las identidades de nuestros paisanos originarios, y su privación efectiva de un lugar en la educación, en el acceso a la tierra, en la justicia, en el sistema económico. La diversidad de las realidades locales hace que estas contradicciones se revelen de distintos modos y en distintos grados. En la medida de que cada comunidad local tome la iniciativa de contar su propia historia, podremos ir contestándonos estas cuestiones.

Pedro Navarro Floria y María Andrea Nicoletti.-

1. El poblamiento norpatagónico temprano y los primeros habitantes del Neuquén

Los profundos cambios climáticos ocurridos hace doce mil años atrás, tuvieron una importancia trascendente en la historia físico-ambiental de la Patagonia. La desglaciación de importantes masas de hielo en el continente a causa del aumento de las temperaturas fue el más importante de esos cambios para el surgimiento de la morfología y la vegetación tal como las conocemos hoy.

La benignidad del clima permitió la proliferación de árboles, arbustos y hierbas de los que se alimentaban animales como el perezoso gigante, el caballo enano y el guanaco. En este marco natural surgieron los primeros grupos de hombres cazadores y recolectores, adaptados a los ritmos que la naturaleza les presentaba en profunda relación con su ecosistema.

Si bien la relación entre los primeros hombres y la naturaleza podía considerarse armónica, era de esperar que la inteligencia humana provocara transformaciones sobre los elementos que el ambiente les proporcionaba, en la medida que éstas ayudaran a la satisfacción de sus necesidades básicas, por ejemplo el alimento y la vivienda. Las técnicas primitivas más difundidas y conocidas fueron la utilización del fuego, las técnicas de caza colectiva, y la elaboración de instrumentos de piedra y hueso como las puntas de flecha, los raspadores, los cuchillos, los molinos, las manos de moler, las piedras de boleadoras, las agujas, los punzones y los retocadores, estos tres últimos realizados con hueso.

Aunque la relación ecológica era armónica, las nuevas técnicas mencionadas tuvieron ciertos efectos sobre el entorno, dos de ellas determinantes: el fuego y la caza, que seguramente contribuyó para la extinción de la fauna prehistórica.

A partir de la adopción de la caza del guanaco podemos observar un modelo de uso de los recursos y del espacio, estabilizado hasta el

año 1000 dC aproximadamente. Desde entonces se habrían producido modificaciones en el aprovechamiento de los recursos y cambios en la movilidad y en los patrones de asentamiento. El uso del espacio llevó a diferenciar ciertos sitios como canteras y talleres, apostaderos de caza, habitaciones y sitios ceremoniales.

Dentro de ese primer gran período, aproximadamente entre el 8000 y el 2000 aC se pueden identificar varias tradiciones culturales convergentes sobre el Neuquén. La del Área Andina Septentrional, cuyo fechado más antiguo en la zona es del 5000 aC (en los niveles inferiores de Chenque Haichol, Depto. Picunches) corresponde a la presencia de cazadores-recolectores cuya dieta estaba compuesta por recursos procedentes de diferentes ambientes ecológicos. En el Área Andina Meridional, la región más trabajada es la próxima al lago Traful, en la cueva de Cuyín Manzano, donde aparece una secuencia que comienza alrededor del 7900 aC con grupos de cazadores que utilizaron cuchillos, raspadores y raederas principalmente. Y el Área Oriental: en la zona cercana a El Chocón, se pudo establecer una secuencia cultural desde el 2500 aC hasta el siglo XV de nuestra era, perteneciente a grupos recolectores (moluscos; huevos de avestruz) que complementaban su subsistencia con la caza.

Entre estos primeros cazadores y recolectores del Neuquén podemos identificar varias tradiciones, en función de sus actividades económicas: *tradición cazadora y recolectora no especializada*, *tradición monorrecolectora* y *cazadora no especializada* y *tradición cazadora especializada y recolectora*.

A los *cazadores y recolectores no especializados* podemos ubicarlos a lo largo del Limay, desde cerca de su nacimiento hasta la Confluencia. Estos contaban con instrumental generalizado como hachas de mano (*choppers*), raspadores, perforadores, cuchillos de dorso y lascas. Cazaban pequeños animales como el peludo, el tucutucu, el zorrino, etc., y recolectaban tanto moluscos de agua dulce (diplodón patagónico y chilina) como diversos frutos y

tubérculos. Posiblemente, su organización social -a juzgar por el tipo de asentamientos encontrados- no excediera la familia pequeña, de cinco a diez integrantes, ubicada en abrigos rocosos o aleros en forma estacional.

Los *cazadores no especializados y monorrecolectores* son llamados así porque centraban su sustento en el piñón del *pehuén* (*araucaria araucana*), además de cazar animales pequeños. Su principal fuente de recursos alimenticios -el piñón- era elaborada en forma de diversas comidas y bebidas. Lógicamente, estos grupos se ubicaban en la zona centro-oeste del Neuquén, en los valles poblados por pehuenes, desde el cajón de los Trolopes hasta el lago Lácar. En estos sitios fueron hallados instrumentos líticos y puntas técnicamente muy elaboradas junto a morteros, vasijas y vasos de piedra, que indican algún grado de sedentarización. Los principales sitios arqueológicos en donde se han hallado restos de esta tradición son el montículo Angostura (departamento Aluminé), Chenque Haichol (a cuarenta kilómetros al oeste de Las Lajas) y la mina de sal de Truquico (frente a Chos Malal).

En el lento transcurrir histórico los primeros grupos fueron evolucionando, con diversas características, pasando de cazadores y recolectores seminómades a agricultores sedentarios, como los mapuches y huilliches; otros, en cambio, soportaron profundos cambios culturales en sus costumbres, incluyendo la desaparición de su caza habitual, como les sucedió a los grupos tehuelches. Estos grupos no permanecieron aislados: construyeron intensas redes comerciales, sociales y culturales que sirvieron para enriquecer sus culturas y afianzar sus identidades comunitarias.

¿Quiénes eran estos grupos étnicos culturales que vivieron en la Patagonia norte y la región chilena de la Araucanía?

Quienes después fueron denominados con los nombres de pampas, ranqueles, mapuches, araucanos, hulliches, tehuelches y

pehuenches, no son sino agrupaciones procedentes de por lo menos tres familias étnicas: los *pámpidos*, los *huárpidos* y los *ándidos*.

Los *pámpidos* pueden ser ubicados en la llanura pampeana; eran cazadores especializados pues utilizaban puntas de proyectil adecuadas para la caza del guanaco, cuchillos de piedra de doble filo retocado, etc. Estos testimonios indican la aplicación de una tecnología más efectiva y delicada para la obtención de presas. Con el paso del tiempo dieron origen al grupo aborigen llamado querandí. Existió otro tipo étnico que contribuyó a la formación de los querandíes, se trata de los láguidos y fuéguidos de las provincias de Buenos Aires y Río Negro.

Los *huárpidos* de la zona cuyana y del Neuquén, con pautas de cazadores y recolectores, de los que derivan los pehuenches primitivos.

Y finalmente los *ándidos*, establecidos en ambos lados de la Cordillera, cultivadores rudimentarios, son los que luego van a conformar la etnia araucana. Esta última reconoce su origen en varias corrientes: por un lado, grupos paleoandinos y paleoamazónicos presentes tanto en Chile como en el noroeste argentino en el primer milenio de nuestra era. Por otro lado, corrientes andinas más tardías (entre el 900 y el 1480): hombres de Tiahuanaco, atacameños y diaguitas chilenos. La conquista incaica del valle central chileno (1480-1540) coincide con el momento de la formación de una nación mapuche que asimila la metalurgia del cobre y se pone en contacto más frecuentemente con la gente de la Pampa, del río Negro (puelches) y del Neuquén (pehuenches).

Si bien todos estos grupos proceden de sólo tres familias, la Patagonia parece estar poblada por un sinnúmero de nombres que se multiplican de acuerdo a cada viajero, observador y científico. Es importante aclarar de dónde proceden entonces las denominaciones que comúnmente encontramos: los *pehuenches* son los grupos habitantes de los Andes entre los 37 grados sur y el lago

Huechulafquen, y de sitios dispersos en Ñorquín y Nahuel Huapi; los *chiquillanes* son los habitantes situados al norte de los primeros; los *puelches* se situaban entre los ríos Negro, Limay y Chubut y la costa atlántica; se denomina *che-het* a los indígenas de la costa marina del Salado al Chubut, formando con los anteriores la nación de lengua pampa conocidos como “serranos”; los “pampas primitivos”, habitantes de la llanura al norte del río Negro, divididos en *taluhet* y *dihuihet* y los “patagones”, también llamados *tehuelches*, al sur del Chubut.

Los principales estudiosos de los grupos indígenas patagónicos establecen su propia clasificación, que es la generalmente utilizada en la actualidad. Salvador Canals Frau divide, a su vez, a los indígenas patagónicos en tres grandes grupos: *chom* (onas y tehuelches), *puelches-guénaken* y *pampas*. Milcíades Vignati distingue, entre los pehuenches de la cordillera, a los primitivos de los araucanizados posteriormente. Rodolfo Casamiquela sitúa dos grandes grupos: los tehuelches septentrionales (puelches o serranos del sur de Buenos Aires); y los tehuelches meridionales, también llamados patagones por los españoles. Los araucanos, llamados así por los españoles, habitaban el lado chileno entre los 36 y los 42 grados sur, expandiéndose posteriormente al norte y al este. Los de la parcialidad luego llamada *huilliche* habrían sido los primeros en pasar al Neuquén. Con ellos pasó su lengua, que fue progresivamente araucanizando toda el área indígena del sur argentino y generando múltiples denominaciones con significado específico: *puelche* (gente del este), *moluche* (gente del oeste), *picunche* (gente del norte), *huilliche* (gente del sur), *viriloche* (gente del otro lado del Limay, es decir, tehuelches), *pehuenche* (gente del pinar), *chaziche* (gente de las salinas), *ranculche* (gente de los carrizos, por deformación, luego llamados ranqueles), *leuvuche* (gente del río, en este caso del río Negro), y los *mapuche* (gente del país o paisano).

Los pueblos que habitaron la región antes del proceso de araucanización no pueden ser estudiados como un todo homogéneo, pues existían diferencias o particularidades en sus pautas culturales. Pero a pesar de la diversidad todos ellos compartían las características de los pueblos cazadores y recolectores.

El grupo más destacado de cazadores recolectores específicamente del Neuquén han sido los *pehuenches primitivos*, habitantes del espacio cordillerano poblado de araucarias. Si bien fueron una cultura de montaña, al estar relacionados por su actividad ganadera con las culturas de la llanura tomaron de ellas la forma de apropiación de los recursos bajo la cual construyeron su sociedad y su cultura.

El ciclo ganadero que seguían los llevaba a los valles de los ríos y lagunas en el invierno, donde se resguardaban de la nieve, al pie de la montaña en primavera y verano, y a lo alto de la Cordillera, donde crecen los pinares, en otoño.

Las comunidades estaban básicamente nucleadas en familias, con cierta autonomía económica y bajo la autoridad de un jefe. La familia era patrilineal: se ampliaba con el casamiento de los hijos varones, que seguían bajo dependencia paterna. La actividad económica principal, como recolectores especializados, era la recolección del piñón a fines del verano y principios del otoño. Se realizaba sin dañar las ramas del pehuén, sacudiéndolas mediante cuerdas con piedras en la punta. El almacenamiento se hace, aún hoy, en silos cavados bajo tierra y cubiertos con piedras y tierra aislante, haciendo correr luego por encima un pequeño curso de agua para conservar frescos los frutos. Una parte de lo obtenido se destinaba al intercambio con otros aborígenes o con los blancos. Al depender de ella la supervivencia del grupo, la recolección era una actividad realizada por todos los miembros disponibles, ardua e intensivamente, en forma comunitaria. Todavía se conservan, en el área cordillerana, muchas de estas modalidades.

Su forma de entender al hombre y al mundo natural y sobrenatural se relacionaba con su forma de subsistencia cazadora-recolectora. En ese sentido, no tomaban distancia de la naturaleza para entenderla como algo ajeno a ellos, susceptible de ser contado, medido y regido por leyes. El cosmos se entendía como poblado de entidades con espíritu y voluntad propia -animales, árboles, etc.-, y de manifestaciones visibles de fuerzas capaces de manejar la naturaleza a su antojo -rayos, nevadas, etc.-.

Otro aspecto importante se refiere a la animización de los elementos de la naturaleza, existiendo un particular respeto hacia ellos: antes de recolectar piñones, por ejemplo, se pedía permiso al árbol, o para cruzar un río se pedía anuencia a su espíritu y se arrojaba una pequeña ofrenda. Hay espíritus señores de los cuatro puntos cardinales: el norte y el oeste son dominios de la muerte, el sur es la tierra de la sabiduría y en el este está la fuerza, la salud y la vida. Hay relación entre esto y el curso del sol. La inexistencia de un ser supremo que rigiera sobre otros puede reflejar la experiencia social de no tener un jefe estable y general.

Sentían un profundo respeto por la tierra pues era la madre que los cobijaba y protegía, les daba medios de subsistencia. Existía la noción de propiedad comunitaria del territorio, sectores bien definidos de los bosques de pehuén era considerados como propios y cualquier intromisión generaba una respuesta violenta. Las agrupaciones del norte extraían -como hemos visto- y consumían sal gema de Truquico, considerando este lugar como territorio propio. En tanto que los de más al sur necesitaban sal y podían obtenerla por dos medios: trueque por piñones u otros elementos, o el uso de medios no pacíficos. En cualquier caso se puede ver claramente que la ocupación y expansión territorial se sustentaba únicamente en razones de supervivencia.

Los recolectores y cazadores especializados, ubicados en el sur de la provincia -entre el río Traful y el lago Nahuel Huapi-, obtenían

la base de su sustento de la caza del guanaco. Ésta se complementaba con la de otras presas: puma, peludo, etc., y con una recolección vegetal muy variada. Podemos suponer que estos grupos -familias nucleares de diez o doce miembros- se trasladaban siguiendo los ciclos estacionales de caza: en verano hacia las alturas de la precordillera y en invierno hacia los valles.

Para el momento del contacto con los españoles, los grupos primitivamente cazadores y recolectores habían incorporado nuevos rasgos culturales, por desarrollo propio y por influencia de otros grupos. Los huarpes, ubicados en el extremo norte y en el noreste del Neuquén, además de Cuyo, eran grupos con economía variada. Cazaban guanaco, liebre, zorro, perdiz y otras aves chicas, ñandú, con procedimientos similares a los de otros pueblos, y complementariamente pescaban. El aporte más interesante de este grupo es la agricultura rudimentaria, que no llegó a ser su base de sustento sino una actividad más. Trabajaban bajo riego por acequias, cultivando maíz, quinoa, poroto y zapallo. También recolectaban las vainas del algarrobo, que luego canjeaban por vestimenta o comida.

Los puelches, en cambio, constituían bandas nómades que transportaban todos los elementos útiles para su vida cotidiana. En grupos relativamente pequeños -de quince a treinta personas-, se dedicaban principalmente a la caza de varios animales: guanaco, puma, ñandú, vizcacha, zorro y algunas aves. Aprovechaban en forma integral las piezas obtenidas, en la vivienda (toldos de cueros), la vestimenta (de pieles) y para untarse el cuerpo con grasa, lo que impedía a la presa olfatear al hombre y le servía a éste para conservar el calor corporal. Manejaban con destreza el arco, alto como una persona y con cuerda de tripa, y las flechas, de unos 90 cm, que llevaban a la espalda en un carcaj tejido. La introducción del uso de la boleadora es más tardía, quizás proveniente de grupos de la Pampa.

En el siglo XVI, los conquistadores españoles de Chile identificaron a los pehuenches como físicamente distintos de los indígenas araucanos, de lengua propia, y habitando un área coincidente con la ya dicha de los recolectores de piñón: del cajón de los Trolopes al lago Lácar. Posteriormente, se habrían expandido hacia el Biobío, Villarrica (Chile) y el Nahuel Huapi, y eran los proveedores de sal del sur de Chile a través de la Cordillera. Según Gregorio Álvarez, su ámbito principal de trashumancia y su hábitat primitivo era el norte neuquino, entre el río Barrancas y Pino Hachado. En 1746, el padre Cardiel los ubica entre el río Atuel y el lago Huechulafquen, dando origen a la ubicación tradicional. El Pehuén Mapu sigue siendo, dice Álvarez, la cuenca del Aluminé.

Los tehuelches, como los llamaban los mapuche, eran aquellos denominados “patagones” en su encuentro con los españoles, y en su propia lengua se denominaban *chon*, o sea “hombre”. Estos grupos hablaban una misma lengua con varios dialectos que podemos clasificar, para el momento de la conquista española, en tres subgrupos principales: los *aonikenk*, en Santa Cruz y principalmente en las costas, fueron los que tomaron contacto con los navegantes; los *günüin a küna* se extendían desde el centro medio del Chubut hasta Tandil; y los *chehuache kenk* cerca de la Cordillera. Rodolfo Casamiquela los agrupa en tehuelches septentrionales (*günüin a küna* y *chehuache kenk*) y tehuelches meridionales (*aonikenk*). Los tehuelches del norte asimilaron el caballo, y los del sur siguieron siendo mayoritariamente indígenas de a pie hasta mediados del siglo XVIII.

Los poyas del Nahuel Huapi, los indígenas altos que evangelizó el padre Nicolás Mascardi, fueron identificados por Vignati como tehuelches y más precisamente por Casamiquela como tehuelches septentrionales, de raza pámpida o patagónica y de cultura cazadora superior. Son poyas también, o más precisamente, pertenecieron al área poya los *vuriloche*s (“gente de adentro”) que le

dieron nombre al paso de la Cordillera encontrado por el Padre Guillermo.

Los tehuelches fueron originariamente cazadores seminómades, especializados en la caza del guanaco y del avestruz, añadiendo la recolección de raíces, semillas -con las que hacían harinas- y pescado, mariscos y el aprovechamiento de las ballenas que recalaban en la costa. Tras la araucanización se intensificó el uso de la boleadora, elemento que con la incorporación del caballo resulta más efectivo para la caza. Hacían charqui -carne salada y seca- molido, utilizaban la forma de cocción por piedras calientes y hornos subterráneos y preparaban bebidas con jugos de plantas no fermentadas.

La caza era una actividad grupal. Para ello utilizaban el arco realizado con cuerdas de tripa de guanaco, con flechas cortas de caña, punta de piedra o hueso, boleadoras, macanas y cuchillos de concha, piedra o metal si lo obtenían del comercio con los blancos. Se destacaban en la fabricación de flechas, boleadoras y arcos mientras que la mujer preparaba las pieles y las cosía, utilizándolas de manta. El hombre era el responsable de la caza y la mujer se dedicaba a las tareas familiares, como el cuidado de los hijos y el toldo. La caza del guanaco se hacía de varias formas: usando un guanaco pequeño como señuelo, o bien persiguiendo a la manada, o acechando individualmente. La caza del ñandú era fundamentalmente al acecho: el hombre se ocultaba detrás de un palo con un penacho de plumas, y se iba acercando sigilosamente al animal.

La dispersión de los distintos grupos tehuelches en el espacio patagónico estaba directamente relacionada con la distribución del guanaco. Los guanacos preferían los ambientes frescos y secos, sin insectos, por lo que no ocuparon la Pampa húmeda. Los cazadores tehuelches conocían bien sus patrones de desplazamiento, que en general iban desde los bordes cordilleranos en el verano y otoño, hasta

las costas atlánticas en el invierno, pasando por las estepas en la primavera.

La vivienda era el paravientos de cuero y el toldo, que tenía una división entre mujeres y varones. La influencia araucana modificó el toldo en cuanto al tamaño, ampliándolo. Se sostenía con palos decrecientes hacia atrás y se cerraba con una cortina de cuero por delante. Su vestimenta fue básicamente de piel, y utilizaban adornos, pinturas y plumas.

La sociedad tehuelche estaba organizada por clanes y familias, polígamas en la medida de las posibilidades económicas, pues el matrimonio se efectuaba por compra. Se formaron cacicatos con territorios delimitados. Los padres ejercitaban a sus hijos desde pequeños en la equitación, el tiro de boleadora y el lanzamiento con arco y flecha. Alrededor de los veinte años se incorporaban a los guerreros. Cuando las niñas entraban en la pubertad, se realizaba una fiesta en su honor que se desarrollaba en torno a la “casa bonita”. Desde ese día la joven podía contraer matrimonio. La elección de los novios era asunto de los interesados, pero el joven podía obtener el consentimiento de los padres mediante obsequios. Entregados éstos, se realizaba la unión matrimonial sin otra ceremonia que la ocupación del toldo.

Su religión reconocía a un ser supremo y un ser maligno con una rica mitología. Existieron los hechiceros como intermediarios divinos y como curanderos. Los muertos eran enterrados en posición extendida en las cimas de las colinas, cubriéndolos con piedras. Dichas tumbas eran denominadas *chenques*.

Los tehuelches se destacaron por su buena relación con los españoles y criollos. Se mostraron solidarios con los navegantes y exploradores. Poseían un gran sentido de la hospitalidad y camaradería, tal como relatan las crónicas de los navegantes que con ellos se encontraron. En cambio entre españoles y araucanos, la hostilidad fue más abierta.

Los españoles, a su llegada a Chile en el siglo XVI, llamaron “araucanos” a un conjunto de tres parcialidades indígenas íntimamente emparentadas por su origen y por su lengua: los *picunche* (“gente del norte”), entre los ríos Maule y Biobío; los *mapuche* (“gente de la tierra”), entre el Biobío y el Toltén; y los *huilliche* (“gente del sur”), desde el Toltén hasta el seno de Reloncaví.

Sobre estas poblaciones y hacia el último cuarto de siglo XV se había producido la conquista inca del territorio chileno, durante el reinado de Tupac Inca Yupanqui, y es posible establecer que hasta el río Maule o el Biobío llegaban influencias incaicas en cuanto a las técnicas de cultivo, tributación, ganadería, metalurgia y la presencia física de tropas del imperio. Por lo tanto existió una dominación y los araucanos fueron obligados a producir un excedente que se llevaban los incas.

La otra zona estaba al sur del Biobío y en ella la agricultura existía en estado incipiente. La organización social consistía en el *rehue* o *lov*, agrupación de unas cincuenta viviendas como máximo y dependiente de un jefe. En algunas ocasiones se congregaban en un *aillarehue* para fines defensivos, eligiéndose un jefe en forma consensuada. Esta primera aproximación presenta una imagen de diversos grupos aborígenes que puede considerarse estática en cuanto a la determinación territorial y los patrones culturales. No se verifican movimientos de pueblos de gran relevancia, pero esta situación de “quietismo” -que no fue total pues ya vimos cómo se desplazan los cazadores- iba a sufrir modificaciones con la inclusión de dos factores: el contacto de alguno de estos grupos con el español y la adopción del caballo en la vida cotidiana de los aborígenes.

La característica económica más corriente era la producción familiar para la subsistencia. Cada comunidad contaba con recursos naturales tales como tierras arables, pasturas, aguadas o terrenos de caza y recolección. Los intercambios solían darse como resultado de

alianzas matrimoniales -pago de dotes-, regalos u otras formas de mantener la paz entre diferentes grupos o linajes.

Los mapuche lograron un alto nivel de manejo del bosque frío y húmedo y de la selva en su ámbito original, el centro-sur de Chile. La tierra era de la comunidad, y su trabajo comunitario y equilibrado, en pequeña escala y utilizando fertilizantes orgánicos, les permitió la subsistencia de más de un millón de personas, con una economía abundante y una forma de asentamiento dispersa. La más compleja de las actividades económicas de subsistencia fue la agricultura de tala y roce. Ésta consiste en el desmonte de un sector de bosque o selva, la quema controlada de los restos, la utilización de las cenizas como fertilizante y el cultivo en el sector desmontado.

La situación de los jefes mapuche consistía en la posesión de una autoridad no estructurada en forma rígida, ya que de hecho no existía la noción de una autoridad máxima para todos los clanes y linajes. En el caso de cada clan el jefe detentaba su puesto como representante y portavoz de todos los miembros en función de su elocuencia y riqueza. Esta riqueza se medía según la cantidad y calidad de la vestimenta y joyas que poseía y en el número de esposas que podía mantener. A pesar de no existir una jefatura superior los araucanos hicieron reuniones generales en las que linajes y clanes se encontraban con diferentes propósitos.

Las creencias de los mapuche se fundan en un dualismo, pues toda su conducta moral asume la forma de una oposición constante entre el bien y el mal, existiendo sanciones sobrenaturales por los deberes incumplidos de cada individuo. También es dual la orientación para optar entre lo correcto y lo incorrecto, que proviene desde la historia ancestral de la etnia y se alimenta de todas las experiencias pasadas. Para los mapuche los ancestros representan la historia total de su cultura y constituyen una fuente de conocimiento para todo el pensamiento y acción de los hombres. Este pasado se incorpora a través del mito, la narración con enseñanza, las

ceremonias, y llega a conformar un panteón de divinidades. De acuerdo con Gregorio Álvarez, en el panteón mapuche se expresa una jerarquización que encabeza un dios superior -*Nguenechén*-, secundado por dioses menores que dominan las fuerzas de la naturaleza como sirvientes dóciles del ser superior. Asimismo aparecen muchas otras divinidades o seres sobrenaturales de escasa importancia y casi todos desagradables o peligrosos, denominados *wekufu* o *wekufe*.

La ceremonia de mayor significación es el *nguillatún*, rogativa que se realizaba y se realiza anualmente en los primeros meses o cada año y medio. Está destinado a solicitar a *Nguenechén* -el dios supremo- su misericordia e intervención para lograr buenas cosechas, salud para todos los que intervienen, abundancia de agua en todo el año, protección para el ganado y prosperidad en general. Dado que no existen templos o construcciones ceremoniales fijas la rogativa se hace en una *milla leufun* o “pampa de oro”, cercana a un curso de agua. Además de ser una ceremonia religiosa, el *nguillatún* sirve como espacio de encuentro social de varios linajes y familias, ocasión para dejar de lado rencillas y formalizar matrimonios. Su nombre tehuelche, por el cual se la conoce en amplias zonas de la Patagonia incluido el Neuquén, es *camaruco*.

Indígenas, aborígenes, pueblos originarios

Una breve pero necesaria nota aclaratoria

Los modos en que nos tratamos entre las personas y las comunidades son, a menudo, conflictivas y controvertidas. En la historia, cada vez que han confrontado culturas, el *otro* ha sido invocado con palabras que, precisamente por ser otro *distinto*, reflejan en mayor o menor medida la incompreensión, la incomunicación, las dificultades para convivir, la disputa por el espacio o los recursos, el desprecio o la admiración, en fin, la mezcla de sentimientos e ideas que comporta el contacto interétnico. Hoy existen argentinos que llaman *ponja* a los japoneses, *chinos* a los coreanos, etc. En la época de la inmigración

masiva, hablábamos de *tanos*, *gallegos*, *gringos*, y *turcos*. Los europeos, cuando llegaron a América, la confundieron con el oriente asiático y la incluyeron en las Indias. Los americanos, entonces, fueron llamados *indios*. O también *indígenas*, que significa originarios de las Indias.

Otro problema lo constituye la aceptación de cada denominación por cada comunidad. De hecho, muchos de los pueblos americanos no admiten ser llamados *indios*, pero sí admiten ser *indígenas*. Este criterio lo hemos tenido en cuenta al escribir este trabajo. También utilizamos la denominación *pueblos originarios*, dado que, si bien en la Prehistoria lejana todos hemos sido migrantes y todos venimos de alguna parte, la mayoría de esos pueblos han sido los primeros pobladores de sus tierras. Exactamente lo mismo que *originarios*, es el significado de *aborígenes*, que significa “desde los orígenes”, pero hemos preferido no hacer uso de este término por respeto a las preferencias de las mismas comunidades denominadas.

Los pueblos originarios también se daban nombres entre ellos. Los mapuche (gente del país) por ejemplo, que extendieron su lengua mucho más allá de la Araucanía original, denominaron de distintos modos a las comunidades que los rodeaban:

- Puelche = gente del este;
- Moluche = gente del oeste (Chile);
- Picunche = gente del norte;
- Huilliche = gente del sur;
- Vuriloche = gente del otro lado;
- Pehuenche = gente del pinar;
- Chaziche = gente de las salinas;
- Ranculche = gente de los carrizos (por deformación, luego llamados ranqueles);
- Leuvuche = gente del río (Negro);
- Tehuelches = gente del borde (de la cordillera).

Como vimos, los tehuelches no se llamaban así a sí mismos, sino que esta es una denominación impuesta. Sin embargo, ha sido aceptada y todos sabemos a quiénes se refiere. El juego de las identidades y los nombres, evidentemente, es mucho más complejo de lo que parece a primera vista, como ha estudiado Lidia Nacuzzi en su libro *Identidades impuestas*.

Testimonios

EL ORIGEN DEL MUNDO PARA LOS TEHUELCHES: KÓOCH, EL CREADOR DE LA PATAGONIA

Según dicen los tehuelches, hace muchísimo tiempo no había tierra, ni mar, ni sol... solamente existía la densa y húmeda oscuridad de las tinieblas. Y en medio de ella vivía, eterno, Kóoch. Nadie sabe por qué, un día Kóoch, que siempre se había bastado a sí mismo, se sintió muy solo y se puso a llorar. Lloró tantas lágrimas, durante tanto tiempo, que contarlos sería imposible. Y con su llanto se formó el mar, el inmenso océano donde la vista se pierde.

Cuando Kóoch se dio cuenta de que el agua crecía y que estaba a punto de cubrirlo todo dejó de llorar y suspiró. Y ese suspiro tan hondo fue el primer viento, que empezó a soplar constantemente, abriéndose paso entre la niebla y agitando el mar.

Algunos dicen que fue así, por los empujones del viento, que la niebla se disipó y apareció la luz, pero otros opinan que fue Kóoch el inventor de la claridad. Cuentan que, en medio de agua y envuelto en la oscuridad, deseó contemplar el extraño mundo que lo rodeaba. Se alejó un poco a través del negro espacio y, como no podía ver con nitidez, levantó el brazo y con su gesto hizo un enorme tajo en las tinieblas. Dicen también que el giro de su mano originó una chispa, y que esa chispa se convirtió en el sol.

Xáleshén, como llaman los tehuelches al gran astro, se levantó sobre el mar e iluminó ese paisaje magnífico: la inmensa superficie ondulada por el viento, cuyo soplo retorcía cada ola hasta verla deshacerse bajo su tocado de espuma.

El sol formó las nubes, que de allí en más se pusieron a vagar, incansables, por el cielo matizando el agua con su sombra, pintándola con grandes manchones oscuros. Y el viento las empujaba a su gusto, a veces suavemente y a veces en forma tan violenta que las hacía chocar entre sí. Entonces las nubes se quejaban con truenos retumbantes y amenazaban con el brillo castigador de los relámpagos. Luego Kóoch se dedicó a su obra maestra. Primero hizo surgir del agua una isla muy grande, y luego

dispuso allí los animales, los pájaros, los insectos y los peces. Y el viento, el sol y las nubes encontraron tan hermosa la obra de Kóoch que se pusieron de acuerdo para hacerla perdurar: el sol iluminaba y calentaba la tierra, las nubes dejaban caer la lluvia bienhechora, el viento se moderaba para dejar crecer los pastos... la vida era dulce en la pacífica isla de Kóoch. Entonces el Creador, satisfecho, se alejó cruzando el mar. A su paso hizo surgir otra tierra cercana y se marchó rumbo al horizonte, de donde nunca más volvió.

Y así hubieran seguido las cosas en la isla de no ser por el nacimiento de los gigantes, hijos de Tons, la Oscuridad. Un día uno de ellos, llamado NóshTex, raptó a la nube Teo y la encerró en su caverna. Sus hermanas buscaron a la desaparecida a lo largo y a lo ancho del cielo, pero nadie la había visto. Entonces furiosas, provocaron una gran tormenta. El agua corrió sin parar desde lo alto de las montañas, arrastrando las rocas, inundando las cuevas de los animalitos, destruyendo los nidos, arrasando la tierra en una inmensa protesta... Después de tres días y tres noches, Xáleshen quiso saber el motivo de tanto enojo y apareció entre las nubes. Enterado de lo sucedido, esa tarde, al retirarse detrás de la línea donde se junta el cielo con el mar, le contó a Kóoch las novedades y Kóoch contestó:

“Te prometo que, quienquiera que haya raptado a Teo, será castigado. Si ella espera un hijo, ése será más poderoso que su padre.”

A la mañana siguiente, apenas asomado, el sol comunicó la profecía a las nubes agolpadas en el horizonte y éstas, enseguida se lo contaron a Xóchem, el viento, que corrió hacia la isla y difundió la noticia aquí y allá anunciándola a quien quisiera oírlo. Y el chingolo se lo contó al guanaco, el ñandú al zorrino, el zorrino a la liebre, al armadillo, al puma. Después Xóchem sopló el mensaje en la puerta de las cavernas de los gigantes, para que no quedara nadie sin enterarse.

Así escuchó NóshTex las palabras de Kóoch, y tuvo miedo de su pequeño enemigo, que ya vivía en el vientre de Teo. “Voy a matarlos”, pensó, “voy a matarlos y a comérmelos a los dos”. Golpeó salvajemente a Teo mientras dormía, arrancó al niño de sus entrañas y, sin mirar a su hijo abandonado en el suelo de la caverna, la despedazó. Pero alguien más, adentro de la cueva había escuchado a Xóchem. Era Terr-Werr, una

tuco-tuco que vivía en su casa subterránea excavada en el fondo de la gruta. Dicen que fue ella la que salvó al bebé, la que, sigilosamente, en el mismo momento en que el monstruo levantaba a su hijo para devorarlo le mordió el dedo del pie con todas sus fuerzas, la que escondió al niño debajo de la tierra antes de que el gigante pudiera reaccionar. Sin embargo, el refugio era demasiado precario. Nóstex cruzaba la caverna haciéndola temblar con sus pasos de gigante, recorría la isla buscando al cachorrito que apenas había visto, a ese hijo que en cuanto creciera iba a traicionarlo.

Entonces Terr-Werr pidió ayuda al resto de los animales: ¿dónde esconder al bebé?, ¿cómo ponerlo a salvo del gigante?

Cuentan que todos los animales hicieron una asamblea para discutir el asunto. Que Kíus, el chorlo, era el único conocedor de la otra tierra que, más allá del mar, había creado Kóoch antes de recluirse en el horizonte, y que propuso enviar allí al niño. Así comenzaron los preparativos para la fuga secreta.

Una madrugada, cuando el hijo de Teo y el gigante estuvo listo para partir, Terr- Werr lo llevó hasta las inmediaciones de una laguna y lo escondió entre los juncos. Desde allí llamó a Kíken, el chingolo, para que a su vez transmitiera el mensaje: todos los animales fueron convocados para escoltar al niño. Algunos, como el puma, se negaron. Otros como el ñandú y el flamenco llegaron demasiado tarde. El zorrino iba tan contento al encuentro de la criatura que, interceptado por el gigante no supo guardar el secreto.

Así enterado, Nóstex se dirigió a grandes pasos hacia la laguna, pero el pecho-colorado instruido por Terr-Werr, lo distrajo con su canto. Por eso no llegó a tiempo para ver cómo el cisne se acercó al niño nadando majestuosamente y lo colocó sobre su lomo, ni cómo carreteó para luego levantar vuelo. Sólo alcanzó a distinguir en el cielo un pájaro blanco que, con su largo cuello estirado y las patas desplegadas, volaban decididamente hacia el oeste. Así en su colchoncito de plumas, se alejaba el protegido de Kóoch hacia la tierra salvadora de la Patagonia.

Julia SALTZMANN, *Leyendas de la Patagonia*, 1997.

EL ORIGEN DEL MUNDO PARA LOS MAPUCHES: TRENTRÉN Y CAICAI

Esto pasó en los tiempos de antes, cuando sólo había reché, los antiguos y verdaderos mapuches.

Si no llovía se hacía una gran rogativa. Había que ir al lago Lácar y golpear el agua con ramas de pehuén para que vinieran la lluvia. Y después, cuando venía la tormenta, había que estar a pura panza no más. Nada de protegerse con un toldo o ponerse reparo.

Decían los abuelos, cosas que a ellos les habían contado, que una vez apareció un hombre que decía que era el comandante de Nguenechén. Contó que se iba a enojar Caicaifilú y todo se iba a inundar. Había que ir a la mahuida Trentrén para salvarse.

Se cansó el hombre de hablar, pero nadie le hacía caso y se fue.

Ese año hicieron la rogativa. Y llovió y llovió. No sabían que hacer para que no diluviara más. Y ahí fue cuando la Caicaifilú, que vivía en el fondo del lago y estaba muy rabiosa con los mapuches, empezó a golpear el agua con su cola para hacer subir más el agua todavía.

La Caicaifilú llamaba al Pillán del Mahún.

Y los mapuches disparaban por todos lados. Algunos se acordaron del mandato de Nguenechén y empezaron a subir al Trentrén. También iban los animales como el chioque, luan, pudú, pangui, nahuel... Sombrero de palo tenían que ponerse para subir, si no Antü los dejaba sin pelos. De esa vez quedaron con el color de piel oscura, por estar cerca del sol.

Los mapuches que caían al agua, se hacían peces y los animales, rocas.

Tanto batifondo armo Caicaifilú que Trentrén se despertó. Estaba en su cueva, en la punta de la montaña. La Trentrén, para que los hombres y los animales no se murieran se encorbaba y así subía la mahuida. Todo se había inundado y sólo el cerro flotaba. Pero la Caicaifilú se revolcaba y levantaba el agua.

La filú buena gritaba:

- ¡Trentrentrentren!

Y la montaña subía.

La filú mala decía:

- ¡Caicaicaicai!

Y aumentaba el agua.

Mucho tiempo dicen que duró la pelea. Pasó entonces que la Caicai quiso ir a sacar a los mapuches de la cueva del Trentrén, donde se habían metido. Se enroscó en una roca muy grande para poder llegar hasta arriba. Pero Tréntren le dio un golpe con la cola y la tiró al fondo del lago.

Ahí cayó la filú y la roca encima. Murió. Al poco tiempo dejó de llover.

Entonces los mapuches hicieron una gran rogativa para agradecer a Trentrén por haberlos salvado de Caicaifilú.

Dicen que esa montaña está apoyada en cuatro patas y si vuelve a diluviar se va a levantar de nuevo.

Hay varios Trentrén por San Martín de los Andes, Junín, Bariloche, Aluminé y también en Chile. Hay piedras con formas de animales que están en las islas de los lagos que son de los animales del tiempo de antes. Quedaron así desde el diluvio.

Y esta es la historia que pasó hace tantísimo tiempo, cuando sólo había mapuches..

Testimonio recopilado por César Fernández, 1989. César A. FERNÁNDEZ (ed.), *Cuentan los mapuches*, 1995.

2. Neuquén en la frontera hispano-indígena

2.a. *Los conquistadores y esclavistas que vinieron desde Chile*

El panorama inicial del poblamiento indígena a ambos lados de los Andes se vio alterado y puesto en movimiento durante el siglo XVI con la llegada de los conquistadores españoles al Río de la Plata y a Chile.

La exploración española de la Patagonia comenzó desde el Atlántico. En 1534, el emperador Carlos de Habsburgo dividió la porción española de América del Sur entre cuatro “adelantados”: de norte a sur, Francisco Pizarro, Diego Almagro, Pedro Mendoza y Simón Alcazaba. A este último le correspondía conquistar y poblar desde el paralelo de los 36 grados de latitud sur hasta el Estrecho de Magallanes. Organizó su expedición en España y llegó a explorar el Estrecho y la costa patagónica, naufragando luego. Inmediatamente después, en 1536, el obispo de Plasencia, Gutierre Varga Carvajal, capituló a nombre de su hermano Francisco Camargo, que a su vez transfirió la empresa a Francisco Rivera. La expedición también naufragó en el Estrecho, pero algunos de sus sobrevivientes habrían recorrido el sur chileno. Más tarde, desde el Río de la Plata, el gobernador de Buenos Aires Hernando Arias de Saavedra en 1604, y Jerónimo Cabrera en 1620, alcanzaron el río Negro buscando la Ciudad de los Césares. Esta corriente de conquista no tuvo impacto ni presencia en el Neuquén.

Las expediciones españolas a la Patagonia buscaron conocer aquellas tierras legendarias, codiciadas por los enemigos de la Corona. Pero su inmensidad, la hostilidad del medio y el temor que les inspiró, hicieron que sus habitantes parecieran gigantes, sus tierras inservibles y su clima inhabitable. De esa primera experiencia surgió toda una *ecología fantástica*, que hablaba de hombres con

cola, peces que atacaban a los hombres, sirenas y monstruos con cabeza humana.

Desde la entrada del capitán Francisco César, lugarteniente de Gaboto, que se internó en la Pampa en 1529 recogiendo también vagas referencias a la riqueza de los incas, se produjo una verdadera mezcla de datos y transposición de nombres, que dieron por resultado la leyenda acerca de una supuesta Ciudad de los Césares. Luego de los naufragios de las expediciones de Alcazaba y del obispo de Plasencia en el Estrecho, las noticias se hicieron aún más confusas y se tendió a situar geográficamente a la ciudad imaginaria en algún lugar de la Patagonia. Todavía en el siglo XIX aparece mencionada en algunos mapas y libros.

Por la vía del Pacífico, desde el Cuzco, bajó primero Pedro Valdivia, que fundó en Chile Santiago del Nuevo Extremo en 1541. Luego de unos años en el centro de Chile, Valdivia fundó, en 1550, Concepción, y en 1552 La Imperial, a orillas del Cautín. Envío a sus capitanes Jerónimo Alderete al sur (fundó Valdivia y Villarrica en 1552), Francisco Aguirre al Tucumán (fundó Santiago del Estero, primera ciudad argentina, en 1553) y Pedro Villagrán al Estrecho. En Chile se abría entonces la primera etapa de actividad bélica contra los araucanos, con enfrentamientos aislados como la batalla de Toltén (1551), y hasta la sublevación general encabezada por el cacique Lautaro (1553-1557), que causó la muerte de Valdivia en Tucapel, la destrucción de Concepción, la muerte de Lautaro y finalmente la refundación de las ciudades destruidas y la muerte del caudillo araucano Caupolicán. El estado de guerra se mantuvo en la frontera chilena hasta fines de la década de 1570, pero ya no peligraría la presencia española en las principales ciudades.

¿Qué incidencia tuvo esta presencia española del centro-sur chileno, en el actual Neuquén? Algunos historiadores interpretan que Alderete fue enviado o quiso buscar un puesto de avanzada que conectara a Chile con el Atlántico más al sur del Tucumán. Así, tras

fundar Villarrica, habría sido el primer español en poner su pie en el Neuquén, entreviendo un camino que en la época se llamó “jornada de la sal”. Quizás era el camino a las salinas de la Pampa, o a las del centro neuquino. En un segundo momento, el Neuquén fue penetrado por diversas expediciones esclavistas.

Inicialmente los conquistadores españoles del sur de Chile organizaron su propia economía de subsistencia, volcando el mayor esfuerzo a la minería de metales preciosos. Ese fue el objetivo primordial de la primera etapa de la conquista en toda América. Siendo pocos los españoles, se los pudo mantener con una pequeña elevación de la producción agrícola. Luego de un corto auge de los lavaderos de oro, esa actividad decayó, hacia fines del siglo XVI. Con la rebelión araucana de 1599 terminaron de perderse los mejores yacimientos, además de la mano de obra indígena. También se produjo entonces una crisis alimentaria entre los españoles de las nuevas ciudades. Recientemente el hallazgo de restos de importantes muros en la orilla norte del lago Lácar, a pocos kilómetros de San Martín de los Andes, dio pie a la comprobación de que, quizás, españoles huidos de las ciudades chilenas destruidas por los mapuches, o conquistadores más tardíos, establecieron fortificaciones al este de la Cordillera, en los valles neuquinos. También es posible que alguno de estos asentamientos haya alimentado la leyenda de la Ciudad de los Césares.

La llegada de un nuevo ejército financiado desde el Perú permitió una rápida recuperación del territorio al norte del Biobío, fijándose allí la frontera por mucho tiempo. Restablecida la situación y estabilizados los españoles en sus nuevas tierras, comenzaron a enviar al este de la Cordillera expediciones buscadoras de esclavos, debido a que los araucanos ya no estaban sometidos. Así vinieron Pedro Leiva, acompañado por el cronista Mariño de Lovera, que nos brinda los primeros datos sobre los pehuenches, y también Juan

Fernández y Diego Flores, que en la década de 1620 llegaron a navegar el Nahuel Huapi.

La conquista española de espacios cercanos al Neuquén, produjo un impacto ambiental que modificó las pautas de uso de los recursos naturales y del espacio, alterando las relaciones entre las sociedades indígenas y entre indígenas y blancos.

Aunque la Patagonia fue tratada, hasta fines del siglo XVIII, como una tierra marginal que no atraía el interés de la Corona, sus culturas indígenas sufrieron procesos de transformación por la introducción de elementos europeos en sus territorios, a través de los contactos con la frontera chilena, Cuyo, Córdoba y las estancias del sur de Buenos Aires. La instalación de lavaderos de oro que requirieron mano de obra esclava en Chile provocó incursiones en el Neuquén para atrapar indígenas. La llamada “guerra del Arauco” entre araucanos y españoles se basó en la necesidad de recuperar la tierra, impedir la esclavitud y conservar sus tradiciones. Este contacto modificó también la forma de hacer la guerra por los araucanos, que incorporaron el caballo para desplazarse. Por otro lado, el conocimiento profundo del territorio y la Cordillera otorgó refugio a los indígenas. Los ríos y las selvas impidieron la penetración hispana y posibilitaron la emboscada indígena.

La alteración del medio ambiente no sólo se produjo por la guerra y por las enfermedades, sino por la introducción de nuevas especies agrícolas traídas de Europa, como el trigo, el poroto, el garbanzo, la arveja, la col o repollo, la cebolla, la lechuga, la zanahoria, la sandía, la uva, la nuez, el melón, la manzana, el limón, la ciruela, la cereza, el higo, el damasco y el durazno. Además de la caza de ganado mayor y su utilización comercial y bélica, los pueblos indígenas fronterizos adoptaron especies menores como la oveja y la cabra. En el caso de los pueblos cazadores de la meseta, la dependencia alimentaria del guanaco y del ñandú dio paso a una mayor utilización del ganado equino.

2.b. Los primeros misioneros coloniales

Durante el período colonial, se desarrollaron distintas misiones provenientes de Chile que buscaron estratégicamente penetrar en territorio neuquino. A dos de ellas podemos calificarlas como intentos reduccionales, mientras que las restantes, llevadas a cabo por un solo sacerdote o religioso, fueron misiones volantes o correrías. En las reducciones, se intentaba trasladar a los indígenas a poblados a cargo de religiosos y sacerdotes, para mantenerlos bajo su protección y educarlos en la fe católica. El sistema reduccional también imponía a los indígenas las formas de vivir y trabajar de la civilización occidental. En cambio las misiones itinerantes o volantes recorrían una zona predicando el Evangelio y administrando los sacramentos, principalmente el bautismo.

Las reducciones del Neuquén fueron la misión de los jesuitas en el Nahuel Huapi y la misión de los franciscanos en Reñi Leuvú. Las misiones volantes que recorrieron Neuquén en distintos períodos fueron tres: la misión del jesuita Diego Rosales (1641-1652); la misión del jesuita alemán Bernardo Havestadt (1751) por el norte neuquino, que describe en su diario su vida entre los pehuenches; y la misión del franciscano Francisco Menéndez, que en 1791 y 1792 cruzó a la altura del Tronador y buscó infructuosamente las ruinas de la misión del Nahuel Huapi. Finalmente, las encontró en un tercer intento, en 1793. Estos recorridos tuvieron otros motivos más allá del específicamente misionero: el rescate de esclavos, la exploración y el reconocimiento, y el afianzamiento de las relaciones entre indígenas y españoles.

El padre Diego Rosales fue el primer misionero que observó la posición estratégica del lago Nahuel Huapi y su posible comunicación permanente con la isla de Chiloé, donde los jesuitas desarrollaban una exitosa labor evangelizadora.

Gregorio Álvarez dice que los españoles de Chile no establecieron colonias en el Neuquén por la presión que ejercieron los padres Rosales y Valdivia, más fuerte que la de los encomenderos cuyo objetivo era capturar indígenas que sirvieran para el trabajo personal. Las expediciones esclavistas al Neuquén fueron reiniciadas por el capitán Luis Ponce de León en 1649, que según cuenta el padre Rosales ya había realizado algunas entradas por el que él llama “el lago Epulabquen”. Ponce de León logró capturar más de trescientas personas, violando además un tratado de paz celebrado ocho años antes y ocasionando un levantamiento general aplacado pacíficamente por la intercesión del padre Rosales a pedido del gobierno chileno.

Una vez establecida la paz, los indígenas pidieron a Rosales que apaciguara a los pehuenches, sus enemigos. Rosales resultó intermediario no sólo entre indígenas y españoles sino entre distintos grupos de indígenas. Tres años después los hermanos Salazar, cuñados del gobernador Acuña, volvieron a maloquear al Neuquén. Rosales entró nuevamente en 1652, concertando la paz con las tribus.

La primera misión estable en el Neuquén fue “Nuestra Señora del Nahuel Huapi” (1670-1674 y 1703-1717) en el sur del área cordillerana. Fue desarrollada por los jesuitas, como desprendimiento de sus misiones asentadas en Castro (isla de Chiloé) y Valdivia. Nahuel Huapi era punto de convergencia de distintos grupos indígenas patagónicos, con lo cual se presentaba la posibilidad de una misión que tuviera efecto multiplicador en espacios más lejanos, no habitados por blancos y acechados por expedicionarios extranjeros, ganando pacíficamente nuevos cristianos y vasallos fieles al rey de España. Podríamos establecer en la Misión del Nahuel Huapi dos etapas: El período del P. Mascardi (1670-74) y el que inicia el Padre Philliphi van den Meeren, traducido como Felipe de la Laguna en 1703, que termina con el

incendio de 1717. El padre Nicolás Mascardi, realizó cuatro viajes llegando al Estrecho de Magallanes, reconociendo distintos pueblos en busca de la ciudad de los Césares. Su entrada tenía el objeto de restituir a un grupo de indígenas poyas del Nahuel Huapi, esclavizados en Chiloé. La misión de Mascardi fue una incursión apostólica en la que hubo adoctrinamiento y administración sacramental en los recorridos que difiere claramente del proyecto misionero posterior que concretó Felipe de la Laguna en 1703. Los jesuitas que estuvieron en ambas misiones fueron los siguientes: Mascardi que fundó la misión en 1669 y murió asesinado por los indígenas en 1673; Zúñiga, que en 1683 la trasladó al valle del Aluminé y debió abandonarla en 1688; Van der Meeren o De la Laguna, desde 1703 hasta que murió envenenado en 1707; Hoyos; Guillermo, que descubrió el paso secreto de los Vuriloches, descubrimiento que le costó la vida en 1716; y Elguea en 1717, hasta que un incendio acabó con la misión y con su vida. Desde el punto de vista indígena, el religioso formaba parte del pueblo invasor; de ahí la desconfianza y el temor ante la presencia misionera. Los jesuitas encontraban otro obstáculo en las *machis* indígenas, con las que entablaron una suerte de competencia de poder.

Las costumbres indígenas que fueron más combatidas por los misioneros fueron la poligamia que atentaba contra el matrimonio monógamo católico; la embriaguez, porque se identificaba con el contacto con los españoles que vendían alcohol a los indígenas y por estar vinculada a sus fiestas religiosas y ceremonias; y la idolatría, que según los jesuitas no era tan fuerte entre los indígenas del Lago. Para los misioneros, convertir al cristianismo suponía transformar las costumbres, cultivar la tierra y reducirse a vivir en pueblos. Al no aceptar los indígenas estas pautas, por contradecir sus necesidades y forma de vida y atentar contra su cultura y religión, estas primeras misiones fracasaron en el sentido de que no lograron cambios permanentes.

2.c. Los cambios en el interior del mundo indígena

Un conjunto de modificaciones económicas comenzaron a notarse en todo el Cono Sur americano, aún fuera de las áreas conquistadas por los españoles. Ya desde la entrada de Pedro Mendoza al Río de la Plata en 1536, empezó a difundirse por la Pampa el ganado mayor, caballar y vacuno. Desde allí y desde Chile, los indígenas -también los de la Patagonia- comenzaron a apropiarse del caballo, progresivamente y a tal punto que modificó su modo de vida. Podemos decir que se inició un proceso de adaptación a la vida en la llanura, que se centraba en la explotación ganadera extensiva y minimizaba el cultivo, tanto entre los indígenas como entre los españoles y criollos. Para los indígenas, esto significó adoptar una ganadería algo más móvil sin abandonar por ello las prácticas agrícolas ni hacerse nómades. Muchas veces se trasladaban los hombres solos, manteniendo viviendas estables, corrales y huertas para sus familias, como hacen actualmente los paisanos trashumantes, que alternan los pastos de los valles altos con los bajos según la estación.

La adopción del caballo ocasionó numerosas transformaciones tecnológicas, sociales, económicas y religiosas. En la alimentación, en la vivienda con el uso de su cuero para los toldos, en la vestimenta, ornamentación y relaciones sociales, sobre todo por los complementos necesarios para la montura y la riqueza que se demostraba con la posesión de animales; en la educación, ya que al varón se lo forma como jinete y como artesano del cuero, y finalmente en las pautas de asentamiento, por los traslados en busca de pastos y de agua.

En general, el caballo pasó a constituir una de las bases de la vida de los indígenas de la Pampa y del norte de la Patagonia, y el eje de un sistema de intercambios comerciales también para los indígenas de la Cordillera y del centro-sur de Chile.

A partir de estas modificaciones, la vida de los pueblos originarios del norte de la Patagonia comenzó a organizarse alrededor de dos ciclos de actividad económica. Un primer sector de actividades, doméstico, era el que tenía como fin la subsistencia de cada familia o tribu: la caza para obtener cueros, pieles y plumas; la recolección de frutos silvestres, huevos de ñandú, manzanas (en el sur neuquino) o piñones (en el área del pehuén); la huerta de cereales y verduras; la cría de ganado menor y gallinas a veces; la confección de vestimenta con pieles o tejida; la construcción y mantenimiento del toldo; la confección de utensilios con cuero, madera, hueso o piedra; la platería (junto con los tejidos, muy apreciada aún fuera de la sociedad indígena); etc. Este ciclo doméstico generaba algunos excedentes que se destinaban al intercambio con los blancos, en las pulperías, a fin de obtener aguardiente, tabaco, yerba, harina, azúcar, telas livianas, etc., y al trueque con otros grupos indígenas, para conseguir pieles de guanaco, sal, colorantes minerales y los largos coligües que usaban para sus lanzas.

Un segundo sector de actividad, de largo alcance, era la participación en la captura, rodeo y comercialización del ganado mayor, en un gran circuito que comenzaba en la Pampa Húmeda y terminaba en la Araucanía, y que en el siglo XVIII ya abarcaba toda la Pampa y el norte de la Patagonia, bajo una extensa red de caminos marcados o rastrilladas.

Como estos pueblos, transformados en ganaderos, no podían satisfacer todas sus necesidades con ese recurso, el ganado pasó a ser además un bien de cambio, algo útil para negociar y obtener lo que ellos no producían. El manejo de recursos lejanos para el mantenimiento de sus rodeos y la necesidad de una mejor organización también favoreció la tendencia a un mayor tamaño y complejidad de los grupos, apareciendo jefes y caciques más poderosos. En la medida en que las relaciones entre pueblos

indígenas e hispanocriollos se fueron haciendo más extensas y frecuentes, se fue haciendo también más difícil distinguir las parcialidades indígenas entre sí: el mundo pampeano y norpatagónico se iba haciendo más homogéneo.

Como componentes inseparables de este proceso de homogeneización e integración, se suelen mencionar dos procesos de cambio cultural muy importantes: la extensión de la cultura y presencia tehuelche hacia el norte de los ríos Limay y Negro (tehuelchización), y la extensión de la cultura y presencia araucana hacia el este de la Cordillera (araucanización).

La tehuelchización habría sido ocasionada por la expansión de los tehuelches desde el sur de la Patagonia hacia el norte, posiblemente atraídos por la extraordinaria cantidad de ganado caballar en esa región. Estos grupos tehuelches serían los que dieron origen, hacia fines del siglo XVII y principios del XVIII, en el sur de las actuales San Luis y Córdoba, a los *ranqueles*. También, en el área de las sierras bonaerenses, a los *serranos*, que desarrollaron una avanzada economía pastoril. Y, en el sur del actual Neuquén, aunque a fines del XVIII, a los *manzaneros*, mezclándose con grupos araucanizados provenientes de la Cordillera y Chile. A fines del siglo XVIII, esa expansión tehuelche comienza a retraerse.

En cambio la araucanización ha sido un proceso de mezcla de rasgos culturales de la Araucanía con los de la Pampa y norte de la Patagonia en el que se dio primero el contacto cultural y el intercambio de bienes, y posteriormente el movimiento físico de personas o migración. La presencia de cerámica paleoaraucana y valdiviana al este de los Andes es muy antigua. Los cronistas de la conquista también constatan el intercambio: en 1581, Garay identifica ropa de lana chilena en uso en la campaña de Buenos Aires. Este tráfico se intensifica en ambos sentidos desde las conquistas incaica y española de Chile y el Río de la Plata, fundamentalmente con el uso del ganado como bien de cambio, y

con la demanda de sal, productos de caza, plumas, etc., desde Chile. Los que por su ubicación geográfica se convierten en intermediarios obligados son los pehuenches. En la sección norpatagónica de los Andes hay más de un centenar de pasos y boquetes en la Cordillera, muchos de ellos transitados frecuentemente.

Es claro que grupos de los llamados *aucas* -no araucanos sino grupos cordilleranos araucanizados- venían realizando expediciones esclavistas y participando del comercio de ganado, pero sin radicarse en este lado de la Cordillera. La presencia efectiva de la cultura araucana debió comenzar por lo material, por elementos traídos más por la moda que por la necesidad: tejidos, platería, alfarería. Inicialmente, esos objetos se obtendrían por canje; luego se imitaría su fabricación. La intensidad del contacto llevaría a la progresiva adopción de la lengua. Es importante señalar que la lengua mapuche era la que se usaba en los contactos con las autoridades españolas y con los misioneros, en los parlamentos y en el comercio. Esto debió darle prestigio y practicidad, hasta que entre mediados del siglo XVII y fines del XVIII se transformó en la lengua común de un área que abarcaba del Pacífico al Atlántico y desde Buenos Aires y Santiago de Chile hasta el río Negro y la isla de Chiloé. Posteriormente, y a través de la lengua común, se fueron extendiendo en uno y otro sentido elementos culturales más profundos, como relatos tradicionales, creencias religiosas y nombres propios. Recién a principios del siglo XIX podemos constatar la radicación de grupos originarios de la Araucanía en el Neuquén y en la Pampa central. Esto no significó el traslado de todos los rasgos materiales de la cultura araucana a la Pampa, sino por el contrario, la adaptación de los recién llegados a la vida en la llanura: el toldo como vivienda, en muchos casos el *quillango* como vestido, la boleadora como arma, etc.

En el siglo XVII, ya los misioneros jesuitas provenientes de Chile recogían datos sobre la araucanización: Rosales conoce

caciques pehuenches con nombre mapuche y que hablan ambas lenguas, y Mascardi anota nombres mapuches de animales y plantas en la zona del Nahuel Huapi. El movimiento hacia el este, transformado ya sí en presencia física, caracterizará los siglos XVIII y XIX, con mayor intensidad desde la destrucción de las misiones en el Neuquén y en la Araucanía (1723). Los datos de viajeros, misioneros y hombres de la administración colonial, van constatando la aparición de contingentes aucas entre los que tratan o luchan con el español en la frontera de Cuyo (desde 1707) y de Buenos Aires (desde 1710). Para mediados del siglo son los misioneros y hacendados de la campaña bonaerense los que escuchan la “lengua de Chile” y ven ropa y adornos mapuche en lugar de los anteriores. El mapa del jesuita inglés Falkner, predecesor de las exploraciones españolas del norte de la Patagonia, nos muestra al Hueyque Leuvu (río de los Sauces), al Huaranca Leuvu (río Barrancas), al Cum Leuvu (río Colorado), al Curru Leuvu (río Negro), etc., todos nombres en mapuche; y el mapa de Cano y Olmedilla, que lo glosa en 1775, sitúa al sur de la Provincia de Cuyo a los “picunche y pehuenche mezclados con huilliche y moluche, todos descendientes de los aucas”, y señala ya el “camino de pehuenche y picunche” que corre al norte del Colorado.

La lengua tehuelche fue desapareciendo, subsistiendo en la meseta rionegrina y chubutense y de allí al sur, fundamentalmente desde la batalla de Languiño, al noroeste del Chubut, a principios del siglo XIX. Las migraciones se caracterizaban por una creciente competencia por la tierra y sus recursos y por el poder, lucha no exenta de choques violentos.

Entre los que perdieron su lengua originaria estuvieron los pehuenches cordilleranos, quizás entre fines del siglo XVII y principios del XVIII. Los pehuenche mantuvieron el control territorial -fundamentalmente el de los pasos cordilleranos- y su identidad frente a araucanos y tehuelches, lo que los llevó a

convertirse en intermediarios comerciales y a menudo en importantes aliados de los españoles de Chile y Cuyo.

2.d. La frontera hispano-indígena en los siglos de la conquista

En la medida en que los conquistadores manifestaron su intención de avasallar las culturas autóctonas y apropiarse de sus riquezas, nació una enemistad generalizada. Este enfrentamiento se inició con la competencia por los recursos que finalmente produciría la subordinación y segmentación de los pueblos indígenas, derrotados y sometidos.

Dentro de la frontera sur del imperio español esas relaciones fueron más cercanas e intensas en la Araucanía chilena y en Cuyo, y más abiertas y esporádicas en la Pampa. En el sur de Chile, esa frontera era una región densamente poblada. En la Pampa, en cambio, era menos poblada y se la solía llamar “el desierto”.

La consolidación de una situación fronteriza de intercambios intensos se dio primero en Chile. El primer esfuerzo conquistador español se agotó hacia la década de 1580, y como contrapartida los araucanos se empezaron a defender unidos. No sólo la tendencia a la unificación del mando sino toda una serie de estrategias de adaptación a la nueva realidad, permitieron la supervivencia mapuche. El uso del caballo y el tránsito de desertores españoles al otro bando, la adopción de armas metálicas -espadas y cuchillos que hacían de punta de lanzas y picas; hachas; porras con clavos de herrar- facilitadas por los desertores, la confección de armas defensivas de cuero vacuno, fueron parte de un proceso de adaptación marcado por la guerra y la necesidad de sobrevivir. Se reemplazó en buena medida el maíz, que era quemado en el campo por las tropas españolas durante el verano, por el trigo y la cebada, de madurez más temprana. Así como sufrieron la presión del hambre los mapuche también aprendieron a provocarla sitiando los fuertes y

cambiando muchas veces comida por armas europeas. Las formas de lucha de unos y otros no eran muy diferentes.

La guerra se incorpora al mundo mapuche como un elemento más que también necesita la asistencia de los espíritus: se sacrifican prisioneros para comer su corazón -asimilando así su valor- y arrojar su cabeza frente a los españoles; se enterraban simbólicamente maderitas con los nombres de los jefes españoles; se frotaban las patas del caballo con pezuñas de guanaco, para darle velocidad. Generalmente en primavera o verano se reunían en junta general los cuatro o cinco *toquis* (jefes) de cada *aillarehue* (tribu) y elegían a un jefe para esa campaña: un *toqui*, un *ulmen* (hombre rico o importante) o un *cona* (guerrero) famoso. Ese jefe general fijaba la cantidad de guerreros que aportaría cada aliado. Cada guerrero llevaba sus armas y su comida -fundamentalmente harina de cebada, para unos ocho días- y tras obtener el botín el grupo se dispersaba automáticamente para evitar el contraataque.

Las armas se adaptaron y perfeccionaron. Una primera fila, protegida con capas de cuero, estaba armada con picas de cuatro o cinco metros de largo, de punta de cobre o hierro, y con porras o macanas para el combate cuerpo a cuerpo. La segunda fila, menos protegida, usaba picas más largas, de seis a ocho metros, lanzas y garrotes que arrojaban a la cabeza de los caballos para desmontar al enemigo. También tenían para ese fin pértigas con lazos en la punta. Detrás venían los flecheros, que los cronistas españoles comparaban con sus arcabuceros. Vestidos con armaduras de cuero trabajado o pintado, con cabezas de felino mostrando sus colmillos, adornos de plumas, pinturas faciales, tocando trompetas de huesos humanos, de un sonido muy desagradable al europeo, y gritando constantemente, los guerreros mapuches provocaron asombro, admiración y miedo al conquistador español. Además, aprendieron a usar el hacha y el fuego contra los fuertes de madera, a cavar pozos de agua cercanos que secaban los de los sitiados, a envenenar o desviar arroyos, a

esconder sembrados y almacenes propios y destruir los del enemigo, a atacar bajo la lluvia que inutilizaba las armas de fuego, a ganar las alturas para arrojar piedras o troncos a las partidas españolas, a sembrar frutillares para tener provisiones cerca de los lugares de combate, a moverse rápidamente para impedirle al otro apuntar, a quemar pastos para forzar la retirada, en fin, todas las estrategias imaginables en una guerra a muerte.

El primer cuarto del siglo XVII es el momento del triunfo araucano: los huilliche se movilizan, los mapuches y sus aliados tienen más caballos que los blancos de las ciudades, los jesuitas intentan apaciguar los espíritus. La guerra es de exterminio, pero los choques se hacen cada vez menos frecuentes y se reducen progresivamente a ataques aislados de uno y otro lado. La compleja red de intereses que forma la frontera está en pleno desarrollo: los indígenas amigos mandados por capitanes blancos son cada vez más, y más fuertes. Como en otros lugares de América, la guerra y explotación del indígena provocan controversias legales y teológicas: en 1605, mientras el rey Felipe III prohíbe la esclavitud en Chile, el papa Paulo V justifica la guerra del Arauco, y dos años después el Consejo de Indias y la Corona se pronuncian a favor de los métodos más duros. Las malocas siguen buscando esclavos, y los esclavistas suelen abusar, hasta que provocan la rebelión general de 1654-1656. El parlamento de Quillín (1641) marca el inicio del diálogo formal. Hasta el fin del siglo, se irá afianzando la paz y con ella el comercio, el mestizaje físico y cultural, la presencia de militares y misioneros en la Araucanía. A la desilusión española por el agotamiento de los lavaderos de oro y al rápido desgaste mutuo por la guerra, sigue el progresivo acomodamiento a la nueva situación.

La política española será la de no conquistar, y desde 1683 - al menos oficialmente- no esclavizar. No será necesario: para ese entonces, ya hay suficiente mano de obra mestiza; el comercio

aumenta en volumen y llega más lejos, hasta el Perú los ponchos ches y desde el Río de la Plata el ganado y la sal que pasan por el Neuquén.

Las expediciones esclavistas y represoras chilenas del siglo XVII buscaron llegar cada vez más lejos, y el Neuquén era una tierra accesible y bien poblada. Alonso de Córdoba hizo treinta redadas en cinco años, provocando la emigración al este de los puelches del Limay. La paz de Quillín fue violada precisamente aquí, en el lago Paimún, por la expedición de Luis Ponce de León (1649), que provoca un levantamiento y hace necesaria la mediación del padre Rosales, que se repitió en otras oportunidades, como ya vimos. En 1666 el gobierno de Chiloé comisionará a Diego Villarroel para capturar “gente del este”, luego liberada por Mascardi. Así también los pehuenche participaban frecuentemente de ataques a los blancos de Chile, como en el levantamiento general de 1654 contra Concepción.

A mediados del siglo XVII comienza a ser notada la presencia de guerreros aucas y araucanos por los españoles de Mendoza y San Luis. Las décadas de 1650 y 1660 son, coincidiendo con el recrudecimiento de las búsquedas de esclavos en el Neuquén, la época de choques más intensos en la frontera cuyana. Las tensiones se transmiten: de Chile al Neuquén, del Neuquén a Mendoza. La presencia del caudillo Tanaqueupú, criado y encomendado en Chile, aliado con caciques puelches, puede ser una de las primeras señales de presencia física mapuche de este lado de la cordillera de los Andes. Los malones y ataques se suceden sin grandes variantes, unas veces a San Luis y sus campos, otras a las estancias de los valles mendocinos de Uco, Corocorto, Jaurúa, etc. Avanzando en el siglo XVIII, la amenaza de los aucas, pehuenches y puelches se confundiría con la de los ranqueles que comenzaban a extender sus dominios por la Pampa, y se ampliaría hasta la frontera de Buenos Aires. La política fronteriza de mendocinos y puntanos era

netamente defensiva, condicionada por la falta de vecinos suficientes como para salir a enfrentar el malón a campo abierto. En 1748, ante la amenaza huilliche, se propuso reducir a los “indios amigos” y fundar un fuerte en San Carlos, al sur de Mendoza.

A la situación de las fronteras cerradas de Chile y Cuyo podemos comparar la de la frontera abierta de la Pampa, desde el sur de Córdoba hasta Buenos Aires. La relación de la zona pampeana con el territorio neuquino está dada durante esta etapa mediante el circuito ganadero que unía Buenos Aires con el sur de Chile, que tenía en los pehuenches uno de sus principales eslabones.

Recién en el XVIII, al escasear el ganado cimarrón cerca de Buenos Aires, las vaquerías se convirtieron en largas excursiones armadas. De todos modos, la alta demanda generada por el comercio europeo desde 1713 se llegaba a cubrir bien. El proceso de apertura progresiva del comercio legal duró un siglo, hasta 1809, y fue lo que comenzó a establecer una relación muy fuerte entre la demanda exterior y el avance sobre la frontera interior. En la Pampa, los que antes pedían permiso para salir a “vaquear”, progresivamente se irían apropiando de las tierras para criar, acumulando a veces enormes estancias cerca de Buenos Aires. Desde 1750, el Cabildo de la ciudad capital prohibió la faena en campo abierto, sin previa comprobación de la marca. Poco a poco, la propiedad privada iba avanzando al Sur.

2.e. Las fronteras y las misiones en el siglo XVIII

Durante todo el siglo XVIII se intensificó la movilidad de los grupos indígenas de la Pampa y el norte de la Patagonia. Fue la época en que se plasmaron la mayoría de los cambios étnicos que describíamos como marco de la araucanización, y al mismo tiempo la enorme presión social, política y económica de los blancos sobre la zona fronteriza, del Pacífico al Atlántico, acrecentó los

intercambios. En Chile podemos decir que se inició la ofensiva final sobre la soberanía mapuche. En Cuyo, se logró alejar los conflictos de los núcleos urbanos centrales, por la fundación de fuertes más al sur. En Buenos Aires, se produjo la apertura de una contienda que reflejaba la dura lucha por el recurso ganadero, y se realizaron las primeras exploraciones de avanzada sobre la Patagonia.

Los datos de los cronistas y viajeros chilenos nos muestran a caciques que, para los frecuentes parlamentos que se celebraron sobre todo en la segunda mitad del siglo, se vestían “como españoles”. También plantaban viñas y criaban cabras, ovejas y vacas. La vivienda ya no era la enorme ruca de madera que alojaba a varias esposas sino algo más parecido a la casa del criollo, incluso con vajilla y otros objetos de loza, cristal y plata si el dueño era de buena posición.

En esos parlamentos, que servían para negociar y llegar a acuerdos políticos, los españoles agasajaban a los jefes indígenas con regalos -alimentos, bebidas, ropa- que luego éstos repartían entre su gente. También les daban alguna forma de reconocimiento de su poder que los hiciera más prestigiosos ante los suyos. A medida que las relaciones entre españoles y mapuche se estabilizaron, durante los siglos XVII y XVIII, la autoridad de los caciques no era ya combatida frontalmente sino, por el contrario, reforzada. Esto les permitía a las autoridades españolas ejercer una dominación indirecta sobre todos los mapuche. Mediante estas reuniones, los mapuche lograban un auxilio económico que, a la larga, los hizo más dependientes.

La situación sufrió allí, sin embargo, algunos sacudones en el último siglo de presencia española, a causa del abuso de los negocios que algunos funcionarios hacían en su provecho, o de los planes para modificar desde el poder formas de asentamiento y de vida propias de la cultura mapuche. Estos dos problemas son los que se reflejaron en los levantamientos de 1723 y 1766. Un nuevo

parlamento en Negrete, en 1772, restableció la paz casi hasta fin del siglo, sin perjuicio de la guerrilla entre pehuenches y huilliches, que continuó.

En toda la segunda mitad del XVIII creció la presión española sobre la Araucanía y la Norpatagónica, en busca del control de un espacio estratégicamente valioso, y del dominio de la red de caminos y de comercio que iba de uno a otro océano, por la que circulaban fundamentalmente ganado y bienes del mercado colonial. Asimismo, al fracasar su plan urbanizador, el gobierno chileno proponía una gran represalia conjunta con las tropas de Cuyo y Buenos Aires: todo un precedente de la campaña de Roca.

Los proyectos urbanizadores también avanzaron de este lado de los Andes. Desde la propuesta de 1748, el Cabildo de Mendoza siguió trabajando sobre la idea de avanzar en la frontera sur fundando un fuerte. Los malones pehuenches también llegaron a Cuyo, lo que motivó un pedido de apoyo militar al Cabildo de Santiago de Chile. En 1770, bajo la supervisión de Juan Martínez de Rozas, se instaló el fuerte de San Carlos. Al año siguiente se fundaría San Juan Nepomuceno, sesenta kilómetros al sur del anterior, y en 1805 el otro hito fundamental: San Rafael. En Cuyo, la nueva estrategia se vio personificada en el comandante de frontera José Francisco Amigorena, que supo llevar la guerra al territorio indígena, fijando en 1780 la línea de frontera unas doscientas leguas al sur de Mendoza. Esto le aseguró el acceso a los pasos cordilleranos mendocinos y del norte neuquino, y la alianza con los pehuenches. Ese acuerdo permitiría un mayor control del comercio fronterizo por los españoles, el establecimiento de las misiones franciscanas desde 1787 y la refundación de Osorno en 1796.

Mientras la situación fronteriza adquiría progresiva estabilidad en Chile y Cuyo, con directa influencia en el norte y el oeste de la Norpatagonia, la presión creciente de la administración porteña y de los hacendados bonaerenses generaba conflictos intensos. Un nuevo

recrudescimiento de los ataques se dio durante el levantamiento contra los pueblos chilenos y la guerra de 1766-1770, que fortaleció, como vimos, la alianza pehuenche- española. La frontera como línea de fortines apoyada en el Salado, en Buenos Aires, permaneció prácticamente fija desde la creación del cuerpo de blandengues (1752) hasta la época de Rosas. El malón fue, entonces, la expresión visible de la disputa entre los hacendados y los indígenas. Era la forma de apropiación de ganado que garantizaba el vínculo intenso y regular entre la economía productora de la campaña de Buenos Aires y los mercados consumidores indígena y español de Valdivia y el sur de Chile, e incluso de Carmen de Patagones. Los pampas bonaerenses, serranos y tehuelches eran el extremo este de la cadena de intercambios que transitaba las rastrilladas de la Pampa y el norte de la Patagonia. La secuencia de malones y malocas de la década de 1780 en la Provincia de Buenos Aires fue una lucha por el dominio de este comercio. Finalmente, en 1790, se firmó una paz que duraría treinta años.

La paz de Buenos Aires garantizó a los indígenas la obtención en las poblaciones españolas de los bienes de alto valor social que ellos no fabricaban, a cambio del excedente ganadero logrado en sus campos o por captura de cimarrones: la economía indígena se había hecho gravemente dependiente. La regularización del tráfico ganadero y de las empresas de saqueo de las estancias aceleró también la araucanización física de la Pampa y la región Norpatagónica, dado que los guerreros huilliches, haciéndose fuertes en el sur y centro-sur del Neuquén, buscaban controlar los pasos, vados, aguadas y potreros necesarios para su comercio.

Tras la destrucción de las misiones en el Neuquén y en la Araucanía, en las primeras décadas del siglo XVIII, la iniciativa misionera fue retomada recién en la segunda mitad del siglo, por los franciscanos. Pero antes de ellos, un último misionero jesuita,

Bernardo Havestadt, visitó desde Chile el norte neuquino, entre 1750 y 1752, sin establecer una misión fija.

El padre Havestadt realizó varios viajes en ejercicio de su ministerio alcanzando en algunos casos hasta tierras puelche. A fines de 1751 emprendió el viaje y pasó en 1752 a tierras pehuenche, de donde procede su obra *Chilidugu*. Havestadt hizo un largo recorrido no exento de aventuras y peligros. A fines de enero de 1752 entró en la zona pehuenche por Antuco, pasó por Liucura, por el lado oriente del volcán, atravesó el río Neuquén, y en Runmahuida casi pierde la vida. En febrero llegó a Malargüe para ir a Mendoza, pero un segundo altercado con los puelches lo obligó a cambiar de rumbo. Cuando quiso regresar por el paso del Maule, un cacique lo disuadió de tomar ese camino, ante su peligrosidad. Cruzó la primera cadena de los Andes hasta Varvarco, encontrando tolderías pehuenches en el río Neuquén. Regresó a Chillán pero por el camino más largo, tomando el curso del río Ñuble, y para ello debió retroceder siguiendo el Neuquén hacia el Norte y llegando a la hacienda de Longaví de la Compañía de Jesús.

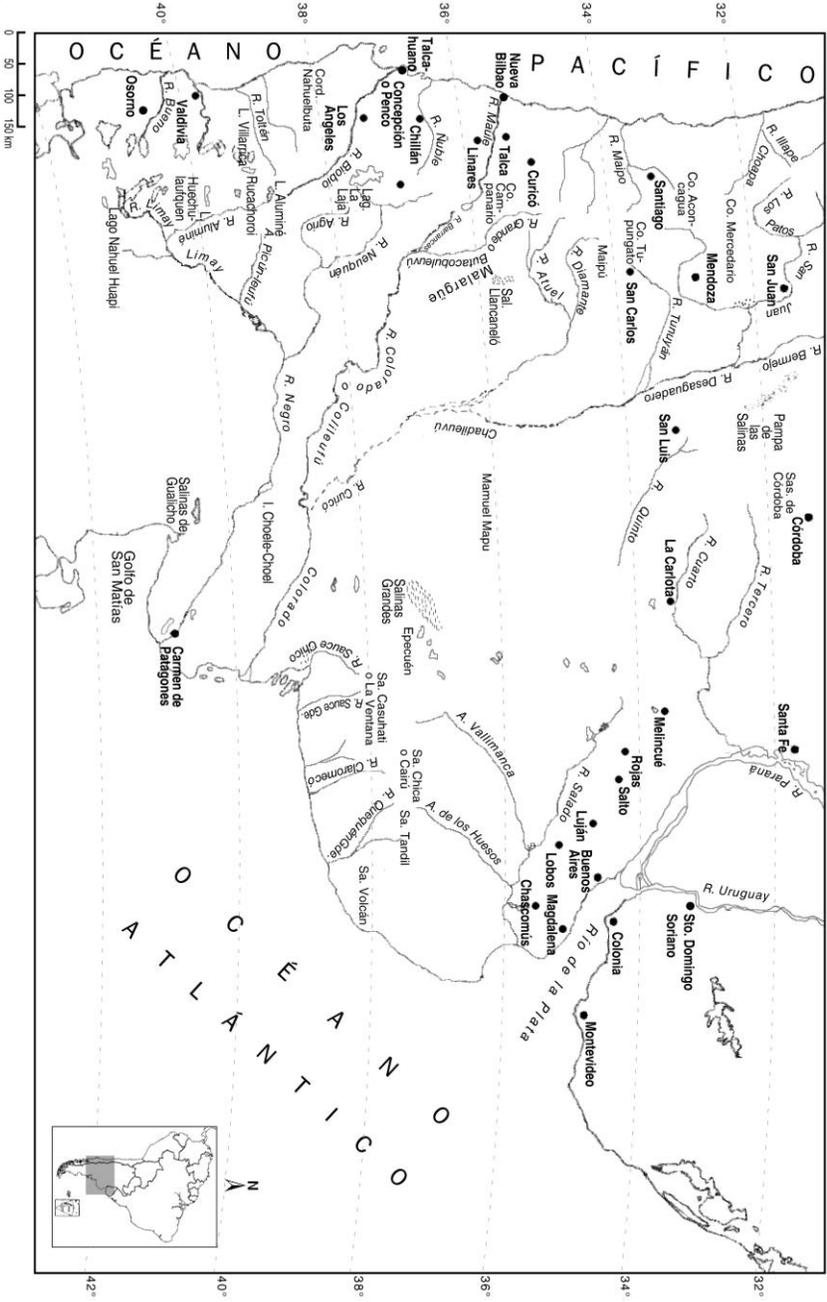
De la misma manera que los jesuitas habían penetrado en el siglo anterior en el Nahuel Huapi formando un triángulo con sus establecimientos de la isla de Chiloé y Valdivia, los franciscanos desarrollaron una estrategia similar para el norte neuquino. El triángulo misional del norte del Neuquén, desarrollado en el siglo XVIII, se apoyaba en el Colegio Propaganda Fide de Chillán y la misión “Santa Bárbara”, mientras que el vértice lo constituyó la misión “Santa María del Pilar de Reñí-Leuvú” (actual Guañacos), en un territorio altamente dinamizado, fruto del circuito ganadero. Las misiones franciscanas sellaron la pacificación fronteriza permitiendo internarse en territorio neuquino a fin de controlar el espacio y ganar la confianza de los pehuenche. La misión estuvo a cargo de fray Pedro Angel de Espiñeira, que partió en 1758 con el objetivo de fundar una reducción estable.

Mediante el diario de misión de fray Pedro sabemos que intentaba mostrar a los indígenas las ventajas de la vida “civilizada”, estableciendo una misión que los pehuenche prometieron construir y cuyo resultado quedó en una capilla, luego abandonada. Sus pautas de asentamiento resultaban para los franciscanos, como lo habían sido para los jesuitas, un serio obstáculo para la conversión. Los pehuenche no podían abandonar, por sus actividades, su modo de vida móvil y asentarse en un sitio. Tampoco aceptaron la modificación radical de su modo de vida que implicaba la conversión al catolicismo tal como la entendían los franciscanos.

Entretanto, en el sur del Neuquén, tras la muerte del padre Guillermo en 1717, la misión jesuita del Nahuel Huapi había terminado. Sin embargo, aunque no logró ser reconstruida, persistió la idea de su restablecimiento debido a la posición estratégica que ocupaba. Entre 1717 y la primera expedición de fray Francisco Menéndez al Nahuel Huapi en 1791, todo recuerdo de la misión como de los caminos que la comunicaban con Chile pareció haberse borrado. Mientras tanto otro jesuita, el Padre Guell, se hizo cargo de la apertura del camino de Ralún, en el seno de Reloncaví, al Nahuel Huapi. La falta de recuerdos y huellas físicas del camino dificultaban la tarea, tanto por el antiguo camino de los Vuriloche como por el lago Todos los Santos.

Como los franciscanos se hicieron cargo de todas las misiones jesuitas después de la expulsión de éstos en 1767, se le encomendó a fray Menéndez una misión volante. Su serie de cuatro viajes al Nahuel Huapi, que comienzan en 1791 y concluyen en 1793, tuvieron por objetivo el redescubrimiento de la misión y encontrar, como soñaba Mascardi, el país de los Césares. Sus diarios reflejan el descubrimiento de un mundo indígena notablemente rico y variado, que para entonces se encontraba en una suerte de feria anual, en torno de la naciente del Limay.

N° 2: Mapa fronteras coloniales. Elaboración: Florencia Roulet y Beatriz Belleli. Agradecemos a Florencia Roulet este mapa.



LA FRONTERA SUR DE CHILE Y EL RIO DE LA PLATA A FINES DEL PERIODO COLONIAL

Testimonios

UNA VISIÓN DE LA GEOGRAFÍA PATAGÓNICA

Todo concurre a demostrar que realmente es fundada la sospecha de los señores [Alcalá] Galiano y Belmonte, que el terreno oriental a la Cordillera desde el morro de Santa Águeda, verdadero principio de esta cadena majestuosa, hasta la latitud de 40° próximamente, es un terreno seco... por su calidad arenosa y poco compacta... Además de esto, como los vientos reinantes en esta parte sean por sí secos y violentos... se produce naturalmente la causa de una disposición en estas tierras adversa no menos a la población que a la vegetación feliz de las plantas farináceas.

Se ha prefijado por término de esta calidad de terreno el paralelo de 40° no porque diferenciase a la verdad considerablemente el que le sigue al norte bajo el nombre de Pampas hasta casi los confines del Tucumán y del Paraguay, sino más bien porque fecundizado éste a lo menos en la inmediación a las orillas del mar por los ríos Negro, Diamante, Colorado y Salado, cuya dirección es casi de oeste a este, es susceptible de cultura, admite algunos depósitos de agua dulce, y desde luego es más oportuno para la población y para la multiplicación de los ganados.

Una superficie de esta especie [la Patagonia] debe ser precisamente despoblada. Constituidos los que la habiten a una vida errante por falta de agua y por falta de la agricultura... son casi sordos a los halagos de la sociedad y a los enlaces del amor...

Los patagones deben pues considerarse como únicos habitantes del país ya descrito y que comprende todas las tierras orientales de la Cordillera desde los 40° hasta el estrecho de Magallanes y morro de Santa Agueda...

Alejandro MALASPINA, “Suelo de las costas de la tierra patagónica e islas Malvinas, algunas noticias de los patagones y demás habitantes de la costa hasta Chiloé”, ¿1795? [The British Library, Additional Manuscript 17603, 3ª parte del documento], ff. 36-36vta.

EN TIERRA DE MISIÓN

Traían los más su camarico o regalo, ya de huevos, ya de piñones, corderos y lo que en su tierra tienen, que entregan y yo recibí en propia mano porque lo contrario sienten mucho. Díles muchos agradecimientos, insinuándoles sería mi correspondencia de superior orden a aquellas cosas que yo no podía de otro modo manifestarla por ahora. Que mi voluntad y persona tenían allí dedicada a su eterno bien, etc. Y abrazados a todos, uno por uno, se fueron sentando ante mí, y el lienzo de la Virgen que tengo aquí colocado con la posible decencia. Púsoles la familia de Curipil a todos en el suelo pellejito en que sentarse, comida y sombra con sus ponchos, mantas y estacas, y así con silencio esperaban a Llamiñancu, el cacique del norte; pero viendo que tardaba resolvió Curipil empezar. Tomó lugar y asiento a mi derecha después del capitán de número y dijo al intérprete que estaba a mi izquierda y que propusiese mis buenas razones. Tomó este la venia y empezó a proponer a cada uno, como ellos usan, según yo le había impuesto, poco más o menos lo mismo que en las dos primeras tolderías había ejecutado y atrás quedaba ya escrito. Encarecióles la gravedad del negocio e importancia del fin de mi venida y todo mi deseo de que fuesen buenos cristianos y tuviesen padre que los enseñase, dijese misa y los enterrase, que allí me tenían, que dispusiesen, pues habían pedídonos al Señor Presidente, que para ellos era la dicha, que lo que a mí me pareciera conveniente era se hiciese capilla donde tener a aquella señora (señalando la pintura de la Virgen) y casa para el padre o padres en un lugar donde ellos pudiesen concurrir a oír la palabra de Dios que habla por boca de sus ministros sacerdotes, aprender la doctrina y bautizarse como los españoles y que así sabrían ellos y sus hijos lo que ahora ignoraban. Que acudirían a su padre teniéndole allí de asiento siquiera por el verano si otra cosa no se pudiese y que él hablaría por ellos a los señores presidentes, maestros de campo y demás españoles para que los atendiesen. Que pues nunca habían sido alzados sino fieles vasallos del rey nuestro señor, era razón viviesen como los demás cristianos y tuviesen los mismos que ellos siendo en todo una misma cosa que así lo estimarían más...

Fray Pedro Ángel DE ESPÍÑEIRA, Relación del viaje y misión a los pehuenches (1758), en Jorge PINTO RODRÍGUEZ et al., *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*, 1988.

3. La nueva frontera (1779-1885)

Hacia fines del siglo XVIII, la frontera terrestre hispano-indígena parecía estabilizada y, en general, pacificada. Esta situación duraría hasta mediados del siglo siguiente. Pero fue otra iniciativa, ligada esta vez con una política mucho más amplia de la Corona española, la que reubicaría al norte de la Patagonia en el escenario político. A partir de allí, con altibajos, avances y retrocesos, el impulso orientado al sometimiento de la población indígena y a la conquista del territorio no se detendría hasta fines del siglo XIX.

El descubrimiento político de la Patagonia por parte de los españoles, es decir su valoración estratégica y económica, y los primeros planes destinados a incorporar el territorio a los dominios de la Corona, agregaron el ingrediente que faltaba. A partir de entonces, se inició un proceso de un siglo, que llevaría a la conquista. Desde la fundación de las primeras ciudades patagónicas, en 1779, hasta la finalización de las campañas militares de conquista, en 1885. Ese siglo, por otra parte, es fundamentalmente distinto de la época colonial anterior, por la aceleración progresiva del tiempo político y por la articulación íntima e irreversible entre el mundo *panaraucano* de la Pampa y la Norpatagonia y el mundo colonial y criollo. Cada uno no se puede explicar sin el otro, y la existencia de esa nueva frontera es uno de los elementos fundamentales para comprender el proceso de formación de las nuevas naciones del Cono Sur latinoamericano.

3.a. Las primeras fundaciones y exploraciones del norte de la Patagonia

En las últimas décadas del siglo XVIII se agregaba una nueva frontera al complicado panorama del sur del imperio español: la frontera marítima. La competencia económica y política entre las potencias europeas se trasladó al Atlántico Sur, donde la riqueza

pesquera y las despobladas costas patagónicas hicieron temer al gobierno español que algún otro país estableciera allí colonias permanentes.

Si bien la Corona planificaba algún tipo de asentamiento en la costa patagónica desde mediados del siglo XVIII, fue la publicación de una *Descripción de la Patagonia*, en 1774, por el jesuita retirado Thomas Falkner lo que alarmó a la Corte española. En los estudios que el gobierno peninsular ordenó recopilar, no se contaba con información de buena calidad acerca de la región. De cualquier modo se tenía memoria del uso del paso de Villarrica en el siglo XVII, y se admitía la posibilidad de hallar y utilizar un paso interoceánico que tuviera como eje el río Negro.

A fines de 1778, el ministro José Gálvez expidió órdenes terminantes de establecer guarniciones en los puntos que consideraba claves: la desembocadura del río Negro, la bahía de San Julián y algún otro lugar que permitiera el control del estrecho de Magallanes. Una vez fortificados los lugares, se debería explorar el interior, a fin de conocer las vías de comunicación con Chile y ocuparlas. Esto constituyó un cambio importante en la visión española de la Patagonia, un verdadero *descubrimiento político* del territorio, dado que es la primera vez que se hablaba de incorporar eficazmente la Patagonia a los dominios españoles. Siguiendo las indicaciones de Gálvez, el virrey Vértiz hizo fundar la que sería la primera ciudad de la Patagonia, Carmen de Patagones, el 22 de abril de 1779, y el puerto de San Julián. Desde allí se fundó, a su vez, el puerto de San José, en la península Valdés, y se realizaron importantes exploraciones de la boca del río Colorado y del puerto Deseado.

El piloto Basilio Villarino, partiendo de Patagones, ubicó en 1779 el río Colorado, y lo exploró en los años siguientes. En su expedición más importante, remontó el río Negro, que se suponía que nacía en Mendoza, entre 1782 y 1783. En la isla de Choele Choel estableció una estacada y una batería –que llamó “Fortaleza

Villarino”-, contando con la importancia estratégica de ese punto para el tráfico de ganado y para las comunicaciones con el interior. Al llegar a la confluencia del Limay con el Neuquén, confundió a éste último -como todos los mapas de su época- con el Diamante mendocino, y, remontando el curso principal de la cuenca, navegó el Limay, el Collón Curá y el Chimehuín, buscando el Huechulafquen y el camino a Valdivia. Llegó hasta donde hoy está Junín de los Andes, sin poder continuar, y volvió a Patagones. Carmen de Patagones había dejado de ser simplemente un fuerte para vigilar la costa, y se había convertido en la cabeza de puente que permitiría ocupar el norte de la Patagonia. Sin embargo, pocos meses después, en 1783, el gobierno español, ante la evidencia de que no había peligro de asentamientos extranjeros en la costa y ante sus nuevas urgencias financieras, mandó levantar los puertos fundados, excepto Patagones, que quedó con una dotación mínima.

Francisco Viedma, que junto con su hermano Antonio había participado de las fundaciones patagónicas y de las exploraciones del interior del territorio, dirigió en 1784 un extenso memorial al virrey Loreto defendiendo la permanencia española en la Patagonia. Mencionaba como principales motivos la defensa del imperio, la posibilidad de evangelizar a los indígenas y el fomento del comercio. Pero la decisión de abandonar el territorio ya no se revirtió.

El proyecto de ocupar la isla de Choele Choel y lograr así el control de los caminos del ganado fue reasumido y replanteado por diversos funcionarios coloniales, del Cabildo y del Consulado de Buenos Aires. Lo que originalmente era una iniciativa tendiente a establecer el contacto interoceánico con Chile, ahora era también el objetivo estratégico necesario para ocupar y aprovechar el espacio pampeano intermedio, atendiendo más a las necesidades regionales que a la política imperial española. En ese contexto, se realizaron, entre 1802 y 1806, varias exploraciones en los pasos cordilleranos del sur de Mendoza y del norte neuquino.

Una primera exploración de los pasos del sur mendocino fue realizada por el miliciano chileno José Santiago Cerro Zamudio, que se presentó en el Consulado de Buenos Aires, acompañado por un grupo de pehuenches, en junio de 1803. Allí el secretario, Manuel Belgrano, le dio precisas y detalladas instrucciones para el estudio del camino, y de vuelta en Talca, el capitán general de Chile Luis Muñoz de Guzmán lo comisionó para estudiar el paso Pehuenche o del Maule. También envió a otros dos exploradores por los pasos de Achihueno y de Antuco (actual paso Pichachén). Finalmente, Cerro Zamudio fue nuevamente enviado por el virrey Sobremonte y fundó, en 1805, San Rafael.

Mientras se debatía en Buenos Aires el primer plan integral de guerra contra los indígenas del sur, presentado por el capitán de milicias mendocino Sebastián Undiano Gastelú en mayo de 1804, o la utilidad de un viaje científico por la región, propuesto por Manuel Belgrano y Juan José Castelli, las ciudades del sur de Chile se inclinaban por una pronta apertura del paso neuquino de Antuco. Para salir de dudas respecto de los distintos caminos posibles, el alcalde de Concepción Luis de la Cruz realizó un viaje desde su ciudad a Buenos Aires, en 1806, pasando por Pichachén y cruzando el norte neuquino y toda la Pampa.

El viaje de Luis de la Cruz aportó importantes datos acerca de la vida de los pehuenches y de la geografía del norte neuquino y de la Pampa, pero sus conclusiones y mapas no pudieron ser ya aprovechados por la administración colonial, en plena crisis. Cuando llegó a Buenos Aires, la ciudad estaba ocupada por las tropas inglesas, y el virrey Sobremonte se había refugiado en Córdoba. De todos modos, el diario de viaje de De la Cruz y su *Descripción de la naturaleza*, publicados ya en la época de Rosas, constituyen una de las fuentes más valiosas que tenemos para el conocimiento del norte neuquino y de los pehuenches de principios del siglo XIX.

3.b. El Neuquén del siglo XIX, entre dos polos de colonización

Durante los años que corren desde fines del siglo XVIII hasta la campaña militar de 1879, Carmen de Patagones permaneció como el único asentamiento urbano estable del norte de la Patagonia. Este pueblo, aislado por tierra de Buenos Aires y del resto de la Argentina, vivió distintas etapas y circunstancias.

A las primeras familias colonizadoras traídas de España se fueron sumando otras, que organizaron en el Valle Inferior del río Negro una economía agrícola, de frutales, cereales y hortalizas. Este núcleo fue ganando tierras progresivamente río arriba. Después de 1820, se promovió también el abasto de sal a los saladeros de carne de Buenos Aires. Como Patagones era el único puerto cercano al mar fuera de la capital, desde allí operaron los corsarios que hostigaban a los barcos brasileños durante la guerra de 1825-1828. Esto provocó un desembarco y ataque brasileño, que fue rechazado por la guarnición reforzada de Patagones el 28 de febrero de 1827.

En los años siguientes, repercutieron en el fuerte del Carmen otros conflictos regionales. En 1829 sufrieron los ataques de la montonera comandada por los Pincheira, unos españoles de Chile que se mantenían rebeldes a la independencia y con su banda de criollos e indígenas merodeaban la región. En 1831 y 1832 fueron grupos indígenas de la Pampa los que rompieron la paz mantenida por Rosas, provocando la represalia del caudillo bonaerense. En 1833 Rosas salió de campaña, estableciendo su base en Médano Redondo, cerca del actual Fortín Mercedes, sobre el Colorado. La columna mandada por el mayor Pacheco fue la encargada de llegar al río Negro y remontarlo hasta internarse en el actual Neuquén. Ambos ríos fueron minuciosamente reconocidos, el Colorado por Feliciano Chiclana y el Negro por Nicolás Descalzi.

La campaña de Rosas fue seguida de un largo período de paz generalizada, hasta 1852. Los pobladores de Carmen de Patagones

desarrollaban la agricultura, la ganadería y la explotación de sal, exportando a Buenos Aires trigo, cueros y sal. Los negocios atrayeron a numerosos comerciantes porteños, que en muchos casos compraban en el río Negro el mismo ganado que los indígenas se apropiaban en la campaña de Buenos Aires. Surgieron nuevas poblaciones río arriba: Guardia Mitre y la colonia italiana de Cubanea en 1862, y el fortín Conesa en 1869. El comercio y la dependencia mutua con las parcialidades indígenas, a través del intercambio de ganado, plumas, quillangos, tejidos y cueros por yerba, azúcar, aguardiente, ropa, etc., habían estabilizado relativamente una extensa población rural en todo el Valle Inferior.

El otro polo desde el cual se modificó a lo largo del siglo el espacio norpatagónico fueron las colonias del sur de Chile. Durante el decenio presidencial de Bulnes (1841-1851), el gobierno chileno comenzó a impulsar la ocupación del territorio trasandino entre Concepción y el Cabo de Hornos. Existían las ciudades de Valdivia, Osorno y Castro, pero rodeadas de territorio indígena no sometido a la autoridad del Estado. Entre 1842 y 1845, el alemán Bernardo Philippi, recolector de fauna y flora para el Museo de Berlín, exploró para el gobierno chileno los lagos de Osorno al sur. En 1845 se declararon propiedad del Estado todas las tierras legalmente vacantes.

Una corriente de colonización alemana promovida por Philippi y por Vicente Pérez Rosales se encauzó hacia el lago Llanquihue, y también generó una fuerte actividad industrial en Valdivia. De 1852 a 1880, se fundaron Puerto Octay, Puerto Varas y Puerto Montt, y se distribuyeron tierras a colonos alemanes alrededor del lago, además de ayuda material, títulos de dominio y ciudadanía chilena. Otros exploradores redescubrieron el lago Todos los Santos y la antigua senda al Nahuel Huapi.

Desde ambas vertientes, la del Atlántico y la del Pacífico, confluyeron durante estas décadas sobre el norte de la Patagonia numerosos viajeros. Unos llevados por intereses científicos, otros

con motivaciones más políticas, se convirtieron en exploradores y observadores de un mundo en rápida transformación.

Las potencias europeas volvieron a demostrar su interés en los países latinoamericanos, viéndolos como posible destino de sus inversiones, una vez terminadas las guerras de la independencia. El naturalista francés Alcide d'Orbigny pasó ocho meses en Carmen de Patagones en 1829, con el fin de estudiar a los indígenas de la Patagonia. Elaboró una clasificación de los diferentes pueblos y en relación con el hombre blanco, llegando a la conclusión de que los indígenas eran *salvajes* en distintos grados, idea que tendría enorme influencia en la literatura, el arte y, sobre todo, en la política gubernamental argentina y chilena, que en adelante consideraría al indígena casi siempre como *salvaje* y *enemigo*.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, se reanudaron las exploraciones del tipo estratégico con pretexto científico, como las de Villarino o De la Cruz. Desde Chile, desde el Río de la Plata, y también desde las Malvinas ocupadas por Inglaterra, salían hombres interesados en conocer la Patagonia.

Desde Chile pasó varias veces, hasta 1855, el baqueano José Antonio Olavarría, que llegó al Nahuel Huapi. Un año después del último intento, dos colonos alemanes del lago Llanquihue, Eugenio Hess y Francisco Fonck, salieron de Peulla y recorrieron el Nahuel Huapi. El inglés Guillermo Cox pasó al año siguiente, 1857, e intentó rehacer al revés el viaje de Villarino, hasta Patagones. Logró comenzarlo en un segundo intento, en 1862, pero naufragó en el Limay. De todos modos, reconoció el camino desde Puerto Montt y el paso de Pérez Rosales, y constató definitivamente para los blancos que la naciente del río Limay era el Nahuel Huapi. Después de su naufragio cerca del Collón Curá, fue guiado de vuelta por los indígenas a Chile. Los datos aportados por estos viajeros fueron de gran valor para las futuras batidas militares por la Patagonia norte: hasta unos años antes, por ejemplo, se confundía el río Desaguadero

con el Colorado, o se creía en poder navegar desde Valdivia hasta Patagones siguiendo la cuenca del Negro sin interrupción.

Entre esos años y las campañas militares, todavía otro extranjero, George Chaworth Musters, un marino inglés de las Malvinas, se internó en la Patagonia. Atraído por la lectura del viaje de Charles Darwin, pasó a Punta Arenas y acompañado por unos tehuelches cruzó la Patagonia de sur a norte, hasta los toldos del cacique Foyel, cerca del Limay. Allí se quedó, en 1869, y se hizo uno más entre los indígenas. Asistió al reconocimiento de Casimiro como cacique general de los tehuelche al sur del Limay y del Negro y como defensor de Carmen de Patagones contra los salineros de Calfucurá. Trató con el poderoso Sayhueque, hijo de huilliche y tehuelche, soberano de unos cuarenta mil manzaneros del sur del actual Neuquén y jefe de cinco mil lanzas. Sayhueque se consideraba hermano de los mapuche chilenos, enemigo de los salineros y amigo de Buenos Aires. En 1870, Musters llegó a Patagones vestido como tehuelche, completamente compenetrado con sus costumbres. Al año siguiente publicó en Londres su obra *At home with the Patagonians*, la primera descripción completa del interior de la Patagonia y fuente para exploradores posteriores.

Entre 1870 y 1871 se trasladó al valle del río Negro, con el fin de estudiar su hábitat natural, William Henry Hudson, un naturalista argentino de padres norteamericanos que pasó toda su infancia y adolescencia en la provincia de Buenos Aires. En su libro *Días de ocio en la Patagonia*, Hudson describe con frescura el impacto que produce en él la naturaleza de la Patagonia, su geografía, su fauna, su flora, los ríos y sus habitantes los indígenas.

El viaje de Musters impulsó otra misión semejante por parte del gobierno argentino. El encargado fue el mayor Mariano Bejarano, que partió en junio de 1872 a ver a Sayhueque y a conocer la situación de los indígenas que recibían raciones del gobierno argentino en Patagones. Los datos acerca de los campos riquísimos del país de las Manzanas despertaron la codicia de

los porteños, al mismo tiempo que confundían a los “indios amigos” con sus enemigos de la Pampa. Bejarano siguió a caballo el curso del Negro, cruzó el Neuquén en la Confluencia, y para fines de julio estaba en los toldos de Sayhueque, en Caleufú. Conoció a los Nahueltripay, Ñancucho, Nahuelpan, Huiliqueo, Reuquecurá, etc., trabando amistad con Juan Ñancucho y otros caciques. En septiembre estaba de vuelta en Patagones, dejando en claro que para controlar los caminos de la región hacía falta fortificar la Confluencia del Limay con el Neuquén.

En 1876 y 1879 arribó al Nahuel Huapi el primer viajero argentino, Francisco Pascasio Moreno. Un interés tanto por el conocimiento científico como por la política territorial mostró el joven naturalista, que en 1875, a los veintitrés años, se largó desde Buenos Aires a conocer el Neuquén. En un mes llegó a Caleufú y gozó de la hospitalidad de Sayhueque, a quien consideraba señor de la tierra y cacique principal de toda la Patagonia, y que lo hizo su compadre. En un parlamento en Quemquemtreu se le negó el paso a Chile, pero pasó a los toldos de Ñancucho y reconoció el Nahuel Huapi. Enterado de un gran malón que preparaban Namuncurá y Catriel contra Buenos Aires, llegó justo a tiempo para avisar y entusiasmar más aún a los militares porteños con la posibilidad de una campaña definitiva.

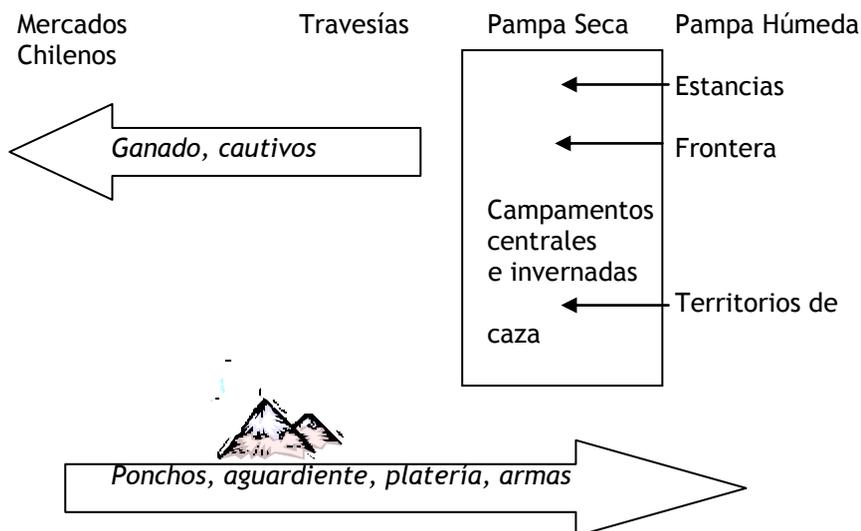
La población indígena patagónica a mediados del siglo XIX era aún llamativamente más numerosa respecto de otras parcialidades en el resto del país, fundamentalmente en la Norpatagonia, más desarrollada en sus recursos y explotación ganadera. El desarrollo de la ganadería pehuenche con el arreo de grandes rebaños no impidió los cultivos de cereales y hortalizas. El país de las Manzanas gobernado por el cacique Sayhueque poseía una importante cantidad de ganado bovino, ovino y caballar, sumado a un interesante desarrollo agrícola con riego de acequias en sus huertas. Estas condiciones ayudaron notablemente al aumento de la población, cuyos cálculos siempre fueron aproximados y estimativos.

De la misma manera que en la época colonial, la población indígena sufrió los estragos del contagio de enfermedades de los blancos. El comercio, entre las distintas naciones indígenas y con la sociedad criolla, fue una importante forma de transmisión de enfermedades. Su rápida difusión también estaba relacionada con la alta movilidad de todos los grupos.

Dentro de la actividad ganadera, los indígenas también usaron las salinas para la cría y elaboración de productos pecuarios. La explotación de la sal era una actividad prehispánica; de allí la denominación del “camino de la sal”, que conducía desde la zona de Concepción a los faldeos orientales de la Cordillera en el actual norte neuquino. Las modificaciones en la fauna autóctona se debieron básicamente al intercambio comercial. En el caso del ñandú sus plumas fueron requeridas para hacer plumeros y adornos femeninos a cambio de alimentos, bebidas alcohólicas, ropas, etc. Como consecuencia, a fines del siglo XIX las grandes tropillas de ñandúes habían prácticamente desaparecido, primero en la Pampa y después en la Patagonia.

N° 3: El circuito comercial de la Pampa y Norpatagonia en el siglo XIX

Fuente: Crivelli 2000:169.



N° 4: El circuito ganadero y las rastrilladas a mediados del siglo XIX. Los límites internacionales e interprovinciales aparecen como una referencia espacial, pero debemos tener en cuenta que no corresponden a la época.

Fuente: NAVARRO FLORIA, P., M.A. NICOLETTI y R. APOLONIO. Historia. En: AA.VV., *El gran libro de la Patagonia Argentina*. Buenos Aires, Planeta/Alfa Centro Literario, 1ª ed. 1997, ISBN 950-742-850-X, T I. p.57.



3.c. *Las campañas militares*

Ya en 1867, bajo la presidencia de Bartolomé Mitre, el Congreso había debatido y aprobado la ley 215, que facultaba al Poder Ejecutivo para establecer una nueva línea de frontera en los ríos Neuquén y Negro. Pero su cumplimiento se vio demorado por distintas dificultades económicas y políticas –fundamentalmente, por la guerra de la Triple Alianza y por varios levantamientos en el interior, que distrajeran tropas y recursos-. Una nueva situación de tensión con Chile, ya en la presidencia de Avellaneda, determinó la creación efectiva de la Gobernación de la Patagonia, con capital en Mercedes de Patagones -la actual Viedma- y con el coronel Álvaro Barros como gobernador, el 11 de octubre de 1878. En esa fecha se conmemora el *Día de la Patagonia*.

La ocupación militar de la Araucanía por el lado chileno se venía dando en etapas. En 1862 se corrió el límite del río Biobío (a la misma latitud del norte neuquino) al Malleco, poco más al sur, y se fundó Angol. En 1865 el nuevo límite era el río Toltén (en la latitud de Zapala y el Alto Valle), abarcando la Araucanía, que contaba con unos sesenta mil habitantes indígenas. La guerra del Pacífico (1879-1883), que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia, demoró la expansión del país hermano hacia el sur y permitió que la Argentina tomara la iniciativa sobre la Patagonia. Terminada aquella guerra y ya ocupado el norte de la Patagonia por las tropas argentinas, Chile retomó su avance hacia el sur: en 1881 se fundó Temuco y en 1882 se refundó Villarrica, en el último bastión independiente del pueblo mapuche.

El plan integral decisivo para la frontera interna fue el plan del presidente Nicolás Avellaneda, cuyos brazos ejecutores fueron sus ministros de Guerra, Adolfo Alsina y Julio A. Roca. Avellaneda tenía una clara idea sobre la ocupación, colonización, evangelización y desarrollo económico de la Patagonia, más amplia de lo que sería

la posterior acción de Roca sobre los indígenas. Con la campaña del ministro Alsina, además de la zanja que actuaba como barrera contra los malones, se ocuparon alrededor de cincuenta mil kilómetros de tierras, se construyeron cinco comandancias, fortines y corrales, como por ejemplo el fuerte General Belgrano en Carhué, centro vital del poder indígena, y se extendieron líneas telegráficas para la comunicación. A la muerte de Alsina, en 1878, Roca comenzó a realizar un plan integral que comprendía la exploración y relevamiento topográfico del territorio.

La presión sobre la frontera ganadera y la ideología dominante, que exigía que las fuerzas del “progreso” arrollaran a la “barbarie” indígena, encontraron un realizador en el general Roca. Su plan ofensivo reflató la idea ya planteada en 1804: avanzar en columnas armadas paralelas, de norte a sur y de este a oeste, expulsando a los pobladores originarios de la Pampa. Cuando Roca inició la campaña militar ofensiva en 1879, el resultado de su estrategia y programa del año anterior habían facilitado a tal punto la situación que las tribus indígenas ya estaban en su mayoría vencidas y desmoralizadas. Los principales caciques se habían rendido (Catriel, Pincén, Epumer, Painé) y otros habían huido (como Namuncurá). La situación invitaba a la ejecución del plan final de ocupación diagramado por Roca y Olascoaga, cuyo brazo armado fueron cinco divisiones que llegaron el 25 de mayo de 1879 a Choele Choel.

La ocupación definitiva del territorio Norpatagónico por los cuerpos militares argentinos, se dio en tres etapas: la Campaña del Desierto, la Campaña del Nahuel Huapi y la Campaña de los Andes. Se desarrollaron entre 1879 y 1885, y su resultado fue el sometimiento del norte de la Patagonia a las autoridades del Estado nacional, la destrucción de la economía y la sociedad indígena y su progresivo reemplazo por una sociedad de inmigrantes criollos y europeos.

La conquista militar llamada *campaña del Desierto* se desarrolló entre mayo y julio de 1879, al mando directo del ministro Roca, en cumplimiento de la ley 215, que mandaba llevar la línea de la frontera sur de la Argentina a la margen izquierda de los ríos Neuquén y Negro, ocupando los puntos estratégicos necesarios. Al paso de los expedicionarios quedaban destruidas tolderías, sembrados y corrales; la gente se replegaba tierra adentro llevándose ganado y bienes. Fueron rescatados numerosos cautivos y hechos prisioneros, pero no se desarrollaron combates de importancia. Se fundaron fortines en los lugares más importantes -Choele Choel, General Roca, la Confluencia, Paso de los Indios, Chos Malal- y se interrumpió completamente el viejo circuito ganadero. En 1879, además, se ordenó al comandante Martín Guerrico acompañar el avance de las columnas montadas, remontando el río Negro en un vapor. Ese primer intento fracasó, pero sirvió de experiencia para la construcción de los vapores *Río Negro* y *Río Limay*, que navegaron regularmente de Patagones a la Confluencia hasta 1911. A su regreso, Roca fue electo presidente de la Nación y su objetivo fue dado por cumplido.

Francisco Moreno hizo otro viaje a la Patagonia norte tras los pasos de las columnas militares, quedando como rehén en Caleufú en enero de 1880, mientras Namuncurá llegaba pidiendo auxilio y Napoleón Uriburu y Rufino Ortega masacraban el país poco más al norte. Esa vez escapó y salvó la vida. Volvería años después, en 1896, al Lácar y a Caleufú, ahora despoblado. Moreno desplegó una amplia propaganda de los conocimientos que había adquirido en la Patagonia. Pensaba que la tierra debía ser ocupada por quienes la trabajaran, que debía existir un trazado de vías de comunicación entre el Pacífico y el Atlántico, una extensión del ferrocarril atravesando la Patagonia y una seria explotación forestal. De acuerdo a estas ideas dejó mapas y numerosos datos que inspiraron después obras de infraestructura en la Patagonia.

A la campaña de 1879 le siguieron las dos campañas en 1881 para terminar con los focos de resistencia. Los operativos continuaron durante 1883 y 1884, hasta la rendición definitiva de los caciques Namuncurá, Sayhueque, Inacayal y Foyel. Las dos últimas etapas fueron sin duda las más crueles, por cuanto se expulsó de sus asentamientos cordilleranos y precordilleranos a una importante población, ejerciendo una constante violencia a fin de someterla, desalojarla o arrinconarla en las tierras más pobres.

La *campaña del Nahuel Huapi* consistió en el movimiento coordinado por el general Conrado Villegas de tres brigadas que partiendo de Chos Malal, Fuerte General Roca y Choele Choel, confluyeron en el gran lago, entre marzo y abril de 1881. Significó la persecución de algunos importantes caciques y la toma de posesión del Nahuel Huapi, un sector que era frecuentemente recorrido por viajeros provenientes de Chile. En la naciente del Limay, instalaron en 1883 el fuerte Chacabuco. Llevaron una ballenera remontando los ríos desde Patagones, y en el Nahuel Huapi la bautizaron *Modesta Victoria*. En ella, O'Connor relevó el lago en 1884. Los estudios chilenos de la zona también continuaron, con Valdeverde en 1884 y Steffen en 1893.

La *campaña de los Andes*, desarrollada formalmente de noviembre de 1882 a marzo de 1883, mandada también por Villegas, fue la persecución de Namuncurá, Reuquecurá, Manquiél y otros caciques, y continuó durante años en forma de acciones aisladas, hasta el sometimiento definitivo de Manuel Namuncurá -marzo de 1884- y de Valentín Sayhueque -enero de 1885-.

El noroeste neuquino y particularmente los valles y mallines de la cuenca del Curi Leuvú, que fueron zona de paso por su abundancia de agua y de campos de pastoreo y su cercanía con los boquetes cordilleranos, era una zona de presencia chilena. Ya sea propiciando el arriendo de tierras pehuenches por hacendados blancos, o firmando tratados de paz, o haciendo participar a los

caciques de los beneficios económicos del tráfico ganadero, o bien designando comisionados gubernamentales que verificaran el cumplimiento de los tratos, lo cierto es que la autoridad chilena llegaba en el siglo XIX mucho más acá de la Cordillera. Los límites de esa influencia parecen haber sido los que las características geográficas del terreno ponían a la actividad ganadera. Al este, la meseta patagónica funcionaba como lugar de tránsito.

Años antes de las campañas militares, Musters había visto cultivos de trigo, grandes rebaños, corrales y viviendas estables en donde vivía Sayhueque. Al llegar la división de Napoleón Uriburu al lugar llamado Malbarco (hoy Varvarco), se encontró con hacendados arrendatarios de los caciques picunche. En todo el oeste de la provincia se mencionan grandes majadas y rebaños, invernadas y veranadas, campos arados y sembrados de cereales y legumbres. Los aproximadamente seiscientos pobladores de Malbarco que se identificaban como chilenos decían depender de las autoridades civiles de su país, conviviendo en absoluta independencia de los caciques. En el caso indígena es mucho más claro que los lazos de solidaridad, parentesco y negocios no reconocían otros límites que los de la lengua mapuche. El caso del cacique Purrán, tan vinculado con gente de Lonquimay, como los de otros caciques que buscaron refuerzos o refugio en Chile ante la persecución militar, muestra sin lugar a dudas que el país mapuche seguía siendo uno a ambos lados de los Andes. La coincidencia de fines entre los gobiernos republicanos de Chile y Argentina también quedó clara cuando las partidas militares que perseguían similares objetivos chocaron entre sí durante la campaña de 1883, en Pulmarí y Ruca Nuco ya que no existían aún límites internacionales.

Las tolдерías estables más importantes al llegar los militares, eran las de Sayhueque en Caleufú, las de Purrán en Campanario, las de Molfinqueupu en el Collón Curá, la de Foyel sobre el Limay, la de Curruhuinca en Quila Quina, la de Ñancuqueo en Punguechaf, la

de Inacayal en el Malleo, la de Reuquecurá en Aluminé, la de Payeirán sobre el Curileo: todas en la zona cordillerana. Habrían sido unos sesenta mil los súbditos de Sayhueque y Purrán en 1879. Además, los seiscientos chilenos de Malbarco, que arrendaban tierras de Purrán. Las demás poblaciones, todas posteriores, siguieron a los fortines y se reunieron en torno a ellos.

La consecuencia inmediata que ocasionaron las campañas militares fue el genocidio y despoblamiento indígena, y la desarticulación de su espacio. La guerra los obligó a huir a Chile, someterse a la marginación, el traslado y la pobreza o morir. Muchos de los caciques principales se refugiaron en el lado occidental de la Cordillera, pero las acciones del ejército chileno provocaron la misma situación. Los fuertes y fortines controlaron los principales caminos y accesos a las tolderías para impedir que los indígenas huyeran por la Cordillera a territorio chileno, en busca de ayuda y alimentación.

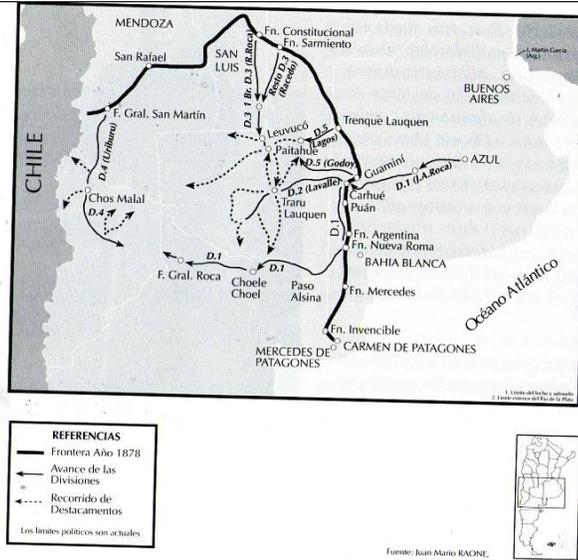
Las tribus fueron entonces desarticuladas o trasladadas a lugares lejanos a su hábitat y generalmente pobres e infértiles. Las familias fueron separadas, muchas mujeres y niños fueron distribuidos como servidumbre entre familias encumbradas. A partir de entonces las sociedades indígenas no podrían usar libremente las tierras que les habían pertenecido. Basados en un modelo de tenencia de la tierra comunal donde la extensión territorial y el movimiento eran fundamentales, fueron obligados a establecerse en un territorio impuesto, reducido, en donde perdieron su identidad orgánica original. Su organización económica y social fue desestructurada y se los obligó a sobrevivir en esas circunstancias, transformándolos en criadores aislados de ganado menor o en pobladores de las reservas y reducciones indígenas.

Las tierras quitadas a los indígenas fueron distribuidas por el Estado nacional argentino, mediante una extensa legislación, al sector ganadero privado que adquirió, lógicamente, las más fértiles y aptas

para la cría, generando una nueva modalidad de producción, es decir un nuevo modelo de utilización de los recursos y del espacio. Estas tierras aptas se convirtieron rápidamente en grandes extensiones en manos de unos pocos, o sea en latifundios, mientras que los espacios semiáridos y esteparios, quedaron como tierras fiscales en manos del Estado. Las dificultades para el acceso a la tierra originaron la ocupación ilegal y la ocupación precaria de la misma por quienes carecían de recursos para comprarlas. La guerra, el genocidio y la nueva distribución de la tierra dejaron una población escasa, inestable y compuesta en gran medida por pobladores de origen chileno.

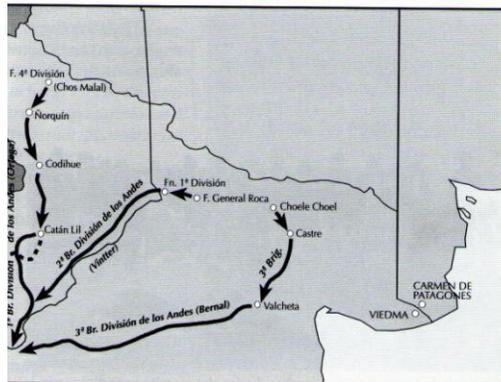
Los indígenas que sobrevivieron fueron arrinconados en reservas que originaron el sobrepastoreo, la degradación y desertización de los campos, debido a la escasa extensión de las tierras, la baja capacidad de recepción ganadera, el crecimiento de la población y los bajos precios pagados por los productos pecuarios. Los intentos de colonias pastoriles indígenas terminaron en un absoluto fracaso por la falta de apoyo para lograr que funcionaran como establecimientos agrícolas, por el cambio violento del modo de vida ganadero pastoril a uno agrícola sedentario, y por la poca extensión de tierra entregada.

N° 5: Los límites internacionales e interprovinciales aparecen como una referencia espacial, pero debemos tener en cuenta que no corresponden a la época. Fuente: NICOLETTI, M.A. y P. NAVARRO FLORIA. Secciones Historia y Biografías. En: NAVARRO FLORIA y NICOLETTI (dirs.), *El Gran Libro de la Provincia del Neuquén*, Buenos Aires, Milenio/Alfa, 2001, ISBN 987-98779-0-X, tomo 1, p.289.



N° 6: Los límites internacionales e interprovinciales aparecen como una referencia espacial, pero debemos tener en cuenta que no corresponden a la época. Fuente: NICOLETTI, M.A. y P. NAVARRO FLORIA. Secciones Historia y Biografías. En: NAVARRO FLORIA y NICOLETTI (dirs.), *El Gran Libro de la Provincia del Neuquén*, Buenos Aires, Milenio/Alfa, 2001, ISBN 987-98779-0-X, tomo 1, p.289.

‘AÑA DEL NAHUEL HUAPI. MARZO A ABRIL DE 1881

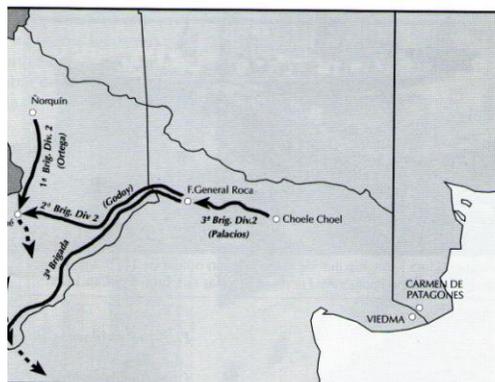


REFERENCIAS
 Avance de las Brigadas
 Recorrido de Patrullas
 y Destacamentos



Fuente: CESAR VAPNARSKY, 1983

‘AÑA DE LOS ANDES. NOVIEMBRE 1882 A MARZO 1883



REFERENCIAS
 Avance de las Brigadas
 Recorrido de Patrullas
 y Destacamentos



Fuente: CESAR VAPNARSKY, 1983

Testimonios

ENTRE LOS INDÍGENAS Y LOS ESPAÑOLES

El Rey, mi señor don Carlos IV (que Dios guarde), no pudiendo olvidar el que habitáis el centro de sus dos reinos de Buenos Aires y Chile, y que hasta ahora estáis privados de su conocimiento, protección y de las utilidades que podríais conseguir con nuestra comunicación, ideaba arbitrios para proporcionaros, como padre poderoso, vuestro alivio... Vosotros siempre fuisteis pobres... y como vosotros siempre visteis que los españoles procuraban vuestras amistades, y que nuestros jefes os han agasajado, discurrieron tus padres que nosotros, por algún interés, y nuestros superiores por privaros de vuestras propiedades, les regalaban. Nunca fue así, Carripilún; a nosotros nos gobiernan leyes sabias, que son fundadas en la caridad... ¿Qué más podríais desear, que tener las riquezas de nosotros, que lograr nuestras comodidades, que disfrutar nuestros conocimientos, que tener nuestro auxilio para ser respetados y temidos de todas las naciones, como somos?... Dichosos sois; y Dios que te ama, quiso que en tus días se te propusiese este proyecto...

Luis DE LA CRUZ, Parlamento con el cacique pehuenche Carripilún, en el “Viaje a su costa del alcalde provincial del Muy Ilustre Cabildo de la Concepción de Chile don Luis de la Cruz, desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires...”, 1806.

ENTRE LOS INDÍGENAS Y LOS “UINKAS”

Mi padre estaba en la toldería del cacique Valentín Shaiueke, el rey de los Manzaneros, cuando vino un uinka que se llamaba Francisco Moreno, pero que los indios, porque lo conocieron, le dieron otro nombre al hombre éste peligroso: el Cuatrojos. Y como le tenían miedo, lo querían matar para salvarse ellos de las brujerías de él. Cosas graves habían pasado mientras él estuvo en nuestra tierra. La piedra santa, mejor dicho,

un montón de piedras de forma rara, se había hecho pedazos: quería decir desgracia, castigo por haberse rendido a don Gobierno, al cristiano. Un chelkura, un hombre de piedra, cayó de la planicie alta, donde había estado siempre el santo hombre de piedra, importante, en las fiestas religiosas de abajo. Lo encontraron más tarde en el río, pero estropeado. La parte de arriba, la cabeza, nunca se encontró. ¿Cuándo hubo antes una desgracia tan grande en la tribu? ¿Cómo puede este ser, creado por el Grande del cielo, andar de noche sin cabeza; ése, que no hace daño, que siempre ha sido piedra? ¿Cómo va a vivir sin cabeza? Mucho mal ha traído este uinka. Y por entonces lo tenían como preso, sin que él lo sepa, lo vigilaban bien, pero muy bien. Miraban todo lo que hacía y sabían lo que había hecho. Mi chau supo vigilarlo muchas veces. Entonces, los grandes caciques llamaron a un parlamento y decían:

'¿Debe vivir éste, después que quería robar nuestras almas? Escuchen lo que la sabia machi dijo, ella que vio todo en el peuma, en el sueño de visiones, ella que aconseja muy bien. Terribles fuerzas tiene ése, igual que el toro blanco con las astas de oro, que vive en las cascadas y que lo ve gente con mucha suerte. ¡Cuidado! ¡Aiaiaia!'

Y por qué nuestros pueblos gritan mape, mape, mape, y piden que le quitemos la vida? El corazón de él quieren sacarle del cuerpo y ofrecerlo al Rey del Cielo Azul. En sangre de cristiano quieren lavarse. Quieren festejar el karütún. ¿Y por qué? ¿En qué faltó el intruso? Almas quiere robar. ¿Para qué junta tanta víbora, tanta lagartija, tanto sapo, el intruso; todos estos bichos que nadan, que corren, que se arrastran? Todo lo que vive en la pire mauida lo mete en botellas, les quita el aire, porque los encierra, y así los mata. ¿Para qué? Solamente porque necesita sus almas, sus espíritus, cuando vuelva a su fta uaria, donde lo esperan sus amos al ladrón de almas. Que quiere saber todo, que tiene preguntas como de chico. Miren todos y digan: ¿por qué recoge, todas las plantas, las flores, las raíces y hasta las hojas de los árboles grandes? ¿Por qué seca algunas, mete otras entre papeles y las encierra para que nadie las vea después? Porque necesita el espíritu de ellas, las almas. ¡Qué pobres han de ser, qué miserables las almas de los uinka, que tienen que embotellar, que necesitan esconder las almas de animales y plantas, para que no se les escapen cuando las necesiten! Pero: solamente un brujo sabe agarrar y

guardar un alma. Entonces: ¿qué me dicen ustedes? ...

“Por qué don Francisco (Moreno) debía haber muerto”, recopilado por Bertha Koessler, 1962, en César A. FERNÁNDEZ (ed.), *Cuentan los mapuches*, 1995.

ENTRE LOS INDÍGENAS Y EL ESTADO NACIONAL

Las tribus que la habitan [a la tierra neuquina] son poco numerosas y, según informes fidedignos, su población total no alcanza a veinte mil almas. Miembros de la gran familia araucana pasaron a la falda oriental de los Andes, con el nombre de Aucaes, y se dividen, según los nombres de los lugares que ocupan: en Huiliches (indios del sur), Pehuenches (indios de los Pinares), etc., etc. Han alcanzado un grado de civilización bastante elevado, respecto de las otras razas indígenas de la América del Sur, y su transformación se opera como estamos viendo todos los días, de una generación a otra, cuando poderes previsores les dedican un poco de atención. Su contacto permanente con Chile y la mezcla con la raza europea, han hecho tanto camino que estos indios casi no se diferencian de nuestros gauchos y pronto tendrán que desaparecer por absorción.

Julio A. ROCA, Mensaje al Congreso de la Nación como Ministro de Guerra, proyectando la ocupación militar de los ríos Negro y Neuquén, Buenos Aires, 14 de agosto de 1878.

UNA VISIÓN DE LA CAMPAÑA CONTRA LOS INDÍGENAS

Creo que V.R. habrá recibido la carta que le envié desde Carhué, en la que narraba el bien que monseñor Espinosa y los Salesianos hicieron o deseaban realizar... no soy el más indicado para apreciar ciertos hechos y ciertos derechos que hombres que se dicen civilizados se arrojan sobre otros que se apellidan bárbaros... nos detuvimos en las fortalezas de Puán y Fuerte Argentino... allí bautizamos a unos ochenta párvulos y chiquillos,

seguimos pues el camino del desierto en compañía no sólo del ejército sino también de fracciones de alguna tribu de indios que por orden del Ministro debían trasladar sus toldos a Choele Choel para formar un pueblo en aquellos nuevos confines... ¡Ojalá todos los cristianos respetaran al verdadero Dios como los indios respetan a su Guneken! Estos por ejemplo no osan acercar los labios a alguna clase de bebida sin volcar antes algunas gotas en honor de Guneken. Pero ¿cómo haremos nosotros pobres misioneros para persuadir a esta pobre gente que nuestro Dios es el verdadero mientras ven y oyen todos los días, a algunos cristianos que de este Dios no hablan sino para despreciarlos, y que se avergüenzan de ejecutar el menor de los actos de religión?...

Al día siguiente, mientras los demás celebraban la fiesta patria del 25 de mayo, yo buscaba a mis indios, prisioneros de guerra, para catequizarlos. La miseria en que los encontré era extraordinaria. Algunos estaban semidesnudos, no disponiendo más que de un cuero de cordero para cubrirse; no tenían toldos viéndose obligados a dormir al raso sin abrigo; una asquerosa vejiga les servía de botella y de vaso. ¡Pobrecitos! al verme llegar me rodearon enseguida, hombres, mujeres, niños y niñas...

Carta de M. Costamagna a Don Bosco, Patagones, 23 de junio de 1879, en el Archivo Central Salesiano (Buenos Aires), Caja 203.1.

4. El Neuquén primario-exportador (fines del siglo XIX a mediados del siglo XX)

4.a. La distribución de la tierra

El Estado Nacional asumió, desde 1880, la enorme tarea de organizar los territorios que acababa de incorporar. Vencida la resistencia indígena se dedicaron a administrar el territorio, fundar pueblos y radicar a la población, abrir caminos y fomentar las comunicaciones. Inmediatamente después de la apropiación de los territorios de la Pampa y la Patagonia por el Estado nacional, a través de las fuerzas militares, el gobierno se propuso emprender la exploración y la mensura, necesarias para la organización administrativa de los nuevos territorios. La mensura fue iniciada en el terreno por una oficina topográfica militar, bajo la dirección del teniente coronel Manuel J. Olascoaga. Un primer relevamiento científico había sido realizado por estudiosos argentinos y extranjeros, participantes de las distintas expediciones militares: Francisco P. Moreno en 1876 y 1879 -como ya señalamos-; Adolfo Doering, Eduardo L. Holmberg, Carlos Berg, Pablo Lorentz y Gustavo Niederlein en la campaña de 1879; Jorge Rohde y Francisco Host en la campaña del Nahuel Huapi.

Terminada esta primera etapa, el presidente Roca logró del Congreso de la Nación la sanción de la ley 1.532, del 18 de octubre de 1884, que creaba los Territorios Nacionales que actualmente constituyen las Provincias de la Patagonia. El primer instrumento del repoblamiento, según Roca, serían las guarniciones militares. También se dictaron leyes para favorecer la colonización, que facultaban al gobierno nacional a mensurar, vender, rematar y donar tierras, y darlas en premio a los expedicionarios militares.

El problema económico de fondo, en la Patagonia, era la cuestión de la tierra pública y la posibilidad concreta de tener un proyecto de desarrollo propio basado en los recursos regionales.

En el caso de la Patagonia norte, su incorporación al sistema nacional a través de la actividad ganadera proviene de la época colonial, a través del circuito ganadero que enlazaba la Pampa con las haciendas chilenas, desde donde tenía salida hacia el Pacífico. Esta actividad continuó con más intensidad en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la expansión agrícola chilena hizo necesaria la extensión de la actividad ganadera hacia tierras neuquinas. De esta manera, el Neuquén se integró al sistema chileno como proveedora de productos ganaderos, situación que duraría hasta la imposición de barreras aduaneras en los años '30.

Las modalidades de apropiación de la tierra afianzaron el latifundismo, a través de la venta de la tierra pública que el Estado nacional organizó por de una serie de leyes y decretos:

- Ley 817 de 1876 (Ley de colonización).
- Ley 947 del 5 de octubre de 1878 (Ley de empréstitos): El gasto que demandase el establecimiento de la línea de frontera sobre los ríos Negro y Neuquén, se imputaría al producido de la venta de las tierras que se conquistasen.
- Ley 1.265 del 3 de noviembre de 1882 (Ley de remate público): Se rematarían extensiones mínimas de 2.500 ha y máximas de 40.000 ha, a 500 pesos la legua cuadrada, con obligación de poblar e invertir capitales.
- Ley 1.628 de 1885 (Ley de premios militares): Entrega de tierras a los participantes de las campañas militares en bonos al portador, junto con racionamiento por un año, útiles de labranza y semillas.
- Ley 2.875 del 21 de noviembre de 1891 (Colonización por el Estado y por compañías de colonización, modificatoria de la ley 817).

- Decreto reglamentario de 1897. Remate de tierras.
- Ley 2.875 (Ley de liquidación): Devolución de la cuarta parte de las tierras retenidas en caso de no ser colonizadas.
- Ley 4.167 del 8 de enero de 1903 y decretos del 2-11-1903, 10-1-1905 y 8-11-1906: Se reconocen como vías para el acceso a la tierra la colonización, la venta en remate público, el arrendamiento con derecho a compra, la pertenencia a reservas indígenas y la ocupación sin títulos. Esta ley fue modificada entre 1915 y 1920 en cuanto a los contratos, la compra y el precio de las tierras.
- Ley 5.559 de 1907 (Fomento de los Territorios Nacionales): Proyección de obras para la Patagonia: estudio, tendido y explotación de cuatro ferrocarriles, para comunicar los puertos y la Cordillera; la construcción de muelles y depósitos para carga y descarga del puerto y limpieza y dragado del río Santa Cruz. Esta ley fue modificada después de 1915, para el arrendamiento de las tierras lindantes con los ferrocarriles.

Las leyes de venta y remate beneficiaron a los latifundistas, que anexaron terrenos a los ya poseídos, aprovechando la falta de claridad en la demarcación, mensura y subdivisión de la tierra. La suscripción de las tierras se concentró, obviamente, en las más productivas y cercanas a la Pampa. Los bonos al portador, en su mayoría cedidos a terceros, eran vendidos a un precio muy bajo y la posibilidad de elegir el terreno concentró la elección en territorio rionegrino. Aunque en 1892 se intentó concentrar la adjudicación de tierras por servicios militares en el Chubut, la presión de los beneficiarios abrió la elección a la Norpatagonia (Neuquén, Río Negro y La Pampa). Los compradores de bonos o cesionarios se mantuvieron en Chubut y más tarde se extendieron a Santa Cruz y Río Negro.

Las leyes que contemplaban la posibilidad concreta de colonización fueron objeto del olvido, la negligencia y el desinterés de los funcionarios centrales. La creación de colonias agrícolas o pueblos no cumplió las condiciones que marcaba la ley, las empresas colonizadoras no cubrían en su mayoría las obligaciones estipuladas, las multas eran incobrables y prescribían.

Bandieri afirma que en Neuquén, sólo el 5% de los compradores había tomado efectiva posesión de las tierras adquiridas. Un problema grave fue el total desconocimiento de las características de las tierras rematadas: las que según los decretos se destinaban al pastoreo en los departamentos Confluencia, Picún Leufú y Zapala, eran en general áridas e improductivas. Esto generó reclamos y solicitudes de cambio por mejores tierras en los valles cordilleranos, retrasos en las entregas y en los pagos. En definitiva, no fue redituable para el Estado ni generó una ocupación real de los departamentos del este neuquino. La privatización de tierras alcanzó niveles más importantes en la zona precordillerana y cordillerana. Al principio, se ocupó la zona cercana a los ríos Agrio y Neuquén; posteriormente, el gran comprador al sur de esa franja fue la Sociedad Comercial y Ganadera de Chile y Argentina, propietaria de tierras a ambos lados de los Andes.

A diferencia de Río Negro, en el Neuquén tuvo mayor importancia el factor de la seguridad y la soberanía territorial, lo que retrasó su incorporación productiva al sistema nacional, sumado al particular aislamiento del “Triángulo”. La tierra privatizada en el norte del Neuquén fue relativamente escasa y esto dio lugar a la instalación de ocupantes fiscaleros transformados en crianceros trashumantes.

La actividad ganadera repercutió en la organización espacial, de tal modo que la capital neuquina se instaló en Chos Malal hasta 1904, en reconocimiento del desarrollo de la franja cordillerana. El

traslado de la capital a la Confluencia modificó sustancialmente el espacio provincial.

El desarrollo de la agricultura en los valles inferiores del Neuquén y del Limay con obras de regadío propició el asentamiento de colonias agrícolas como Valentina (1915), Bouquet Roldán (1915), Centenario (1922) y Plottier (1934). La llegada del ferrocarril logró comunicar las dos franjas en producción con el tramo a Neuquén en 1902 y a Zapala después, en 1913. Paralelamente, surge en medio de estas dos actividades el petróleo en Plaza Huincul, en 1918. El vuelco a la franja oriental fue inevitable: la llegada del ferrocarril, la producción agrícola, el traslado de la capital, el petróleo y la crisis de la actividad ganadera concentraron la población neuquina en la Confluencia.

4.b. El despoblamiento y el repoblamiento

La información con la que contamos acerca de la población indígena de la Patagonia anterior a 1879 es fragmentaria e incierta. En función de las observaciones de George Musters (1870), por ejemplo, podemos saber que el área cordillerana del Neuquén concentraba una población relativamente importante, ligada a actividades ganaderas y agrícolas. Probablemente resultó problemático, para la gente de la Patagonia norte y particularmente del área cordillerana, soportar el repliegue hacia el sur y el oeste de la población pampeana, mucho más abundante, frente al avance de las columnas militares. Frente a este panorama las campañas de ocupación, llevadas a cabo por contingentes bien armados y montados, no encontraron mayor resistencia para hacerse fuertes en los puntos clave de las antiguas vías de comunicación. Sin duda, la apropiación del territorio por el Estado nacional y la redistribución y privatización de la tierra provocaron un movimiento de

despoblamiento y desestructuración de la sociedad indígena establecida.

La preocupación de los primeros gobiernos neuquinos sobre la población es reiterada: es escasa, móvil y dispersa y con una cantidad importante de chilenos. Por ejemplo, en el Censo Nacional de 1895 el 63% de los habitantes eran extranjeros y la mayor concentración se ubicaba en el noroeste del territorio. Sobre un total de 29.043 habitantes blancos para los Territorios Nacionales de la Patagonia, 14.517 -la mitad- estaba en el Neuquén. La población urbana era estimada en 903 habitantes, repartida entre Chos Malal, Ñorquín y Junín de los Andes, y la rural alcanzaba los 13.614 pobladores. La proporción de población extranjera era muy alta, sobre todo de chilenos: los “americanos” del censo son 8.886 en el Neuquén, y los “europeos” 123.

Las tasas de crecimiento de 1895 en los Territorios patagónicos, excepto Neuquén, duplicaban y hasta triplicaban la media nacional, y continuaron superándola en los censos subsiguientes de 1914 y 1947. Para el censo de 1914, la población urbana neuquina había crecido a 4.453 habitantes y la rural a 24.413. Pero aún en la década de 1920 la situación permanecía estable, al punto que los funcionarios se plantearon la instalación de colonias militares en la región cordillerana para “argentinar” el territorio. La gran cantidad de pobladores de origen chileno favorecía la continuidad de una relación socio-económica anterior a la ocupación militar: la población extranjera señalada por el censo de 1895 era de 62,1%. Aunque desciende en 1914 al 46,14, el 40% sigue siendo de chilenos.

A partir del 1930, los gobernantes hicieron propuestas para solucionar la cuestión del acceso a la tierra fiscal. Era necesario realizar la mensura y el parcelamiento territorial, tareas que no podían ser implementadas por motivos presupuestarios. A esto debe

sumarse que el territorio no contaba con Oficina Nacional de Tierras y Colonias.

Para 1947, los habitantes de la Patagonia ascendían oficialmente a 361.367. El Neuquén, en conclusión, presentaba una población escasa, aunque más densa que el resto de la Patagonia; mayoritariamente chilena y con muy poca presencia europea; con un ritmo de crecimiento similar al nacional. Sin embargo, esta medición muestra un cambio en la tendencia poblacional histórica. La zona cordillerana, que en 1914 concentraba al 91% de la población, para 1947 sólo retenía al 71%, y el departamento Confluencia absorbía el crecimiento: en 1914 contaba con el 9% y en 1947 el 29%.

La existencia oficial de un pueblo o colonia en los Territorios Nacionales podía tener varios antecedentes. Muchas veces, al surgimiento de un pueblo seguía inmediatamente el reconocimiento gubernamental, la mensura y el trazado urbano (calles, plaza, edificios públicos, etc.). Esto sucedía cuando había una política de gobierno activa o un fundador empeñado en lograr dicho reconocimiento. Tal es el caso de pueblos fundados por militares: General Roca, Junín de los Andes, Chos Malal, San Martín de los Andes, etc. En otros casos los fundadores fueron civiles: Pomona, Allen, Plottier. En otras situaciones, la fundación oficial fue muy posterior, impulsada por autoridades territorianas que convalidaron un asentamiento espontáneo de población. Es necesario tener en cuenta que en una vasta superficie de la Patagonia norte la práctica de una sola actividad productiva –la cría extensiva de ganado– generó que la población se asentara en forma dispersa.

El proceso de repoblamiento del Neuquén, en el marco de la Patagonia norte, se centró en los siguientes focos y modalidades:

- Choele Choel, General Roca y las colonias y estaciones ferroviarias del Alto Valle de Río Negro y Neuquén;

- localidades del interior neuquino originadas en guarniciones militares y en la concentración de población preexistente, chilena e inmigrante;
- colonización alemana-chilena y centroeuropea en la zona del Nahuel Huapi;
- localidades de origen ferroviario y petrolero en el centro neuquino.

4.c. El Alto Valle de Río Negro y Neuquén

Desde la época colonial y las primeras exploraciones del río Negro, se sabía que Choele Choel era la llave del norte de la Patagonia, por ser un oasis donde se engordaba el ganado luego vendido en Chile, y un punto en el que el río Negro se acerca al Colorado, haciendo posible la travesía entre ambos. En 1879 el lugar fue ocupado por las fuerzas del general Roca, que mandó trazar inmediatamente un pueblo.

Sin duda, el segmento del valle que alcanzó mayor desarrollo y poblamiento gracias a la feliz combinación de ferrocarril, obras de regadío y vías de comunicación, fue el Alto Valle, de Chichinales al río Neuquén. El 1º de setiembre de 1879, el general Vintter establecía a orillas del río Negro un fuerte con el nombre del ministro de Guerra, general Roca, al que se le reconoció una colonia de 42.000 hectáreas, que abarcaba del actual Fernández Oro a Ingeniero Huergo.

La incipiente producción agrícola y ganadera -como zona de invernada- del Alto Valle se orientaba comercialmente a Chile, hasta que la llegada del Ferrocarril del Sud, en 1899, vinculó la zona definitivamente con los puertos del Atlántico. En el mismo año, en julio, una inusual crecida del río Negro arrasó el pueblo, obligando a su traslado más al noroeste, a la ubicación actual. A la primitiva población militar -la División de los Andes entera, hasta su traslado

a Bahía Blanca en 1903- se sumaron inmigrantes mayoritariamente chilenos, italianos y españoles. General Roca se fue convirtiendo en centro de abastecimiento principal desde Choele Choel hasta Bariloche, y fue diversificando su producción agrícola: cereales para el consumo local, alfalfa para la invernada, vid para la exportación, etc.

Gracias a la propaganda estatal después de 1904 la zona también recibió contingentes de franceses, rusos, ingleses y alemanes, que fracasaron en sus emprendimientos por falta de riego adecuado y por desatención del gobierno, aunque muchos permanecieron en la zona.

Al oeste del Alto Valle, en tierras adquiridas por el coronel Manuel Fernández Oro y el general Enrique Godoy, expedicionarios de 1879, se emprendieron obras de riego y se trazó el pueblo de Colonia Lucinda, hoy Cipolletti, que fue la principal estación de carga del Alto Valle hasta los años '40. En las tierras del general Godoy se formó la colonia La Picasa, hoy Cinco Saltos, donde funcionó una estación agronómica experimental. Aguas arriba se fundaron Contralmirante Cordero, Sargento Vidal, San Isidro y Villa Manzano, y más recientemente y en territorio neuquino, San Patricio del Chañar. El poblamiento del lugar tiene un antecedente en el fortín Vidal, establecido en época del sargento mayor Vidal, en el camino del Alto Valle a Chos Malal. Entre la Confluencia y General Roca surgieron otras iniciativas de colonización privada, como las que dieron origen a Allen en 1910 y Cervantes en 1911. Otras colonias se extendieron hacia el este, hasta la actual Villa Regina.

Así es como se fue construyendo el rosario de pueblos y ciudades que forman hoy el Alto Valle de Río Negro y Neuquén, un continuo homogéneo que constituye la zona más poblada y dinámica de la Patagonia.

Del lado neuquino de la Confluencia se destaca muy por encima de los demás núcleos de poblamiento -siendo hoy capital

provincial y la ciudad más grande no ya del valle sino de la Patagonia- la ciudad de Neuquén. En su origen se entrecruzan decisiones políticas, realidades económicas y geográficas, e intereses de diverso tipo. Al llegar allí el ferrocarril, en 1901, tras cruzar el río Neuquén, se formó el caserío llamado Confluencia, a ambos lados de las vías. La estación Neuquén le dio el nombre definitivo. Por su ubicación en el vértice este del triángulo formado por los grandes ríos y la Cordillera, se convirtió en centro acopiador y comercial de los productos no perecederos del Territorio neuquino y buena parte del rionegrino. Los habitantes eran en su mayoría trabajadores del ferrocarril, troperos, artesanos, carreteros y comerciantes. Uno de ellos, Celestino Dell`Anna, un antiguo vecino de Carmen de Patagones establecido desde 1890 en la zona, era el dueño de la “Bella Vista”: fonda, hospedaje y almacén de ramos generales. Pero el impulso definitivo al pueblo se lo dio la decisión, en 1904, de trasladar allí la capital del Territorio, hasta entonces en Chos Malal. El realizador del traslado fue el gobernador Carlos Bouquet Roldán, amigo del presidente Roca.

Otros pueblos cercanos a Neuquén fueron surgiendo como colonias agrícolas, en las primeras décadas del siglo XX: Plottier, iniciada por la sociedad Los Canales, del médico uruguayo Alberto Plottier, en 1907; Colonia Centenario, subdividida en 1922 en beneficio de antiguos obreros y empleados de las obras de regadío, en un área ya explotada a fines del siglo anterior; Senillosa, originada en tierras concedidas por el presidente Roca a esa tradicional familia porteña. Las tres fueron desarrollando una producción frutícola y vitivinícola que complementaba a la del resto del Valle.

4.d. El interior neuquino

Varias localidades, de las que se encuentran recostadas contra la cordillera de los Andes, nacieron como fortines o a partir de ellos. Esta realidad se relaciona, como bien lo supo ver el coronel Olascoaga en su época, con la importancia fundamental del área cordillerana neuquina para el dominio de las vías de comunicación, por su cercanía y estrecha relación con Chile. Junín de los Andes, por ejemplo, fue el asentamiento del 5º regimiento de Caballería, al mando del sargento mayor Miguel Vidal. Comenzó como un fortín fronterizo, al que luego fueron rodeando la plaza, manzanas para viviendas, quintas y chacras. En 1894 se formó el primer Concejo Municipal. Cerca de allí, a orillas del lago Lácar, el general Rudecindo Roca quiso fomentar el asiento de población permanente y fundó, en 1898, San Martín de los Andes. En 1907 el pueblo pasó a la jurisdicción civil, asentándose establecimientos educativos, estafeta postal, juzgado de paz, etc. Ambas localidades se transformaron en núcleos de la actividad ganadera de los ricos campos del sur neuquino, y con el tiempo en destinos turísticos relevantes.

En la zona norte del Neuquén, en la confluencia estratégica de ese río con el Curi Leuvú y al pie de la Cordillera del Viento, se asentó el fuerte 4ª División, al mando del coronel Napoleón Urriburu. Allí, en el corazón del dinámico norte neuquino, estableció Olascoaga en 1887 la capital territorial, llamándola Chos Malal. Otras pequeñas localidades del noroeste neuquino surgieron al amparo de la fiebre del oro –Andacollo, Huinganco- o como colonias agrícolas y pastoriles -Las Ovejas, Varvarco e Invernada Vieja, Buta Ranquil y en general la nueva población rural de origen chileno-. Los regimientos 8 y 9 de Caballería, al mando del general Enrique Godoy, se asentaron a orillas del río Agrio, dando origen a Las Lajas, sede aduanera desde 1904.

El área central del Territorio neuquino también fue asiento de fortines como Ñorquín, Hualcupén, Loncopué, Huarenchenque, Codihue, siendo hoy solamente el tercero de estos lugares una localidad de cierta importancia. En cambio Aluminé fue escenario de un combate, en 1883, entre fuerzas del ejército y guerreros de Reuquecurá reforzados con chilenos; los primeros pobladores estables se establecieron en 1904. Tratayén (hoy Añelo), como Paso de los Indios, ambos sobre el río Neuquén, fueron lugares de control estratégico de vados, prontamente controlados por las tropas nacionales. En Añelo, asiento de cien hombres al mando del sargento mayor Saturnino Torres, fue muerto en 1879 el último cacique ranquel, Baigorrita, y apresada su familia.

En el camino de la Confluencia al Nahuel Huapi se estableció, inicialmente, el fortín Cabo Alarcón (en la confluencia del Pichi Picún Leufú con el Limay). Más tarde surgieron El Chocón –en relación con la represa homónima-, Picún Leufú –en los años ‘40- y Piedra del Águila.

4.e. La zona del Nahuel Huapi

El Nahuel Huapi, donde las tropas argentinas habían establecido el Fuerte Chacabuco, y su zona de influencia recibieron un importante aporte de colonos de origen alemán, provenientes del sur de Chile, sumándose mas tarde diversos grupos europeos que le dieron a la zona su característica diversidad social y cultural. En 1894 Carlos Wiederhold pasó de Osorno al Nahuel Huapi por Puyehue. En febrero de 1895 estableció su casa y comercio, “La Alemana”, la primera de Bariloche (a unos cien metros del actual Centro Cívico), con el propósito de iniciar la explotación forestal de la zona. Abrió un camino para carretas entre los lagos Llanquihue y Todos los Santos y entre Peulla y Casa Pangue, y un sendero para mulas de allí a Puerto Blest, todo en el mismo año. Hacía acopio y

venta de lanas, que transportaba a Chile por el paso Pérez Rosales, transformando su local en una gran empresa. Con motivo de la demarcación de límites con Chile diferentes comisiones trabajaron en la zona entre 1897 y 1903. Por decreto nacional del 3 de mayo de 1902 se fundó la colonia Nahuel Huapi y se reconoció al pueblo de San Carlos, reservándose cuatrocientas hectáreas en distintos puntos de la costa del lago para la fundación de pueblos, y cinco mil para la colonización agrícola. Pero el parque nacional creado en las tierras del perito Moreno absorbió la mayoría de los lotes pastoriles.

La inmigración europea de las primeras décadas del siglo XX, atraída por las oportunidades de trabajo en diversas obras públicas y por la similitud del paisaje andino-patagónico con el escenario montañoso centroeuropeo, también revitalizó el poblamiento de San Martín de los Andes y del noroeste chubutense. Un grupo de vecinos encabezado por Primo Capraro impulsó la fundación de Villa La Angostura (originalmente denominada Agustín P. Justo), en 1932, en la orilla neuquina del lago.

4.f. Las localidades de origen ferroviario y petrolero

Entre la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, los ferrocarriles fueron el medio de transporte privilegiado para vincular las incipientes economías agrícolas del interior con los puertos de exportación -casi exclusivamente Buenos Aires, en el caso argentino-. Sirvieron también de vías de penetración a la inmigración mediterránea destinada a esos centros productivos. Para el caso de la Patagonia, las distintas líneas ferroviarias que la atraviesan casi sin excepción en sentido este-oeste, tuvieron también como propósito vincular la Patagonia interior, históricamente orientada al mercado y al espacio chileno, con el Atlántico y con los principales centros de poder argentinos. Así se logró la auténtica reversión -particularmente notable en el caso neuquino y del Alto

Valle- de la circulación de bienes, personas y moneda, y la consiguiente consolidación del dominio argentino sobre la región.

El ferrocarril actuó como dinamizador social y económico de todos los núcleos poblacionales que atravesaba, y casi único motivo de la existencia de muchos pueblos que nacieron como estaciones. El primer caso se dio fundamentalmente en las localidades de la línea Bahía Blanca-Zapala; el segundo en las de la línea sur rionegrina, de San Antonio Oeste a Bariloche. Todos los lugares que ya mencionamos, pasando por Río Colorado, de allí a Choele Choel y remontando el río Negro hasta la Confluencia, fueron conectados al Atlántico por ferrocarril entre 1897 y 1901. Luego de cruzar el río Neuquén y dar vida a lo que sería la capital neuquina, el ferrocarril llegó pronto a Plaza Huincul, y a su punta de riel, Zapala, en 1913. Allí confluye el camino proveniente del este con la antigua senda que recorre el pedemonte andino -la actual ruta 40-, y pronto se transformó en cruce estratégico de caminos y centro comercial del Territorio.

Otra obra pública, esta vez la extracción de petróleo, también dio origen a varias localidades. El pozo n° 1 de lo que más tarde sería Yacimientos Petrolíferos Fiscales en la cuenca neuquina, se perforó en 1915. Este campamento fue origen de lo que es hoy Plaza Huincul. Años después, varias familias desalojadas por YPF formaron en las cercanías el llamado “Barrio Peligroso”, que fue creciendo con la llegada de obreros de distintas procedencias. En la década del '30 se lo denominó Pueblo Nuevo, y en 1933 con su nombre definitivo de Cutral Co. Más recientemente Rincón de los Sauces -en el noreste neuquino- vivió situaciones similares de crecimiento explosivo orientado por la actividad petrolera.

4.g. La nueva sociedad

Después de las campañas militares, la Patagonia fue repoblada por grupos de diversos orígenes y características. En primer lugar,

los mismos indígenas sometidos, destribalizados y desposeídos de las mejores tierras, fueron incorporados a la nueva sociedad como trabajadores rurales en las estancias, como trabajadoras domésticas en los nuevos pueblos, o “fiscaleros” -ocupantes precarios de las tierras marginales, ahora fiscales-. En condiciones parecidas también se establecieron campesinos criollos provenientes del centro-sur de Chile, que constituyeron la mano de obra histórica en los oasis agrícolas, el campo y las ciudades patagónicas. La oferta de nuevas tierras y la legislación argentina de la primera década del siglo XX, atrajeron una pequeña porción del enorme flujo inmigratorio que por entonces desembarcaba en Buenos Aires: colonias italianas y españolas fueron surgiendo aquí y allá. Al núcleo de origen chileno-alemán que fundó Bariloche, pronto se sumaron diversas colectividades centroeuropeas que dieron al Nahuel Huapi y su zona de influencia un estilo característico. Buena parte del comercio al menudeo, que ponía en contacto a los pobladores rurales dispersos y a los pequeños pueblos con los “vicios” elaborados fuera de la Patagonia, fue quedando en manos de inmigrantes sirios y libaneses, los populares “turcos” - así llamados porque portaban pasaporte del Imperio Otomano- que recorrieron a pie e instalaron sus boliches y almacenes en todo el interior árido de la Argentina. Su proverbial habilidad para los negocios se volcaría más tarde, de la mano del peronismo, al campo de la política. Algunos de los militares participantes de las campañas de conquista, finalmente, merced a la ley de premios que les concedía tierras o a la compra de éstas, o bien como funcionarios estatales, terminaron asentándose en el Neuquén.

Este verdadero mosaico de colectividades, supo tejer sus propias redes de solidaridad, a través del asociacionismo mutualista, del gremialismo, etc. La sociedad nueva resultante, pronto insinuó jerarquías y estableció sus márgenes. En el centro de cada lugar, las colectividades inmigrantes de origen europeo y los funcionarios estatales de alto rango. Ascendiendo en la medida de sus

posibilidades económicas, “turcos” y criollos, empleados, comerciantes. En los bordes, campesinos, sectores marginales urbanos, y, finalmente los indígenas. También se notaba por entonces la presencia de aventureros y vagabundos de todo tipo. Bandoleros de países limítrofes y del resto de la Argentina, del oeste norteamericano -como los legendarios Butch Cassidy y Sundance Kid-, indígenas y europeos -como Vairoletto o la inglesa Elena Greenhill-, aprovecharon la escasa presencia o la corrupción de las autoridades estatales.

Para todos los recién llegados la Patagonia se convirtió pronto en tierra sin límites, que lo permitía todo. En este contexto, las autoridades nacionales se preocuparon por extender un sistema de educación primaria pensado para “argentinar” a los nuevos argentinos y “educar al soberano” mediante la aplicación de la Ley de Educación Común 1420. En este primer período territorialiano como afirman Mirta Teobaldo y Amalia García, la política de creación de establecimientos educativos no estuvo acorde a la concentración de población, especialmente en las poblaciones rurales del interior neuquino. Hacia 1895 funcionaban seis escuelas distribuidas en Chos Malal, Junín de los Andes, Codihue, Vilú Mallín, Rahueco y Taquimilan, a las que se sumaron las escuelas de Ñorquín, Ranquiló, Huinganco, Ñireco Norte, Barda Negra, entre otras hacia 1897. En la ciudad de Neuquén, una comisión de señoras en el año 1903 solicitó al gobernador una escuela mixta que fue instalada en 1904 por el inspector General de Enseñanza Raúl Díaz. A este emprendimiento le siguieron otros a cargo de Eduardo Talero. Para el primer aniversario de la ciudad de Neuquén, bajo el impulso del gobernador Carlos Bouquet Roldán, funcionaban una escuela de niñas, una escuela mixta, la escuela número 2 “General Villegas” y la escuela de adultos carcelaria, incluso en 1911 se inauguró en edificio del Consejo Nacional de Educación en la capital neuquina y en 1916 la primera escuela primaria de Zapala. Pero hacia 1914 el

periódico *Neuquén* denuncia una crisis educativa singular por la clausura de once de las 45 escuelas que funcionaban hacia 1910. Teobaldo y García lo atribuyen a la pésima gestión del por entonces Inspector Lucero, al punto de que en medio del proceso de “argentinización” y de la fundación de escuelas de frontera, varios vecinos comenzaron a enviar a sus hijos a las escuelas de Chile y el ejército asistió con soldados la labor educativa de maestros titulados. La situación hacia la década del '30 y hasta las mejoras edilicias del Primer Plan Quinquenal de Perón, no variaron sustancialmente, especialmente en el espacio rural donde crecían a la par la población y el analfabetismo. También las congregaciones católicas de los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora hicieron un importantísimo aporte a la conformación de la nueva sociedad, asistiendo en particular a los más desprotegidos mediante una doble estructura, de circuitos misioneros y de colegios fundando el subsistema educativo privado y confesional.

Durante el período territorialiano la prensa escrita tuvo un importante desarrollo; el padre del gobernador Edelman instaló la primera imprenta en Neuquén en 1906. Surgió el nuevo periódico “Neuquén” bajo la dirección de Abel Chaneton y la administración de José Edelman. Ya en Chos Malal el gobernador Olascoaga había instalado una imprenta en donde se editaba “La Estrella de Chos Malal”. Pronto aparecieron diarios opositores en una segunda imprenta, como el “Limay” de José Burguera y en 1913 “Confluencia” a cargo de Arsenio Martín y “El Chileno” en 1917. La tercera imprenta la trajo Abel Chaneton en 1914, cuando ya había dejado de aparecer “Neuquén”, y allí editó “La cordillera”. Hacia 1918 salió “La voz del Neuquén”, al que le siguieron “El Neuquiniano”, “Alberdi” y “El Censor”.

Investigaciones recientes caracterizan al Neuquén de la primera mitad del siglo XX como una “sociedad de frontera”, con una fácil movilidad y sin una clase alta tradicional. En esta sociedad

aislada del resto del país, sin autonomía política ni recursos económicos significativos, la calidad y cantidad de servicios básicos era realmente insatisfactoria. El servicio de salud fue cubierto, hasta bien entrado el siglo XX, por los cuerpos médicos del Ejército y por el hospital de YPF en Plaza Huincul. Desde el acceso al poder del peronismo en 1946, se dotó al interior del territorio de una serie de estaciones sanitarias que permitieron encarar planes de vacunación, giras médicas y la atención de epidemias. Pero particularmente en las áreas rurales la situación fue de completo abandono hasta la implementación del plan de salud provincial a fines de los años '60.

La estructura educativa no era mucho mejor. Las escuelas estatales eran escasas y mal mantenidas. La Iglesia Católica, a través de los Salesianos y las Hijas de maría Auxiliadora, la empresa YPF y el Ejército cumplieron esa falta en la medida de sus posibilidades y en los ámbitos que les eran accesibles. También fue durante la época peronista cuando se realizó una mejora significativa desde el Estado: en 1949 se licitaron diecisiete nuevas escuelas en el Neuquén. También se crearon tres escuelas técnicas, en Chos Malal, Plaza Huincul y Junín de los Andes, una escuela de adultos en Cutral Co y un curso de magisterio en Neuquén. En este terreno, se puede decir que el crecimiento decisivo del sistema educativo provincial llegó con la incorporación masiva de los inmigrantes de los años '60 y '70 y la transferencia de las escuelas primarias nacionales a las Provincias, en 1978.

4.h. Evangelización y educación salesiana

Los planes misioneros y educativos que Don Bosco elaboró desde Italia para la lejana Patagonia provenían de su primigenio plan educativo de la juventud, añadiéndole la estrategia misionera para la evangelización de los indígenas. Las alternativas para la incorporación de los indígenas patagónicos a la fe católica y a la

sociedad civil se hallaban claramente enunciadas en su estudio *La Patagonia y las tierras australes*. El Vicariato apostólico pensado para la Patagonia norte comprendía un circuito de centros educativos y misioneros, que relacionados entre sí se internaban en el territorio, partiendo desde las zonas urbanas hacia las rurales. El plan de evangelización y educación para la Patagonia fue elaborado en conjunto con la Santa Sede.

Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, se establecieron en Carmen de Patagones en 1880 y desde allí extendieron sus misiones itinerantes a las poblaciones del río Negro y a los fortines en torno a los cuales se agrupaban los indígenas sobrevivientes. Posteriormente se introdujeron en territorio neuquino. Hacia 1887 el norte neuquino era recorrido por los padres Milanesio, Panaro, Gavotto y Savio. Chos Malal fue constituida como parroquia y escuela en 1888 por el padre Milanesio, quedando a cargo del padre Panaro. Se integraron a ella posteriormente los padres Franchini, Grammatica y Soldano. Allí, prevaleció la actividad misionera sobre la educativa. Las extensas giras del padre Gavotto dejaron como fruto las capillas de Loncopué, Buta Ranquil, Huinganco, Chapúa, Guañacos y Barrancas. El “triángulo neuquino” se complementaba con las fundaciones del padre Milanesio en Junín de los Andes en 1892, con iglesia y colegio para niños, hasta la fundación del colegio de niñas por las Hermanas Llegadas en 1898. Este importante centro misionero y educativo del sur del Neuquén se conectaba a su vez con San Martín de los Andes, Bariloche y el Chubut.

Las capellanías del Alto Valle, Neuquén, Allen y Cipolletti, fueron asistidas por el personal misionero de General Roca. Con el traslado de la capital de Chos Malal a Neuquén en 1904, se constituyó una capilla en 1907, atendida en forma itinerante hasta la radicación definitiva del padre José María Brentana en 1923, que misionaba desde Neuquén hasta Río Colorado. Constituidos los

circuitos misioneros y educativos, los Salesianos y las Hermanas se dedicaron con particular empeño al desarrollo de la obra evangelizadora y educativa de Junín de los Andes, que congregó la asistencia mayoritaria del alumnado salesiano en el territorio neuquino.

4.i. La expansión económica

Las actividades primarias, como la agricultura y la ganadería, que ya se practicaban desde mucho antes en la región, tuvieron un papel trascendente en las primeras décadas posteriores a 1879. Ellas, junto a la minería, la actividad forestal, el desarrollo de vías y medios de comunicación y transporte y, finalmente, la generación de energía a partir de los hidrocarburos, tuvieron una importancia fundamental en el poblamiento y la organización política y social del Neuquén.

Hasta el período de la provincialización no existió un modelo alternativo de desarrollo y se prolongó, por lo tanto, el modelo primario-exportador. El crecimiento argentino, en la misma medida en que las potencias industriales se recuperaban del desastre de la guerra, entró en un cuello de botella entre 1949 y 1952. Inflación, desocupación y desabastecimiento interno llevaron a restringir el consumo y a alentar tanto las actividades agrícolas como una cierta reapertura a los capitales extranjeros, que volvían a estar disponibles. Los signos de fatiga que mostraba el modelo industrial-sustitutivo a nivel nacional no hicieron sino demorar la formulación de un nuevo modelo de desarrollo para el país y la Patagonia. Se abrió una etapa de estancamiento del desarrollo genuino. Así, al segundo gobierno de Perón (1952-1955) le tocó en suerte realizar un verdadero giro en su política económica, buscando salir de la coyuntura desfavorable.

El Neuquén y el resto de la Patagonia habían seguido dos procesos diferentes en cuanto a la actividad ganadera. La meseta patagónica en general, experimentó el “corrimiento ovino” -el desplazamiento de ese ganado desde la Pampa Húmeda-, y la explotación masiva de la oveja para la exportación de lana por los puertos del Atlántico. El valor casi nulo de la tierra y el alto rendimiento inicial alentaban la actividad. La política de tierras de la década de 1880 permitió la concentración de la propiedad en grandes estancias, en manos de capitales ingleses, chilenos o de sociedades anónimas, que conformaron empresas capitalistas de buen nivel tecnológico y orientadas a la exportación exclusivamente de lana. Esa producción tenía salida –desde la meseta norpatagónica-, a partir del trazado del ferrocarril, por San Antonio Oeste, que en la década de 1920 llegó a ser el segundo mercado concentrador de lanas del país, siguiendo a Avellaneda en el Gran Buenos Aires. En el Neuquén en cambio, se combinaron una antigua ganadería trashumante, mayoritariamente caprina, en el norte y el centro del Territorio, con el establecimiento -en las primeras décadas del siglo XX- de estancias para la cría de ganado vacuno y ovino en el sur. Una y otra forma de la ganadería neuquina tuvieron su auge mientras la frontera con Chile no ofrecía barreras al comercio, es decir hasta las décadas de 1930 y 1940. La producción ganadera neuquina se complementaba con la producción cerealera de los campos más cercanos a los centros de consumo chilenos -las ciudades de Concepción, Valdivia o Chillán-, y proveía a éstos. Aún antes de la ocupación militar hacendados chilenos arrendaban campos a los caciques en el noroeste neuquino, y después de 1879 la presencia de inversores chilenos, como la Sociedad Chile-Argentina, se acentuó. Incluso los primeros asentamientos del Alto Valle, antes de la generalización del sistema de riego, tuvieron como una actividad importante la invernada de ganado con destino a la exportación a Chile.

En la década del '30 Argentina y Chile comenzaron a ejercer controles aduaneros, dificultando el intercambio. En general, ya con la llegada del ferrocarril al norte de la Patagonia, a fines del siglo XIX, la producción regional comenzó a reorientarse hacia el Atlántico. En los años '40, en el marco de una economía proteccionista, se estableció una auténtica frontera comercial, hasta el cierre definitivo en 1945. Las dificultades también alcanzaron a la ganadería ovina de la meseta, al comenzar una caída del precio internacional de la lana, acelerada después de la Segunda Guerra Mundial por la competencia de las fibras sintéticas. Desde entonces, la ganadería ovina es un sector en crisis permanente. La ganadería caprina del centro y norte neuquino se desenvuelve en un marco de creciente marginalidad: los crianceros suelen ser ocupantes de tierras fiscales, tienen pocos animales y los campos se sobrecargan provocando la degradación del suelo. La ganadería bovina del sur cordillerano perdió el mercado chileno de ganado en pie y se vinculó con el mercado nacional, aunque las grandes distancias encarecían el traslado: sólo los grandes productores pudieron acceder a invernar sus animales en campos de Buenos Aires.

Los nuevos pobladores criollos y europeos también intentaron, donde era posible, el establecimiento de colonias agrícolas, en una escala mucho mayor que la de los reducidos cultivos indígenas. Pero se comprobó, a través de sucesivos fracasos, que los valles de los ríos no contaban por sí mismos con las condiciones necesarias, sino que había que emprender importantes obras de irrigación.

En el Alto Valle, las primeras obras de regadío que buscaron aprovechar el abundante caudal del río Neuquén fueron de iniciativa estatal o privada. El Canal de los Milicos, hecho entre 1884 y 1886 para regar las tierras de la colonia General Roca, alcanzó solamente para una pequeña parte de las 42.000 hectáreas asignadas a ese asentamiento. En 1902, en forma privada, Manuel Fernández Oro construyó otro canal para el riego de sus tierras de Colonia Lucinda,

en la Confluencia. Durante la primera década del siglo XX, finalmente, bajo el ministerio de Ezequiel Ramos Mexía, gran promotor de esta región del país, una serie de disposiciones legales buscaron crear un verdadero sistema integral de riego y colonización del valle del río Negro. La ley 6.546, llamada Ley de Irrigación, de 1906, autorizaba al gobierno a contratar la realización de obras de riego con las empresas ferroviarias. En 1907 un decreto del Poder Ejecutivo Nacional disponía un fuerte abaratamiento de las tierras fiscales si las compraba una cooperativa que se comprometiera a realizar mejoras y ponerlas en producción: esto alentó la integración de diversas cooperativas de irrigación y colonización, algunas exitosas como la que dio origen a Allen, y otras fracasadas como la formada por Vicente Blasco Ibáñez para fundar Cervantes. En 1908, finalmente, la ley 5.559 de Fomento de los Territorios Nacionales favorecía la realización de las obras necesarias.

El sistema de riego del Alto Valle fue inicialmente planificado por el ingeniero César Cipolletti, priorizando la regulación del río Limay, y posteriormente en 1908 por los ingenieros Decio Severini y José Cantutti. Entre 1910 y 1932 se construyeron los principales diques y canales del Alto Valle, y se formó el lago Pellegrini.

El riego de la zona de chacras de Neuquén fue algo más tardío, debido a problemas de clasificación y mensura de las tierras y a que el poblamiento fue en general posterior al establecimiento de la capital del Territorio, en 1904. Entre 1908 y 1910 el Estado nacional construyó un primer canal a partir del Limay, alimentado por bombeo, que permitió la formación de las pequeñas colonias de Valentina, Nueva España y Bouquet Roldán, dedicadas a la horticultura, la alfalfa, la vid y los frutales para consumo local. En 1927, un nuevo canal integra a Plottier a la producción, y en ese mismo año se comienzan las obras de riego de Centenario y Vista Alegre, terminadas en 1929. Posteriormente se sumaron en la misma zona las chacras de Senillosa.

En cuanto al tipo de cultivos y de actividad agrícola en el Alto Valle, se reconocen tres etapas: el ciclo de la alfalfa (de la habilitación del riego a 1930), el ciclo de la fruticultura (de 1930 a 1960) y el ciclo agroindustrial (desde 1960).

El ciclo de la alfalfa -planta forrajera- coincide con la etapa de la primera expansión de las tierras bajo cultivo, y se asocia con la actividad ganadera regional, todavía en plena vigencia. De las aproximadamente 70.000 ha bajo riego que tiene el Alto Valle, en 1921 -al habilitarse el sistema integral de canales- había 20.000 dedicadas a la alfalfa, que llegaron a casi 29.000 en el momento de máxima extensión en 1928. Los años de máxima producción fueron de 1927 a 1931. La alfalfa se destinaba tanto al consumo del ganado equino utilizado como fuerza de tracción, como a la exportación. Era fácil de cultivar, rendía entre quince y treinta cortes antes de ser resemebrada, y mejoraba la calidad de la tierra.

El cultivo de viñedos en el Alto Valle tomó impulso en la segunda década del siglo, pasando a ser el segundo cultivo del Valle, en superficie, detrás de la manzana.

En 1918, la Compañía de Tierras del Sud, perteneciente al Ferrocarril del Sud, abrió en Cinco Saltos una estación agronómica en vista del posible desarrollo de frutales -vides, manzanas y peras-, importó plantas australianas y comenzó a asesorar técnicamente a los productores. Otra empresa del Ferrocarril, la Argentine Fruit Distributors S.A., se hizo cargo de la comercialización desde 1928. Instaló cinco grandes galpones en el Alto Valle -cerca de estaciones de carga- para recibir fruta en consignación. Impuso el uso del cajón standard y los métodos internacionales de clasificación de la fruta y monopolizó el comercio en gran escala. Al establecer el uso de cajones de álamo como envase sin retorno generó además una nueva actividad manufacturera. Con la intervención de las empresas asociadas al Ferrocarril del Sud se completaba la infraestructura necesaria para la producción frutícola. Por otra parte, en la década

del '30 todo el país vivió un proceso de diversificación de la producción y de promoción de nuevos cultivos. En los primeros años se exportaban muchas más peras que manzanas, pero esto se revirtió después de 1945, gracias a la apertura del mercado brasileño y al aumento de las importaciones europeas.

Al nacionalizarse los ferrocarriles en 1947 el Estado no previó cómo sustituir las funciones que cumplía la empresa ferroviaria inglesa en la concentración, empaque y comercialización de la fruta. Lo único que siguió creciendo sin detenerse fue la producción primaria de manzanas y peras, sin planificación ni inversiones importantes. La producción vitivinícola tuvo menor dinamismo, hasta que comenzó a disminuir en los años '60. La cantidad de superficie trabajada en los valles de los ríos Colorado y Negro, dividida según tipo de cultivo, nos demuestra que, manteniéndose relativamente estable la extensión cultivada total disminuyó notablemente, en este período, la superficie dedicada a la alfalfa, cereales, hortalizas y legumbres, y aumentó la destinada a la vid y los frutales.

Aunque el mayor peso dentro de las actividades económicas, de acuerdo al modelo, lo tuvieron la ganadería y la agricultura, comienzan a vislumbrarse en este período algunas alternativas de desarrollo en las actividades minera, hidrocarbúfera, la silvicultura y los servicios.

En la actividad minera el único sector que ha tenido un peso histórico significativo ha sido la minería del oro. Los yacimientos de la vertiente occidental de la Cordillera del Viento, en el noroeste neuquino, promovieron durante mucho tiempo el asentamiento de población específicamente dedicada a la búsqueda de oro. La explotación aurífera tuvo dos momentos de auge: de 1891 a 1910 y de los años '30 a principios de los '50. Durante el primero, pequeñas empresas particulares y "pirquineros" individuales comercializaban su producción en Chile, hasta que finalmente quebraron. En el

segundo, aprovechando el alza del precio del oro producida por la situación de crisis internacional, se explotaron varias minas mediante empresas y compañías extranjeras que comercializaban su producto en Buenos Aires, hasta que se instaló una agencia nacional en Chos Malal en la segunda mitad de la década de 1960. El impacto social más notable derivado de la minería del oro fue la creación de los asentamientos de Andacollo y Huinganco, que en la medida en que la explotación aurífera entró en crisis buscaron diversificar sus actividades productivas.

Pero ningún hallazgo minero tuvo tanta trascendencia en la Patagonia como el surgimiento fortuito de petróleo en Comodoro Rivadavia el 13 de diciembre de 1907. En el Neuquén, en el sitio del primer hallazgo se instaló la Administración Plaza Huincul de YPF, que actuó como organizador de todos los aspectos de la vida de la población del campamento. En relación con el petróleo sólo surgió allí una pequeña destilería, y el grueso de la producción se trasladaba por ferrocarril a destilerías del Litoral. Las nuevas demandas de energía del mundo contemporáneo generaron una primera respuesta del Estado nacional durante la primera gestión radical (1916-1922), con la creación de Y.P.F. y la política nacionalista del general Mosconi, que fracasó en el segundo gobierno de Yrigoyen (1928-1930) e influyó fuertemente en su derrocamiento. Los gobiernos conservadores sucesivos redujeron a la mitad su participación en el mercado nacional de naftas y reprimieron ferozmente las protestas sindicales (1932). El viraje se produjo en el primer gobierno de Perón (1946-1952) con la administración nacionalista del subsuelo, pero el aumento en la producción petrolera vino de la mano del gobierno nacional de Arturo Frondizi (1958-1962), quien amplió el mercado a empresas extranjeras. Fue determinante para la región durante el gobierno peronista la creación de la empresa Gas del Estado y el gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires que empalmó en 1952 con el de

Plaza Huincul-General Conesa. Desde la década del '40 Neuquén contaba con redes de gas natural. Una impronta que dejó esta actividad en la región, fue que la riqueza extraída del subsuelo tenía mayor provecho extra regional que beneficio a sus habitantes y al estado provincial.

Finalmente la actividad forestal en la Cordillera, que se remonta a los orígenes de la colonización en el área del Nahuel Huapi, cuando la madera -extraída ilegalmente- se transportaba por los pasos cordilleranos existentes entre el gran lago y el Puelo, y se vendía en Chile. A fines del siglo XIX se había establecido, en asociación con una explotación ganadera y un saladero, el aserradero de Juan Alsina en Las Lajas. Allí se trabajó lenga, pino, ñire y araucaria. En San Martín de los Andes el primer aserradero lo instalaron en el 1900 el suizo Bosson y el francés Adoret, a quienes siguieron otros en 1907 y 1908, aunque la mayoría de la madera para construcción se recibía de Chile a través del paso Hua Hum. Solamente con la fiscalización del intercambio comercial a partir de la década del '30, fue posible la apertura de nuevos establecimientos del lado argentino.

Estas actividades incipientes chocaban muchas veces con el problema de la falta de medios de comunicación y transportes adecuados. Los caminos principales eran escasos y podían ser transitados en auto, pero la mayoritaria población rural transitaba en realidad los senderos conocidos por los baqueanos a caballo o carreta. En la Confluencia las precarias balsas fueron indispensables para evitar el aislamiento.

En las últimas décadas del siglo XIX, los ferrocarriles tendidos por empresas británicas fueron el medio privilegiado para conectar las áreas productoras del interior del país con el puerto exportador de Buenos Aires. El norte de la Patagonia también se incorporó a esa red. Dos proyectos de ferrocarril se opusieron en un principio. El gobernador Olascoaga, autor de un valioso estudio topográfico

realizado durante las campañas militares, proponía un ferrocarril que conectara Mendoza con Chos Malal, Ñorquín y el sur neuquino, siguiendo un trazado aproximado al de la actual ruta 40, de norte a sur. El propósito era estratégico -establecer una especie de línea defensiva frente a la amenaza chilena- y económico -fomentaría la creación de colonias argentinas a lo largo de la línea-. En Buenos Aires, en cambio, se pensaba en un ferrocarril transversal: de General Acha (La Pampa) a Chos Malal, o bien de Bahía Blanca a Chos Malal, o de Bahía Blanca a Covunco. En caso de que el destino fuese Chos Malal, se proyectaba una extensión trasandina por el paso Pichachén; si era por Covunco, la conexión con Chile se podría hacer por Pino Hachado.

El primer ferrocarril realizado en el norte de la Patagonia fue, finalmente, de Bahía Blanca a Zapala. Cerrando un negocio llamativamente rentable, la empresa británica Ferrocarril del Sud consiguió en 1896 la concesión del ramal junto a una importante cantidad de tierra a ambos lados de las vías, total libertad para determinar el trazado, exención de impuestos de importación por cincuenta años, derecho a construir y explotar ramales y derecho a utilizar los ríos cercanos. En 1897 se inició la obra y en 1899 llegaba a la Confluencia, dando lugar a una solemne inauguración a cargo del presidente Roca. En 1902 la vía cruzó el río Neuquén, conectando la actual Neuquén con Buenos Aires en sólo treinta y siete horas. En 1913 la obra llegó a Zapala, paralizándose allí. La punta de rieles en Zapala la convirtió inmediatamente en punto concentrador de todo el interior neuquino.

La conexión ferroviaria con el Atlántico operó la mayor transformación histórica de la economía del Alto Valle y de todo el Neuquén, dado que reorientó casi completamente el comercio hacia el este y ayudó a superar la situación de aislamiento del área cordillerana y del interior neuquino.

El ramal que vincularía a los dos ferrocarriles transversales de la Patagonia norte –el de Bahía Blanca a Zapala y el de la línea sur rionegrina, de San Antonio Oeste a Bariloche- sería el de Bahía Blanca a Carmen de Patagones. En 1931 se habilitó el puente ferroviario Patagones-Viedma, quedando definitivamente unida la región, por ferrocarril, con Buenos Aires.

En cuanto a los caminos, por mucho tiempo siguieron siendo los mismos que recorrían los arcos de ganado de la Pampa Húmeda al sur de Chile: a lo largo de los ríos Colorado, Negro, Neuquén y Limay, uniendo los valles del Colorado y del Negro por Choele Choel y los ríos con los pasos cordilleranos más frecuentados. El Ejército había construido un camino siguiendo la línea de fortines en la margen de los ríos Neuquén y Negro hasta Paso de los Indios, continuado después por el general Olascoaga hasta Ñorquín y Chos Malal. Aún hoy podemos reconocer algunas de esas viejas rastrilladas en el trazado de rutas como la 22 (a lo largo del Alto Valle y hasta Zapala), la 237 (paralela al Limay), la provincial 36 (Añelo-Chos Malal) y la 40 (que corre paralela a la Cordillera de los Andes, al pie de ella). La conexión por tierra de Neuquén con Buenos Aires era más fácil, en los primeros tiempos, a través de Mendoza que a través de la Pampa. La década del '30 produjo decisiones importantes: la creación de Vialidad Nacional y el agregado de un impuesto a la nafta, destinado a la construcción de caminos. Fruto de esta iniciativa fueron la inauguración del puente Cipolletti-Neuquén, en 1937, y la pavimentación de la ruta 22 entre Bahía Blanca y el Alto Valle, en 1938. Habría que esperar a la década del '60 para ver asfaltada la ruta 237, de la Confluencia a Bariloche.

El telégrafo había sido construido por el Ejército entre 1881 y 1882, siguiendo la línea que venía de Carmen de Patagones hasta Paso de los Indios. En 1885 se continuó la línea por Zapala hasta Chos Malal. El correo vía General Roca funcionaba dos veces al

mes, atendiendo a las poblaciones de la línea Neuquén-Agrio. Las poblaciones del interior lo hacían con estafetas de la policía o del ejército, a caballo. Finalmente la primera conexión aérea regular entre el norte de la Patagonia y el resto del país fue la línea inaugurada en 1929 por la costa atlántica, pero recién en 1947 llegaron los vuelos regulares más al oeste, uniendo Buenos Aires con Santa Rosa, Neuquén, San Carlos de Bariloche y Esquel.

4.j. La política territorialiana

La primera medida, paralela a las campañas militares, fue el establecimiento de la división administrativa de la Patagonia. El 11 de octubre de 1878, por la ley 954, se dispuso la creación efectiva de la Gobernación de la Patagonia. El 16 de octubre de 1884 se promulga la ley 1.532, que crea los Territorios Nacionales de La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego disponiendo sus límites, las condiciones para transformarse en Provincias y su régimen de gobierno.

Convencionalmente y a falta de mejores referencias geográficas, se establecieron algunos límites interterritoriales en los ríos, dividiendo entre distintas jurisdicciones áreas que debieron haber quedado bajo una misma autoridad política, por ejemplo las áreas del lago Nahuel Huapi y del Alto Valle, divididas entre Río Negro y el Neuquén. Aunque algunos autores subrayan las singularidades del “triángulo” neuquino entre los ríos Limay y Neuquén y la Cordillera y, efectivamente, algunas características del proceso de poblamiento son diferentes, los límites interterritoriales fueron fijados en forma arbitraria. Uno de los resultados fue que al crearse dos Territorios Nacionales en el norte de la Patagonia no se respetó la integridad política de la cuenca del río Negro. El Neuquén sufrió también una serie de alteraciones en su división administrativa

interna, pasando de cinco departamentos en 1885 a doce en 1904 y finalmente a dieciséis en 1915.

Un cambio transitorio en los límites entre Río Negro y el Neuquén intentó solucionar uno de estos inconvenientes. Por decreto nacional del año 1916, se incorporaron al Neuquén los departamentos rionegrinos de General Roca y El Cuy, generando la adhesión de los roquenses pero también un conflicto que terminó por invalidar la medida. El juez letrado del Neuquén se negaba a atender las causas provenientes de los nuevos departamentos, hasta que el Congreso no ratificara los nuevos límites. Como el Congreso no se pronunció, finalmente otro decreto del presidente Yrigoyen derogó el cambio en 1918.

La capitalidad del Neuquén, a diferencia de la de Río Negro, no llegó nunca a convertirse en una cuestión en disputa. A los primitivos y provisorios asentamientos de Campana Mahuida y Ñorquín siguió, en 1887, Chos Malal, núcleo del área entonces más dinámica del Territorio, sede de una guarnición de Ejército y puerta de entrada de la corriente de poblamiento procedente de Mendoza. El traslado de la capital al caserío de La Confluencia (hoy ciudad de Neuquén) en 1904, fue más bien el producto de una decisión política, consistente en integrar plenamente el espacio neuquino a la Nación cuya autoridad estaba en Buenos Aires -cabecera del ferrocarril recién llegado a la zona- y cuyo mercado miraba definitivamente al Atlántico.

El territorio del Neuquén contaba, como los restantes territorios nacionales, con un Poder Ejecutivo a cargo de un gobernador designado por el Poder Ejecutivo Nacional y un Poder Judicial formado por un juez letrado y jueces de paz locales. La ley de Territorios preveía también la formación de un Poder Legislativo cuando llegara a los 30.000 habitantes, pero esto nunca se realizó. Esta ley, uniforme para todos los territorios, no tomaba en cuenta las particularidades del inmenso espacio patagónico, que fue

administrado en forma centralizada por el Ministerio del Interior desde 1898 hasta que en 1911 se creó, entre otras dependencias, la Dirección General de Territorios Nacionales.

Los primeros gobernadores territoriales del Neuquén tuvieron como principal preocupación la de afianzar los vínculos físicos del Territorio con el resto del país, a través de la apertura de caminos, puentes, líneas telegráficas y otros instrumentos indispensables para la administración estatal. Al ser designados por el Poder Ejecutivo Nacional, pertenecían en general a los sectores dominantes: excepto durante los gobiernos de Yrigoyen y de Perón, fueron militares de alta graduación o terratenientes.

El ordenamiento establecido por la ley de Territorios Nacionales de 1884 limitaba fuertemente la acción de los gobernadores en dos sentidos: por la dependencia que les imponía respecto del gobierno nacional, y por los conflictos de poderes con el juez del Territorio. Al reservarse el Poder Ejecutivo Nacional el nombramiento de los empleados territorianos, la fijación de impuestos y la administración de las rentas, poco quedaba de autoridad efectiva a los gobernadores, sumado a la escasísima comunicación con la Capital Federal.

El desconocimiento del territorio fue un obstáculo importante para la mayoría de los gobernadores, aunque quienes se preocuparon por explorarlo o tenían un conocimiento previo del mismo lograron gobiernos más efectivos, como Manuel Olascoaga (1884-1890).

Las primeras localidades neuquinas sólo contaban con una comisaría, un Juzgado de Paz, la oficina de correos y telégrafos, la Iglesia y la escuela primaria. Debieron luchar con índices altísimos de analfabetismo y mortalidad infantil. Para el censo de 1895, Neuquén tenía el índice de analfabetismo más alto de país: 86,8 %, que decreció a 75,1 % en el siguiente censo de 1914.

A partir del gobierno del coronel Carlos H. Rodríguez en el Neuquén (1932-1934), se nota una mayor preocupación por parte de

los mandatarios por aspectos sociales como la salud pública, la educación o la situación de las comunidades indígenas. Para la década del '50 existían en el territorio siete hospitales: en Junín de los Andes, Chos Malal, Cutral Co, Centenario, Neuquén, Zapala y Copahue, sumados a otros siete centros de salud privados en Neuquén, Zapala y Plaza Huincul y siete Salas de Primeros Auxilios a cargo de una Dirección de Salud Pública dependiente del Ministerio de Asuntos Sociales. A medida que crecía la población y la complejidad de los problemas, era evidente que se hacía necesario un ejercicio pleno de la autonomía política, con la transformación de los Territorios en Provincias.

El ejercicio democrático que se amplió a nivel nacional desde la sanción de la ley Sáenz Peña en 1912, estimuló poco a poco a la participación ciudadana, también en la Patagonia. Los años '30 parecen recoger esta inquietud, ya que se reconocía el derecho a votar en la Capital Federal pero no en los espacios territorianos, donde vivían también ciudadanos argentinos. La autonomía municipal -es decir, la posibilidad de elegir libremente los ciudadanos a sus autoridades locales-, que según la legislación debía darse a los pueblos de más de mil habitantes, también fue retaceada a numerosas localidades durante la etapa territorialiana. Algunos avances se lograron en la década de 1930 con la reunión del Congreso de Municipalidades de los Territorios Nacionales y su iniciativa de una nueva ley orgánica para los territorios. Finalmente el 10 de septiembre de 1951 se sancionó la ley 14.032, que facultaba a los Territorios Nacionales a elegir representantes para el Congreso Nacional y a participar de la elección presidencial. En 1954 se sancionó una nueva ley de Territorios, pero fue de corta vigencia, pues en 1955 la ley 14.408 transformó a los Territorios Nacionales -excepto Tierra del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur- en Provincias, suprimiendo la Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia y restituyendo a Chubut y Santa Cruz sus antiguos

límites. En 1957 se convocó a los ciudadanos de todos los Territorios provincializados a la elección de Convencionales Constituyentes.

Neuquén en el censo de 1947, con 86.836 almas, superaba oficialmente los 60.000 habitantes requeridos. Sin embargo, y como la ley de Territorios Nacionales facultaba al gobierno nacional pero no lo obligaba, la provincialización de ambos Territorios se demoró hasta 1955.

N° 7: Mapa Territorios Nacionales y Provincias argentinas entre 1887 1895

Fuente: http://galerias.educ.ar/v/Mapas_Historia/9



Testimonios

TIERRA DE PIONEROS

No puede ser el gobierno de los territorios como las colonias lejanas en ciertas épocas históricas, refugio de vencidos, ni campo de concupiscencias no satisfechas; ellos han sido abiertos al trabajo robusto, a la salud y prueba de caracteres, al concurso de fuerzas y energías productoras, al aprendizaje de civismos y empresas de honra común; y tanto el ciudadano que viene en nombre de la República a representar su protección y justicia, como el obrero y el industrial que a ellos se lanzan desde la metrópoli o el extranjero a labrar la tierra, surcar las aguas o romper las rocas, cumplen una ley superior, la más alta y más democrática de todas las leyes, la del trabajo que nivela y fraterniza a los hombres de toda raza y condición; que les enseña la verdadera justicia sin jueces ni penalidades; que edifica hogares, naciones e imperios indestructibles, porque se levantan sobre ese amor único engendrado por la comunidad del esfuerzo y la concurrencia de ideales para la obra colectiva.

Del discurso del ministro del Interior Joaquín V. GONZÁLEZ, en la ceremonia inaugural de la nueva capital del Neuquén, 1904.

UNA VISIÓN DEL DESARROLLO ECONÓMICO TERRITORIANO

Nos hallamos pues, en el principio del fin de la evolución económica de los territorios; si desarrollamos de una vez sus fuentes de producción, de vitalidad propia y hacemos que se desenvuelva su riqueza natural, actualmente oculta, podemos esperar confiados en que el próximo período, que llamo del desarrollo político, se producirá en tiempo más breve, al amparo de la paz ya conquistada, del orden constitucional más o menos definitivamente cimentado, y que podamos los que actualmente vivimos, quizá esperar saludar nuevos estados en el concierto de los que forman hoy la confederación nacional .

Discurso pronunciado por el doctor Joaquín V. GONZÁLEZ en agosto de 1907, en el Senado de la Nación, al tratarse el proyecto de ley de Fomento de Territorios Nacionales.

EL AISLAMIENTO DEL TRIÁNGULO NEUQUINO

Por lo enorme de las distancias y las dificultades de las comunicaciones me parece que no son del todo aplicables al Neuquén las reglas ordinarias de la administración que fácilmente se pueden cumplir en Buenos Aires o en La Plata pero aquí escollan ante las dificultades casi siempre insalvables... el territorio del Neuquén es en toda la república el que se encuentra en peores condiciones de viabilidad. Esto es la consecuencia de su extensión, de su situación geográfica y de la corta densidad de la actual población. Estas dificultades aíslan casi por completo a la capital del Neuquén del resto de la República y constituyen la principal rémora contra sus progresos.

Gabriel CARRASCO, *El territorio del Neuquén*, Informe del Director de Censos y Territorios Nacionales al ministro Joaquín V. González, 1902.

LA POBLACIÓN CHILENA

Existen en Neuquén diez o doce mil chilenos residentes en las tierras elegidas a su libre albedrío sin más derecho que el de la simple ocupación y en la casi totalidad de los casos sin permiso ni aún aviso de la autoridad. Muchos cultivaban una pequeña fracción de tierra sembrando trigo, maíz, alfalfa y legumbres y crían algunas haciendas, principalmente cabras y ovejas. Anualmente exportan a Chile lo producido por su trabajo y retornan con las mercaderías y allí reciben en cambio las que proveen a su subsistencia durante el resto del año.

Como no son propietarios de la tierra en que viven no plantan árboles ni construyen casas de alguna importancia, levantándose pobrísimos ranchos, cuyas estacas se llevan consigo cuando cambian de

ubicación. Aunque sus hijos son nacidos en territorio argentino aprovechan sus viajes anuales para bautizarlos en Chile como ciudadanos de aquella república.

Gabriel CARRASCO, *El territorio del Neuquén*, Informe del Director de Censos y Territorios Nacionales al ministro Joaquín V. González, 1902.

LA EDUCACIÓN TERRITORIANA

...no hay escuela primaria posible donde una legua de campo sólo admite mil ovejas.

Ezequiel RAMOS MEXÍA, Prólogo a José María SAROBE, *La Patagonia y sus problemas*, 1935.

NEUQUÉN, CAPITAL DEL TERRITORIO

Neuquén es un hermoso pueblo. Está en un cruce de ríos que le darán un riquísimo porvenir. El aspecto, a pesar de los montes de arena y de los vientos endiablados, no se diferencia mucho de la Bahía Blanca de 1890 y también más adelante.

Hay mucha pobreza y gente que vive en ranchos indignos del hombre. ¡Pobrecitos! ¿Cómo pueden llegar a ser virtuosos en esa situación?

Carta del padre Brentana al padre inspector Pedemonte, 1913, en Pascual PAESA, *El Santo desorden del padre José María, cura universal del Alto Valle del Río Negro y Neuquén*, 1964.

LA PRODUCCIÓN PETROLERA

De la misma manera se obtiene que el valor de la producción de Plaza Huincul, fue en el año 1934 de 8.600.000 pesos en petróleo y de

3.335.000 en gas, aproximadamente. Esto quiere decir que la producción de combustible en esa región alcanza anualmente un valor que sobrepasa los doce millones de pesos... por eso es exacto lo que afirmamos anteriormente que el país no retribuye en una medida equitativa el beneficio material que percibe de esas y otra fuentes de riqueza de los territorios. En proporción al número de habitantes y de los recursos que destina al presupuesto para el sostenimiento de los servicios públicos en esas gobernaciones, ninguna región del país contribuye con un caudal tan grande de riqueza a favor de la economía nacional.

José María SAROBE, *La Patagonia y sus problemas*, 1935.

CIUDADANOS DE SEGUNDA

No es un secreto para nadie, y no por mucho decirlo será bastante, que los territorios nacionales han estado totalmente abandonados hasta el advenimiento al poder del general Perón.

... No podíamos siquiera expresarnos con el grito airado de Martín Fierro ante la injusticia que se consumaba con el criollo: 'Porque el gaucho en esta tierra sólo sirve pa' votar'.

Nosotros ni para votar servíamos....

El abandono total de los territorios por parte del gobierno nacional y la falta en los mismos de gobierno propio y con facultades y medios para realizar obra, han sido un verdadero obstáculo al progreso de los mismos. Su falta de participación en la vida política les ha impedido el aprendizaje de la democracia...

Se abandona radicalmente el sistema imperante hasta el presente en que los territorios son simples dependencias administrativas, con un gobierno designado por el Poder Ejecutivo de la Nación, sin facultades, sin presupuesto, y que hasta puede o no ser vecino del territorio, como ocurría generalmente en la época de la 'normalidad' tan añorada por la oposición, que nos mandaba gobernadores 'globetrotters' y turistas.

Pedro J. SAN MARTÍN, ex-gobernador y delegado al Congreso de la Nación por el Territorio del Neuquén, en el debate de la ley orgánica de los Territorios Nacionales, 28 de julio de 1954.

5. Orientación bibliográfica (hasta el 2000)

Citaremos, solamente a título de ejemplo y sin pretender ser exhaustivos, algunas obras representativas de la historia escrita sobre el Neuquén, entre las que utilizamos para elaborar este trabajo. Para una búsqueda más detallada, se hace necesario acudir a centros de documentación tales como la Academia Nacional de la Historia (Buenos Aires), el Archivo Histórico Provincial (Neuquén) o la Biblioteca Central de la Universidad del Comahue (Neuquén).

La historiografía sobre la Patagonia en general, y en particular sobre el Neuquén, ha visto crecer espectacularmente su producción a partir de los años '80. Esto tiene que ver con la regularización de la vida universitaria y la conformación de equipos de investigación, con la radicación en el Neuquén de becarios e investigadores del CONICET, y con la publicación de distintos trabajos de divulgación destinados al ámbito educativo y al público en general. Otros trabajos ya tradicionales, más descriptivos, tomaban a la Patagonia en conjunto y se centraban en aspectos político-institucionales, militares, biográficos, etc. Muestras de esta tendencia pueden ser la mayoría de los trabajos presentados a los distintos Congresos de Historia Argentina y Regional de la Academia Nacional de la Historia, a las Jornadas (Covunco 1995 y Villa El Chocón 1997) y al 1^{er} Congreso de Historia del Neuquén (Junín de los Andes 1999) – organizados estos últimos por el Sistema Provincial de Archivos y la Junta de Estudios Históricos del Neuquén-, y otras obras individuales (a título de ejemplo, mencionaremos las de Félix San Martín, *Neuquén*, Juan Mario Raone, *Fortines del desierto, mojones de civilización*, y Carlos Agustín Ríos, *Gobernadores del Neuquén*). Cuatro de los congresos de la Academia se realizaron en tiempos recientes en la Patagonia: Comodoro Rivadavia (1973), General Roca (*Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto*, 1979), Neuquén (1989) y Santa Rosa (1999). También se

pueden revisar las colecciones de las revistas *Argentina Austral*, que editó La Anónima durante varias décadas; *Neuquenía*, editada por el Instituto de Altos Estudios del Comahue desde 1969; la *Revista de la Junta de Estudios Históricos del Neuquén*; la *Revista del Museo Provincial*, que publicó dos tomos entre 1978 y 1979; etc. Una primera gran síntesis, difundida por el Estado provincial mediante una lujosa edición en varios tomos, es la del primer representante del Neuquén en la Academia de la Historia, Gregorio Álvarez, *Neuquén: su historia, su geografía, su toponimia*.

La Patagonia mágica (1977), de Néstor T. Auza, puede ser considerada una obra innovadora, por su tratamiento de las fuentes documentales, que articula la historiografía tradicional con una actitud más científica y crítica. También trabajos como el amplio análisis de César Vapñarsky, *Pueblos del norte de la Patagonia, 1779-1957* (1983) y el breve pero indispensable *Neuquén: la creación de una sociedad* (1988), de Vicente Palermo, ambos provenientes de autores ajenos a la profesión de historiador, marcaron un nuevo tono para el estudio de la problemática provincial. Paralelamente, en el ámbito del Departamento de Historia de la Universidad del Comahue, entre fines de los años '70 y principios de los '80, se generaba el primer equipo de investigación impulsado por las decanas Rita Ceballos y Teresa Arriaga de Valero, guiado metodológicamente por Antonio Pérez Amuchástegui y dirigido inicialmente por Esther Maida. Participaban entonces Emma Bonnahon de Agudo, Gladys Varela, Juan Carlos Roca, Susana Bandieri, Orietta Favaro y Marta Morinelli. Estos primeros esfuerzos se volcaron en la publicación *La ocupación de la tierra pública en el Departamento Confluencia después de la Campaña al Desierto (1880-1930)* (1981) y en los primeros números del *Boletín del Departamento de Historia*.

En relación con la historia indígena, contamos con los trabajos de Rodolfo Casamiquela (*Bosquejo de una etnología de la Provincia*

del Neuquén, 1995, y otras obras anteriores y posteriores) y Raúl Mandrini (*Los araucanos de las Pampas en el siglo XIX*, 1984; *Volver al país de los araucanos*, 1992; y una numerosa producción de publicaciones científicas). El primero se destaca por su profundo conocimiento de las lenguas y culturas indígenas, en particular del ámbito tehuelche. El segundo y sus discípulos –como la neuquina Gladys Varela– han profundizado e innovado en el estudio de la dinámica económica, social y política de los pueblos indígenas de la Pampa y la Norpatagonia en los siglos XVIII y XIX. En el Neuquén, esta corriente fue acompañada por los relevamientos arqueológicos y el trabajo antropológico, desde el área provincial de Cultura, por Ana María Biset, Luz Font y Estela Cúneo, y desde la Universidad del Comahue por Susana Rodríguez. El mundo propiamente mapuche ha sido revisado tanto desde el lado chileno (José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche*, 1991; *Conquista y barbarie*, 1992; las obras de Sergio Villalobos) como desde los estudios antropológicos argentinos: Ricardo Nardi, *Los mapuche en la Argentina: esquema etnohistórico*, 1982, y los numerosos y novedosos trabajos de Claudia Briones (autora, con Morita Carrasco, de *La tierra que nos quitaron*, 1996), Miguel Olivera, Miguel A. Palermo y otros antropólogos de la Universidad de Buenos Aires; como también el trabajo derivado de una larga experiencia misionera del salesiano Oscar Barreto, *Fenomenología de la religiosidad mapuche*, 1992. Imposible obviar dos trabajos de difusión de la historia indígena del Neuquén y de las conflictivas relaciones fronterizas: Curapil Curruhuinca y Luis Roux, *Las matanzas del Neuquén* (1987) y *Sayhueque* (1986). Con motivo del centenario de San Martín de los Andes, las ya mencionadas Varela, Font y Cúneo, con Carla Manara, publicaron *Los hijos de la tierra* (1998), una compilación auspiciada por el municipio sanmartinense. Diversas recopilaciones de relatos orales, leyendas, etc. de los pueblos originarios fueron editadas en los últimos años.

Las misiones coloniales en el Neuquén, han sido objeto de estudio, tradicionalmente, por parte de Milcíades Vignati (varios artículos de la década del '60), y recientemente revisadas, del lado chileno por Fernando Casanueva y del lado neuquino por María Andrea Nicoletti ("Prédica y recepción del mensaje evangélico en las misiones del Neuquén, siglos XVII-XX", en *Araucanía y Pampas, un mundo fronterizo en América del Sur*, 1996; y otros trabajos en revistas científicas) y Sebastián Sánchez con su tesis doctoral. La presencia salesiana en el Neuquén, además de la historiografía propia de la congregación –como las obras de Pascual Paesa, Raúl Entraigas, Cayetano Bruno, Ernesto Szanto-, está siendo revisada por María Andrea Nicoletti (en revistas científicas y en el libro "Indígenas y misioneros en la Patagonia. Huellas de los Salesianos en la cultura y en la religiosidad de los pueblos originarios").

Una interesante revisión de las proyecciones coloniales sobre el sur argentino, se puede ver en la obra de los pampeanos Oscar Nocetti y Lucio Mir, *La disputa por la tierra*, 1997. La coyuntura de fines del siglo XVIII y principios del XIX fue estudiada por Pedro Navarro Floria (*Ciencia y política en la región Norpatagónica: el ciclo fundador, 1779-1806*, 1994). La producción sobre el siglo XIX neuquino es escasa, aunque algunos investigadores de la Universidad del Comahue están abordando aspectos parciales a los que Pedro Navarro Floria sumo trabajos de una profunda revisión.

Una recopilación de trabajos universitarios (*Historia de Neuquén*, 1993) intentó cubrir el vacío de nuevas obras de divulgación, presentando los primeros avances de otros equipos, como los dirigidos por Susana Bandieri (centrado en el período 1880-1930) y Orietta Favaro (de 1955 a la actualidad). Varios artículos y otros dos libros (*Estado, capital y régimen político*, de 1993, coordinado por Orietta Favaro, Enrique Mases y Lidia Ozonas, y el dirigido por Favaro *Neuquén, la construcción de un*

orden estatal, de 1999) continúan en la misma línea de estudios sobre la época más reciente. El Banco de la Provincia editó su propia historia, dirigida por Ricardo Rivas (*Historia del Banco de la Provincia del Neuquén, 1960-1990*, 1991). También del ámbito universitario, el Grupo de Estudios de Historia Social (GEHISO) dirigido por Enrique Mases editó *El mundo del trabajo: Neuquén, 1884-1930* (1994) y *El mundo del trabajo en Neuquén, 1930-1970* (1998). Otra generación de investigadores, más jóvenes que los primeros profesores de la UNC, incursionaron en la historia reciente de la Provincia, como Graciela Blanco, Beatriz Gentile y Juan Quintar con la publicación oficial *Neuquén, cuarenta años de vida institucional* (1998), o el último de ellos con la monografía *El Choconazo* (1998). El Departamento de Geografía de la misma casa de estudios del Comahue también hizo su aporte interdisciplinario, con un libro de alto contenido histórico: *Neuquén, una geografía abierta* (1995). La historia de la educación provincial está en estudio por un equipo de la Facultad de Ciencias de la Educación coordinado por Mirta Teobaldo y Beatriz García, y sus conclusiones se publicarán próximamente.

Dos de las figuras sobresalientes de la historia neuquina reciente nos han dejado testimonios publicados: *La verdad nos hará libres* (1990) de Jaime de Nevares, y *El desafío* (1994) de Felipe Sapag. El primero de ellos también fue objeto de una abundante biografía por Juan San Sebastián, *Don Jaime de Nevares, del barrio Norte a la Patagonia* (1997), y seguirá siendo motivo de estudios en los próximos años.

Varias localidades de la provincia han emprendido la escritura de sus historias, con mayor o menor alcance comercial. Se destacan la editada por San Martín de los Andes con motivo de su centenario, en 1998, la elaborada por varios profesores de enseñanza media del norte neuquino, sobre *San Eduardo, volver en la memoria* (1998), y

el aporte de Juan Mario Raone sobre *La fundación de Neuquén* (1994).

Finalmente, varias iniciativas recientes motivadas, fundamentalmente, por la demanda del sistema educativo han buscado llevar el conocimiento de nuestro pasado común a un público amplio. El matutino regional *Río Negro* hizo su aporte con su *Diario de 85 años* (1997); la cooperativa CALF y el gremio docente ATEN colaboraron para la publicación de los fascículos *Neuquén, 10.000 años de historia* (1994); la revista *Machete* viene haciendo de la historia regional un tema importante; el *Boletín* de la Fundación Confluencia y *La Revista* de CALF pueden consultarse con provecho. Los textos escolares más recientes, continuadores del suplemento que elaboraron Mario Gercek, Lili Muñoz y Delfina Lanús para el clásico *Manual Estrada* de 4° grado (1981), son *Neuquén, tantos lugares, tantas historias* (1998) y *Neuquén para chicos y grandes* (1999), de Silvio Winderbaum. La editorial neuquina Alfa Centro Literario comenzó editando *El Gran Libro de la Patagonia* (1997), con una sección de Historia a cargo de Pedro Navarro Floria, María Andrea Nicoletti y Rubén Apolonio, y continuó con la elaboración de una enciclopedia similar sobre el Neuquén y con textos escolares para cada una de las provincias patagónicas, en edición. Un intento de síntesis de nivel regional se puede encontrar en la *Historia de la Patagonia* (1999) de Pedro Navarro Floria.

Parte II

NEUQUÉN

DE TERRITORIO A PROVINCIA¹

Pedro NAVARRO FLORIA

¹ En el manuscrito original escrito por Pedro Navarro Floria a solicitud de la Academia Nacional de la Historia (2005), se encontraba la siguiente nota: “Advertencia preliminar: *Los límites tanto cronológicos como territoriales de este trabajo deben ser considerados relativamente aleatorios. El corte cronológico de 1930 depende tanto de una decisión anterior de la Academia Nacional de la Historia, que hizo terminar allí su Historia Argentina Contemporánea de 1967, como de una convención historiográfica aún no suficientemente fundamentada pero plenamente vigente. El intento de una historia coincidente con los límites administrativos de las Provincias encuentra, para el caso de la Patagonia, la dificultad de la escasa relación entre esas demarcaciones y la dinámica real de la sociedad regional. Sin embargo, nos atendremos a los acuerdos propuestos y desarrollaremos la mejor explicación posible en ese marco*”.

Efectivamente, la Academia Nacional de la Historia solicitó a distintos autores la escritura de capítulos que dieran cuenta de las distintas historias provinciales. Este manuscrito fue entregado en el año 2005, pero la Academia Nacional de la Historia no concretó su publicación. En el año 2011, tras el fallecimiento del Dr. Navarro Floria, consulté a un miembro de la Academia Nacional de la Historia, el Dr. Néstor Auza, sobre la posibilidad de publicar los manuscritos inéditos solicitados por la Academia, en mi caso la Historia de Río Negro. El Dr. Auza me comunicó que la Academia no tenía fondos para realizar esta publicación y que tanto mi esposo el Dr. Navarro Floria como yo, conservábamos nuestros derechos de autor.

1. Introducción: los orígenes del Neuquén territorialiano

La coyuntura de 1930 encuentra al Territorio Nacional del Neuquén incorporado, tardía y deficientemente, al sistema nacional. Tras la conquista de la Pampa y la Patagonia por el Estado argentino y la organización institucional en 1884 de los Territorios Nacionales como dependencias *sui generis* del Estado central, al margen del sistema federal, un conjunto de procesos había puesto en marcha la nacionalización de los nuevos espacios. La distribución de la tierra vacante o propia de las comunidades indígenas -ahora apropiada por el fisco- mediante premios militares, concesiones, remates y ventas, había dado por resultado una estructura básicamente latifundista y adecuada a la ganadería extensiva. Económicamente el Neuquén seguía funcionando, así ocurría antes de la conquista, como un espacio proveedor de productos pecuarios de los mercados del sur de Chile. El desarrollo de la agricultura en la zona de la Confluencia de los ríos Neuquén y Limay se había dado más tardíamente y más limitadamente que en el Valle del río Negro. Para el período bajo análisis las crecientes dificultades en el intercambio con Chile, el desarrollo de la comarca petrolera de Plaza Huincul y Cutral Co, la comunicación ferroviaria y vial con el Atlántico, el incremento de la producción agrícola y la presencia de la capital territorialiana en Neuquén -desde 1904- favorecerían un verdadero vuelco del Neuquén hacia el este, con una concentración de la población y de la actividad económica en la Confluencia.

Sin embargo para 1930 el Neuquén todavía conservaba una estructura poblacional mayoritariamente rural, más densa en el área cordillerana que en los departamentos orientales y con una fuerte presencia chilena e indígena. Las localidades del Neuquén actual ya estaban establecidas, con unas pocas excepciones, a partir de la presencia de fortines, colonias agrícolas, estaciones ferroviarias, pozos petroleros o concentraciones de población preexistente.

Posteriormente, sobre todo después de 1960, algunas de ellas atraerían importantes corrientes de población inmigrante, constituyendo las concentraciones y desequilibrios actuales.

Una sociedad profundamente mestiza, conformada por un verdadero mosaico de colectividades –chilenos, argentinos de otras provincias, españoles, italianos, mapuches, inmigrantes de otros países europeos, sirios y libaneses- había sabido tejer sus propias redes de solidaridad. A través del asociacionismo mutualista, del gremialismo, etc., había insinuado jerarquías y establecido sus espacios de sociabilidad y de opinión pública, sus instituciones educativas, etc., arrastrando, sin embargo, altísimos índices de analfabetismo y de desatención sanitaria. Los misioneros Salesianos y su rama femenina, las Hijas de María Auxiliadora, se habían hecho presentes en las principales localidades del Territorio fundando colegios en Junín de los Andes, capillas en los parajes menores y extendiendo su trabajo misionero a las zonas rurales. También el Ejército Nacional y la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) suplían la escasa presencia educativa estatal, e incluso YPF sostenía el hospital de su principal asentamiento, Plaza Huincul.

En cuanto a la actividad económica hasta la época de la provincialización no existió para el Neuquén un modelo alternativo de desarrollo y se prolongó, por lo tanto, la vigencia del esquema primario-exportador. Las tradicionales dificultades de comunicación del triángulo neuquino con el resto del país se habían resuelto solo parcialmente con el trazado del ferrocarril de Bahía Blanca a Zapala y con la apertura de unas pocas rutas de tierra. Tanto la ganadería trashumante de los “crianceros” del norte neuquino como las estancias de vacunos y ovinos del sur siguieron vinculadas a los mercados chilenos hasta la imposición de controles fronterizos en las décadas de 1930 y 1940. El Alto Valle, incluso antes de la generalización del sistema de riego, funcionó como zona de invernada de ganado con destino a la exportación a Chile. Durante la

realización de las obras de irrigación, entre 1910 y 1932, se centró en la producción de alfalfa que alcanzó su máxima expresión entre 1927 y 1931. La política petrolera nacionalista simbolizada en la creación de YPF y en la gestión del general Mosconi se interrumpió, precisamente, con el golpe de Estado de 1930.

La vida política del Territorio se encontraba constreñida por los estrechos márgenes de la ley de 1884: de un lado por la falta de autonomía provincial y democracia municipal; y del otro por la imposición de un diseño territorial caprichoso que había partido en dos el corredor norpatagónico articulado por la cuenca del Río Negro. Durante las primeras décadas de existencia institucional unos gobernadores generalmente identificados con los sectores dominantes de la sociedad porteña, casi sin facultades ni presupuesto, se habían limitado a reclamar las obras públicas más indispensables y a bregar con poco éxito por la presencia estatal, mientras las primeras manifestaciones de actividad cívica surgían en los escasos ámbitos municipales habilitados. Aunque aquel diseño territorial arbitrario había contribuido a alimentar la idea de un Neuquén aislado y singular –una representación que permanece en el corazón del imaginario localista- los procesos históricos dan cuenta de una realidad estrechamente articulada con el escenario nacional.

El Neuquén de 1930, en definitiva, se parecía más al de fines del siglo XIX que al de treinta o cuarenta años después. La historia posterior hasta la actualidad es la de un cambio crecientemente acelerado marcado por sucesivas etapas, una de las cuales es la de la provincialización. Cada momento en ese proceso fuertemente relacionado con la historia nacional –la década del '30, la época peronista, la transición a la Provincia, la formación del Estado provincial, la alternancia de gobiernos democráticos y autoritarios, la crisis de los '90- constituye un paso en el crecimiento y la complejización de la vida social y cultural neuquina, por los cambios en el modelo productivo, en la estructura social y en la vida política.

El recorrido por la historia del Neuquén desde 1930 hasta la actualidad se verá marcado, en consecuencia, por ese proceso axial de rápido crecimiento respecto del cual podremos reconocer cambios y continuidades y explicar la vida política, social, cultural y económica en su complejidad e integridad.

2. La vida político-institucional: de Territorio aislado a Provincia atípica

2.a. Gobiernos y participación política en los años '30

Los Territorios Nacionales eran escenarios de libertades civiles amplias, pero de participación política restringida en lo formal a unos pocos ámbitos municipales y a la elección de jueces de paz, y en lo informal a las peticiones usuales en los ámbitos urbanos. La ley de Territorios de 1884 había previsto, efectivamente, que los municipios se constituyeran en escuelas de una autonomía política que se conseguiría lenta y progresivamente, en espacios que según Arias Bucciarelli quedaban definidos como externos o subalternos respecto de la comunidad política nacional, mientras que las demandas articuladas con la presencia estatal serían canalizadas por los “vecinos caracterizados” locales. Sin embargo, ya unos años antes de 1930 los principales partidos políticos nacionales – radicales, conservadores y socialistas- se veían débilmente reflejados en los grupos que se disputaban los concejos municipales de Neuquén y Zapala. A menudo ese reflejo adoptaba la forma de partidos vecinales, expresando mejor así los sentimientos localistas.

Por otra parte una participación partidaria en escenarios tan restringidos sin duda favoreció la diversificación formal de la conciencia ciudadana mediante prácticas asociacionistas, campañas y expresiones a través de la prensa.

A pesar de haber alcanzado algunos Territorios la población prevista para su provincialización –el Neuquén habría llegado a los sesenta mil habitantes requeridos hacia fines de los años '30- o algunas localidades la concentración demográfica para pasar a ser municipios electivos, la autonomía no les era concedida por el Estado nacional. La demanda de facultades políticas, relacionada sin duda con la ampliación de la participación democrática abierta en

1912, tiene sin embargo sus matices. En el caso neuquino la provincialización lisa y llana fue propuesta tempranamente por el socialismo, en el marco de los Congresos de Municipalidades de los Territorios Nacionales realizados en los años '30, frente al gradualismo defendido –señalan Favaro y Arias Bucciarelli- tanto por los funcionarios nacionales locales como por los sectores sociales dominantes constituidos generalmente por comerciantes y prestadores de servicios urbanos. Estos últimos reclamaban la participación en las elecciones presidenciales, la representación parlamentaria, las autonomías municipales, la realización de obras públicas y una mejor gestión de gobierno territorialiano, pero percibían que la autonomía completa traería aparejada la construcción de un aparato administrativo cuyo costo recaería, por vía fiscal, sobre sus espaldas. Numerosos proyectos de provincialización o de representación parlamentaria de los Territorios fueron discutidos en el Congreso de la Nación –el proyecto del ministro Melo en 1934, por ejemplo, asesorado por Eduardo Elordi, exgobernador del Neuquén, u otro proyecto oficial de 1938, de corte autoritario, que fueron criticados por la prensa- o en los Congresos de Municipalidades Territorianas en las décadas del '30 y del '40, no se deduce que hayan tenido mayor repercusión en este Territorio, considerado por otra parte siempre de menor entidad que Río Negro, La Pampa o el Chaco. En general parecen haber sido impulsados por sectores minoritarios, ligados con intereses económicos porteños o con agrupaciones nacionalistas, y por eso nunca percibidos como propios por los actores políticos dominantes locales. El tono de la demanda nacionalista de “argentinización” de la Patagonia característica de esa época puede percibirse, por ejemplo, en la obra del coronel Sarobe *La Patagonia y sus problemas* (1935).

En el centro de las tensiones políticas municipales y territorianas solían ubicarse órganos de prensa que respondían más o menos directamente a orientaciones partidarias; se constituían tanto

en informadores como en formadores de opinión, encabezando a menudo campañas electorales o revocatorias en favor de mayores derechos políticos o de un mayor compromiso del Estado con la región, como han analizado Prislei y su equipo. Si el *Neuquén* había acompañado al periódico roquense *Río Negro* en las primeras iniciativas regionalistas de los años '20, *El Territorio* fue la expresión del antirradicalismo y conservadorismo de los '30, *El Despertar de un Pueblo* el órgano local de la empresa político-cultural socialista encabezada por *La Vanguardia* porteña, *La Cordillera* el medio radical y *Flores del Campo* –editado por los Salesianos en Viedma pero ampliamente distribuido- el medio representativo de la prensa católica regional.

El municipio neuquino fue el escenario principal de estas tensiones, configurándose un sistema incipiente de partidos locales y una interesante alternancia entre el Partido Socialista –que gobernó de 1932 a 1936-, Defensa Comunal (radical) que triunfó entre 1936 y 1940, la Unión Vecinal (conservadora) y una Unión Comunal que en 1935 expresó la política nacional de la “concordancia” conservadora-antipersonalista. En Zapala en cambio el liderazgo concordancista de Etcheluz encontró su mayor opositor en el radicalismo tradicional.

La complicación del cuadro político en Neuquén jugó a favor de la agenda política introduciendo cuestiones como la demanda ya mencionada de provincialización, la de viviendas económicas, la municipalización o cooperativización de servicios públicos, o el compromiso del gobierno local con el abaratamiento del costo de vida, la educación y la salud pública. Ante las posiciones monopólicas de empresas como la inmobiliaria Nueva España o la distribuidora eléctrica Usinas Unidas, el socialismo generó alternativas que derivaron, por ejemplo, en la fundación de la Cooperativa de Agua, Luz y Fuerza (CALF). La disputa por la esfera pública se expresó también en la gestación de otras varias

asociaciones intermedias de diversos fines y orientaciones ideológicas.

La historiografía existente suele destacar las gestiones de los gobernadores Carlos H. Rodríguez y Enrique Pilotto, en la década del '30, como agentes de una mayor preocupación de los mandatarios por aspectos sociales como la salud pública, la educación o la situación de las comunidades indígenas. Es cierto que entre esos años y los de la Segunda Guerra Mundial el auge del nacionalismo –con sus hipótesis de conflicto sobre la Patagonia- y los crecientes reclamos de los habitantes de los Territorios inclinaron al Estado nacional a invertir más y mejores recursos en obras públicas de infraestructura –fundamentalmente viales- que mejoraran la calidad de vida en la periferia del territorio nacional y su integración física al resto del país. Pero no debe descartarse la influencia de esa mayor presión ciudadana sobre las iniciativas de gobernadores –como los ejemplos mencionados de Rodríguez y Pilotto- estrechamente relacionados con las fuerzas armadas y de seguridad y con el régimen autoritario que disputaba el espacio público a las fuerzas políticas democráticas consideradas “disgregadoras” de la Nación. En ese contexto la creación de la Sexta División del Ejército en el Neuquén, con cuarteles en Covunco, Junín de los Andes y Zapala desde 1936, y en la capital territorial desde 1939, constituyó un factor destacable en la dinamización de la actividad económica y de la presencia estatal, y en la nacionalización del Territorio.

N° 8: CUADRO Gobernadores del Neuquén 1930-2007

GOBERNADORES DEL NEUQUÉN (1930-2007)

Gobernadores del Territorio Nacional del Neuquén:

Ernesto Maestropiedra (1930-1932)
Félix San Martín (1932, interino)
Carlos H. Rodríguez (1932-1934)
Carlos E. Reilly (1934, interino)
Enrique R. Pilotto (1934-1937)
René Lawson (1937-1938, interino)
Enrique R. Pilotto (1938-1942)
Héctor E. de la Llosa (1942-1943, interino)
Bartolomé A. Peri (1943-1946)
Ricardo Salazar Possi (1946, interino)
Emilio Belenguer (1946-1949)
Juan Paolini (1949, interino)
Pedro J. San Martín (1949-1952)
Pedro Mendaña (1952, interino)
Pedro L. Quarta (1952-1954)

Comisionados nacionales en el Territorio Nacional del Neuquén:

Pedro L. Quarta (1955)
Miguel Adrover, Lindolfo C. Meza (1955, interinos)
Ricardo Hermelo (1955-1958)

Gobernadores de la Provincia del Neuquén:

Ángel Edelman (1958-1959)
Alfredo Asmar (1959-1962)
Osiris Villegas (1962)*
Francisco Olano (1962-1963)*
Felipe Sapag (1963-1966)
Julio Elizagaray (1966)*
Rodolfo Rosauer (1966-1970)*
Felipe Sapag (1970-1972)*
Pedro Salvatori (1972-1973)*
Felipe Sapag (1973-1976)
Eduardo V. Contreras Santillán (1976)*
José A. Martínez Waldner (1976-1978)*

Domingo M. Trimarco (1978-1983)*
Felipe Sapag (1983-1987)
Pedro Salvatori (1987-1991)
Jorge Sobisch (1991-1995)
Felipe Sapag (1995-1999)
Jorge Sobisch (1999-2003 y 2003-2007)

* Nombrados por gobiernos *de facto*.

Entre los golpes de Estado de 1930 y 1943, la gobernación del Territorio del Neuquén fue ejercida por tres gobernadores titulares de extracción militar, de los cuales dos –el coronel Rodríguez, en su corta gestión, y el coronel Pilotto, en casi una década de mandato– se destacaron por su actividad. De Rodríguez se enfatizan su preocupación por la cuestión de la tierra pública, su compromiso con la obra vial más importante del Territorio –el puente Neuquén-Cipolletti realizado entre 1935 y 1937, su gestión para lograr la instalación del Ejército en Neuquén y el impulso que dio, en general, a la presencia activa del Estado nacional en los campos educativo, sanitario y económico entre otros. Su sucesor Pilotto continuó el impulso a las obras públicas, entre ellas las de agua corriente de la ciudad capital y de Zapala y la urbanización de Neuquén; prosiguió la gestión y consiguió la concreción del traslado de la Sexta División del Ejército de Bahía Blanca a Neuquén; comprometió al Consejo Nacional de Educación en el mejoramiento de las escuelas territorianas; continuó e inauguró el puente ya mencionado sobre el río Neuquén. Su tercer período consecutivo de gobierno fue interrumpido por el golpe de Estado de 1943.

N° 9: Los puentes carretero y ferroviario sobre el río Neuquén, cerca de la Confluencia. Actualmente hay un segundo puente carretero entre ellos.



2.b. La década peronista y el proceso de provincialización

El golpe de 1943, con la suspensión de la actividad partidaria y la intervención de los gobiernos territorianos y municipales, constituyó un punto de quiebre del escenario político descrito. La formación del peronismo agregaría otro componente que modificaría para siempre el sistema de fuerzas local. En un espacio político poco organizado en cuanto a la presencia de partidos o sindicatos nacionales, el peronismo supo expresar en forma también poco orgánica, de movimiento más que de partido, sobre una red de relaciones más clientelares y personales que orgánicas, las demandas de ciudadanía política de la sociedad territorialiana. Los analistas de este proceso señalan una continuidad en la hegemonía política local de los sectores mercantiles y de pequeños empresarios ligados al Estado, en una red de intereses anterior y más persistente que un sistema de partidos. Al mismo tiempo destacan una renovación en el campo de la participación popular por la sindicalización general de

los trabajadores y la emergencia de nuevos dirigentes en los años 1946 y 1947.

Indudablemente esa ampliación de la participación política reconocida a sectores populares hasta entonces no incorporados a la ciudadanía plena, por la vía de la agremiación y mayoritariamente identificados con el peronismo, es el dato fundamental de esta etapa. La designación en 1947 del gobernador Belenguer, de extracción gremial ferroviaria, se convirtió en un signo de los nuevos tiempos. La primera participación de los ciudadanos territorianos en la elección presidencial de 1951 fue quizás el otro hito significativo.

El Partido Justicialista entró, obviamente, en la competencia por los ámbitos municipales. A Neuquén y Zapala se agregan, en los '50, Chos Malal, Junín de los Andes, San Martín de los Andes y Cutral Co. En estas comunidades el gobierno local pasó a manos del peronismo que reemplazó a las viejas agrupaciones conservadoras. Al rol político tradicional del periodismo gráfico se sumaron nuevos medios, también audiovisuales como Radio Neuquén y los noticieros cinematográficos de Sucesos Argentinos. Durante la primera presidencia de Perón, en el marco del proyecto justicialista, el Estado nacional promovió tanto iniciativas de provincialización de los Territorios como una serie de políticas activas: obras públicas, asistencia a productores rurales, subvenciones a organizaciones intermedias afines al régimen, agremiación de trabajadores y de pequeños y medianos empresarios. En un marco de movilización generalizada, la provincialización de los Territorios permitió al peronismo ampliar su base de poder sin modificar la estructura del mismo.

Los gobernadores peronistas del Territorio se constituyeron así en un engranaje clave de los mecanismos de mediación paternalista entre las demandas locales y el Estado nacional. Dieron continuidad al esquema de dependencia que se plasmaría más tarde en la debilidad estructural del Estado provincial. Tanto la creciente

preocupación del Estado nacional por el desarrollo de la Patagonia como ese estilo de mediación personalista dieron como resultado positivo, sin embargo, un compromiso más eficaz de las autoridades nacionales con la estructura administrativa y de servicios de los Territorios.

Tres gobernadores civiles de distintas extracciones sociales cubrieron, en contraste con sus antecesores militares, la gestión peronista entre 1946 y 1955. El ferroviario rionegrino Belenguer dedicó su trienio al estudio y atención de varios temas fundamentales: la salud pública, mediante la habilitación de centros asistenciales, el perfeccionamiento de los servicios existentes y la radicación de profesionales; la dotación de agua potable a Cutral Co y Zapala; el control del abastecimiento comercial; la pavimentación de caminos y otras obras públicas. Su sucesor, el estanciero de Junín de los Andes Pedro San Martín, prolongó la misma línea de trabajo orientada al fortalecimiento de la infraestructura estatal y de servicios. El abogado bonaerense Pedro Quarta, recientemente radicado en Neuquén, continuó una gestión similar y se preocupó singularmente por la ayuda social. Vio interrumpido su mandato por el golpe de Estado de 1955.

La situación enormemente precaria de la educación y la salud pública, por ejemplo, que caracterizó al Neuquén de principios del siglo XX, recién comenzó a ser revertida en los años '40. En las áreas rurales la escasa educación elemental que se impartía estaba más en manos del Ejército que del Consejo Nacional de Educación, al menos hasta que el primer Plan Quinquenal peronista propuso algunas mejoras edilicias. En los espacios urbanos la década del '30 había asistido a la fundación de varias escuelas en localidades menores y en la periferia de la ciudad de Neuquén, entre ellas la escuela-granja Ceferino Namuncurá promovida por el gobernador Pilotto, originalmente pensada para la aculturación de niños mapuches y luego transformada, durante los '50 en un internado

más. También en Zapala se fundaron escuelas en los barrios, antes de la provincialización. Recién en 1943 funcionó en Neuquén un establecimiento de nivel medio, la Escuela Técnica de Artes y Oficios de la Nación, con anexos Comercial Mixto y Profesional de Mujeres. En 1947 incorporó el Bachillerato y en 1951 el Magisterio. En 1947 también se habría iniciado la educación media en Zapala y en 1952 en Plaza Huinul, donde se le dio una fuerte orientación técnica. En esta última localidad, la empresa YPF había asumido el sostenimiento de la educación primaria, y en la vecina Cutral Co fue la comunidad civil la que llevó adelante la iniciativa de la primera escuela, fundada en 1935. La acción ciudadana en la fundación y sostenimiento de establecimientos educativos, antes que la del Estado, es una historia común a toda la Patagonia Norte, hasta mediados del siglo XX.

En cuanto al área de la salud, para la década del '50 existían en el Territorio siete hospitales: Junín de los Andes, Chos Malal, Cutral Co, Centenario, Neuquén, Zapala y Copahue, sumados a otros siete centros de salud privados en Neuquén, Zapala y Plaza Huinul y siete Salas de Primeros Auxilios a cargo de una Dirección de Salud Pública dependiente del Ministerio de Asuntos Sociales.

En sucesivas reuniones de gobernadores (1947, 1949 y 1950) se gestaron reformas importantes en el diseño político territorialiano. El Congreso de la Nación continuó recibiendo numerosas iniciativas de provincialización de los Territorios, tanto de radicales como de justicialistas. El ciclo reformista que culminaría en la provincialización de varios Territorios Nacionales –entre ellos el del Neuquén- se relacionó con la consigna peronista de responder a las demandas de participación política popular en función de ampliar su base de representación electoral. Favaro postula, en ese sentido, que el estado de movilización sociopolítica producido por el fenómeno peronista representaba la oportunidad de introducir esa reforma decisiva sin modificar sustancialmente la estructura de poder

general. Un primer paso en el nivel nacional se dio con la reforma constitucional de 1949 y la ley 14.032 de 1951, que admitió por primera vez la participación de los ciudadanos territorianos en la elección presidencial. En segundo término, se creó la figura – propuesta ya en el debate de 1884- de los delegados de los Territorios en el Congreso de la Nación. Se concedió el carácter de municipios electivos –como ya señalamos- a varias localidades, y se crearon las Provincias de El Chaco, La Pampa y Misiones. En las elecciones subsiguientes el peronismo obtuvo todas las bancas de los delegados territoriales en el Congreso. En el plano local los seis concejos municipales neuquinos quedaron en manos de una mayoría peronista y una minoría radical, resultado que se repetiría en 1954 con el agregado, ahora, de la localidad de Centenario. Junto con la reelección del presidente Perón, en 1952, fue designado delegado del Neuquén el hasta entonces gobernador San Martín, de actuación destacada en todo el proceso: en el Congreso supo expresar las demandas de autonomía de los Territorios, al mismo tiempo que proponer el mismo camino gradualista que los sectores dominantes siempre habían previsto para la provincialización. Esa vía fue confirmada por la ley 14.315 de 1954 que derogó la vieja ley 1.532. San Martín postuló una nueva forma de administración de los Territorios Nacionales, de mayor autonomía. El sistema constaría de un ejecutivo electivo de gobernador y vicegobernador, removibles por el gobierno nacional, y la elección de una Legislatura en cada Territorio, formada por dieciséis miembros, con facultad, entre otras, de crear municipios con un mínimo de quinientos ciudadanos empadronados, y sometida en cuestiones presupuestarias, fiscales y de obras públicas al Poder Ejecutivo Nacional. El intendente de la capital no sería electo democráticamente sino un delegado del gobernador.

Sin embargo algunos sectores reclamaban la provincialización lisa y llana y el nuevo esquema institucional no llegó a aplicarse. El

proceso se vio acelerado por la confluencia entre una importante corriente de opinión local a favor de la provincialización y la necesidad del presidente Perón de recomponer su figura política en el conflictivo año de 1955. Tras una entrevista de una delegación neuquina con el presidente, casi sorpresivamente fue aprobada la ley 14.408 en junio de ese año, disponía la transformación de varios Territorios en Estados Provinciales, la elección de Convenciones constituyentes y la designación de nuevos comisionados federales. Pero el golpe de Estado de septiembre interrumpió el proceso constituyente que se vio postergado por dos años. Finalmente, en 1957 y en el marco de la proscripción del peronismo, una Convención con mayoría radical intransigente redactó para el Neuquén una Constitución acorde con el constitucionalismo social de posguerra.

La Constitución del Neuquén sancionada el 28 de noviembre de 1957 contiene una amplia formulación de derechos y garantías sociales, particularmente en el campo laboral. Para el gobierno provincial establece un sistema representativo, republicano y federal, reservando para la Provincia todo poder no delegado expresamente en la Nación, de acuerdo con la Constitución Nacional. Se constituyen un Poder Legislativo unicameral de treinta y cinco diputados electos directamente por el voto popular, renovable totalmente cada cuatro años y con posibilidad de reelección, distribuyéndose las bancas entre una mayoría (tres quintos) y una minoría (dos quintos); un Poder Ejecutivo de gobernador y vicegobernador electos por un período de cuatro años, sin reelección inmediata posible; un mínimo de tres ministros designados por el gobernador, secretarios de Estado y un Consejo de Planificación y Acción para el Desarrollo (COPADE); un Poder Judicial formado por un Tribunal Superior de cinco miembros y otros tribunales de grado designados por la Legislatura a propuesta del Ejecutivo, o por el Tribunal Superior con acuerdo legislativo; un régimen municipal

que conserva la base mínima de quinientos habitantes para la constitución de los gobiernos locales -siguiendo las tendencias más modernas de la jurisprudencia- una autonomía amplia.

El régimen municipal de la Constitución neuquina resulta avanzado y precursor respecto de la Constitución Nacional de 1994, en cuanto al grado de autonomía y por el reconocimiento del municipio como célula originaria y preexistente de la comunidad política. La ley 53 de 1958 estableció categorías de municipios de acuerdo con su población, y la enmienda constitucional provincial de 1994 permitió el dictado de Cartas Orgánicas a los municipios de primera categoría (con más de cinco mil habitantes).

El proceso de provincialización fue lento y conflictivo, ya que había que modificar las antiguas estructuras administrativas territorianas y adecuarlas al nuevo Estado provincial. Los problemas presupuestarios dificultaron enormemente la ejecución de leyes y nombramientos, los recursos provinciales provenientes de las regalías hidrocarburíferas y de la coparticipación federal de impuestos eran escasos. Para la percepción de los impuestos internos se debió esperar la creación de la Dirección General de Rentas en 1957. Esto se fue superando con la concreción de algunas leyes que ordenaban la organización institucional provincial, como el caso de la creación del Poder Judicial: su ley orgánica fue sancionada en 1958, pero los primeros jueces se nombraron a partir de 1960.

2.c. Estado, partidos políticos y comportamiento electoral provincial: la hegemonía emepenista hasta los '80

Ni el sistema de mayoría y minoría previsto en la Constitución provincial ni la inestabilidad política nacional contribuyeron a la construcción de un espacio político provincial pluralista, competitivo y sólido. El sistema de partidos de la Convención constituyente de 1957 y de la Legislatura de 1958 refleja la situación

nacional: proscripción del peronismo, mayoría de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) y minoría de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), con presencia –en los cargos de la Convención y como oposición extraparlamentaria al año siguiente- de otras expresiones como los partidos Demócrata, Demócrata Progresista, Demócrata Cristiano, Socialista y Comunista. A pesar del abundante voto en blanco se mantuvo la exclusión del peronismo y el radicalismo mayoritario optó por asegurarle al Ejecutivo provincial un pleno respaldo legislativo durante todo el mandato. Las amplias facultades otorgadas al Ejecutivo dificultaron históricamente el desempeño de la oposición. El régimen económico del Estado provincial, estructuralmente débil y sostenido por las regalías y demás recursos fiscales de origen nacional le permitieron a ese poder un rol fuertemente intervencionista en la administración de los recursos naturales, el control de los servicios públicos, la creación de infraestructura básica y la planificación del desarrollo.

N° 10: Los hermanos Felipe y Elías Sapag, fundadores del MPN (foto: diario *Río Negro*).



El primer gobierno provincial, elegido en 1958, quedó a cargo de los representantes de la UCRI, acompañados en la Legislatura por la UCRP. La UCRI triunfó además en los ocho municipios entonces existentes. La administración provincial se dedicó a la construcción institucional y del sistema tributario y al traspaso de jurisdicciones nacionales al nuevo Estado. Esta tarea debió realizarse en función de una política de desarrollo de los recursos naturales de la provincia, con el fin de otorgar a la población una infraestructura atractiva para la inmigración. Esa gestión estaba en perfecta sintonía con la del gobierno nacional desarrollista que impulsaba la industrialización promovida y la inversión extranjera. En ese sentido, tanto el rol político hegemónico inaugurado por la UCRI como su visión desarrollista, fueron heredados por un partido neoperonista, el Movimiento Popular Neuquino (MPN), fundado en Zapala en 1961 bajo el liderazgo de los hermanos Elías y Felipe Sapag, miembros de una familia de comerciantes sirios y libaneses que habían hecho sus primeras experiencias políticas en los concejos municipales de Zapala y Cutral Co.

El desempeño electoral neuquino desde 1962 nos permite hablar de un sistema de partido hegemónico llamativamente durable en el contexto inestable de la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. El MPN ganó todas las elecciones de gobernador desde su creación: 1962, 1963, 1973, 1983, 1987, 1991, 1995, 1999 y 2003. En su primera elección, la de 1962, el MPN consiguió el gobierno provincial, cinco de los ocho gobiernos municipales –Neuquén, Centenario, Cutral Co, Zapala y Chos Malal- y cinco de las siete comisiones de fomento. Anulados esos comicios en todo el país por la intervención militar, se repitieron al año siguiente, otra vez proscrito el peronismo. Esta vez el MPN logró el gobierno provincial y todos los municipios y comisiones de fomento. En las compulsas más recientes, de la década del '90, el partido provincialista ha perdido los gobiernos municipales de ciudades

importantes como Neuquén, Zapala y Cutral Co, y ocasionalmente Chos Malal y San Martín de los Andes, sin poner en peligro su mayoría en el nivel general. Hasta la enmienda constitucional de 1994, en la que se introdujo la composición proporcional de la Legislatura provincial, el rol de minoría legislativa fue ejercido alternativamente por el radicalismo (UCRI) en 1963; UCR en 1987) y el justicialismo (Frente Justicialista de Liberación en 1973, PJ en 1983, Alianza Unidad para el Cambio en 1991), la falta de acuerdo entre dos de las tres fuerzas preponderantes no dio lugar al sistema bipartidista que la Constitución provincial preveía, ni, en consecuencia, a la consolidación de una oposición significativa al MPN. En las elecciones presidenciales el MPN ha sabido volcar su apoyo, generalmente, a las opciones ganadoras: en 1973, 1989 y 1995 al justicialismo, y en 1983 al radicalismo. En elecciones de diputados nacionales, en cambio, su suerte ha dependido de la coincidencia con elecciones provinciales: si coinciden, suele imponer sus candidatos, pero si se trata de elecciones solamente nacionales pierde terreno frente al justicialismo, al radicalismo o a alguna ocasional tercera fuerza.

La lectura de la geografía electoral nos revela que, en el período bajo estudio, el MPN gana con relativa facilidad las elecciones en la mitad norte de la provincia, y suele perder en las ciudades del centro y sur sin por ello comprometer su desempeño generalmente exitoso. Un dato llamativo, señalado por el estudio de Rosas, Loñ y Kuhn, es que los votantes más entusiastas del MPN suelen ser los inmigrantes recientes, mientras que los inmigrantes antiguos o nativos del Neuquén lo votan cada vez menos.

Las interpretaciones del fenómeno emepenista son diversas, aunque coinciden en algunos temas. Bandieri llama la atención sobre una serie de condiciones socioeconómicas estructurales favorables, como la persistencia de formas socioeconómicas precapitalistas, el aislamiento y la desatención estatal de las necesidades básicas de la

ciudadanía. Desde el punto de vista del discurso político el MPN ha sabido expresar una serie de reclamos localistas o provincialistas que contraponen los intereses de la Provincia –las necesidades concretas de la “gente” más que las cuestiones infraestructurales- con los de la Nación y su gobierno. En el imaginario popular el partido provincial sabría defender esos intereses mejor que un gobierno ligado a alguno de los partidos nacionales. Además, los amplios sectores sociales recientemente establecidos en el Neuquén se han sentido impactados por una política social activa y relativamente eficaz en la distribución de los recursos provenientes de la explotación del subsuelo de la Provincia. Curiosamente, sin embargo, el punto clave que ningún gobierno del MPN ha disputado consistentemente al Estado nacional es el de la propiedad de los recursos del subsuelo, conformándose con administrar una estructura estatal que, ante la nacionalización de esa renta, persiste en una dependencia estructural que no parece merecer esfuerzos por ser transformada, hasta la reforma de la constitución nacional en 1994. Las estrategias del discurso emepenista, en ese marco, consisten básicamente en la construcción de una identidad federalista contrapuesta al centralismo nacional, y en la equiparación de los intereses de los empresarios locales con los intereses provinciales, y a partir de esa equivalencia en exponer las nuevas obras públicas y los nuevos objetos del paisaje regional como prueba de progreso y prosperidad general. Este imaginario se sustenta en la realidad de que los gobiernos provinciales, hasta la crisis de los '90, han sabido planificar y distribuir los excedentes de la producción energética mediante políticas de vivienda, sanitarias y educativas destinadas a responder a la explosión demográfica provincial y de la Confluencia neuquina en especial, generando una dialéctica constructiva entre una creciente demanda de infraestructura y servicios y la necesidad de legitimación del partido gobernante. El aspecto negativo de este proceso, desde el punto de vista de la gestación de una sociedad

democrática, está en la permanencia en el poder de los mismos actores socioeconómicos de la época del Territorio, que perpetúan sus prácticas paternalistas en estructuras clientelistas abiertamente opuestas al desarrollo integral de la ciudadanía. En lugar de fortalecer el rol gestor y planificador del Estado para impulsar actividades productivas –que permitirían superar la debilidad estructural del Estado provincial- subsidian el desempleo y la improductividad transfiriendo importantes recursos a los sectores prebendarios preponderantes.

La identificación de los sectores dirigentes del MPN con los actores socioeconómicos dominantes se puso de manifiesto incluso bajo los regímenes autoritarios de 1966-1973 y 1976-1983, cuando el partido provincialista puso sus equipos técnicos y a su mismo caudillo Felipe Sapag al servicio de gobiernos *de facto* que arrasaron con las instituciones nacionales y las autonomías provinciales. Los mismos gobiernos militares alentaron esta colaboración con líderes localistas en varias provincias como alternativa al fortalecimiento de los partidos nacionales. Esa consolidación le permitió a Sapag dar un paso decisivo en la construcción de su hegemonía política, al imponerse, en 1973, al liderazgo del mismo Perón, e iniciar una trayectoria más localista que peronista.

2.d. Planificación, construcción y desarrollo de la administración provincial

Los sucesivos y superpuestos planes de desarrollo que en los '60 se formularon para la Patagonia reconocen antecedentes en los Planes Quinquenales del peronismo. Estos planes preveían entre otras obras regionales, la realización de los embalses Cerros Colorados y Segunda Angostura, la explotación del azufre en el Neuquén, y el oleoducto y gasoducto Plaza Huincul-Bahía Blanca. En 1958 se había creado la Corporación Norpatagónica,

administrada por Fabricaciones Militares, pero el primer gobierno neuquino la excluyó de la provincia para resguardar su patrimonio natural. El Programa Comahue, formulado por el gobierno nacional entre 1961 y 1965 con financiamiento de las Naciones Unidas y asistencia del Consejo Federal de Inversiones (CFI), el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y la Universidad Nacional de La Plata, proponía el aprovechamiento del potencial hidroeléctrico de los ríos norpatagónicos para la diversificación productiva y la promoción industrial de la región. Al mismo tiempo, desde el COPADE neuquino se había generado una ley de promoción industrial en 1964 y reunido al año siguiente un Ente Patagónico. En sucesivas reuniones de la Junta de Gobernadores de la Región de Desarrollo del Comahue se acordó el incremento del producto bruto regional con el aporte de capitales privados y el apoyo de los estados provinciales en la promoción de industrias de base y en la planificación del aprovechamiento energético de las cuencas hidrográficas.

El resultado del Programa Comahue, muy insatisfactorio respecto de las expectativas creadas –la puesta en producción de tierras agrícolas mediante obras de regadío y la provisión de energía para el desarrollo industrial regional- fue la construcción de una serie de represas sobre los ríos Neuquén y Limay y el tendido de líneas de alta tensión desde esas unidades generadoras hasta el Gran Buenos Aires, acentuándose el carácter extractivo de la actividad energética regional. El perfil desarrollista del Estado neuquino se fue diluyendo paralelamente con el del Estado nacional. El conflicto político continuó transfiriéndose discursivamente al ámbito nacional y se perdieron una tras otra las oportunidades de formular un proyecto de desarrollo. El Estado provincial orientó sus políticas a priorizar el gasto social en salud, educación y vivienda, a generar empresas provinciales para el manejo de determinados recursos

como la Corporación Forestal Neuquina (CORFONE), la Corporación Minera Neuquina (CORMINE), entes de transporte, comunicaciones y turismo, y a garantizar la ocupación plena y la prosperidad del empresariado contratista del Estado.

En este contexto se fueron estructurando los sistemas provinciales de salud, educación, vivienda y demás servicios esenciales con un perfil asistencialista.

En el área educativa las políticas desarrollistas se concentraron en la capacitación de recursos humanos como factores de cambio social y personal. Durante sus primeros años, además de crearse el Consejo Provincial de Educación y reglamentarse su funcionamiento mediante la ley 242, el nuevo Estado provincial asumió la construcción de algunas escuelas de jurisdicción nacional, creó los primeros establecimientos provinciales de los niveles inicial y medio –este último de orientación fundamentalmente comercial y técnica y concentrado en las localidades de la Confluencia-, subsidió comedores y cooperadoras escolares y apuntó a la regionalización y organización de la educación en el espacio provincial. Paralelamente, tanto diversas Iglesias cristianas como la Iglesia católica a través del obispado neuquino y de la Congregación Salesiana, impulsaron la creación de varios colegios confesionales primarios y secundarios que fueron progresivamente incorporados al sistema educativo de jurisdicción provincial: entre los católicos, se destacan el masculino Don Bosco (primario y secundario), el femenino María Auxiliadora (primario y secundario), y el San José Obrero (escuela de artes y oficios) en Neuquén, el Virgen de Luján (primario) en Centenario, los talleres Don Bosco en Zapala y la escuela-hogar indígena Mamá Margarita en Pampa del Malleo. Los dos primeros respondieron fundamentalmente a la demanda de educación media de los sectores medio-altos urbanos capitalinos, mientras que los demás siguieron el programa tradicional salesiano de educar a los niños y jóvenes de los sectores populares.

Los índices de analfabetismo –Neuquén ocupaba en 1960 el cuarto lugar nacional con un 19%- descendieron sensiblemente en las áreas urbanas, pero en las áreas rurales requirieron la implementación de planes nacionales con financiación externa desde 1978. Entre ellos los planes de Expansión y Mejoramiento de la Educación Rural (EMER) y de Expansión y Mejoramiento de la Educación Técnica Agropecuaria (EMETA), este último continuado hasta los años '90. Entre 1971 y 1986 el Estado provincial también creó diez institutos de nivel terciario para la Formación Docente, a los que se agregaron otros tres, de origen nacional, transferidos en 1992. También, en los años '60 y '70, se establecieron otras instituciones terciarias no universitarias como las escuelas de Cadetes de Policía, de Enfermería, de Educación Técnica, de Títeres, de Bellas Artes, de Música, e instituciones privadas –multiplicadas en los años '90- de idiomas, informática y formación profesional en diversas áreas. Sin embargo el crecimiento significativo del presupuesto educativo y del aparato administrativo provincial en este área llegó con la transferencia a la Provincia de los establecimientos primarios en 1978 y secundarios y superiores en 1992. En el nivel superior la política desarrollista concibió en 1964, sobre la base del Instituto Provincial del Profesorado, la creación de una Universidad del Neuquén que sería germen de la Universidad Nacional del Comahue instituida en 1972 como organismo regional de docencia, investigación y extensión superior, y ampliada a asentamientos en San Martín de los Andes, Zapala y varias localidades rionegrinas.

En el área de la salud se reestructuró la Dirección General de Salud Pública, se ampliaron hospitales y se crearon centros asistenciales. Se convocó a especialistas nacionales y se elevó la repartición al rango de Subsecretaría con presupuesto propio. Se asignó prioridad a la atención de los menores de dos años, a la nutrición y al ataque frontal a epidemias como la tuberculosis,

mediante operativos sanitarios. La mortalidad infantil cayó fuertemente, de ser una de las más altas del país al quince por mil. Se generó un intenso flujo de técnicos y profesionales hacia la provincia, se inició la capacitación en los centros asistenciales y en la escuela de Auxiliares Técnicos de la Medicina. La provincia fue dividida en zonas sanitarias, cada una con un hospital referente y centros de salud menores. En 1971 el Plan de Salud neuquino articulaba la atención de las zonas más desatendidas, construyendo un modelo de alcance internacional.

Para el año 1966 la provincia había elaborado un Plan General de Viviendas sostenido a través de Instituto Provincial de la Vivienda y Urbanismo (IPVUN) y la Secretaría de Estado de la Vivienda. Por convenios con el Banco Hipotecario Nacional y la Caja de Ahorro Postal se concretaron barrios de viviendas económicas con el propósito de absorber la creciente demanda generada por las migraciones internas y externas. En los ámbitos municipales de Zapala, Cutral Co, Neuquén, Centenario y San Martín de los Andes se desarrollaron obras de agua corriente, cloacas y pavimento.

2.e. La política provincial en la transición a la democracia y la crisis del Estado

La década del '70 no representó solamente una etapa de discontinuidad institucional, sino que fue también un momento de dura crítica y crisis de los modelos de Estado y de mercado interno de los '60. Solamente la posibilidad de financiación externa y la continuación de la extracción de recursos energéticos bajo un esquema dependiente del Estado nacional permitieron sostener la expansión del Estado neuquino, sin poder desarrollar, por otra parte, un aparato productivo local. Tras el golpe de Estado de 1976 la administración del general Trimarco continuó en lo fundamental las

políticas del MPN, con la asistencia de algunos de sus cuadros técnicos. En ese contexto y en el de la fuerte crisis del empleo y de la actividad económica de los '80, una convocatoria multipartidaria paralela a la nacional, conformada en Neuquén por el MPN, la UCR, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) y el MLP (Movimiento Línea Popular), reclamó en 1981 el retorno al estado de derecho, a la Constitución y a la plena vigencia de los derechos humanos. Pidió la normalización política partidaria, gremial, empresaria y cultural, a través de elecciones inmediatas, un plan de emergencia para superar la crisis, la recuperación salarial mediante convenciones colectivas de trabajo, el mejoramiento de la educación, la libertad en los medios de comunicación y la vigencia real del federalismo.

En 1983 el MPN reanudó su serie de elecciones exitosas para el gobierno provincial, pero la nueva democracia permitió una diversificación de corrientes internas que cuestionó el liderazgo hasta entonces indiscutido de Felipe Sapag, lo desplazó del poder y terminó generando una reconversión del partido provincialista en una coalición conservadora-populista identificada, en el nivel nacional, con el estilo y las ideas del presidente Menem. El principal artífice de este giro fue el gobernador Jorge Sobisch, que en su primera gestión convocó a sectores extrapartidarios y favoreció una serie de reformas institucionales democratizadoras: una legislación sobre convenciones colectivas de trabajo y sobre autarquía del Poder Judicial, y una enmienda constitucional que introdujo la proporcionalidad en la composición de todos los cuerpos colegiados de la provincia, incluida la Legislatura, y la posibilidad de reelección del gobernador y vicegobernador. La aparente diferenciación entre corrientes internas del MPN y la falta de una alternativa opositora sólida trasladó al interior del partido la puja por el poder real. El sobischismo pronto inició una trayectoria de convergencia con el menemismo y con otros sectores de la derecha nacional. Esta

convergencia llevó a la gestión emepenista a profundizar los rasgos clientelistas y socialmente regresivos, a abandonar las políticas sociales características de las décadas anteriores, a proponer un esquema de financiamiento estatal cortoplacista por su fuerte dependencia de la renta hidrocarburífera, a promover una fuerte subordinación de los poderes Legislativo y Judicial al Ejecutivo y a expresar diversos proyectos abiertamente autoritarios y antidemocráticos.

Las políticas provinciales redistributivas en materia de vivienda, salud y educación fueron progresivamente abandonadas a lo largo de los años '90. Esos sectores de la administración pública se sumieron en la crisis de infraestructura y de contenidos que caracterizó a todo el país y diluyeron la imagen de fenómeno aislado que Neuquén exhibió con orgullo hasta los '80, aun conservando amplios márgenes de recursos para el financiamiento del Estado.

La política educativa, particularmente, conoció un intento de democratización y actualización a partir de la primera constitución efectiva y completa del Consejo Provincial de Educación, en 1983, y con el Plan Educativo Provincial gestado entre 1983 y 1987. Pero la reforma, como otras similares de la época, no fue sostenida con los recursos que requería ni llevada a los extremos de participación que demandaba para ser eficaz. En el nivel superior se estableció en Plaza Huinca la Unidad Confluencia de la Universidad Tecnológica Nacional (1986). Recién en la última década del siglo XX, junto a la importante expansión de la Universidad Nacional del Comahue, se hicieron presentes en Neuquén diversas universidades privadas nacionales, generalmente dictando programas a distancia en convenio con institutos locales. La crisis del sistema educativo provincial se acentuó con la transferencia definitiva de los servicios educativos nacionales a la provincia –excepto la Universidad– y el explosivo crecimiento de la matrícula y del número de establecimientos en los niveles inicial, primario y medio, en los '90.

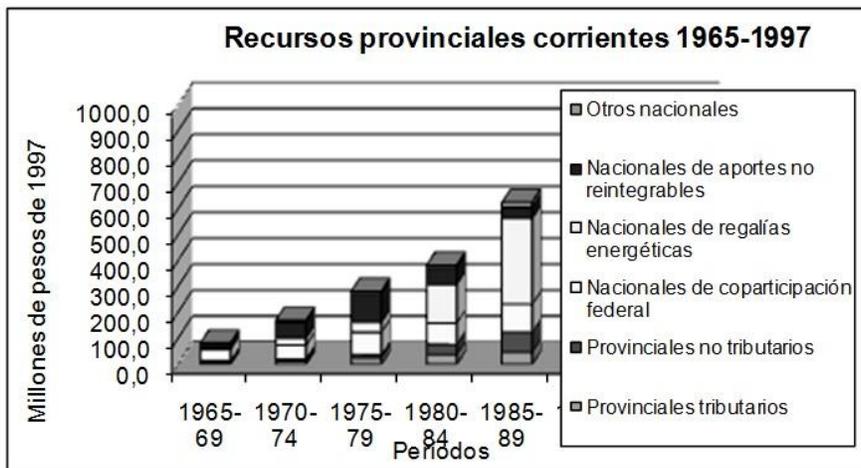
Estos procesos chocaron con una concepción neoliberal del Estado que no percibía la educación pública como inversión sino como gasto y que cerraba caminos a la participación de la comunidad educativa al concentrar el poder real en el Ministerio del área. La resistencia social a las reformas eficientistas de fines del siglo XX ha dejado tanto al sistema educativo neuquino fuera de la estructura prevista por la Ley Federal de Educación de 1993 como a la Universidad Nacional del Comahue en una posición crítica respecto de la Ley de Educación Superior de 1995.

Tras la enmienda constitucional de 1994 que introdujo la proporcionalidad en la Legislatura, se ha visto representada en ella, como es lógico, una mayor diversidad de expresiones partidarias: el Partido Justicialista con sus diversas corrientes y denominaciones frentistas; la UCR y sus desprendimientos Recrear y Afirmación para una República Igualitaria (ARI); un Frente País Solidario (FREPASO) más ligado a partidos menores (Demócrata Cristiano, Socialista) y a organizaciones sociales que a la Alianza que constituyó en el nivel nacional con el radicalismo; el MID, la Corriente Patria Libre, etc. En las elecciones de convencionales constituyentes nacionales de 1994, por otra parte, se produjo el caso excepcional de la participación directa de un líder social extrapartidario de enorme prestigio dentro y fuera del Neuquén, el obispo emérito Jaime de Nevares, que llevó al FREPASO, opuesto al Pacto de Olivos, a ganar esos comicios. El nuevo escenario plural no hace más que formalizar la realidad del amplio espectro político provincial y favorece la expresión de las minorías, pero se constituye en una dificultad adicional para la articulación de una oposición capaz de disputar el poder al MPN. Excepto en el período 1999-2003, el empenismo mantuvo el control de la mayoría legislativa y no vio amenazada su hegemonía. Por el contrario, su acercamiento al menemismo por un lado y a la gestión radical del municipio

capitalino por el otro, ha contribuido a una crisis de identidad tanto del justicialismo como del radicalismo local.

La crisis del Estado benefactor y la aplicación de políticas neoliberales llegó tardíamente al Neuquén. Las privatizaciones de empresas estatales nacionales fueron las medidas que más impactaron en este contexto, a través de las brutales reducciones de personal de YPF, Gas del Estado, Hidronor, la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTel) y sus contratistas. Si bien el Estado provincial no avanzó en la privatización de empresas propias, sí es cierto que se vio superado por el crecimiento sostenido de las demandas sociales. El gasto público pasó del fuerte crecimiento de los años '60 y '70 al estancamiento y al déficit en los '90. Mientras fue posible se enjugó el déficit con ingresos extraordinarios, y bajo el gobierno elegido en 1995 con un fuerte ajuste, contracción salarial y endeudamiento, esquema que dio paso a un nuevo ciclo de incremento del gasto y de expansión salarial nominal desde 2000, en el marco del aumento de precios de los hidrocarburos y del perfil extractivo-dependiente tradicional. El Estado provincial canalizó la creciente demanda social a través de la obra pública anticíclica y de la incorporación como actores protagónicos del proceso político, o “aliados estratégicos”, a los grandes inversores privados, sin por ello atinar a desarrollar una alternativa productiva a la extracción de recursos no renovables.

N° 11: CUADRO Recursos provinciales 1965-1997



Provincia del Neuquén.

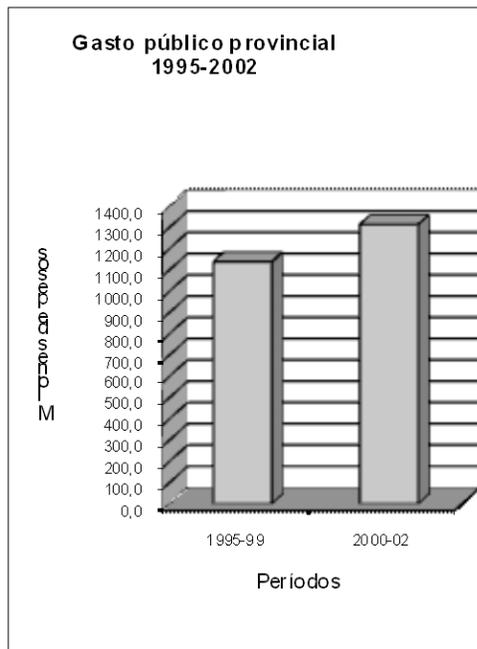
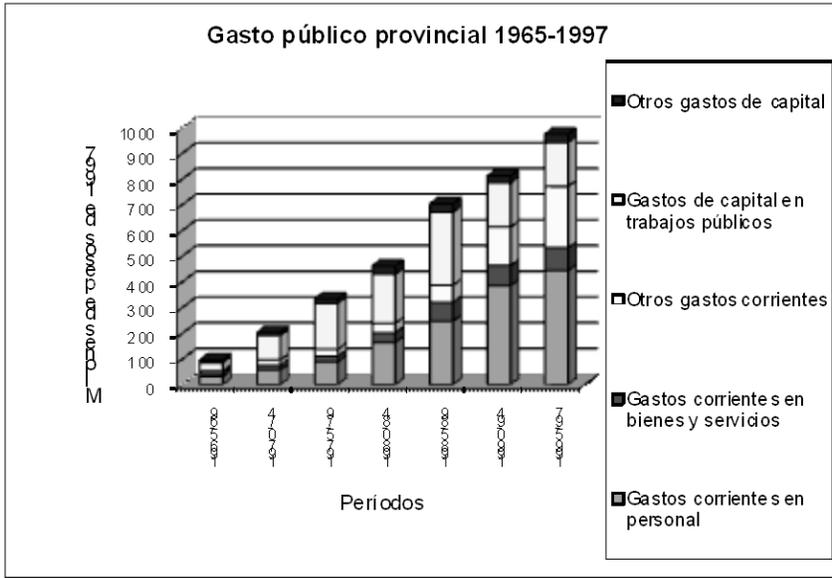
Recursos provinciales corrientes. Promedios anuales por períodos.

En millones de pesos de 1997

	1965-69	1970-74	1975-79	1980-84	1985-89	1990-94	1995-97
Total recursos corrientes	80.1	169.1	281.5	382.1	624.6	703.2	895.0
De jurisdicción provincial	13.7	19.5	36.5	76.8	124.3	194.4	241.2
Tributarios	8.1	12.1	23.2	37.2	47.1	87.6	134.3
No tributarios	5.6	7.4	13.3	39.6	77.2	106.8	106.8
De jurisdicción nacional	68.2	149.6	245.1	305.3	500.2	508.8	653.8
Coparticipación federal	42.5	53.9	86.7	82.5	107.0	154.5	167.9
Regalías energéticas	7.4	26.8	38.8	147.1	331.5	235.1	314.9
Aportes no reintegrables	13.8	60.0	110.0	66.0	42.2	46.2	121.4
Otros nacionales	4.5	9.0	9.5	9.6	19.5	92.5	142.2

Fuente: Cuentas Generales de Inversión de la Provincia del Neuquén y Ejecución de Presupuestos Provinciales, cit. en M.A.Pilatti, Economía, en P.Navarro Floria y M.A.Nicoletti (dirs.), *El Gran Libro de la Provincia del Neuquén* (2001), 2:729.

N° 12: CUADRO Gasto público 1965-1997



Provincia del Neuquén.

Gasto público provincial. Promedios anuales por períodos. En millones de pesos de 1997

	1965-69	1970-74	1975-79	1980-84	1985-89	1990-94	1995-97
Total gastos	95.3	203.4	333.0	461.6	703.4	811.3	974.1
Corrientes	53.7	96.2	137.7	239.2	386.9	612.9	770.7
Personal	32.1	56.6	89.1	164.2	246.6	385.3	443.3
Bienes y servicios	12.1	18.8	21.0	37.8	73.7	77.9	88.7
Otros gastos corrientes	9.4	20.8	27.6	37.3	66.5	149.7	238.6
De capital	41.8	107.2	195.3	222.4	316.7	198.4	203.5
Trabajos públicos	31.6	95.4	178.6	190.1	283.7	171.8	170.8
Otros gastos de capital	10.1	11.8	16.7	32.2	32.9	26.6	32.7

Fuente: Cuentas Generales de Inversión de la Provincia del Neuquén y Ejecución de Presupuestos Provinciales, cit. en M.A.Pilatti, Economía, en P.Navarro Floria y M.A.Nicoletti (dirs.), *El Gran Libro de la Provincia del Neuquén* (2001), 2:739.

	1995-1999	2000-2002
Gasto público provincial total (promedio anual en millones de pesos)	1138.4	1313.6

Fuente: Provincia del Neuquén, Dirección General de Estadísticas y Censos (www.neuquen.gov.ar).

Desde el punto de vista de las cuentas públicas, los cuadros 2 y 3 nos permiten apreciar la evolución de algunas variables. En primer lugar, respecto de los ingresos, se mantiene la altísima proporción de recursos de origen nacional, destacándose los provenientes de regalías hidrocarburíferas, gasíferas e hidroeléctricas tanto por su peso relativo como por su variabilidad en función de los precios y circunstancias internacionales. Los recursos provenientes de la coparticipación federal de impuestos, relativamente estables en términos absolutos, como es lógico, pierden peso relativo con el aumento del total de recursos. Más proporcionado a este aumento general es el crecimiento de los recursos propios, fundamentalmente los tributarios. En segundo lugar, respecto de los gastos, se destaca

la progresiva imposición del gasto corriente –fundamentalmente el salarial- por sobre el gasto de capital a partir de la década del '80 y en particular en los años '90, lo que refuerza una verdadera industria del empleo público como patrón de funcionamiento del Estado provincial.

2.f. Iniciativas para la integración regional y problemas territoriales

En materia de integración regional, la provincia del Neuquén carga con la herencia negativa, que ya hemos señalado, de un diseño territorial que escindió arbitrariamente la región relativamente homogénea de la Patagonia Norte articulada por la cuenca del río Negro. Esta división desarticuló el eje histórico este-oeste, generó una competencia esterilizante por el trazado de vías de comunicación desde el Alto Valle –la microrregión nuclear del corredor norpatagónico- hacia el norte y hacia el sur, dificultó las políticas comunes de transporte de cargas y de personas y acentuó el aislamiento neuquino. Quizás por eso mismo el Neuquén fue una de las provincias que buscó más tempranamente el abordaje de determinados problemas regionales en el marco de organismos que trascendieran sus límites: la Corporación Norpatagónica, el Ente Patagónico y las Juntas de Gobernadores regionales. El Programa Comahue constituyó el intento más serio de remediar esos problemas potenciando los recursos regionales. Sin embargo ese programa no derivó en la creación de nuevos circuitos productivos y la única institución que conserva un carácter regional identificable con él es la Universidad Nacional.

Las expectativas de regionalización han sido reactualizadas por la reforma constitucional nacional de 1994, que introdujo, en el artículo 124 de la Carta Magna la posibilidad de crear regiones para el desarrollo por un intento rionegrino, asistido por el CFI, de

reflotar la región Comahue en 1996. Finalmente por una propuesta anunciada por el gobernador Sobisch en 2002 sin el respaldo de un proyecto consistente. En particular esta última idea, por su imprecisión, dio lugar a un interesante debate público acerca de las asimetrías entre Río Negro y Neuquén, las posibilidades de integrar actividades y políticas, o de unificar espacios y estructuras. En la propuesta se percibe la intención de avanzar en la disminución del rol estatal y al mismo tiempo remozar el viejo discurso federalista. Se agrega la sugerencia de una secesión territorial, precisamente en la coyuntura de la más grave crisis del Estado nacional, de la mayor desnacionalización de los recursos naturales y de la alianza estratégica entre los sectores dominantes provinciales y las empresas petroleras transnacionales operadoras de la cuenca hidrocarburífera neuquina. En el debate inducido se destacan los contrastes entre un Neuquén que ve crecer sus ingresos por regalías hidrocarburíferas y por éstos la pobreza y un modelo no sustentable en el tiempo, y un Río Negro con menos recursos fiscales pero con un perfil social y productivo más complejo y sustentable. Las perspectivas que en este marco se genere un real proceso de integración parecen escasas.

Las perspectivas de integración regional del Neuquén deben ser consideradas también en el marco del modelo de desarrollo de enclave extractivo consolidado en los años '90 con la ayuda de cuantiosas inversiones en el sector hidrocarburífero. En efecto, los conductos que unen la cuenca neuquina con Chile y el remozado proyecto de ferrocarril trasandino se constituyen en signos de la voluntad de asegurar el rol del Neuquén como enclave y lugar de servicios administrativos para el corredor bioceánico norpatagónico.

Uno de los obstáculos para la integración, de poco peso real pero con entidad institucional, está constituido por los conflictos de límites entre las provincias del Neuquén y de Río Negro. Las diferencias se concentran en tres puntos, y derivan de imprecisiones del texto de la ley 1.532 de Territorios Nacionales (1884). El primer

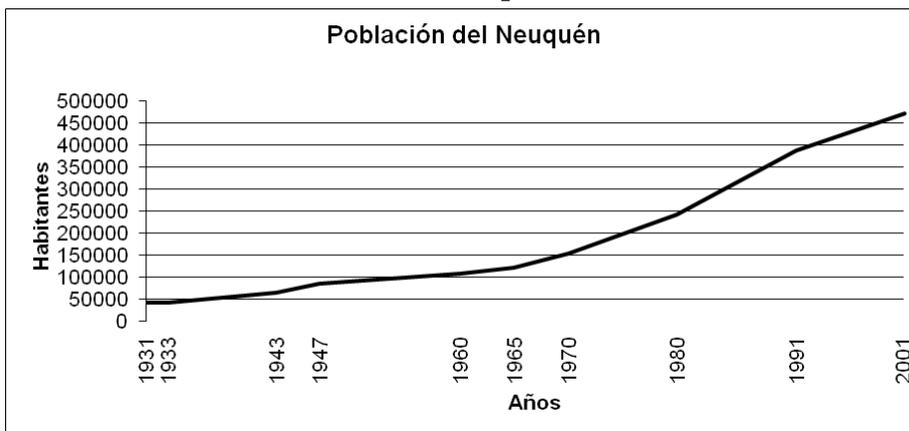
punto de conflicto concierne al meridiano 10° oeste de Buenos Aires, que separa los territorios neuquino y rionegrino entre los ríos Colorado y Neuquén. Hay una diferencia de unos 11.000 metros entre distintos trazados realizados en época territorialiana, que afecta tanto a tierras agrícolas del valle del Neuquén como a potenciales áreas hidrocarburíferas de la Cuenca Neuquina. La Provincia del Neuquén ha defendido tenazmente su posición y ha promovido activamente, desde 1968, el desarrollo agrícola del área de San Patricio del Chañar, que incluye parte de la zona en litigio. El segundo punto de diferencia está en algunas de las islas de los ríos Limay y Neuquén, fundamentalmente en la zona de su confluencia. El tercero se refiere a la isla Victoria y a las tierras al oeste del lago Nahuel Huapi, dado que la ley 1.532 menciona simplemente al lago como límite, sin más precisiones. Tras la provincialización de ambos Territorios el Instituto Geográfico Militar adoptó como criterio de división la línea media del Brazo Blest y su prolongación hacia el oeste hasta el límite internacional con Chile. Un decreto nacional de 1969 ratificó ese juicio. Esto favoreció al Neuquén y permitió, por ejemplo, que le fuera entregada –en ocasión de transferirse los establecimientos primarios nacionales a las provincias- la escuela de la isla Victoria.

3. Una sociedad joven, dinámica y conflictiva

3.a. Evolución demográfica y estructuración social

El proceso demográfico más llamativo del Neuquén contemporáneo es la fuerte progresión migratoria ligada al crecimiento de la actividad económica. Si en sus primeras décadas el Territorio neuquino no parecía participar del incremento poblacional del resto de la Patagonia, y una porción importante de su población era rural y chilena, esa relación se fue invirtiendo progresivamente a lo largo del siglo XX hasta generar un polo enormemente atractivo de migraciones fundamentalmente urbanas y nacionales. El crecimiento de la población neuquina, fundamentalmente desde mediados de la década de 1960, superó ampliamente la media nacional, pasó de cerca de cien mil habitantes en el momento de la provincialización al medio millón actual.

N° 13: CUADRO Población del Neuquén



Variable/censo	1931	1933	1947	1960	1965	1970	1980	1991	2001
Población total	42.241	42.414	86.836	109.890	121.574	154.570	243.850	388.833	473.315
Origen Argentinos	72	s/d	86	87	s/d	90	90	91	93
Extranj. Chile.*	28	s/d	14	13	s/d	10	s/d	8	7
Otros	6		5	6			2	1	
Zona: urbana/rural (%)	s/d	s/d	23	48	s/d	66	34	s/d	89
Analfabetismo (%)**	s/d	s/d	25	19	s/d	14	9	s/d	s/d
NBI (%)	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	34	21	19

Fuentes: Para 1931, Censo Territorial; para 1933, estimación de la Dirección General de Estadística de la Nación citada en J.M.Sarobe, *La Patagonia y sus problemas* (1935), p.106, cifra posiblemente menor que la real; para 1943 un censo territorial citado por M.S. Leoni de Rosciani, “Los Territorios Nacionales” (2001), consigna 65.150 habitantes para el Neuquén; para 1947, 1960, 1970, 1980, 1991 y 2001, Censos Nacionales de Población; para 1965, Censo Provincial.

* El cálculo de la población chilena es aproximado. En los censos hasta 1947 inclusive, a la categoría “americanos” podemos considerarla, en el Neuquén, compuesta casi exclusivamente por chilenos. En 1960, 1980 y 1991 contamos con cifras más exactas.

** El analfabetismo se calculaba, hasta el censo de 1960 inclusive, sobre los mayores de 14 años; en 1970 se calcula sobre los mayores de 10 años; en 1980, como porcentaje de la población de 6 años o más que no asistió ni asiste a la enseñanza primaria.

Este crecimiento cuantitativo no fue parejo sino que reforzó concentraciones regionales y locales: Río Negro y el Neuquén sumaron hacia fin del siglo XX la mayoría de la población patagónica, mientras que dentro de estas dos provincias el área metropolitana dispersa del Alto Valle, en formación ya antes de 1930, superó los 600.000 habitantes. En la década del '80 este área concentraba la mitad de la población de la región Comahue (provincias de Neuquén y Río Negro) y crecía aceleradamente. A su vez, el departamento neuquino de Confluencia concentró los dos tercios de la población provincial y en menor medida el departamento Lácar constituyó otro polo de atracción. La ciudad de Neuquén, con una población equivalente a la de General Roca a mediados del siglo XX, creció mucho más rápidamente que el resto de las aglomeraciones, al punto de arrastrar en su expansión a las localidades cercanas de Centenario, Plottier y la rionegrina Cipolletti y de constituirse en la cabecera indiscutida de la región, descomponiendo el área que Vapnarsky y Pantelides caracterizaron inicialmente como urbana-dispersa del Alto Valle. La distribución de la población se dio en forma de enclaves dominados por la actividad política-administrativa en el conglomerado Neuquén-Centenario-Plottier; la hidrocarburífera, en Cutral Co-Plaza Huincul; la turística, en San Martín de los Andes o Villa La Angostura; la comercial, en Zapala.

El censo nacional de población de 1947 mostraba para el Neuquén algunas diferencias significativas respecto del ya lejano de 1914. La población seguía siendo escasa aunque más densa que en el resto de la Patagonia, mayoritariamente chilena y con muy poca presencia europea, y con un ritmo de crecimiento similar al nacional. Sin embargo, la zona cordillerana, que en 1914 concentraba al 91% de la población, para 1947 sólo retenía al 71%. El departamento Confluencia absorbía el crecimiento. En 1914 contaba con el 9% y en 1947 con el 29%. La razón entre población rural y urbana se

invirtió en las mismas proporciones: de un 77% rural y un 23% urbana en 1947, pasamos a un 52% y 48% en 1960 y a un 34% y 66% en 1970. En conclusión, dos tendencias se afirmaban: la urbanización y el vuelco del territorio hacia el este.

Algunas corrientes migratorias relativamente diferenciadas producían el repoblamiento de determinadas zonas. La escasa inmigración europea de las primeras décadas del siglo XX, por ejemplo, atraída por las oportunidades de trabajo en diversas obras públicas y por la similitud del paisaje andino-patagónico con el escenario montañoso centroeuropeo, revitalizó el poblamiento de la franja cordillerana, entre San Martín de los Andes y el noroeste chubutense. A partir de otra actividad pública la extracción de petróleo, que había dado origen a Plaza Huincul, varias familias desalojadas por YPF formaron en las cercanías el llamado Barrio Peligroso, denominado Pueblo Nuevo en la década del '30 y definitivamente Cutral Co en 1933. El Alto Valle, incluida la zona agrícola de la Confluencia, sintió el impacto, muy atenuado por la distancia y las condiciones de vida y trabajo, de la inmigración masiva, fundamentalmente española e italiana, que se siguió volcando sobre el litoral atlántico sudamericano hasta los años '30. La migración chilena, constitutiva de la población inicial del Territorio a fines del siglo XIX y principios del XX, fue perdiendo peso relativo en la medida que el Neuquén se integró al espacio y al sistema nacional y recibió otros flujos. Recobró fuerza a partir de los años '70 por razones tanto políticas como socioeconómicas.

El fuerte crecimiento de las décadas de los '60, '70 y '80 también fue fundamentalmente urbano y migratorio. Los desplazamientos hacia las ciudades de la región y la provincia fueron provocados por la presión demográfica del centro y sur de Chile, por la necesidad de mano de obra para los emprendimientos estatales y por los salarios relativamente altos. Mientras las zonas de la Confluencia y Zapala crecían en población otras zonas se

convirtieron en expulsoras, como los departamentos del norte neuquino, Chos Malal, Minas, Loncopué, Picunches y Catán Lil. Aunque las condiciones de vida impuestas por el clima, la lejanía y la carencia de algunos bienes y servicios no siempre fueron atractivas, las tasas de desocupación patagónicas siempre fueron más bajas que en el resto del país hasta el inicio del repliegue estatal de los '90.

Aunque el incremento poblacional neuquino se mantiene por encima del promedio general nacional, se atenuó en los años '90, como puede apreciarse en el gráfico correspondiente, donde la curva de crecimiento tiende a aplanarse. Si se tiene en cuenta la capacidad reproductiva de la población acumulada en las décadas anteriores, la progresión de los últimos años revela un componente mucho más vegetativo que migratorio. Existieron factores relativamente aislados, como las privatizaciones de YPF y Gas del Estado que contribuyeron al éxodo en la comarca petrolera de Cutral Co y Plaza Huinul. Además la crisis económica y social nacional que en estos años alcanzó a la provincia, desalentó a muchos de los potenciales migrantes, sobre todo en el sector estatal. A través de las obras públicas y de la expansión de los servicios básicos este sector había sido tradicionalmente el principal generador de empleo.

3.b. Actores y organizaciones en la sociedad de frontera territorialiana

Investigaciones recientes caracterizan al Neuquén de la primera mitad del siglo XX como una “sociedad de frontera”, con una fácil movilidad y sin una clase alta tradicional y poderosa. En esta sociedad aislada del resto del país, sin autonomía política ni recursos económicos significativos en sus primeras décadas de desarrollo, la calidad y cantidad de servicios básicos eran realmente insatisfactorias. Un problema social, derivado de la conquista militar y de la modalidad de poblamiento y distribución de la tierra pública

por el Estado, era el del acceso de la población indígena y campesina a la propiedad inmueble o, al menos, al uso de la tierra fiscal. A partir de 1930 se acrecentó la preocupación de los gobernadores por solucionar la cuestión mediante la mensura y el parcelamiento territoriales. Estas tareas se vieron dificultadas por motivos presupuestarios y por carecer el Territorio de una estructura administrativa idónea dependiente en la Oficina Nacional de Tierras y Colonias.

Diversos trabajos recientes apuntan a caracterizar las condiciones de vida y la problemática de distintos sectores sociales. En primer lugar se identifica en el escenario territorialiano un incipiente sector dominante conformado por ganaderos, sobre todo comerciantes y prestadores de servicios urbanos, prácticamente las únicas actividades que permitían una significativa acumulación de capital. Fueron, por otra parte, los primeros empresarios nucleados en dos entidades pioneras, la Sociedad Rural del Neuquén en los años '30 y más tarde la Cámara de Agricultura, Industria y Comercio (CAIC), ambas filiales de sus respectivas corporaciones nacionales. Vinculados tempranamente al Estado como proveedores o contratistas, estos actores permanecerían a lo largo de la historia neuquina, consolidarían su posición socioeconómica dominante mediante una marcada participación en la obra pública provincial, y se acercarían progresivamente al ejercicio directo del poder político. En el otro extremo de la escala social también se ha trabajado en caracterizar a los sectores populares rurales, indígenas o mestizos, cuyo mundo de relaciones se siguió y se sigue incluyendo en su horizonte de referencia, décadas después de haberse cerrado formalmente los límites internacionales al sur de Chile. La caída del salario rural en el agro chileno durante las décadas intermedias del siglo XX y el quiebre del sistema hacendístico que desembocaría en la cuestión agraria de los años '60, continuó empujando a muchos campesinos chilenos a buscar tierra y fortuna en el Neuquén, o a

migrar estacionalmente como trabajadores “golondrinas” en la zona de chacras. El Estado nacional, a través de los gobernadores Rodríguez y Pilotto, formuló planes de colonización agrícola de escaso éxito, implementó una acción educativa asimilacionista y nacionalizadora mediante escuelas de frontera, escuelas móviles o de veranada y escuelas-albergue, y favoreció la evangelización llevada a cabo por los misioneros Salesianos. Desde el punto de vista laboral Enrique Mases caracteriza a la población rural como formada por pequeños propietarios u ocupantes de campos fiscales, pequeños y medianos chacareros, obreros de las minas y peones asalariados de las estancias de la mitad sur del Territorio.

Tanto los campesinos criollos argentinos o chilenos como los pobladores identificados más claramente como indígenas fueron objeto de políticas de incorporación subordinada, continuadoras de las prácticas usuales desde la conquista, por parte de los gobiernos territorianos de la década del '30. Desde el punto de vista de la memoria de las comunidades indígenas de toda la Patagonia Norte rescatada, por ejemplo, por Delrío, tras la catástrofe social de la conquista, la dispersión y el peregrinaje en busca de tierras, vino un período de restablecimiento y formación de nuevas comunidades en las primeras décadas del siglo XX. Pero la etapa que corre de 1930 a 1943 es recordada como la de una gran crisis, marcada por la explotación laboral en las estancias, y fundamentalmente por un nuevo movimiento de expulsión de familias de las tierras fiscales. Tanto la formación de Parques Nacionales en la zona andina como la determinación de una “zona de seguridad” fronteriza con Chile, en el marco de las políticas nacionalistas generales llevaron a despoblar los valles cordilleranos. Las comunidades indígenas volvieron a ser percibidas por el poder político, igual que medio siglo antes, como extranjeras en su propia tierra y riesgosas para la identidad nacional. La educación aculturadora de los niños mapuches separados de sus núcleos sociales naturales fue una iniciativa que se reflejó, por

ejemplo en Neuquén, con la ya mencionada Escuela-Granja “Ceferino Namuncurá”.

En los ámbitos urbanos los sectores populares estaban constituidos por empleados de servicios, comercio y transportes, estatales, obreros de la construcción, cuentapropistas y trabajadores petroleros. En ese escenario la creciente diversificación de actividades económicas, de orígenes geográficos y herencias culturales, de adscripciones religiosas e ideológicas, se fue plasmando, como hemos visto, en distintas formas de participación política pero también en un proceso de formación de instituciones intermedias, de clases sociales y de sectores con distintos modos de relación entre sí y con el Estado. La sociedad territorialiana se caracterizó por autogestionar, por ejemplo, la construcción y dotación de edificios escolares o de centros de salud y por demandar de instituciones como YPF o el Ejército los servicios que el Estado nacional no prestaba en forma directa a través de sus departamentos de Salud y Educación. Su carácter fronterizo también puede inferirse –indican Raffo y Bonifacio- de la inestabilidad de unas relaciones sociedad-Estado en las que se yuxtaponen una visión crítica del Estado lejano y ausente con un entusiasmo oficialista por las instancias que se muestran capaces de responder a las demandas civiles.

La cárcel de Neuquén ha sido estudiada por Bohoslavsky y Casullo como un lugar marginal del orden social territorialiano pero al mismo tiempo expresivo de algunas de sus características. La “cárcel-miseria” de las primeras décadas del siglo XX, donde la población era predominantemente masculina, pobre, joven, iletrada y soltera, tenía una proporción de chilenos mayor que la general y estaba poblada por ladrones de ganado y policías territorialianos –cuyas prácticas en el uso de la fuerza no parecen haberse diferenciado demasiado de aquellas de los criminales a quienes supuestamente perseguían: crianceros, obreros y trabajadores rurales. Esta población carcelaria vegetaba sin más perspectiva que la fuga, situación que se dio frecuentemente. Hacia

1936 la cárcel puede ser caracterizada como “fábrica” de acuerdo a las condiciones de vida algo mejores, con la incorporación de aulas y talleres. Su población carcelaria tenía una proporción mayor de argentinos que de extranjeros, variando el género, las edades, las proporciones de encausados y condenados. Un elemento distintivo, a partir de 1943, fueron los contingentes de presos políticos cuyo mayor nivel de instrucción pusieron en funcionamiento una Universidad clandestina.

La competencia por el espacio público generada en los años '30 se reflejó no sólo en el escenario político partidario; también en el apoyo que el gobierno territorialiano, el Ejército o la Iglesia Católica brindaron a entidades intermedias. Nos referimos a las de carácter patriótico como los Scouts, de perfil confesional como la Acción Católica o humanitario como la Cruz Roja, la Biblioteca Alberdi, el Club Independiente. Se sumaron a las ya existentes del Tiro Federal y la Liga Patriótica, a las Asociaciones Española e Italiana. Estas instituciones se opusieron al Centro Socialista, la Juventud Socialista, la Biblioteca Juan B. Justo, o la antifascista Acción Argentina. Algunos gremios generaron sus propios espacios formales de sociabilidad; fue el caso del Club Juventud Unida Ferroviaria o el Club Perforaciones, de los petroleros. También fue la época del cambio de nombre de algunas de las principales calles neuquinas, que como resultado de una verdadera negociación en el campo de la memoria social, pasaron a llamarse Rivadavia, Alberdi, Juan B. Justo y Carlos H. Rodríguez.

Los gremios formados en la década de 1930 en el Neuquén eran comunistas o socialistas, e integrados orgánicamente en la Confederación General del Trabajo (CGT): la Unión Ferroviaria y La Fraternidad, la Asociación de Trabajadores Unidos, el Sindicato de Obreros de la Construcción y la Agrupación de Empleados de Comercio –estos dos últimos de Zapala-, la Unión Petrolera y la Asociación de Trabajadores del Estado –ambas de Plaza Huincul y

relacionadas con el petróleo-, o el Centro del Magisterio de Neuquén. Los movimientos de fuerza de la época se relacionaron con el reclamo de mejores condiciones de vida y de trabajo en el caso de las huelgas de mineros de Auca Mahuida y Taquimilán y de obreros de la construcción de los cuarteles de Neuquén y Zapala. Curiosamente hubo una protesta de los trabajadores de la Standard Oil contra la liberación del coronel Perón en 1945.

El rol de los medios de comunicación escritos en la formación de corrientes de opinión y en el establecimiento de la agenda pública ya ha sido señalado por su importancia. En no pocas oportunidades la prensa independiente del Estado confrontaba posiciones y disputaba espacios con un funcionariado limitado en recursos y arbitrario en el ejercicio de la autoridad. Denunciaba la lentitud y venalidad del sistema judicial y las intrincadas redes de complicidad que unían a jueces, policías y sectores dominantes del Territorio.

El servicio de salud fue cubierto hasta bien entrado el siglo XX por los cuerpos médicos del Ejército y por el hospital de YPF en Plaza Huincul. Desde el acceso al poder del peronismo en 1946 se dotó al interior del territorio de una serie de estaciones sanitarias que permitieron emprender planes de vacunación, giras médicas y la atención de epidemias. Pero particularmente en las áreas rurales la situación continuó siendo casi de completo abandono hasta la implementación del plan de salud provincial a fines de los años '60. La estructura educativa no era mucho mejor. Las escuelas estatales eran escasas y mal mantenidas. La Iglesia Católica a través de los Salesianos, la empresa YPF y el Ejército mismo suplieron esa falta en la medida de sus posibilidades y en los ámbitos que les eran accesibles. Recién en la etapa de transición del territorio a la provincialización Neuquén contó con establecimientos de nivel medio, como la Escuela Industrial de la Nación, la Escuela Nacional de Comercio (1943) y el Bachillerato (1947) en Neuquén capital. En la década del '50 comenzó la enseñanza media con establecimientos

de gestión vecinal como en Zapala y empresarial con Y.P.F en Plaza Huinul. También fue durante la época peronista cuando se realizó una mejora significativa desde el Estado con la creación de nuevos establecimientos de enseñanza primaria y media y los establecimientos de formación docente con las Escuelas Normales de Zapala y Neuquén.

La dinamización económica regional de los años '30 y la nueva estructura empresarial estatal habían expandido el trabajo asalariado y creado las condiciones, tanto para la nueva legislación laboral dictada a partir de 1943, como para la articulación de un movimiento obrero. Ya hemos mencionado como una de las políticas activas características del primer gobierno peronista, entre 1946 y 1947, la de promover la agremiación general de los trabajadores, el surgimiento de una dirigencia sindical peronista y el subsidio de asociaciones intermedias afines al régimen.

3.c. Actores, prácticas y conflictos sociales en la “época dorada”

La modalidad de relación tradicional entre la sociedad y el Estado, definida por la acción mediadora de los “vecinos caracterizados”, parece haberse modificado sensiblemente hacia mediados del siglo –en el contexto de la ampliación de la ciudadanía política ya explicada y, particularmente, después de la provincialización. Sin que haya variado significativamente, como hemos visto, la estructura institucional centralista, es cierto que la gestión directa de las políticas sociales por representantes de los sectores dominantes locales parece haber permitido un mejoramiento del uso de los recursos. Esto también acentuó el clientelismo y reforzó las solidaridades verticales en detrimento del tejido de una red social más horizontal o democrática. La explosiva demanda de calidad de vida se expresa claramente en las líneas de conflicto que atravesaron durante las últimas décadas a la sociedad neuquina, que

fueron a su vez el escenario en el que se forjaron organizaciones y actores destacados en la defensa tanto de derechos universales como de posiciones sectoriales.

Los medios de comunicación social, que habían jugado un papel destacado en el desarrollo político de los ámbitos municipales territorianos y contribuyeron, con la llegada de la radio y de los noticieros cinematográficos, a la integración de la sociedad local con la comunidad imaginada nacional, agregaron luego de la provincialización la presencia del *Río Negro* en formato diario y también la de la televisión, con el canal 7 de Neuquén. Ambos medios constituyen factores importantes de conformación de horizontes sociales de referencia, el primero de alcance regional y el segundo provincial.

El mundo social de los trabajadores, estudiado por Mases, se vio definitivamente configurado por el fenómeno peronista en un marco de procesos cada vez más integrados al escenario nacional. El giro político de 1943 inició una serie de mejoras en la vida material. Estas reformas se plasmaron en lo salarial con el reajuste permanente acorde al encarecimiento del costo de vida y el pago de adicionales por zona desfavorable. En el plano de la seguridad social se crearon obras sociales sindicales, se establecieron el aguinaldo, las vacaciones, las indemnizaciones por despido y la ayuda familiar.

Si bien en algunos casos la puesta en práctica de esas mejoras debió ser conquistada mediante medidas de fuerza como las de los petroleros en 1946, 1947 y 1949, en general fue sostenida por convenios colectivos de trabajo y por una constante supervisión estatal que constituía una actitud nueva. También la ayuda social de la Fundación Eva Perón y la construcción de viviendas sociales para empleados estatales y ferroviarios llegó al Neuquén en esos años.

El ámbito en las nuevas relaciones laborales significó un cambio decisivo. Sin embargo, fue más el rural, donde se impusieron el Estatuto del Peón de Campo y distintos convenios colectivos, que

el urbano. Aquí la salarización ya estaba generalizada. En la memoria social de las comunidades indígenas de la región la promulgación del Estatuto del Peón de Campo, la generalización de la documentación civil de las personas, y la adquisición de derechos políticos, la obtención de créditos ganaderos, la formación de las primeras cooperativas y, en algunos casos, el acceso a la propiedad de la tierra, son procesos identificados con la llegada del peronismo al escenario político nacional. En el Segundo Plan Quinquenal, efectivamente, la problemática de las comunidades indígenas es contemplada dentro de las políticas de población. Por primera vez, en un giro significativo con respecto a la visión de la década del '30, el Estado considera la temática desde el punto de vista de la justicia social o de la reparación de injusticias anteriores y no desde el racismo. Sin embargo lo que no varía en el terreno de las políticas indígenas es el rol tutelar y paternalista del Estado, que reservará para las comunidades o “tribus” un lugar subalterno y dependiente.

N° 14: La ciudad de Neuquén reunida en el centro para celebrar el 25 de mayo de 1945 (foto: diario *Río Negro*).



Este nuevo escenario social de los sectores populares se institucionalizó mediante la agremiación acelerada de distintas ramas de trabajadores entre 1946 y 1950. Accedieron a esta condición molineros, peones rurales, empleados de comercio, empleados municipales de Neuquén, maestros, obreros de la construcción, agentes de Correos y Telecomunicaciones, mineros y petroleros. El nuevo modelo sindical peronista dio un poder considerable a las organizaciones gremiales al asignarles representatividad sobre los trabajadores, estuvieran afiliados o no, al concederles un espacio social más allá de lo estrictamente laboral y al constituir las en columna vertebral de un “movimiento” político de alcance nacional. Las viejas organizaciones controladas por la izquierda comunista o socialista y anarquista se vieron muy debilitadas cuando no directamente reemplazadas por otras nuevas, peronistas. Los casos de las sucesivas asociaciones de docentes neuquinos, por ejemplo, o del Sindicato Único de Petroleros del Estado (SUPE) formado en 1950, son representativos de estos procesos.

Tras la caída y proscripción del peronismo, la intervención de la CGT, la persecución de dirigentes, las cesantías y la represión de la protesta bajo el régimen militar resultante, la situación de las organizaciones sindicales tendió a normalizarse en los años '60. El campo del trabajo se vio afectado tanto por la crisis económica traducida en un moderado desempleo como por el relajamiento de la supervisión estatal. Una cantidad importante de nuevos gremios, algunos de ellos seccionales locales de organizaciones nacionales y otros relacionados con el nuevo Estado provincial, se formaron en esa época: la Unión de Docentes Provinciales de Neuquén (UDPRON), la Asociación Neuquina de Empleados y Obreros Públicos (ANEOP), la asociación de Funcionarios y Empleados del Poder Judicial de la Provincia del Neuquén (AFEJUN), y las seccionales provinciales de los sindicatos de obreros de la fruta,

metalúrgicos, de la madera, de trabajadores de correos y telecomunicaciones, de comercio, de Luz y Fuerza, de la sanidad y otros. El sindicalismo neuquino se inició entonces, según Raffo y Bonifacio, fragmentado y tensionado entre las lealtades a sus afiliados, al partido provincialista gobernante y al movimiento sindical justicialista de alcance nacional, tensión que se pondría claramente de manifiesto, por ejemplo, durante el conflicto de El Chocón. En 1973 se estructuró en Neuquén una CGT peronista, débil y poco representativa, finalmente intervenida y vaciada en 1976.

El empresariado neuquino nació y creció de la mano del Estado nacional y provincial, fundamentalmente en el sector terciario del comercio y los servicios. Se amplió en los '70 y '80 y entró en crisis, junto con el Estado, en los '90. El mismo crecimiento cuantitativo de la región, la capacidad de consumo generada por actividades económicas de uso intensivo de capital en el área energética y la crisis de un sector público que gasta crecientemente pero invierte y planifica cada vez menos, han ido empujando a las organizaciones empresariales locales a posiciones cambiantes con relación a la estructura estatal. Favaro describe la parábola de un empresariado sin cultura emprendedora, con tendencia a la especulación como una sucesión de respuestas coyunturales. Así, la Asociación de Comercios, Industrias, Producción y Afines de Neuquén (ACIPAN) habría surgido en 1946 como reacción a las políticas laborales y reguladoras del peronismo y la Federación Económica del Neuquén en 1954, como filial de la Confederación General Económica (CGE), representativa de las pequeñas y medianas empresas nacionales. Esta primera federación empresaria de segundo orden reunió transitoriamente a las cámaras locales de comercio, industria, transporte y producción, incluyendo a la ACIPAN capitalina y a la vieja Sociedad Rural del Neuquén, hasta que fue disuelta por el golpe de Estado de 1955. A partir de los años

'60 el escenario empresarial fue hegemonizado por ACIPAN, incluso a través del control de la nueva cámara provincial constituida en 1981, la Federación de Entidades Económicas Neuquinas (FEEN), esta vez sin la Sociedad Rural.

N° 15: Una rogativa mapuche actual (foto: diario *La Mañana del Sur*).



La política del Estado provincial hacia las comunidades indígenas en los '60 retomó los lineamientos de la etapa peronista. El otorgamiento de la propiedad de la tierra por parte de sucesivos gobiernos a agrupaciones como los Curruhuinca, Catalán, Aigo-Salazar, Kilapi, Quinchao, Currumil, Ancatruf, Puel, Namuncurá, Painemil, Chiquilihuín, Cayulef, Millaín-Curical, no ha resuelto los problemas de productividad y de sustento de las comunidades y ha contribuido a establecer relaciones de tipo clientelar con el poder político. La cooperativización promovida por agentes de la Iglesia Católica, en cambio, sí les ha permitido acceder a mejores condiciones de intercambio de su producción. En general las comunidades mapuche se han ido convirtiendo en interlocutores activos de los gobiernos provinciales y municipales y han accedido en los últimos años a espacios, debates y responsabilidades públicas en localidades tan distintas y distantes entre sí como San Martín de los Andes y El Hucú. Con respecto a la construcción del Estado provincial, cabe señalar algunas particularidades de la relación entre éste, los movimientos y las organizaciones sociales. Es que la proscripción del Partido Justicialista en el nivel nacional y la consiguiente politización del campo gremial parecen verse relativamente neutralizadas en el Neuquén, como en otras situaciones provinciales que dieron lugar a experiencias neoperonistas, por la creación del MPN. El partido provincial canalizó la participación de una parte importante de la dirigencia y de la militancia peronista e inclusive intentó desde el gobierno, con éxito muy relativo, la cooptación de dirigentes gremiales. La condición de subsistencia de las organizaciones sindicales, entonces, parece ser la de encarnar la oposición provincial, del mismo modo que el destino del incipiente empresariado local parece atado al del Estado como motor de los intercambios y servicios.

Los años '60 fueron de prosperidad pero también de tensión: mejoras importantes en el sector agrícola llegaron en buena medida

de la mano de la asistencia técnica brindada por el Estado nacional y se tradujeron en tecnificación y en cambios de formas de trabajo; una fuerte urbanización con su correlato en la actividad constructora; un crecimiento tanto de la clase media asalariada como de la inmigración de familias y trabajadores chilenos necesitados; un fuerte impulso a las obras públicas estratégicas. Todos estos importantes y variados procesos provocaron movilidad y movilización social: migraciones, concentraciones urbanas y obreras, ascenso de grupos y clases, racionalización empresaria y conflictos sindicales. La dictadura militar, encabezada inicialmente por el general Onganía (1966-1973), de estilo burocrático y autoritario, mantuvo acallados los reclamos y las pujas sectoriales hasta 1969. Ese año se desató en la Argentina una ola de movilización social que no cesaría hasta que una siguiente y más férrea dictadura militar (1976-1983) completara la represión sistemática y violenta de toda militancia y disidencia. El estallido de 1969, cuyo pico máximo fue el “Cordobazo” de mayo, tuvo su correlato neuquino en el obrador de El Chocón.

Lograda la financiación y adjudicada la “obra del siglo” en 1969, en menos de un año se habían levantado el obrador, su proveeduría y un control de seguridad. Las tareas y relaciones laborales todo el espacio y el tiempo posibles. El Chocón se convirtió en el símbolo del Neuquén requirente de mano de obra del interior provincial, de otras provincias argentinas y de los países limítrofes, fundamentalmente bolivianos y chilenos indocumentados y desprotegidos. Las condiciones deficientes de seguridad e higiene en la construcción de la represa, los obreros muertos, los despidos y pagos arbitrarios e irregulares, el alto precio de las mercaderías en la villa provisoria, la venta de herramientas de trabajo a carpinteros y albañiles, la falta de luz y agua en los pabellones, fueron algunos de los factores que alimentaron el descontento y llevaron a los trabajadores de El Chocón a la huelga contra Hidronor a fines de ese

año. La empresa contestó con cesantías, privaciones de la libertad y hasta torturas físicas, y con una campaña que tildaba de extremistas y subversivos a los obreros, militantes y al mismo obispo de Neuquén, Jaime de Nevares, quien medió y acompañó a los obreros en el conflicto, de extremistas y subversivos. El gremio de la construcción, alineado con el gobierno militar, desconoció el movimiento y éste se diluyó.

N° 16: La huelga de El Chocón de 1970, reflejo regional de la conflictividad social de la época (foto: diario *Río Negro*).



En septiembre de 1971 Hidronor edificó una capilla en el obrador, que el obispo De Nevares se negó a consagrar mientras no se repararan las injusticias cometidas durante la huelga. Se instaló un destacamento de Gendarmería en El Chocón. La decisión de la Iglesia neuquina fue la de no avalar actos oficiales y desligarse de un poder dictatorial y represor.

Las huelgas de El Chocón fueron las primeras de una serie de manifestaciones obreras de las décadas del '70 y del '80. También

Cipolletti con un “tractorazo”, Neuquén y General Roca en 1971, se hicieron eco de la conflictividad con que se iniciaban los años ’70.

Muchos de estos procesos sociales e institucionales resultan difíciles de comprender si no se toma en cuenta el espacio que brindó la figura trascendente del primer obispo de la diócesis de Neuquén creada en 1961, el salesiano Jaime Francisco de Nevares. Don Jaime, como es llamado por los neuquinos, realizó extensas giras por los lugares más alejados del interior del Neuquén, pasando a ser la voz de los marginados y los más pobres. Hacia adentro de una Iglesia Católica sin actores tradicionales o conservadores fuertes, y acompañado tanto por la Congregación Salesiana y sus viejos misioneros como por sacerdotes diocesanos jóvenes y comprometidos –algunos de ellos “curas obreros”-. De Nevares rejuveneció y movilizó a la institución en las líneas marcadas por el Segundo Concilio Vaticano. En el obispado neuquino fue sucedido por los salesianos Agustín Radrizzani (1991-2001) y Marcelo Melani (2001-2011), quienes continuaron con las mismas líneas de trabajo pastoral.

Precisamente debido a esa orientación aperturista la acción de la Iglesia Católica no se quedó dentro de sus límites institucionales tradicionales, sino que salió a interpelar fuertemente a la sociedad y al sistema político. Así como el Obispado neuquino medió en el conflicto de El Chocón, también organizó el Club del Soldado en su misma casa, para que los conscriptos se reunieran allí en sus días francos; formó un Equipo Pastoral de Migraciones para auxiliar tanto espiritual como legalmente a los migrantes, especialmente a los chilenos, un Equipo de Pastoral Social que constituye una referencia insoslayable en cualquier tema referido a los derechos de las personas y las políticas sociales; un Secretariado para la Familia que atiende a la pastoral familiar y un Equipo Diocesano de Pastoral Aborigen (EDIPA) como filial del Equipo Nacional (ENDEPA). EDIPA auspicia la formación de cooperativas –con la colaboración

de los misioneros salesianos, fundamentalmente- y atendiendo al problema acuciante de las tierras de las comunidades mapuches. De Nevares también fue el presidente fundador de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) local, en 1975. Su militancia ejemplar en este campo le trajo no solo problemas con las autoridades civiles y militares sino también con otros sectores de la Iglesia Católica, ya que pocos obispos se atrevieron a apoyarlo. Don Jaime denunciaba permanentemente el accionar ilegal de las Fuerzas Armadas, la desaparición de personas, los excesos cometidos en los operativos de seguridad y el deterioro socioeconómico. Salvó la vida de muchos neuquinos ante el terrorismo de Estado, acompañó activamente la protesta de las Madres de Plaza de Mayo. Su labor fue reconocida mediante su nombramiento como miembro de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) a fines de 1983. Su voz se hizo oír también ante las leyes “de punto final” y “de obediencia debida” y el indulto de los comandantes de la última dictadura militar en 1989. Finalmente, tras haber dejado ya el gobierno de la diócesis en 1991, De Nevares, electo convencional por una mayoría de la provincia, representando al FREPASO, fue una de las principales voces opositoras al pacto corporativista de Olivos en la Convención Nacional Constituyente de 1994.

Además de esta presencia social relevante de la Iglesia Católica en una sociedad sin una herencia cultural cristiana mayoritaria, en Neuquén hay una importante comunidad judía reunida parcialmente en torno del Centro de Estudios Hebraicos de Neuquén (CEHN), y diversas iglesias y grupos cristianos que sostienen emprendimientos sociales, educativos, deportivos como la Asociación Mutual Evangélica Neuquina (AMEN), con clínica y colegio propios.

La sociedad neuquina, como toda la Nación, sufrió las consecuencias de la violencia política de los '70. Neuquén era centro de un área de operaciones de las Fuerzas Armadas que abarcaba toda

la provincia y el Alto Valle del río Negro. En ella funcionaron al menos dos centros clandestinos de secuestro, tortura y asesinato de personas, uno en la delegación de la Policía Federal y otro en el Batallón de Construcciones 181 del Ejército. Más de una treintena de personas desapareció allí.

N° 17: Madres de Plaza de mayo filial Neuquén y Alto Valle y el Obispo Jaime de Nevares. Fuente: San Sebastián. Juan. Don Jaime de Nevares. Del Barrio Norte a la Patagonia, Buenos Aires, Don Bosco, 1997, p.268.



La transición a la democracia iniciada en 1983 fue una coyuntura propicia para la revitalización del campo gremial. Se crearon, por ejemplo, la Asociación de Trabajadores de la Educación del Neuquén (ATEN) integrada en la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA) y el Sindicato Único de Trabajadores Estatales de Neuquén (SUTEN), incorporado en 1986 a la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE). La Unión de Obreros de

la Construcción (UOCRA) local, administrada temporalmente por militantes de izquierda, realizó una fuerte huelga en 1984.

Se puso de manifiesto la presencia de una cantidad importante de trabajadores del rubro, postergados en sus condiciones laborales y de vida, muchos de ellos chilenos indocumentados. Lo novedoso de esta etapa, según Raffo y Bonifacio, es la tendencia a la autonomización de los sindicatos tanto respecto de los gobiernos provinciales como del movimiento justicialista. Institucionalmente ese proceso de renovación interna y de definición política se plasmó en la conformación de una Corriente Alternativa en 1986, con la participación de los gremios neuquinos ATE, ATEN, de Bancarios, UOCRA, UTA, de Prensa, de Actores y de Televisión. En 1992 se creó una mesa regional de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) que desde entonces constituye el eje de la oposición a los sucesivos gobiernos provinciales del MPN.

3.d. La sociedad neuquina en tiempos de globalización y crisis

A mediados de la década del '80, paralelamente con la recuperación del sistema democrático y la reapertura de la economía argentina, se hizo evidente una crisis generalizada de las economías regionales del interior del país. En sus rasgos comunes se trató de problemas de competitividad originados en la desaparición prácticamente repentina de todos los mecanismos fiscales de protección y promoción que durante décadas había amparado el Estado nacional. Esta crisis no golpeó tanto en los circuitos de producción primaria como en los enclaves manufactureros o energéticos. La marca social más notable de esa liberalización del sistema económico en la región está dada por el fin del pleno empleo y el crecimiento de la desocupación. El Neuquén dejó de ser el paraíso de los que buscaban trabajo. Los índices de desempleo provinciales y de los principales conglomerados urbanos,

tradicionalmente bajos con relación al resto del país, pasaron a ser de los más altos.

Particularmente en torno a las actividades que motorizaba el Estado nacional la crisis social se manifestó en “puebladas”, en cortes de rutas y en reclamos persistentes. Frente a ellos, el Estado provincial se ha visto reducido a responder a las emergencias más acuciantes. Los sectores postergados son, básicamente, los de siempre: los indígenas, los migrantes externos e internos hacinados en la periferia de las ciudades o dedicados a actividades de subsistencia en los ámbitos rurales. Las entidades que responden a esta problemática también continúan en la línea trazada años antes. Entre ellas, la Iglesia Católica, que respondió conjuntamente con representantes de otros credos religiosos a las situaciones críticas vividas en el último lustro del siglo XX.

A partir de 1996, como consecuencia de la crisis social, Neuquén se convirtió en escenario de nuevas formas de protesta que luego se extendieron al resto del país: las “puebladas” y los cortes de ruta o “piquetes”. Distintos análisis de estos hechos los caracterizan como estrechamente ligados a la crisis de representación de las democracias contemporáneas, dado que la ciudadanía acude a medidas extremas de fuerza, proporcionales a la indiferencia con que los sectores dirigentes reciben sus reclamos. En ese sentido son sintomáticos de una relación diferente entre sociedad civil y Estado, articulando, en aparente contradicción, desobediencia civil con demanda de derechos constitucionales. En el caso de la comarca petrolera neuquina de Cutral Co y Plaza Huincul, el problema de fondo era, fundamentalmente la crisis social de desempleo provocada por la privatización de YPF y Gas del Estado. Los movimientos fueron colectivos, espontáneos, no organizados, democráticos, y demandaban puntualmente trabajo y mejores condiciones de vida dentro del sistema democrático y de las relaciones de mercado. Ambas puebladas, en 1996 y 1997, cortaron

la ruta nacional 22, fueron dispersadas por la Gendarmería Nacional y derivaron en enfrentamientos violentos. El gobernador Sapag enfrentó por primera vez el cuestionamiento directo y fuerte de una política provincial fundada en un modelo productivo no sustentable.

Un caso significativo de violencia ocurrido en Neuquén y con repercusión nacional, fue el homicidio del soldado conscripto Omar Carrasco en el cuartel del Grupo de Artillería 161 de Zapala, que dio lugar a la supresión del servicio militar obligatorio. El servicio militar era para entonces una institución muy desprestigiada pero que en tiempos pasados había aportado una importante población militar al Neuquén y un contacto a menudo único con las instituciones del Estado para muchos pobladores rurales.

N° 19: El asesinato del soldado cutralquense Omar Carrasco fue el principio del fin del servicio militar obligatorio (foto: diario *Río Negro*).



La contracara de la crisis del enclave petrolero y del aparato estatal está configurada por la planificación inconstante de parte de los Estados nacional y provincial de distintos “polos de desarrollo” y el apoyo relativo a microemprendimientos productivos en los que la iniciativa privada e individual tiene cada vez más peso. Estos últimos se concentraron en distintas actividades para dinamizar poblaciones o áreas completas: por ejemplo, el cultivo bajo riego en Picún Leufú, la piscicultura, horticultura y fábrica de dulces en Huinganco, la forestación en la zona de Aluminé y Las Ovejas, la diversificación de cultivos en Guañacos, los yacimientos calcáreos en Buta Ranquil, el matadero y frigorífico en Chos Malal, la diversificación de la zona de chacras entre Senillosa y Neuquén. Para los planificadores estatales el despoblamiento del interior y el crecimiento desmedido de la Confluencia obligaron a repensar el espacio provincial estructurando los “ejes de desarrollo” este-oeste (Neuquén, Centenario, Plottier, Senillosa, Cutral Co, Plaza Huincul, Zapala, Picún Leufú y Piedra del Águila) y norte-sur (Chos Malal, Andacollo, Las Ovejas, Las Lajas, Loncopué, Copahue, Caviahue en el norte y San Martín de los Andes, Junín de los Andes, Villa La Angostura, Trafal y Aluminé en el sur). En torno a estos ejes de los cuales se distinguían zonas urbanas, rurales, industriales, turísticas y de servicios, y se comenzó a trabajar en función de “microrregiones” de desarrollo.

Las líneas de fractura producidas por el avance de la globalización del capitalismo también alcanzaron al sector empresario. El final del siglo XX encontró a sus principales corporaciones, la capitalina y la provincial, compitiendo: ACIPAN se amplió al nivel provincial en 1997, pero la FEEN encontró su lugar de coyuntura en el apoyo a la política crediticia estatal y a las iniciativas de corte neoliberal, como el corredor bioceánico norpatagónico y la Zona Franca de Zapala (1999), funcionales al

libre comercio, o el tendido de gasoductos a Chile, que consolida la exportación de recursos energéticos sin valor agregado.

Las contradicciones que enfrenta la sociedad neuquina de las últimas dos décadas interpelan con claridad el rol de un Estado provincial crecientemente limitado y autolimitado en su potencialidad administrativa. Por un lado los condicionamientos externos derivados del repliegue del Estado nacional y de la globalización del capitalismo liberal, y por el otro las decisiones propias en el sentido de delegar funciones o abandonar espacios públicos esenciales como el educativo, llevaron al Estado provincial a sostener estrictamente una infraestructura de servicios y una administración pública rápidamente deterioradas y receptoras de una demanda siempre creciente. El rol regulador y planificador de la época desarrollista, del origen de la Provincia, ha sido relegado y esto tensa las relaciones Estado-sociedad civil hasta el punto del malestar y del conflicto permanente.

Desde un punto de vista institucional la protesta, la resistencia y las alternativas frente a esta crisis social han sido articuladas fundamentalmente por los gremios nucleados en la CTA, por las organizaciones de Derechos Humanos y por las instituciones religiosas (Iglesia Católica, otras iglesias y comunidades cristianas; comunidad judía) que han generado gestos ecuménicos frecuentes y concretos en defensa de la dignidad humana.

3.e. Los lenguajes expresivos de los neuquinos

Un relevamiento histórico de la producción artística realizada en o sobre el Neuquén enfrenta la dificultad, coincidimos con Muñoz, de los límites difusos entre las artes y los géneros literarios, entre obras de autor y anónimas, entre palabra escrita y oral, entre expresiones pertenecientes o no a la provincia o a la región por su temática, por su lugar de edición o realización, por el lugar de

nacimiento o de residencia de su autor. El arte neuquino expresa tanto las identidades y las experiencias de los que estaban antes como de los que fueron llegando a una sociedad que ya hemos descrito como joven y dinámica, en etapas bien marcadas por los ritmos del cambio social y las sucesivas migraciones.

El rincón noroeste de la Patagonia tiene exponentes riquísimos de literatura oral, tanto en la práctica popular como en textos de recopiladores y autores que proyectan literariamente las “contadas” y tradiciones mapuche, muchos de ellos docentes del interior de la provincia. La música tradicional mapuche se conserva en el contexto ritual de las rogativas, mientras que los ritmos folklóricos criollos generaron en el Neuquén posterior a la conquista expresiones características como la de las cantoras o la de la cueca neuquina. Las cantoras del norte neuquino son mujeres del pueblo que aprenden de sus madres y mayores a cantar y recitar poemas y canciones anónimas, algunas de cuyas letras se remontan a la Edad Media española, acompañándose con la guitarra rasgueada y percutida. Cantan en fiestas religiosas, tradicionales o familiares de la zona montañosa del noroeste neuquino, temas universales como el amor, la muerte y sus derivados, en versos de arte menor. Censuradas en tiempos de autoritarismo militar por considerárselas cultoras de “música chilena”, las cantoras y su tradición se mantienen vivas.

La literatura escrita neuquina reconoce etapas históricas relacionadas con las de la misma sociedad que expresa. Algunos de los primeros funcionarios y docentes nacionales, o miembros de las familias pioneras, produjeron desde fines del siglo XIX narrativa, poesía y ensayística de temática local. Por nombrar solamente algunos casos, el magistrado y poeta Juan Julián Lastra en los años '30 y '40; el maestro, médico y escritor Gregorio Álvarez durante casi todo el siglo XX; el filólogo y pensador croata Juan Benigar hasta su muerte en 1950; más recientemente el poeta y compositor folklórico Marcelo Berbel o la poetisa y ensayista Irma Cuña. En

cuanto a publicaciones periódicas, la revista *Neuqueniana*, de la Casa Neuqueniana en Buenos Aires, que floreció en la década del '50, puede considerarse un órgano literario representativo.

N° 20 y 21: Gregorio Álvarez, primer maestro titulado y médico nacido en la Patagonia, y primer miembro correspondiente por el Neuquén de la Academia Nacional de la Historia.

Marcelo Berbel, poeta y músico neuquino, autor de la letra del himno provincial.





El teatro comenzó a construir una tradición de características propias en Neuquén, a partir de los “grupos filodramáticos” de principios del siglo XX. Se desarrolló más sistemáticamente en las décadas intermedias del siglo a través de agrupaciones vocacionales como La Huella, de San Martín de los Andes y Amancay, Las Manos, Teyvo o El Grillo, de Neuquén. Jorge Edelman difundía obras por radioteatro y después salía de gira por el interior.

Las artes plásticas se manifestaban durante esas primeras décadas en un contexto de autodidactismo y de realismo figurativo, representativo de los paisajes y lugares de la región y las costumbres humanas. La música popular encontraba canales de expresión en intérpretes y programas radiales de tango, en cantautores y conjuntos folklóricos, y en los payadores de distintos lugares de la provincia.

Las expresiones se multiplicaron con lo que algunos escritores llaman “el aluvión setentista” correspondiente al importante contingente inmigratorio posterior a la provincialización. El cambio se manifiesta tanto en una incipiente institucionalización de los espacios de producción e investigación artística e intelectual como

en una gran diversificación de las formas. En relación con lo primero, además de las instituciones de nivel superior provincial y la Universidad Nacional del Comahue, cuya creación ya referimos, se erigieron la filial Neuquén de la Sociedad Argentina de Escritores (1975) y la Asociación Neuquina de Artistas Plásticos (1973). En 1970 aparece la *Revista de la Junta de Estudios Históricos del Neuquén* (1970). En cuanto a los lenguajes expresivos, la llegada de creadores de diversos orígenes y escuelas abrió el panorama a una literatura más universal, a una plástica no figurativa, a géneros musicales menos localistas –como la música melódica, el jazz y el rock, en general a una temática más abierta. Esta temática estuvo influenciada por el paisaje urbano, la problemática social, política, ambiental y la proyección indígena o intimista.

Un nuevo crecimiento cuantitativo y cualitativo del campo artístico devino con la democratización de la década del '80. En primer lugar, por el surgimiento de nuevas generaciones de creadores, docentes e investigadores nativos, muchos de ellos hijos de aquél aluvión inmigratorio iniciado dos décadas atrás, como por la llegada constante de nuevos sujetos, tanto de Chile como del resto del país. En segundo lugar por la institucionalización en entidades como el Centro de Escritores Patagónicos (1982) y el Grupo Sur de artistas plásticos; la publicación de la revista *Coirón* en 1983; la elevación de la Escuela de Bellas Artes al nivel Superior en mismo año; la creación de coros como el Municipal de Neuquén, el Provincial y el universitario del Comahue. A este movimiento se sumaron los concursos, ediciones y encuentros promovidos por la Fundación Banco Provincia del Neuquén desde 1985 y por el Fondo Editorial Neuquino desde 1990; la apertura de múltiples talleres literarios, grupos de danzas y teatrales municipales y particulares en toda la provincia, la inauguración de bibliotecas populares, la multiplicación de muestras plásticas, la publicación de revistas universitarias, institucionales, particulares y de confección artesanal.

Novedades interesantes son la puesta en escena de obras teatrales de autores locales y como el estreno de piezas musicales también neuquinas. En los '90 se formaron orquestas locales como la Municipal de la ciudad de Neuquén, y la de la Fundación del Banco de la Provincia. Estas agrupaciones y la Asociación Armónicus (1993) abrieron nuevos espacios a la música clásica y contemporánea.

La expresión artística de la sociedad neuquina cierra el siglo XX con el mismo interrogante de cada espacio local: el provocado por la tensión entre las tendencias a la globalización cultural y la búsqueda de la particularidad identitaria.

4. Un esquema económico extractivo y dependiente

4.a. *La actividad económica en tiempos del modelo primario-exportador*

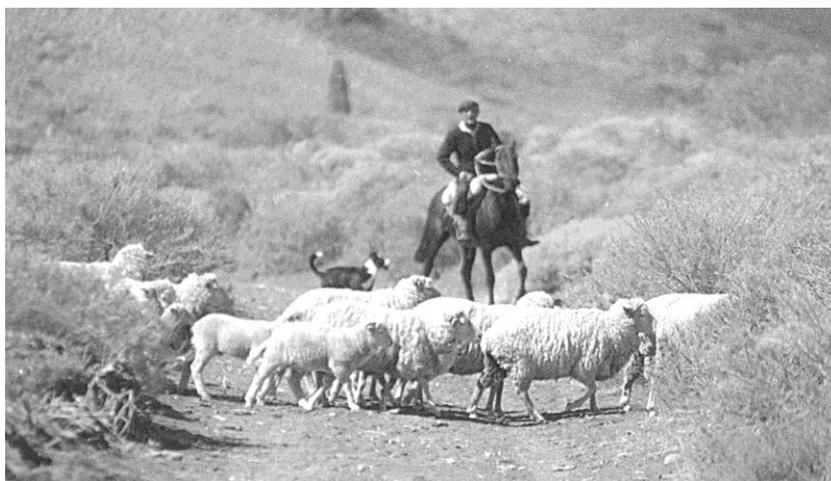
Hasta el período de la provincialización no existió un modelo alternativo de desarrollo del Neuquén y se prolongó, por lo tanto, la vigencia del modelo primario-exportador.

La ganadería, que había constituido la actividad económica predominante en la región desde antes de la conquista, se había visto profundamente transformada en las décadas anteriores a 1930. Básicamente el centro y sur del Neuquén se habían integrado al sistema productivo de la región pampeana en cuanto al tipo de empresa –la estancia-, al producto –ganado vacuno de razas inglesas- y a los circuitos de intercambio. De todos modos, muchas de las estancias pertenecían a capitales inversores tanto de la Argentina como de Chile, y movilizaban recursos de uno a otro lado del límite internacional con mucha facilidad. El norte neuquino, de tierras más áridas y tradicionalmente integradas como *hinterland* del sur de Chile, quedó constituido por parcelas fiscales utilizadas por pequeños productores o “crianceros-” de ovinos y caprinos, muchos de ellos trashumantes.

En general, ya con la llegada del ferrocarril al norte de la Patagonia, a fines del siglo XIX, la producción regional había comenzado a reorientarse lentamente hacia el Atlántico. En la década del '30 Argentina y Chile comenzaron a ejercer controles aduaneros, dificultando el intercambio. Durante los '40, en el marco de una economía ya decididamente proteccionista, se estableció una auténtica frontera comercial hasta su cierre definitivo en 1945. Las dificultades también alcanzaron a la ganadería ovina de la meseta al comenzar una caída del precio internacional de la lana, acelerada después de la Segunda Guerra Mundial por la competencia de las

fibras sintéticas. Desde entonces la ganadería ovina es un sector en crisis permanente. La ganadería caprina del centro y norte neuquino se desenvuelve en un marco de creciente marginalidad: los crianceros suelen ser ocupantes de tierras fiscales, tienen pocos animales y los campos se sobrecargan provocando la degradación del suelo. La ganadería bovina del sur cordillerano perdió el mercado chileno de ganado en pie y se vinculó más estrechamente con el mercado nacional, aunque las grandes distancias encarecían el traslado. Solo los grandes productores pudieron acceder a invernarse sus animales en campos de Buenos Aires.

N° 22: Criancero neuquino arreando su piño, como hace un siglo (foto: diario *Río Negro*).



Más allá de la horticultura de subsistencia, practicada tradicionalmente por mapuches y chilenos en los valles cordilleranos, el desarrollo de la agricultura como actividad capitalista en la región dependió de la realización de obras de regadío en los valles fluviales de los ríos Neuquén, Limay y Negro. Durante la construcción del sistema de riego del Alto Valle y mientras la actividad principal de la región seguía siendo la

ganadería, la producción se centró en los forrajes. Los estudios disponibles coinciden en identificar un “ciclo de la alfalfa”, culminante hacia 1930. Pero desde 1918 la Compañía de Tierras del Sud, perteneciente al Ferrocarril del Sud, que manejaba en Cinco Saltos una estación agronómica para la aclimatación y desarrollo de frutales -vides, manzanas y peras- importó plantas australianas y comenzó a asesorar técnicamente a los productores. Otra empresa asociada, la Argentine Fruit Distributors S.A., se hizo cargo de la comercialización desde 1928. Instaló cinco grandes galpones en el Alto Valle, cerca de estaciones de carga, para recibir fruta en consignación. Impuso el uso del cajón estándar y los métodos internacionales de clasificación de la fruta. Monopolizó el comercio en gran escala. Al establecer el uso de cajones de álamo como envase sin retorno generó además una nueva actividad manufacturera. Con la intervención de las empresas asociadas al Ferrocarril del Sud se completaba la infraestructura necesaria para la producción frutícola. Se iniciaba el “ciclo de la fruticultura regional”. La incorporación de la zona de chacras de Neuquén, Centenario, Plottier y Senillosa –las localidades con producción agrícola significativa en el Territorio neuquino- fue algo más tardía y limitada, por no estar incluidas en el sistema de riego del Alto Valle que se desarrollaba del río Neuquén hacia el este y al norte del Negro. Los valles neuquinos generaron sus propios canales de riego y fueron poniendo en producción una superficie importante. Siguieron en sus lineamientos generales la misma evolución de la fruticultura del valle rionegrino. Por otra parte en la década del ‘30 todo el país vivió un proceso de diversificación de la producción y de promoción de nuevos cultivos. En los primeros años se exportaban muchas más peras que manzanas, pero esto se revirtió después de 1945, gracias a la apertura del mercado brasileño y al aumento de las importaciones europeas.

Al nacionalizarse los ferrocarriles en 1947 no se previó el modo de sustituir las funciones que cumplía la empresa ferroviaria inglesa en la concentración, empaque y comercialización de la fruta. De modo que la expansión de la actividad dependió exclusivamente del crecimiento de la producción primaria de frutas de pepita, sin planificación ni inversiones importantes. La producción vitivinícola tuvo menor dinamismo, hasta que comenzó a disminuir en los años '60. Las cifras sobre cantidad de superficie trabajada en los valles de los ríos Colorado y Negro dividida según tipo de cultivo, nos demuestran que, manteniéndose relativamente estable la extensión cultivada total, disminuyó notablemente entre 1930 y 1960 la superficie dedicada a forrajes, cereales, hortalizas y legumbres y aumentó la destinada a la vid y los frutales.

En la actividad minera el único sector que ha tenido un peso histórico significativo ha sido la minería del oro. Los yacimientos de la vertiente occidental de la Cordillera del Viento, en el noroeste neuquino, atrajeron durante mucho tiempo el asentamiento de población específicamente dedicada a la búsqueda de ese metal precioso. La explotación aurífera tuvo dos momentos de auge: de 1891 a 1910 y de los años '30 a principios de los '50. Dependió estrechamente de las fluctuaciones del precio internacional del metal. Durante la primera etapa pequeñas empresas particulares y "pirquineros" individuales comercializaban su producción en Chile, hasta que finalmente quebraron. En el segundo, aprovechando el alza del precio del oro producida por la situación de crisis internacional, se explotaron varias minas mediante empresas y compañías extranjeras que comercializaban su producto en Buenos Aires, hasta que se instaló una agencia nacional en Chos Malal a partir de la segunda mitad de la década de 1960. El impacto social más notable derivado de la minería del oro fue la creación de los asentamientos de Andacollo y Huinganco, que en la medida en que

la explotación aurífera entró en crisis buscaron diversificar sus actividades productivas.

Tras los hallazgos de petróleo en Comodoro Rivadavia (1907) y Plaza Huincul (1918) y la creación de YPF (1923), el Estado había llevado adelante una política nacionalista de crecimiento personificada en el general Enrique Mosconi. El segundo gobierno de Yrigoyen (1928-1930) orientado a profundizar esa tendencia mediante la creación de un monopolio petrolero estatal, sólo consiguió polarizar y politizar el debate, poniéndose en contra no sólo a las empresas extranjeras sino también a las Provincias productoras. Por otro lado se comprometían las posibilidades de financiación que YPF necesitaba urgentemente. El derrocamiento de Yrigoyen tuvo “olor a petróleo”, según se decía en la época. La política petrolera siguió un rumbo poco claro. Tras el reemplazo del general Mosconi al frente de YPF en 1930, los sucesivos gobiernos conservadores surgidos del fraude electoral optaron por una liberal política de cuotas, en función de la cual YPF se reservaba sólo el 50% del mercado nacional de naftas. La producción transcurrió sin picos ni sobresaltos hasta que el gobierno de Perón retomó el rumbo de una administración nacionalista del subsuelo. Se creó la empresa Gas del Estado en 1946, pero la producción petrolera no crecía al ritmo de las necesidades del país.

A fines de la década del ‘40 ya las ciudades de Neuquén y Cutral Co contaban con redes de gas natural. En 1952, con el gasoducto Plaza Huincul-General Conesa, se generalizó el uso del gas en la región y se empalmó con el gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires. En 1957 Río Negro y el Neuquén contaban con su administración propia de Gas del Estado, instalada primero en Plaza Huincul y luego en Neuquén, separándose de Bahía Blanca. Sin embargo se acentuaba el carácter extractivo de la riqueza hacia afuera de la región. Un nuevo giro en la política petrolera llegaría con el gobierno del presidente Frondizi (1958-1962), que abrió la

actividad a empresas extranjeras y logró un notable aumento de la producción.

La actividad forestal en el área cordillerana competía abiertamente de manera desigual con la producción chilena, hasta que la fiscalización del intercambio comercial iniciada en la década del '30 hizo posible la apertura de nuevos aserraderos del lado argentino.

Con la consolidación de la actividad hidrocarburífera -señala Bandieri- y la consiguiente concentración de población, servicios y estructuras administrativas en el departamento Confluencia, comenzaría el reemplazo gradual de un modelo de desarrollo centralmente ganadero y en menor medida agrícola y forestal, por otro de enclave extractivo de recursos del subsuelo. Fue un paso absolutamente determinante de los procesos socioeconómicos y políticos posteriores.

El sistema de caminos que vinculaba a todas estas actividades productivas entre sí y con los mercados nacionales y trasandinos, siguió siendo por mucho tiempo el mismo que recorrían los arrees de ganado de la Pampa Húmeda al sur de Chile desde los siglos anteriores. Se extendía a lo largo de los ríos Colorado, Negro, Neuquén y Limay, uniendo los valles del Colorado y del Negro por Choele Choel y los ríos con los pasos cordilleranos más frecuentados. Estos pasos eran los del norte neuquino -centralmente el de Pichachén-, los del centro -Pino Hachado y otros- y los del sur -Tromen, Puyehue. De norte a sur atravesaba el territorio el antiguo camino pedemontano que constituye hoy la ruta nacional 40. El Ejército había construido un camino siguiendo la línea de fortines en la margen de los ríos Neuquén y Negro hasta Paso de los Indios, continuado después por el gobernador Olascoaga hasta Ñorquín y Chos Malal. Aún hoy podemos reconocer algunas de esas viejas rastrilladas en el trazado de rutas como la 22 (a lo largo del Alto Valle y hasta Zapala y Pino Hachado), la 237 (paralela al Limay), la provincial 36 (Añelo-Chos Malal) y la 40, que corre paralela a la

Cordillera de los Andes y al pie de ella. La conexión de Neuquén con Buenos Aires por tierra era más fácil en los primeros tiempos a través de Mendoza por La Pampa. La década del '30 produjo decisiones importantes: la creación de la Dirección Nacional de Vialidad y el agregado de un impuesto a los combustibles destinado a la construcción de caminos. Frutos de estas iniciativas fueron la inauguración del puente Cipolletti-Neuquén sobre el río Neuquén, en 1937 y la pavimentación de la ruta 22 entre Bahía Blanca y el Alto Valle en 1938. Habría que esperar a la década del '60 para ver asfaltada la ruta 237, de la Confluencia a Bariloche, en competencia con la ruta 6 rionegrina, de General Roca hacia el sur.

Finalmente la primera conexión aérea regular entre el norte de la Patagonia y el resto del país fue la línea inaugurada en 1929 por la costa atlántica, pero recién en 1947 llegaron los vuelos regulares más al oeste, uniendo Buenos Aires con Santa Rosa, Neuquén, San Carlos de Bariloche y Esquel.

El crecimiento argentino, en la misma medida que las potencias industriales se recuperaban del desastre de la guerra, entró en un cuello de botella entre 1949 y 1952. Inflación, desocupación y desabastecimiento interno llevaron a restringir el consumo y a alentar tanto las actividades agrícolas como una cierta reapertura a los capitales extranjeros, que volvían a estar disponibles. Los signos de fatiga que mostraba el modelo industrial-sustitutivo en el nivel nacional no hicieron sino demorar la formulación de un nuevo modelo de desarrollo para el país y la Patagonia. Se abrió una etapa de estancamiento del desarrollo genuino.

4.b. La estructura económica neuquina desde 1960

La composición del Producto Bruto Geográfico (PBG) de la provincia puede reconstruirse a partir de series parciales de

estadísticas elaboradas por el Estado provincial, de las que podemos sacar algunas conclusiones interesantes a modo de síntesis.

Se observa un decrecimiento relativo de la importancia de actividades primarias como la agricultura, la forestación, y obviamente la caza y la pesca. Las manufacturas no encontraron en el Neuquén, hasta el presente, un escenario estable favorecido por regímenes de promoción industrial exitosos ni en general por políticas que alentaran su crecimiento y consolidación. El sector de la construcción tuvo períodos brillantes, en las décadas de 1970 y 1980, de la mano de la realización de grandes obras públicas y de planes estatales de viviendas. Finalmente el rol dominante pasa a ser el del sector de minas y canteras, recién en los '90 y siempre en términos relativos. Este sector refleja la actividad extractiva de los hidrocarburos. El sector terciario, de servicios tanto públicos como privados conserva una porción importante de la riqueza generada en la Provincia. Las fluctuaciones en la composición del PBG reflejan, en definitiva, los vaivenes experimentados en las políticas y en el rol del Estado y por los distintos actores económicos en el contexto de fuerte cambio social e inestabilidad política inestabilidad política que ya hemos descripto.

4.c. Promoción industrial o generación de energía: un falso dilema

En perfecta sintonía con el impulso desarrollista del Estado nacional de fines de la época de la provincialización, el nuevo Estado provincial neuquino intentó poner en práctica políticas activas de planificación e industrialización que permitieran al menos ubicar a la provincia en un nivel similar al del resto del país. Al momento de la provincialización, si la participación de la industria y la construcción en el Producto Bruto Interno (PBI) nacional era de alrededor del 35%, en el Neuquén era de cerca del 14%. Estos indicadores mejorarían en

los años '60, pero acentuando notablemente la concentración de actividades y de población en la Confluencia.

Uno de los polos patagónicos de actividad industrial, aunque reducido, es sin duda el Alto Valle de Río Negro y Neuquén, su prolongación hacia el oeste en la industria cementera de Zapala, vinculada desde su origen con las grandes obras hidroenergéticas de la zona. En 1964 fue promulgada la ley de Promoción Industrial para radicar en la provincia industrias relacionadas con los recursos naturales: la minería, la forestación, la agricultura y la ganadería. La norma buscaba que, bajo la protección del Estado, estas industrias radicadas en la zona utilizaran la materia prima y la mano de obra neuquina. Proyectaba también la concentración industrial en un Parque que recién se concretó en 1971.

Una de las industrias que surgieron a partir de este régimen de promoción fue la fábrica de cemento portland en Zapala, donde existían yacimientos de cal, arcilla y yeso que permitieron la reactivación comercial de la zona, la instalación de industrias derivadas y el abastecimiento de cemento del sur de Mendoza, La Pampa y Río Negro. En este orden se proyectó un importante incremento en las ventas a partir de la construcción del complejo El Chocón-Cerros Colorados. El relativamente importante crecimiento industrial de la segunda mitad de la década del '60 y de los primeros '70 reflejaba el impulso proveniente de las obras de infraestructura termo e hidroeléctrica y lo atractivo que podía resultar Neuquén para los trabajadores de los sectores manufactureros o de la construcción provenientes de otras regiones.

Sin abandonar las tradicionales actividades agropecuarias, que continuaron ocupando la mayor parte del suelo neuquino y una porción decreciente de la mano de obra, la década del '60 fue marcada por la aparición de la cuestión energética en el primer plano nacional y mundial. Las posibilidades de crecimiento de la industria y de los servicios públicos dependían, cada vez más

directamente, del abastecimiento de energía. Así, las obras destinadas al aprovechamiento hidroeléctrico o a la extracción y elaboración hidrocarburífera en el norte de la Patagonia, se convertían en un símbolo de la modernización argentina.

La permanente necesidad de energía, tanto para la industria como para el consumo doméstico, llevó el Estado nacional a proyectar y poner en marcha el aprovechamiento hidroeléctrico de los ríos norpatagónicos. Así, desde la década del '60 hizo su aparición en la Patagonia norte un nuevo tipo de explotación energética, las centrales hidroeléctricas. Para su construcción fueron necesarias fuertes transformaciones del paisaje como la creación de lagos artificiales. Estas transformaciones impactaron notablemente en las distintas actividades económicas, en el asentamiento humano y en el entorno natural.

Ya con las primeras colonias del Alto Valle se había experimentado el potencial destructivo que tenían los grandes ríos de la cuenca del Negro. Las grandes crecientes llevaron a regular los caudales mediante las obras del dique Ballester, la formación del lago Pellegrini y el sistema de canales de riego del Alto Valle terminado en su estructura principal en 1921. Con el tiempo se vio que esa obra era insuficiente, pero los estudios se sistematizaron recién durante la década de 1960 en el contexto del desarrollismo y de la explosión de la demanda energética mundial. Desde el punto de vista regional los nuevos proyectos priorizaban absolutamente la generación de energía eléctrica y subordinaban los demás intereses locales, como el riego y la regulación de caudales. Incluso abrían la posibilidad –que finalmente se concretó– a que la energía generada no fuera utilizada para el desarrollo de la región. En efecto se generó para ser conducida a los grandes centros nacionales de consumo. Se acentuó de esta manera la centralización de la actividad económica en el área metropolitana porteña.

En 1966 se licitó la realización de la primera etapa del programa: el complejo de El Chocón-Cerros Colorados. Al año siguiente se creó la empresa estatal Hidronor (Hidroeléctrica Norpatagónica) para administrar las obras. La presencia del Estado nacional a través de Hidronor en los ríos norpatagónicos generó un permanente conflicto jurisdiccional con la Provincia hasta la creación de la Autoridad Interjurisdiccional de Cuencas (AIC) en 1985. Esto aconteció antes de la privatización de las centrales. En 1972 se inició la segunda etapa con el complejo Alicopa formado por las represas de Alicurá, Piedra del Águila y Collón Curá (ésta no realizada) sobre el Limay. En 1986 la tercera: el complejo Limay Medio, con las represas de Pichi Picún Leufú, Michihuao y Pantanitos, de las cuales se realizó sólo la primera. Así se generó una serie de emprendimientos que prácticamente borraron del mapa al río Limay, atraieron población relacionada con su construcción, instalaron una nueva actividad extractiva hacia afuera de la región, suscitaron conflictos sociales tanto entre obreros y empresas como con la población nativa que debió ser relocalizada. Finalmente no sirvieron al desarrollo integral de la región. Como saldo positivo se puede afirmar que estas obras contribuyeron a cubrir la demanda nacional de energía.

Desde 1957, como ya señalamos, Río Negro y Neuquén contaban con su administración propia de Gas del Estado. En 1961 se inauguró el primer oleoducto al litoral marítimo. En la década del '60 se reactivó el norte de la cuenca neuquina. Se descubrieron yacimientos en el área de Catriel (Río Negro), y más tarde en Puesto Hernández (1969) y Loma de la Lata (1977). En torno de los campamentos más importantes surgieron nuevos asentamientos, como Rincón de los Sauces en 1971, o se impulsaron otros preexistentes, Catriel y Añelo. Sin embargo la expansión decisiva de las nuevas áreas llegaría con las inversiones de una década después.

Recién en 1975 se inauguró una nueva destilería en Plaza Huincul, aumentándose la capacidad de elaboración del producto en origen. El impacto social que tuvo el resurgimiento de los hidrocarburos en los lugares de explotación fue enorme. Cutral Co y Plaza Huincul se transformaron definitivamente en ciudades petroleras, con una población inestable, mayoritariamente masculina, de altos ingresos relativos. Paralelamente la provincia comenzó a percibir importantes recursos económicos en concepto de regalías, aunque las leyes que regulaban la explotación concedían el control de la producción al Estado nacional.

Desde entonces la provincia del Neuquén alentó diversos proyectos para la industrialización local del petróleo y el gas, convertidos en su principal recurso económico, aunque con escaso éxito. La iniciativa de instalar en Plaza Huincul una planta de fertilizantes para la industrialización del gas se frustró varias veces. En 1966 el COPADE e YPF comprobaron la factibilidad y rentabilidad de dicho proyecto, pero se interpuso el golpe de Estado contra el presidente Illia. Hubieron dos intentos más que no se concretaron: en 1974 porque el gobierno nacional exigió que el aprovechamiento petroquímico fuera operado por sociedades mayoritariamente pertenecientes a YPF; y en 1977 por el precio excesivo que YPF le fijaba al gas. En 1983, todavía bajo el gobierno *de facto*, se asociaron YPF y la provincia para establecer una planta de fertilizantes nitrogenados que se denominó FERTINEU. Durante el gobierno del presidente Alfonsín se realizó la licitación con motivo de iniciarse un nuevo ciclo de inversiones extranjeras. La negligencia y demora de la gestión mixta hicieron caer la inversión en Neuquén. En adelante el Estado nacional continuó con el criterio de extraer el gas neuquino, por ejemplo, mediante el gasoducto Neuquén-Bahía Blanca-Buenos Aires. La provincia intentó sin éxito evitar su tendido. La planta de fertilizantes terminó realizándose en Bahía Blanca, más cerca de los mercados consumidores.

La producción hidrocarburífera ha sido en la región la generadora indirecta de otras múltiples actividades, del poblamiento de lugares antes desiertos o de asentamiento disperso, de la construcción de caminos, de diversas obras de infraestructura de comunicaciones y transportes y de múltiples servicios.

N° 24: Pozo petrolero y terreno contaminado por los derrames (foto: Alan Toth).



4.d. Las actividades primarias en el nuevo contexto

La agricultura del Alto Valle, en particular la fruticultura, también sintió el impacto del modelo manufacturero e inició, hacia 1960, un ciclo agroindustrial. Éste se caracterizó por un proceso de concentración de la propiedad de la tierra y de integración vertical de las empresas. La concentración es consecuencia de la desaparición de pequeños productores, en la medida que el escaso tamaño de sus chacras las hacía insostenibles. Este proceso fue acompañado por un desarrollo de las empresas que inicialmente solo intervenían en la comercialización o el empaque. Desde la década del '60 adquieren o alquilan chacras e intervienen en todas las etapas

de la actividad frutícola, reasumiendo el rol que había cumplido hasta su estatización el grupo de empresas del Ferrocarril del Sud. La transformación tecnológica más importante fue el desarrollo de frigoríficos para la conservación, que permitió a los grandes galpones regular las temporadas de trabajo y el *stock* disponible. Además, se intensificó el rendimiento por hectárea reemplazándose los montes de grandes árboles por montes compactos, formados por una mayor cantidad de plantas de menor tamaño. Otro cambio importante fue la pavimentación del tramo Río Colorado-Choele Choel de la ruta 22, la sustitución del transporte en tren por el transporte en camión. Esto se debió a una errada e inflexible política de tarifas de la intervención militar del Ferrocarril General Roca, que en 1969, tres años después de la inauguración de la nueva ruta-, había perdido prácticamente toda su carga de fruta.

N° 25: Camino de la zona de chacras del Alto Valle, con sus típicas cortinas de álamos (foto: Jorge Roldán).



Las agroindustrias surgidas en torno a la producción frutícola fueron, en primer lugar, las bodegas, que vivieron la decadencia de los cultivos de vid y su resurgimiento en los '80. Posteriormente las sidreras y las plantas de elaboración de pulpas y jugos de fruta. Éstas últimas medraron con la caída de calidad y de competitividad internacional de la fruta que, al no poder exportarse directamente, comenzó a ser derivada para su elaboración. Por un lado estos cambios produjeron un notable aumento cuantitativo de la producción, con tope en los años '70 de 800.000 toneladas de manzanas cosechadas en el Alto Valle en 1979, pero en forma paralela decayó la calidad y se duplicó el volumen destinado a jugos.

En algunas áreas reducidas se experimentó un cierto avance de la frontera agrícola. La expansión urbana del Alto Valle, causante de una disminución relativa de las áreas de cultivo, empujó por otro lado a la incorporación de zonas nuevas, fundamentalmente en Senillosa y San Patricio del Chañar. Otras áreas, cultivadas con forrajes, hortalizas y trigo, fueron la Vega Maipú -donde se encuentra San Martín de los Andes-, el área de Chos Malal y más recientemente las cercanías de Cutral Co - Plaza Huincul y otras localidades menores.

A diferencia de la agricultura, la ganadería neuquina presentó serias dificultades para incorporar criterios más modernos de producción e intercambio. Desde el cierre de la frontera con Chile y el crecimiento de la competencia de las fibras sintéticas, la ganadería ovina fue un sector en permanente crisis y en búsqueda de alternativas como, fundamentalmente, el aprovechamiento comercial de la carne. La ganadería caprina del centro y norte neuquino continuó siendo una actividad casi marginal, de pequeños crianceros. La ganadería bovina cordillerana perdió el mercado chileno de ganado en pie y se vinculó con el mercado nacional, aunque en forma muy limitada, como ya hemos visto. La intervención del Estado provincial en esta actividad fue diversa,

desde las mensuras y escrituras de las tierras fiscales hasta la promoción desde 1963 de las Asociaciones de Fomento Rural, que conducirían, por ejemplo, en 1986 a la creación de la Cooperativa Agrícola Ganadera del Norte Neuquino Ltda. Esta cooperativa tuvo a cargo la explotación del matadero y frigorífico de Chos Malal. Una nefasta intervención estatal fue la del gobierno militar de 1967, que implementó una ley de erradicación caprina para evitar la degradación de los campos; pero, al no haber estado acompañada con leyes complementarias, provocó una aguda crisis de subsistencia entre los crianceros.

La rápida decadencia del *stock* ovino patagónico (de 75 millones de cabezas a principios de siglo, a 20 millones tras las grandes nevadas de los '80) y de la zafra (de 200.000 toneladas de lana a fines de los '60 a menos de la mitad en los '90) se aceleró en los años '80. Durante esa década la cantidad de cabezas descendió el 50% en el Neuquén y bastante menos en el resto de la Patagonia. La recuperación de la actividad ganadera requirió un programa de mejoramiento zootécnico mediante la incorporación de reproductores a precio de fomento, un programa de sanidad animal y la constitución de la COPROSA (Comisión provincial de sanidad animal), para establecer la barrera sanitaria que permitió a la zona estar libre de aftosa y de esta manera poder exportar carnes.

Los esfuerzos estatales para promover la actividad minera no han podido superar el hecho que los precios internacionales del oro no alcanzaron a hacer nuevamente rentables las explotaciones neuquinas. En 1975 se formó una empresa provincial, la Corporación Minera del Neuquén (CORMINE), con el objetivo de centralizar las tareas previas a la explotación y la dotación de infraestructura en la zona cordillerana. En la década del '80 se llamó a licitación pública para la explotación de los yacimientos de oro en las minas Érika y Sofía en Andacollo. El Comité de Frontera de la región de Los Lagos (Provincias norpatagónicas y regiones del sur

de Chile) elaboró un anteproyecto de protocolo minero para ambas regiones con el fin de promover la inversión privada en oro, cobre y cales agrícolas. Todas estas iniciativas chocaron con la falta de inversiones.

En relación con la explotación del bosque, el Instituto Forestal Nacional (IFONA), la Corporación Forestal Neuquina S.A. (CORFONE) y otros entes provinciales promovieron desde la década del '70 la forestación, la experimentación y la explotación del bosque andino patagónico y generaron áreas de bosque implantado en toda la franja cordillerana.

La explotación maderera tuvo su mayor crecimiento en las décadas de 1950 a 1970, aunque nunca llegó a constituir una actividad de peso en la producción regional ni actualmente alcanza a abastecer la demanda regional de madera para construcción. Una de las causas se debe a que, a pesar de la facilidad con que se otorgaban licencias de extracción, no se realizó en la misma medida la reforestación que hubiera permitido una actividad sostenida. Diversos factores derivados de la presencia y de la actividad humana ponen al bosque andino patagónico en permanente peligro: los incendios intencionales o no, el sobrepastoreo, la tala irracional, la expansión no planificada de áreas urbanas, la ampliación de la infraestructura turística sin criterios ecológicos. Debemos tener en cuenta además, al hablar de bosques, que el 10% de la superficie provincial se encuentra en manos de la Administración de Parques Nacionales. Son tierras ricas en posibilidades turísticas, forestales y agrícolas, pero inaccesibles para la administración provincial. Recién a partir de la década del '80 comenzó a reactivarse la reforestación con nuevas tecnologías de plantación a través de CORFONE, en parcelas de ensayo con coníferas, álamos y fresnos. Un ejemplo en este sentido ha sido el vivero de Huinganco, que surgió de una iniciativa de su propio municipio, CORFONE e IFONA.

4.e. El crecimiento de las comunicaciones, los transportes y el turismo

El desarrollo de la estructura vial y ferroviaria del Neuquén ha sido históricamente indispensable para terminar con el aislamiento del “Triángulo”. Los esfuerzos públicos tanto nacionales como provinciales se volcaron al mejoramiento de la ruta 40 paralela a los Andes, que fue asfaltada en todo su trayecto neuquino, y de las que permiten el acceso desde el norte a través de La Pampa hasta los principales centros turísticos cordilleranos como el centro termal de Caviahue-Copahue, o las localidades de Junín y San Martín de los Andes. Las obras viales emprendidas en este período se realizaron a través de consorcios por áreas con vecinos, municipalidades y la Dirección Provincial de Vialidad. Para la década del ‘80 la provincia tenía unos seis mil kilómetros de caminos, de tierra en su mayoría.

Desde 1913, cuando el proyectado ferrocarril trasandino del Sur se detuvo en Zapala, cíclicamente resurge, con variantes menores, el proyecto de prolongarlo hacia Chile y transformar una vinculación que desde entonces es unidireccional en un corredor bidireccional. Durante la primera época peronista llegó a constituirse una Comisión integrada por productores, comerciantes y técnicos de Bahía Blanca, cuyos propósitos se pueden ver reflejados en la obra del ingeniero Pronsato, *El desafío de la Patagonia*. A fines del siglo XX el proyecto del corredor bioceánico de la mano de los intereses mercantiles bahienses y neuquinos resurge de sus cenizas, ahora en el marco de las políticas neoliberales.

Se creó además la empresa provincial Transportes Aéreos Neuquén (TAN), que unió las ciudades provinciales y determinó en consecuencia la construcción de los aeropuertos de la ciudad de Neuquén, San Martín de los Andes y Cutral Co, y dos pistas de tierra para aviones pequeños en Las Ovejas y Rincón de los Sauces, esta última para el tránsito de YPF. Además de los caminos, los micros y

los aviones, los teléfonos, la radio y la televisión (Canal 7), fueron otro medio importante de comunicación provincial. Las primeras y escasas líneas telefónicas concentradas en la Confluencia llegaron a veinte mil durante la gestión de ENTel.

El turismo, atraído por la impactante belleza natural de distintos lugares, fundamentalmente sobre la cordillera, experimentó en las últimas décadas un desarrollo importante hasta constituirse en una de las alternativas productivas con más futuro en la región, desarrollada a través de la Dirección Provincial de Turismo conjuntamente con el COPADE. Centros termales como el del volcán Copahue y Caviahue, centros de deportes invernales como el mismo Caviahue, el cerro Chapelco cercano a San Martín de los Andes, el cerro Bayo junto a Villa La Angostura, los espectaculares lagos que adornan la precordillera, el bosque andino patagónico; ciudades que son verdaderos complejos turísticos, como San Martín de los Andes, constituyen recursos que se ven crecientemente explotados.

4.f. La banca provincial

Durante la época territorialiana Neuquén fue la primera localidad del Territorio y del Alto Valle en contar con una sucursal del Banco de la Nación Argentina, que asistía a los productores regionales. La política crediticia se amplió bajo el peronismo con la participación del Banco Hipotecario Nacional y el Banco Industrial, pero la expansión local de la banca sólo fue posible con las modificaciones introducidas en 1957 al sistema bancario. Esta expansión permitió la libre apertura de entidades y la disponibilidad de los depósitos para el crédito, sin un control tan estricto del Banco Central. Paralelamente habían crecido las cooperativas de crédito y otras formas de asociación, además de bancos privados tanto nacionales como extranjeros.

En este contexto la Legislatura neuquina creó en 1958 el Banco de la Provincia del Neuquén, concurriendo en éste por partes iguales capitales estatales y privados y con el propósito tanto de servir de agente financiero del nuevo Estado provincial como de fomentar la actividad económica. El BPN abrió sus puertas al público recién en 1960. La participación privada estuvo, en los primeros años, por debajo de las expectativas, mientras que el Estado se capitalizaba rápidamente. La distribución del crédito se amoldó a la estructura económica existente en lugar de modificarla, volcándose a los sectores terciarios y primario, y sólo en mucho menor medida al secundario. Se otorgaron préstamos a empresas de solvencia dudosa o inexistente. Entre 1961 y 1964 se abrieron sucursales en Centenario, Junín de los Andes, Zapala, Cutral Co y San Martín de los Andes.

Los desaciertos en la administración y la necesidad de políticas de promoción llevaron a la estatización total del BPN en 1964. La abundante pérdida fue amortizada en los años siguientes. En los primeros años '70 las progresivas ampliaciones de capital no llegaban a compensar la inflación. Sin embargo las operaciones se incrementaban y la institución se consolidaba. Los créditos de esos años se volcaron tanto a la producción primaria como a la infraestructura turística, que experimentó un crecimiento considerable, y derivaron en subsidios, ya que las tasas de interés resultaban negativas frente a la inflación. Entre 1965 y 1975 el BPN abrió sucursales en varias localidades menores, en la ciudad de Neuquén y en la ciudad de Buenos Aires.

La política financiera del gobierno *de facto* entre 1976 y 1983 produjo un encarecimiento del crédito y un proceso recesivo. La banca provincial, obligada a competir con la banca comercial, perdió su perfil de fomento. Sin embargo el BPN incrementó su capital, compitiendo exitosamente al precio de no desarrollar una política crediticia favorable a la producción sino al consumo. En los años

siguientes a 1983 no se revirtieron estas tendencias, priorizándose la rentabilidad empresarial por sobre los objetivos de fomento productivo. Esto permitió al BPN sobreponerse a la crisis generalizada de las bancas provinciales y reconvertirse, en los '90, en una sociedad anónima de participación predominantemente estatal pero con una política crediticia proclive a favorecer a los sectores dominantes cercanos al poder político antes que a consolidar una estructura productiva sustentable.

4.g. El repliegue del Estado y la globalización en la provincia

El modelo económico neuquino y el sostenimiento de su Estado continuaba y continúa dependiendo de las regalías generadas por sus recursos energéticos, a pesar de su previsible agotamiento y de la necesidad de proyección a mediano plazo de una alternativa económica de desarrollo. Aunque siempre dio lugar a una planificación teórica del desarrollo, el Estado neuquino parecía no poder despegarse de la política nacional para su crecimiento, ni del rol mediador y benefactor en el ámbito social.

La década del '80 intentó combinar lo viejo y lo nuevo en sus proyectos de desarrollo económico, tratándose de generar la industrialización de los hidrocarburos en origen a través de “polos de desarrollo” y la diversificación productiva por medio de microemprendimientos. Es por eso que, como señala Favaro, no se puede hablar de una consolidación del “modelo” económico neuquino funcional a la actividad hidrocarburífera hasta bien avanzada la década del '80 o los '90. En ese contexto, las políticas neoliberales aplicadas en el Neuquén desde los '90 le asignan a la Provincia un rol de simple enclave extractivo de recursos energéticos (Loma de la Lata se transforma en el principal yacimiento de gas de América Latina ;las nuevas áreas petroleras aportan volumen de producción-) y de territorio de paso y de

servicios, mediante un flujo relativamente significativo, de inversiones extranjeras en el contexto nacional.

Los gobiernos provinciales de la transición a la democracia centraron su gestión en las obras públicas. De acuerdo con las nuevas tendencias a la integración con los países limítrofes se construyeron o iniciaron obras viales destinadas a habilitar o mejorar los pasos cordilleranos de Puyehue, Hua Hum, Carirriñe, Tromen, Pino Hachado, Icalma y Pichachén. También se extendió el pavimento a localidades del interior como Loncopué, Zapala, Plottier, Cutral Co, Centenario y Chos Malal. Se fundaron o se reconocieron oficialmente nuevos asentamientos de población, fundamentalmente en el norte provincial: Cavihue (1986), Villa Curi Leuvú (1987), Manzano Amargo (1988), Villa del Nahueve (1989), Guañacos (1988), Villa Pehuena (1988), El Sauce (1988), Sauzal Bonito (1989), Octavio Pico (1990), Huantraico (1991), Quili Malal (1990) y Puente Picún Leufú (1991). En el segmento de la ribera norte del río Neuquén disputado con la provincia de Río Negro se promovió el poblamiento y la explotación agrícola de San Patricio del Chañar. Se construyó el hospital de Senillosa y se remodelaron o ampliaron los de Centenario, Villa La Angostura, Buta Ranquil, El Cholar, Aluminé, Las Lajas, Cutral Co, Tricao Malal, Neuquén, Piedra del Águila y Zapala. Se impulsó fuertemente la construcción de viviendas sociales, por primera vez, con financiación del Banco Mundial, tanto en el interior del Neuquén como en el sector oeste de la capital, que desde entonces se expande explosivamente. También con fondos del Banco Mundial el gobierno provincial se jactaba de construir una escuela cada quince días, ampliando considerablemente la infraestructura estatal.

De acuerdo con la dinámica impuesta por la globalización y por los procesos de integración en el Mercosur y con Chile, complementariamente con la caída de las regulaciones y regímenes de promoción y protección estatal, las actividades económicas se

vieron afectadas de modo diverso. Cada lugar y cada actividad, según sus características y su capacidad de insertarse en el nuevo escenario mundial, son excluidos o incluidos en la nueva división del trabajo. Por un lado se acentúa la fisura entre los circuitos productivos tradicionales, por ejemplo la ganadería menor, que se estanca y retrocede, y los nuevos núcleos de actividad, como el sector privatizado de los hidrocarburos, que multiplica su productividad y se expande geográficamente. El asfalto de la ruta entre Neuquén y Rincón de los Sauces, uno de los escasos tramos realizados en la última década del siglo XX, es indicativo de la prioridad que esa actividad tiene para el Estado provincial.

El derrumbe económico de los países de Europa del Este en 1989 y el crecimiento paralelo de la producción china provocaron una nueva caída de los precios de la lana. La alternativa para las zonas más pobres del Neuquén siguió siendo la cría de caprinos. La consecuencia social más saliente de la crisis de la actividad ganadera fue el estancamiento y en algunos casos la disminución absoluta de la población rural en el área cordillerana del Neuquén, y además de la migración de buena parte de esa población a los centros urbanos de la región, en condiciones de vida poco favorables.

El estancamiento y posterior caída de los precios externos en los '80, relacionados con la fuerte competencia europea y chilena, el atraso tecnológico que acompañó a la crisis económica argentina y las trabas arancelarias y fitosanitarias que comenzaron a levantarse en los mercados internacionales, hicieron perder competitividad internacional a la fruticultura del Alto Valle. Finalmente podemos añadir la aparición de nuevos problemas ambientales como la elevación de las napas freáticas provocada por los embalses de las represas hidroeléctricas y la exploración petrolera en zonas de chacras. Sin embargo el circuito de la fruticultura parece estar superando exitosamente la crisis de competitividad internacional, tras una serie de fuertes transformaciones. La intensidad de la

competencia fragmenta internamente ese ámbito social eliminando a los pequeños productores u obligándolos a volcarse a cultivos alternativos u orgánicos, y alimentando la concentración en grandes empresas integradas. En Neuquén el Estado apoyó la recuperación construyendo el Mercado Concentrador de frutas y hortalizas de la capital para estimular y acrecentar una actividad productiva más orientada al consumo interno que a la exportación, a la inversa que en el valle rionegrino. La asistencia crediticia estatal para las inversiones vitivinícolas en las zonas de San Patricio del Chañar y Añelo se concentra en unos pocos grandes productores-exportadores. Se minimiza de esta forma el beneficio social del capital.

La minería prometía crecer en los '90, pero faltaron los capitales internacionales capaces de movilizarla. El floreciente turismo también sintió las consecuencias del proceso socioeconómico general, con el crecimiento de la demanda en los últimos años. Los destinos más atractivos de la cordillera neuquina, Villa La Angostura y San Martín de los Andes, se han visto invadidos en los años '90 también por un gran crecimiento de la población estable, fundamentalmente una migración de alto poder adquisitivo proveniente de Buenos Aires y del exterior del país. El perfil turístico de ambas localidades también apunta, en consecuencia, a los segmentos nacional e internacional con mejor poder de compra. La ruta a Villa La Angostura quedó completamente asfaltada, mientras se postergó largamente el pavimento del corredor de los Siete Lagos que une esa localidad con San Martín y Junín de los Andes.

La actividad industrial no encontró en el final del siglo XX una oportunidad semejante a la buscada en los años '60 para consolidarse. En cambio, produjo la experiencia inédita de la Cerámica Zanón, una fábrica que funciona bajo control obrero tras

haber sido vaciada por sus anteriores dueños y tomada por los operarios.

Las inversiones chilenas en la Argentina crecieron notablemente desde 1990. En la región se volcaron fundamentalmente al mercado energético, a través de la privatización de las represas norpatagónicas. Superadas las dificultades iniciales que derivaron del conflicto de intereses en el terreno agrocomercial, Chile se asoció al Mercosur en 1996. Esto permite al Neuquén, la única provincia patagónica sin litoral atlántico, proponerse el acceso a ambos océanos en el marco de un corredor bioceánico entre los puertos de San Antonio Oeste y Bahía Blanca y los chilenos de la zona de Valdivia y Concepción. El norte de la Patagonia volvería a convertirse, como antes del cierre de la frontera andina, en territorio de paso, ahora con un tránsito de mucho más largo alcance. Pero las inversiones necesarias en infraestructura –mejoramiento de pasos cordilleranos; vinculación ferroviaria Zapala-Lonquimay- llegan con dificultad y lentamente. Desde el punto de vista de la matriz de desarrollo regional la modalidad mediante la que se propone la integración económica y material con Chile a través de vías de comunicación y de la exportación de recursos energéticos en bruto, tiende a consolidar, como ya se señaló al hablar de los procesos de integración regional en los que se ve involucrado el Neuquén, un rol de productor definitivamente primario y al mismo tiempo proveedor de servicios.

5. Orientación bibliográfica (hasta el 2006)

Citaremos, solamente a título de ejemplo y sin pretender ser exhaustivos, algunas obras representativas de la historia escrita sobre el Neuquén entre las que utilizamos para elaborar este trabajo. Para una búsqueda más detallada se hace necesario acudir a centros de documentación tales como la Academia Nacional de la Historia (Buenos Aires), la Biblioteca Central (Neuquén) y otros repositorios de la Universidad Nacional del Comahue (General Roca, Cipolletti, Bariloche), o el Sistema Provincial de Archivos (Neuquén).

Dos obras clásicas y todavía útiles, contemporáneas a los procesos que analizamos aquí, son *La Patagonia y sus problemas* (1935), de José María Sarobe, y *El desafío de la Patagonia* (1970) de Domingo Pronsoato. Otras obras ya tradicionales, más descriptivas, tomaban a la Patagonia en conjunto y se centraban en aspectos político-institucionales, militares, biográficos. Muestras de esta tendencia pueden ser muchos de los trabajos presentados en los primeros Congresos de Historia Argentina y Regional de la Academia Nacional de la Historia, en las Jornadas (Covunco 1995 y Villa El Chocón 1997) y Congresos de Historia del Neuquén (Junín de los Andes 1999, 2001, 2003 y 2005), organizados estos últimos por el Sistema Provincial de Archivos y la Junta de Estudios Históricos del Neuquén. Hay otras obras individuales. A manera de ejemplo, mencionar las de Félix San Martín, *Neuquén*; Juan Mario Raone, *Fortines del desierto, mojonos de civilización y Neuquén: la provincia de los grandes lagos*; Carlos Agustín Ríos, *Gobernadores del Neuquén*. Cuatro congresos de la Academia Nacional de la Historia se realizaron en tiempos recientes en la Patagonia: Comodoro Rivadavia (1973), General Roca (*Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto*, (1979), Neuquén (1989) y Santa Rosa (1999). Contienen producción de y sobre la región. También se pueden revisar las colecciones de las revistas *Argentina*

Austral, que editó La Anónima durante varias décadas; *Neuquenía*, editada por el Instituto de Altos Estudios del Comahue desde 1969; la *Revista de la Junta de Estudios Históricos del Neuquén*; la *Revista del Museo Provincial*, que publicó dos tomos entre 1978 y 1979. Una primera gran síntesis, difundida por el Estado provincial mediante una lujosa edición en cuatro tomos, es la del primer representante del Neuquén en la Academia Nacional de la Historia, Gregorio Álvarez, *Neuquén: su historia, su geografía, su toponimia* cuya edición comenzó en 1972 y siguió sumando tomos hasta que se editó completa bajo la gestión del general Trimarco. Álvarez fue autor, también, de la contribución neuquina a la *Historia Argentina Contemporánea, 1862-1930* (1967) de esta Academia, con una monografía que ha sido superada por la historiografía posterior pero que conserva valor informativo.

Sin embargo la historiografía sobre la Patagonia en general, y en particular sobre el Neuquén, ha visto crecer espectacularmente su producción a partir de los años '80. Esto tiene que ver con la regularización de la vida universitaria y la conformación de equipos de investigación, con la radicación en el Neuquén de becarios e investigadores del CONICET, y con la publicación de trabajos de divulgación destinados al ámbito educativo y al público en general. *La Patagonia mágica* (1977), de Néstor T. Auza fue en su momento una obra innovadora, por su tratamiento de las fuentes documentales, que articula la historiografía tradicional con una actitud más científica y crítica. También trabajos como el amplio análisis de César Vapnarsky, *Pueblos del norte de la Patagonia, 1779-1957* (1983) y el breve pero indispensable *Neuquén: la creación de una sociedad* (1988), de Vicente Palermo. Ambos provenientes de autores ajenos al campo profesional del historiador, marcaron un nuevo tono para el estudio de la problemática provincial y regional. Paralelamente, en el ámbito del Departamento de Historia de la Universidad Nacional del Comahue, entre fines de

los años '70 y principios de los '80, se generaba el primer equipo de investigación impulsado por Rita Ceballos y Teresa Arriaga de Valero. Este equipo fue guiado metodológicamente por Antonio J. Pérez Amuchástegui y dirigido inicialmente por Esther Maida. Participaban entonces Emma Bonnahon de Agudo, Gladys Varela, Juan Carlos Roca, Susana Bandieri, Orietta Favaro y Marta Morinelli. Estos primeros esfuerzos se volcaron en la publicación *La ocupación de la tierra pública en el Departamento Confluencia después de la Campaña al Desierto (1880-1930)* (1981) y en los primeros números del *Boletín del Departamento de Historia*. Una recopilación de trabajos universitarios (*Historia de Neuquén*, 1993) intentó cubrir el vacío de nuevas obras de divulgación, precediendo a los primeros avances de diversos equipos universitarios, como los dirigidos por Bandieri y Favaro.

Sobre la vida política en el período territorialiano, el importante equipo de investigación de la misma UNC ,dirigido por Leticia Prislei e integrado por Norma García y otras investigadoras y docentes, publicó el interesantísimo *Pasiones sureñas, Prensa, cultura y política en la frontera norpatagónica (1884-1946)* (2001). En esta obra se deben destacar los trabajos de las dos historiadoras mencionadas. Numerosos artículos y otros tres libros -*Estado, capital y régimen político* (1993) coordinado por Orietta Favaro, Enrique Mases, Lidia Ozonas y Demetrio Taranda (donde destacamos los trabajos de Favaro, Arias y Scuri y de Taranda y Ocaña); y los coordinados por Favaro *Neuquén, La construcción de un orden estatal* (1999) y *Sujetos sociales y política, Historia reciente de la Norpatagonia argentina* (2005), constituyen una misma línea de estudios sobre la época más cercana desde una perspectiva politológica y sociológica. Una segunda generación de investigadores incursionó en la historia política de la Provincia. Se trata de Graciela Blanco, Beatriz Gentile y Juan Quintar, quienes elaboraron la publicación oficial *Neuquén, cuarenta años de vida*

institucional (1998). El último de ellos escribió una monografía titulada *El Choconazo* (1998). Sobre los orígenes del peronismo neuquino contamos con trabajos de Enrique Mases, Gabriel Rafart y J. Quintar en la compilación de Susana Bianchi y María E. Spinelli *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea* (1997), de Rafart y Mases en el volumen editado por Darío Macor y César Tcach, *La invención del peronismo en el interior del país* (2003) y de Favaro y Arias Bucciarelli en los Cuadernos del Sur (2003). Finalmente, Rafart y Mases han coordinado el libro *El peronismo, Desde los territorios a la Nación, Su historia en Neuquén y Río Negro (1943-1958)* (2003).

Las cuestiones de límites interprovinciales que Neuquén tiene pendientes fueron analizadas desde la historia por Raone y Raúl Pascuarelli en *Cuestión de límites entre las provincias del Río Negro y Neuquén* (1993). El tema de la integración regional ha sido analizado en su relación con el Ferrocarril Trasandino por María Rosa Ragno y Beatriz Gentile en la revista *Estudios Sociales* (1992) y más ampliamente por Bandieri en la revista *Estudios Trasandinos* (1998).

La historia de la educación provincial viene siendo estudiada por un equipo de la Facultad de Ciencias de la Educación de la UNC coordinado por Mirta Teobaldo y Amalia Beatriz García, que ya han editado *Sobre maestros y escuelas, Una mirada a la educación desde la Historia, Neuquén, 1884-1957* (2000) y *Hoy nos visita el inspector. Historia e historias de la inspección y supervisión escolar en Río Negro y Neuquén, 1884-1992* (2005). De ese equipo, María Andrea Nicoletti ha publicado numerosos trabajos sobre la obra de la Congregación Salesiana en el Neuquén, y el libro *Indígenas y misioneros en la Patagonia. Huellas de los Salesianos en la cultura y en la religiosidad de los pueblos originarios* (2008), donde sintetiza sus investigaciones sobre las misiones salesianas en la Patagonia. También Silvia Dubinowski y otras autoras han

participado en el volumen dirigido por Susana Vior sobre *Estado y educación en las provincias* (1999). La Universidad del Comahue ha producido una obra sobre su propia historia, coordinada por Bandieri: *UNC 1972-1997, una historia de 25 años* (1998). También hay una breve historia del primer establecimiento neuquino de nivel medio, elaborada por Carolina Valdés (2004) bajo el título “Del origen crecimiento”.

Del mismo ámbito universitario del Comahue han surgido los trabajos más recientes sobre historia social neuquina. El Grupo de Estudios de Historia Social (GEHISO) dirigido por E. Mases editó *El mundo del trabajo: Neuquén, 1884-1930* (1994) y *El mundo del trabajo en Neuquén, 1930-1970* (1998). Una de las líneas de labor de este núcleo ha sido la investigación en el Archivo de la Justicia Letrada del Territorio del Neuquén, volcada fundamentalmente en *Historias de sangre, locura y amor, Neuquén 1900-1950* (2000), compilado por Ma. Beatriz Gentile, G. Rafart y Ernesto Bohoslavsky, y en *Historias secretas del delito y la ley. Peligrosos y desamparados en la Norpatagonia, 1900-1960* (2004), compilado por Susana Debattista, Marcela Debener y Diego F. Suárez. Hay una puesta al día reciente del tema, en el trabajo “La historia del delito en Argentina” de Rafart y Bohoslavsky, contenido en la coedición argentino-mexicana de J. Trujillo y J. Quintar *Pobres, marginados y peligrosos* (2003).

La abundante producción relacionada, en los últimos años, con la historia indígena, ha abordado sólo tangencialmente el Neuquén del siglo XX, en trabajos como los de Miguel Olivera, Miguel A. Palermo, Claudia Briones (autora, con Morita Carrasco, de *La tierra que nos quitaron*, 1996), Diana Lenton (en su tesis *La imagen en el discurso oficial sobre el indígena de Pampa y Patagonia y sus variaciones a lo largo del proceso histórico de relacionamiento: 1880-1930*, 1994, y trabajos posteriores), Walter Delrío, y otros antropólogos de la Universidad de Buenos Aires y del Instituto

Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Se cita también el texto derivado de la larga experiencia misionera del salesiano Oscar Barreto, *Fenomenología de la religiosidad mapuche* (1992). Es imposible obviar un trabajo de difusión de la historia indígena del Neuquén: Curapil Curruhuinca y Luis Roux, *Las matanzas del Neuquén* (1987). Las ya mencionadas Varela, Font y Cúneo, con Carla Manara, publicaron *Los hijos de la tierra* (1998), una compilación auspiciada por el municipio de San Martín de los Andes. Diversas recopilaciones de relatos orales, leyendas, etc. de los pueblos originarios, entre las que se destaca *Cuentan los mapuches*, del lingüista César Fernández, fueron editadas en los últimos años.

El poco frecuentado campo de la memoria social ha sido abordado por Laura Mombello en su tesis de maestría *Neuquén, nuestra forma de ser. Articulaciones en la construcción de identidades/alteridades y las prácticas políticas en la Norpatagonia* (IDES, 2004) y su tesis doctoral *Por la vida y el territorio: disputas políticas y culturales en Norpatagonia* (IDES, 2011). También en el marco de la compilación de Elizabeth Jelin y Victoria Langland *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (2003). Dos de las figuras sobresalientes de la historia neuquina reciente nos han dejado testimonios publicados: Jaime de Nevares recopiló lo mejor de su mensaje en *La verdad nos hará libres* (1990) y también fue objeto de una abundante biografía por Juan San Sebastián, *Don Jaime de Nevares, del barrio Norte a la Patagonia* (1997).

Felipe Sapag produjo la recopilación documental titulada *El desafío* (1994) y fue biografiado por su colaborador Ramón Martínez Guarino en *Felipe Sapag, el patriarca patagónico* (2004). En el otro extremo de la estructura social, contamos con el curioso testimonio del militante comunista Luis V. Sommi, *Neuquén, Vida de los presos políticos* (1946).

La historia económica territorialiana y provincial ha sido abordada fundamentalmente por Bandieri en numerosos trabajos publicados en revistas y libros recientes. La tesis doctoral de su colaboradora Graciela Blanco, *Tierra, ganado y empresas en Neuquén, Poder público e inversiones privadas, 1880-1970* (Universidad Nacional de La Plata, 2002), debe tenerse en cuenta. El funcionamiento del espacio mercantil regional fue debatido en dos interesantes artículos de B. Gentile y otros y de S. Bandieri publicados sucesivamente por el *Anuario IEHS* (1998 y 1999). Sobre las actividades económicas neuquinas contamos con trabajos muy diversos. Desde las extensas y documentadas obras de Dora Martínez de Gorla *La colonización del riego en la zona de los ríos Negro, Neuquén, Limay y Colorado* (1994) y *La problemática de la industria vitivinícola argentina y su influencia en el desarrollo de la vitivinicultura en el Alto Valle del Río Negro y Neuquén* (1999), hasta los más críticos y actualizados de Blanco sobre la fruticultura, en la *Revista de Historia* (1991) o de Favaro, Arias y Iuorno sobre el petróleo en la revista *Realidad Económica* (1994 y 1997). El Banco de la Provincia editó su propia historia, dirigida por Ricardo Rivas, *Historia del Banco de la Provincia del Neuquén, 1960-1990* (1991).

No se pueden soslayar los diversos aportes interdisciplinarios recibidos por la historia provincial. Por ejemplo, la investigación de la Universidad del Comahue y el COPADE sobre *El trabajo trashumante en la Provincia del Neuquén* (1985) producida por Mónica Bendini, Pedro Tsakoumagkos, Beatriz Destéfano de Monsalvo y otros: la obra coordinada por Bendini y Martha M. Radonich titulada *De golondrinas y otros migrantes* (1999); el estudio de los politólogos Liliana de Rosas, Félix Loñ y Ana Kunz, *Neuquén vota, El misterio del sapagismo* (1996); los análisis geográfico-económicos provenientes del CEUR como el de César Vapnarsky y Edith A. Pantelides, *La formación de un área metropolitana en la Patagonia, Población y asentamiento en el Alto*

Valle (1987); el de Mabel Manzanal, *Agro, industria y sociedad en la Patagonia Norte* (1983), o la compilación de Nicole Maurice, Germán Solinis y Anne Colin Delavaud, *Estado, espacio y sociedad en el Neuquén* (1995).

Las Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia reunidas por las universidades nacionales, los últimos Congresos Nacionales y Regionales de Historia Argentina organizados por la Academia Nacional de la Historia, las Jornadas de Historia Económica, los Congresos de Historia del Neuquén y otras reuniones académicas son los ámbitos donde periódicamente se vuelcan avances en la investigación de la historia neuquina. También una cantidad importante de revistas especializadas de la Argentina, Chile, Brasil, México, España, recibe producción académica que no siempre llega a plasmarse en libros. En estas ponencias y artículos breves pero específicos es donde deben buscarse los materiales más actualizados de numerosos autores. Para los temas que hemos recorrido aquí destacamos los aportes recientes de Favaro, Arias Bucciarelli, Jensen, González, Scuri, Debattista, Destéffaniz, García y Maeder acerca de la vida política y social territorial; de Kropff y Spivak, Funes y Gingins, Favaro y Arias Bucciarelli en relación con la política provincial; de Sánchez y Bohoslavsky sobre los sectores populares rurales; de Bohoslavsky y Casullo sobre la cárcel neuquina.

Varias localidades de la provincia han emprendido la escritura de sus historias. Se destacan las editadas por San Martín de los Andes con motivo de su centenario, *El Libro de los 100 años* (1998) y la obra de Wily Hassler *San Martín de los Andes: microhistoria de su primer centenario* (1991). La elaborada por varios profesores de enseñanza media del norte neuquino, sobre *San Eduardo, volver en la memoria* (1998), y el aporte de Juan Mario Raone sobre *La fundación de Neuquén* (1994). En 1979 se produjo la edición especial de *Neuquén, 75 años de capitalidad*, con la contribución de

numerosos docentes y actores sociales, y en 2004, año del centenario de la ciudad de Neuquén, el equipo del GEHISO y el diario *Río Negro* produjeron *Neuquén: 100 años de historia*. Este último periódico roquense, como también *El Diario del Neuquén*, transformado sucesivamente en *La Mañana del Sur* y en *La Mañana de Neuquén*, han editado numerosos suplementos especiales para los aniversarios de las principales localidades de la región.

Iniciativas recientes, motivadas básicamente, por la demanda del sistema educativo, han buscado llevar el conocimiento de nuestro pasado común a un público amplio. El matutino regional *Río Negro* hizo su aporte con su *Diario de 85 años* (1997); la cooperativa CALF y el gremio docente ATEN colaboraron para la publicación de los fascículos *Neuquén, 10.000 años de historia* (1994); la revista escolar *Machete* viene haciendo de la historia regional un tema importante; el *Boletín* de la Fundación Confluencia y *La Revista* de CALF pueden consultarse con provecho. La revista bolsonense *Pueblos y fronteras de la Patagonia andina* intenta, desde 2000, desempeñar en el nivel regional un rol de divulgación similar al de la porteña *Todo es Historia*, cuyos índices también deben consultarse, y lo consigue. La presencia neuquina en los textos escolares modernos comenzó con un texto publicado en la década del '70 de Marcelino Castro García, *Neuquén, mi provincia*; los suplementos del clásico *Manual Estrada* de 4° grado: un *Suplemento para la región Comahue* preparado por Alicia Hannaford y Guillermo Canessa (1974) y uno específico sobre el Neuquén que elaboraron Mario Gercek, Lilí Muñoz y Delfina Lanús (1981). Sus continuadores más recientes son *Neuquén, tantos lugares, tantas historias* (1998) de Cristina de Cano de Galván, *Neuquén para chicos y grandes* (1999 y 2005) de Silvio Winderbaum, y el *Multimanual, Ciencias Sociales, Neuquén* (2002) elaborado por Rodolfo Bertoncetto, Perla Brevi, Gabriela Tagliavini y Graciela Viard. También G. Blanco contribuyó con una

monografía sobre historia neuquina en la obra *Patagonia educativa* (2004).

En el campo de la divulgación, los intentos son variados y disímiles. Teniendo en cuenta sólo los aportes más recientes y actualizados, la editorial neuquina Alfa Centro Literario comenzó editando *El Gran Libro de la Patagonia Argentina* (1997), con una sección de Historia a cargo de Pedro Navarro Floria, María Andrea Nicoletti y Rubén Apolonio. Continuó con la elaboración de *El Gran Libro de la Provincia del Neuquén* (2001) dirigido por Navarro Floria y Nicoletti, que contiene monografías de los directores de la obra sobre Historia provincial; de Patricia Ferreyra y Silvana Bante sobre Geografía Humana; de Mario Pilatti sobre Economía; de José Luis Bonifacio y Victoria Raffo sobre Sociedad; de Marta Verdenelli de Van Gelder sobre Educación; de Sergio Cosentino sobre Derecho provincial, y de Lilí Muñoz, Salvador Amore, Lucrecia López Jové y Cristina Aguiar de Mochi sobre Literatura, Teatro, Plástica y Música respectivamente. El Departamento de Geografía de la Universidad del Comahue, por ejemplo, ha dicho lo suyo a través de un libro de divulgación de fuerte contenido histórico: *Neuquén, una geografía abierta* (1995). Otros intentos de síntesis que insertan adecuadamente la historia del Neuquén en un contexto regional se pueden encontrar en la *Historia de la Patagonia* (1999) de Navarro Floria; en *Confluencias, una breve historia del Neuquén* (2000) de Nicoletti y Navarro Floria y en el libro de Susana Bandieri *Historia de la Patagonia* (2005).

Finalmente se citan: la *Nueva Historia de la Nación Argentina*, editada entre 1997 y 2003 por la Academia Nacional de la Historia, especialmente los trabajos de María Silvia Leoni de Rosciani y de Luis María Caterina, en el tomo 8 sobre los Territorios Nacionales y sobre los gobiernos provinciales, respectivamente, y la *Nueva historia argentina* (2000), editada en varios tomos por Sudamericana. Estas obras sirven de marco adecuado y actualizado a

esta historia provincial, aunque la atención dedicada al interior es escasa, sobre todo en el último trabajo mencionado.